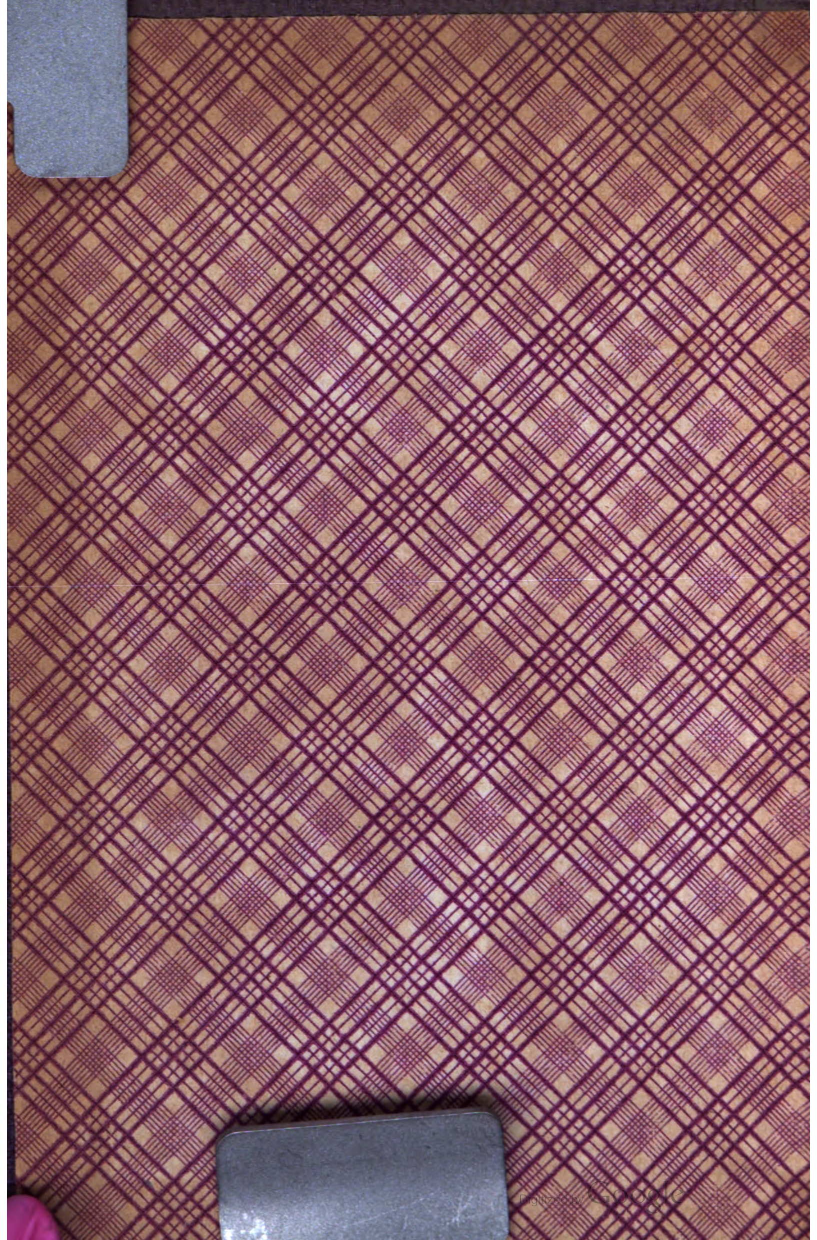
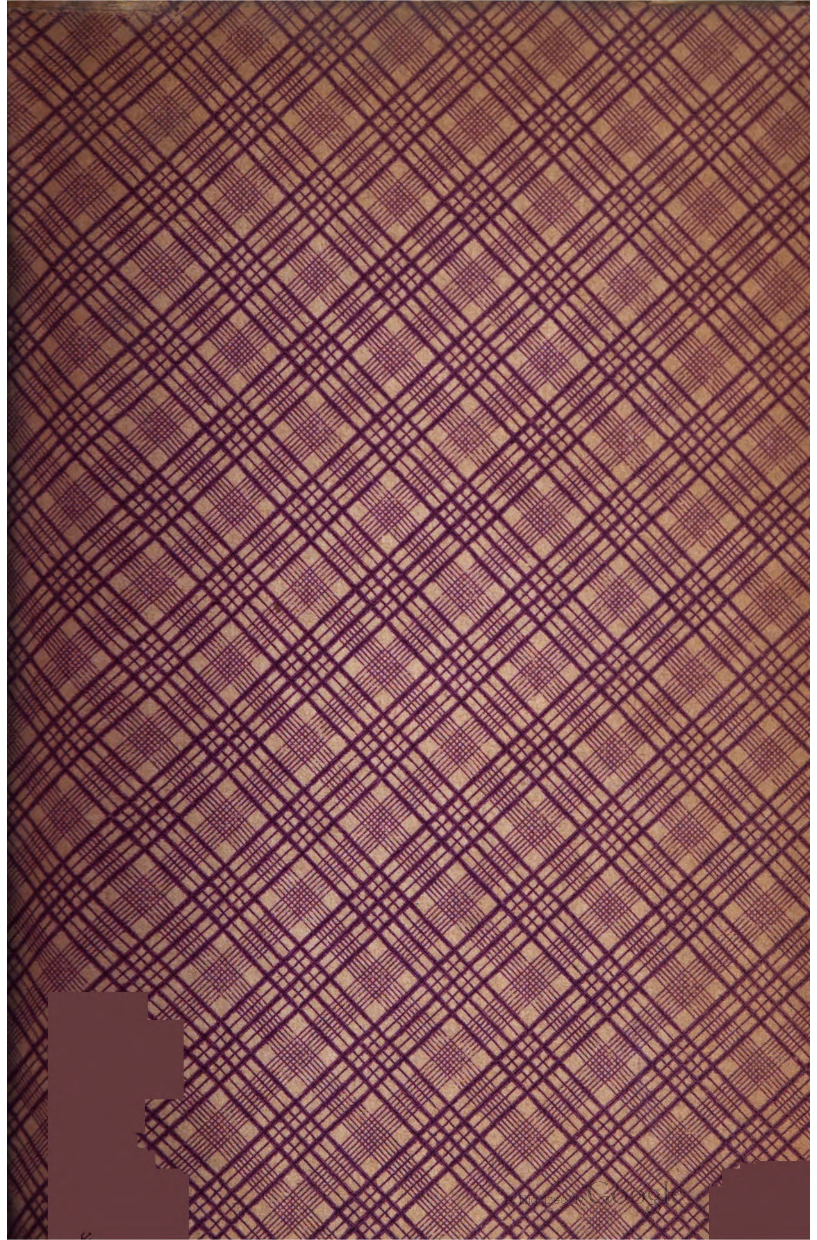






OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.

CUADROS DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.

COMPRENDE ESTE TOMO:

SIMON VERDE.
MAS HONOR QUE HONORES.
LUCAS GARCIA.
OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS.
EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE.



MADRID: 1858.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE DON FRANCISCO DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

D:

PRÓLOGO.

Al comenzar á escribir el Prólogo para los CUADROS DE COSTUMBRES DE FERNAN CABALLERO, confieso que me preocupa más que otra cosa alguna, el ánsia de saber quién serás tú, lector de este volúmen.

Si eres uno de aquellos, dados de largo tiempo á la novela, como otros á la bebida, y que *amerado* del romanticismo como aquellos del vino, pierdes la razon al primer sorbo, y con todo no dejas el vaso hasta consumir las heces, dígote que es inútil todo preámbulo. Abre el libro, y de capítulo en capítulo llega hasta el fin; que éstas líneas no han de influir más en su ca-

lidad ni en tu gusto, que el rótulo de la botella en la esencia del vino ni en el contentamiento del bebedor.

Si en vez de esto, amigo leyente, eres de aquellos que escancian con pulso y con distincion debida, de modo diverso el vulgar mosto de Arganda ó de Valdepeñas, y el néctar celebrado de Domecq y de Pemartin; y si en virtud de esto tienes ya antiguo conocimiento con FERNAN CABALLERO, y haces justicia á sus obras, entónces su nombre te servirá de mejor Prólogo que mis discursos, y la experiencia, de mejor incentivo que mi recomendacion. Pero puede acontecer tambien, que ni conozcas literariamente al ilustre escritor de la *Gaviota*, ni seas, por tu natural, inclinado á la lectura de novelas. Si así fuere, sabe, lector amigo, para que simpatices con el prologuista, que otro tanto me acontece; y para ponerte en todas mis confianzas y ganarme de paso la tuya, te diré las razones de esta mi aversion.

Tengo para mí que el siglo que corre, es el ménos novelesco de los diez y nueve que cuenta la Era cristiana. Si lo dudas, mira la cuarta página de cualquier periódico, y allí verás las Sociedades de Seguros aforar la duracion de la vida

humana, como puede un perito agrimensor el rendimiento de una dehesa baldía. Allí encontrarás á tu sabor prospectos de ferro-carriles, en que se calcula el tanto por ciento de los viajeros que se estrellarán, ni más ni ménos que el buen ganadero echa de antemano la cuenta con las reses que han de malograrse. Todo se sujeta á guarismo y á cómputo en este matemático siglo XIX, los delitos que se cometen en cada legua cuadrada, las honras que naufragan en cada barrio, la parte alícuota de moral ó de salud pública que viene al suelo en cada nacion, en cada año, en cada pueblo y en cada mes. La inventiva más acalorada ó la imaginacion más fecunda encerrada por esos números y cargada por tanta estadística, mal puede entregarse á vuelos fantásticos ó á sentimentales afectos.

Y con todo, este siglo tan poco novelesco á mi ver, es el más *novelífero* (perdónese la palabra) de cuantos registra la historia literaria. Y vuelvo á atestiguar con los periódicos: no habrá alguno de ellos tan poco observante de la moda que no ceda su entresuelo á algun novelista: y esto sin preguntarle de dónde viene ni á dónde vá. Periódicos conservadores hay que dan acogi-

da á Eugenio Sué y consortes; y no faltará algun diario que bajo el manto y rezaderas de devoto, dé benévolo hospedaje á un romancero *sapientem hœresim.*

Por esto, piadoso lector, he cortado por lo sano; y no hay fuerza que me haga tragar novela alguna, ya sea administrada en dósis de folletines, ya envuelta en artísticas láminas (vulgo *ilustraciones*), como las píldoras en pan de oro y en caja afiligranada. Y no creas que en esto tiene parte la envidia del oficio; que yo doy gracias á Dios de haberme libertado de esta mala inclinacion, y aun de haberme dado abundantemente la contraria; porque de mí te sé decir, que tengo propension afectuosa á todo el que descuella; aunque sea en artes que estimo en poco. Pláceme en el torero la audacia, la osadía en el espadachin, la destreza en el jugador de manos, la verbosidad en el sacamuelas; cuanto más el ingénio, que, aun mal empleado, deja siempre algun rastro del sublime principio de donde emana.

Ni estaba yo en este caso con la persona de Fernan Caballero, que si bien no me era conocida, la acreditaban conmigo, ya su pátria en donde, al decir de un insigne Poeta, no hay hom-

bre sin donaire, ni mujer sin gracia; ya su orígen, que segun tengo entendido, viene de aquellas razas germánicas, gente pensadora por naturaleza, y concienzuda por instinto; ya en fin el crédito que muchas y respetables personas la tributaban.

Pues bien: para venir al caso presente, aquí me tienes, benévolo lector, sin conocer, aunque estimándola, la persona de FERNAN CABALLERO, sin haber leido, por el mero hecho de serlo, sus novelas ni los Cuadros de Costumbres, para los que me he propuesto, sin embargo, escribir esta Introduccion.

Para llevarlo á cabo, reclamé de la imprenta las capillas del presente volúmen; y vinieron á mis manos desencuadernados y de mogollon SIMON VERDE, LUCAS GARCÍA, MAS HONOR QUE HONORES, OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS, y EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE, y púseme á leerlas, mal dispuesto y como de oficio.

Duró poco en verdad esta inapetencia literaria. Despertóse el gusto al primer capítulo, á poco más la curiosidad, el interés vino luego, y al terminar la última novela, el autor me era simpático, y la obra me parecia más que *buena*, es

decir, BENEFICIOSA. Estos resultados no los consigue FERNAN CABALLERO describiendo personas ó escenas históricas, cuya simple enunciacion cautiva el ánimo de los lectores. Aunque el ingénio de Walter Scott fuése ménos sublime, ¿á quién no interesaría el bello y desgraciado retrato de María Stuart, ó la terrible desventura de Cárlos I? Tampoco el novelista español deja correr su fantasía como el autor de los Mosqueteros y de Monte-Cristo, para darnos en pleno siglo XIX unos remedos de los libros de Caballería, llenos de increibles hazañas, de sucesos maravillosos, de caractéres sorprendentes y excepcionales. Y todavía ménos se empeña el autor de que hablamos, en hacer con la pluma en la mano á guisa de escalpelo, el análisis y anatomía de las dolencias morales de nuestra sociedad; ya abultándolas de manera pavorosa, ya sacándolas en espectáculo nauseabundo; de modo que los que de ellas están apenas acometidos, se llenen de temor en vez de combatirlas; los que las padecen ya más graduadas, pierdan toda aprension, y aun hagan gala del sambenito; y en fin, los que están en completa salud, lleguen á intimidarse y á desconfiar de todos, creyendo que cada hom-

bre oculta esá miserable lepra de que ellos por rara excepcion se miran libres. FERNAN CABALLERO sigue camino diverso. Personages sencillos y argumentos más sencillos todavía, describe con su pluma, sencilla tambien. Y si enamora y si cautiva, no es con el prestigio de nombres heróicos, ni de sucesos maravillosos; y si enseña y si cura las dolencias del corazon, no es con la inhumana insensibilidad del disector, ó con los empíricos remedios del curandero, sino con la dulce compasion de una Hermana de la Caridad, y con el inefable bálsamo de las virtudes cristianas.

Pero, volviendo á mi asunto, ya veo, ¡oh manso lector! que comienzas á aburrirte de estas generalidades, si ya no has cerrado el libro y entrádote desde luego por el texto de él, sin detenerte en preámbulos. Si así lo has hecho, ¡á fé mia que has acertado! No tienes más que seguir por las deliciosas orillas del Guadalquivir al honrado labriego Simon Verde, que montado en su burra vuelve de Sevilla, ó pararte con él á escuchar en un ventorrillo la conversacion que entabla con el Alcalde de su lugar; y yo te prometo que con estos dos solos personajes, y con las familias que de ellos dependen, has de pasar

tan buen rato, que no has de echar de ménos este preámbulo. Si ya no es que más aficionado á la Sierra que á la ribera, prefieres alojarte breve tiempo en una cabaña de Valdeflores, y aprender allí lo que quiere decir MAS HONOR QUE HONORES, ó trabar conocimiento con LUCAS GARCÍA y con su desventurada hermana, y ver conservada en una mísera cabaña de la Sierra de Ronda, aquella inflexible honra castellana, de que tan fácilmente se habla, y que con tanta dificultad se practica.

Quizá te dés á entender, *novelívoro* lector, que todos estos humildes personages que te cito, tiene por lo llano de su raléa alguna semejanza con *Fleur de Marie*, *Rigolet*, *Goileusse*, *Chourineur*, y demás héroes de esa estofa, grandes facedores de filosofía, y causadores de escándalo. Pues para que no te llames á engaño despues, quiero desde ahora declararte, que está FERNAN CABALLERO divorciado y reñido con ese linage de gentes; y para darte una prueba, quiero en pocas líneas decirte el argumento del primero de sus cuadros: los demás son del mismo pincel.

Simon Verde es un español rancio, caritativo como buen cristiano, sencillo á fuer de lugareño;

vive de su trabajo; con él alimenta á su anciana Madre, á su virtuosa hija, y aún le sobra para hacer bien ya al montaraz partidario que fingiéndose carlista, le paga la hospitalidad con el robo de su dinero; ya al presumido revolucionario que en cambio del asilo recibido, le arrebata la hija. En tanto, el Alcalde de su lugar tiene tantos vicios como virtudes Simon Verde.—Soberbio, envidioso y avariento, es uno de esos Amanes de villorro, tanto más vehementes en su accion, cuanto es más estrecho el círculo en que obran. Es uno de tantos retoños del feudalismo, de estos que no ha extirpado, sino más bien arraigado en cada pueblo, el viento de las instituciones modernas. Este tiranuelo, pues, aprovechando en contra de Simon sus mismas virtudes, le encausa por carlista, le encarcela por revolucionario; se apodera de su hacienda, calumnia á su hija; satisface en fin, contra el infeliz todas sus pasiones: la envidia, difamándole; la codicia, empobreciéndole; la soberbia, humillándole; la venganza, en fin, aniquilándole. Y con todo, no puede hallar contentamiento en su corazon; porque dentro de él la conciencia hace de acusador y de verdugo. Ni alcanza á envenenar ni á destruir la

tranquilidad doméstica del pobre Simon, porque en ella la caridad cristiana sirve de antídoto, la esperanza de sustentáculo, la fé de rumbo. Especie de Job moderno ó de Mardoquéo de aldéa, traducido al andaluz para edificacion de las gentes de ahora.

Entre uno y otro personaje, los respectivos hijos vienen á entretejer lazos misteriosos y puros de juventud, que todo lo embellece; de amor, que todo lo allana; de religion, que todo lo santifica; y á preparar así un tierno, moral y verosímil desenlace que..... yo no quiero, lector curioso anticiparte.

Cuánto más que quizá tú echarás de ménos el *confortable boudoir* de Mlle. Adriana, el *pundonoroso duelo* del príncipe de H. con el caballero de (***), y sobre todo, la *edificante* y *devota* correspondencia entre el Vizconde de X y la Baronesa de Tal. Y así entretenido en tan buena sociedad, has de tener á enojo el tratar con estos palurdos, ó con el soldado Lucas García, ó con el mendigo y el arriero que hacen gran papel en Mas honor que honores, ó con el Cura de aldea y el guarda que te persuaden á Obrar bien, que Dios es Dios, ó con la pobre lugareña que acre-

dita que EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE.

No estaria yo distante de darte la razon, si nó tuviera presente que há dos siglos y medio que fatigan las prensas y la fama de todas las naciones del mundo, las aventuras de un pobre hidalgo de Argamasilla y de un labrador vecino suyo. Y si este punto de contacto existe entre el inmortal CERVANTES y el moderno novelista, otras cosas hay en que se diferencian, para honra de la nacion en que vive y de los magnates que patrocinan al último. El manco de Lepanto llevó al hijo de su ingénio de antesala en antesala con mala fortuna, y al cabo murió desatendido y pobre en una mala vivienda de la calle de Francos. FERNAN CABALLERO ha recibido el tributo de admiracion de los principales ingénios de España, y vive hoy, si no miente la fama, merced á la régia munificencia, en los Reales alcázares, y allí obtiene de los Príncipes mismos estímulos honrosos á su virtud y á su talento, recibiendo el encargo de aleccionar á los Infantes de Castilla con la misma pluma con que pinta los cuadros de costumbres populares.

Confiamos en que lo hará diestramente.

Mas volviendo á aquel punto de identidad en-

tre los asuntos de ambos escritores, observarémos que en el mundo intelectual como en el físico, no son las cosas más admirables y útiles las que están mas escondidas. El aire, el agua, la luz, las más bellas y necesarias obras de la creacion, están prodigadas en la naturaleza. Los gases insalubres y los venenos mortíferos, son los que se esconden en las entrañas de la tierra ó apuran el uso de los alambiques. El amor, la ternura, el valor, la caridad, brotan aún felizmente enmedio de la sociedad; los crímenes excepcionales, los caractéres corruptores, son los que necesitan ser buscados como el ácido prúsico, ó como las culebras de cascabel. No, empero, porque estén la belleza y la bondad prodigadas por la divina misericordia en el mundo físico y en el mundo moral, se deduce que cualquiera tiene talento bastante para utilizarlas en honra propia y provecho de sus semejantes. Que para fecundar con el agua los campos, para hacer del aire el móvil de la navegacion, para alimentar con el vapor la industria humana, se necesita que la Providencia haya tocado con su dedo el ingénio creador del primer agricultor, del primer navegante, del descubridor del vapor.

Destilar jugos de la naturaleza para hacer ponzoñas obra es de envenenador, cuando no de alquimista; abultar y sublimar los vicios de uno para inocularlos á la sociedad toda, es taréa que, aun hecha con ingénio, muestra depravado corazon. Por el contrario, describir las virtudes consoladoras, que aun germinan enmedio de nuestro pueblo, para hacerlas á ellas más practicables y á él más digno, con ser obra que arguye ingénio y meditacion recomendable, prueba más todavía la Providencia suma, que manda siempre á los individuos y á las sociedades, miéntras es tiempo, el remedio adecuado á la dolencia.

Oficio es peor que satánico el del novelista corruptor; mision en cambio casi santa, la de quien siendo bueno, procura que los demás mejoren.

En efecto, no sé qué de providencial descubro en la mision literaria de FERNAN CABALLERO. Hoy que el egoismo, la incredulidad y el indiferentismo religioso, no atreviéndose ó no pudiendo presentarse en gruesos volúmenes á contagiar la sociedad presente, se achican y se deslizan á la callada en novelas que emponzoñan la parte más pura y más bella del género humano, á saber, el ardor juvenil y el corazon de la mujer; parece

como que es una misericordiosa disposicion el que en esas mismas formas novelescas se propaguen principios de eterna salud, y antídotos de sobre-humana energía.

Demos, pues, gracias á la Providencia, que así como nos pone en el campo las bellas y aromáticas plantas para darnos á la vez salud y recreo, siembra tambien en los ingénios esas flores que sanan y deleitan á la sociedad entera. Humillémonos, pues, una vez más ante su poder, y cuando recreados en la lectura hayamos ganado un amigo en FERNAN CABALLERO, aceptémosle además como UN CONSEJERO PROVIDENCIAL.

EL MARQUES DE MOLINS.

EL AUTOR A SUS LECTORES.

Algunos piensan,—sin duda inducidos á ello por la denominacion de populares que llevan nuestros CUADROS DE COSTUMBRES,—que los reproducimos para el pueblo; y esto es un error, que está demostrado con solo la sencilla objecion de que el pueblo que nosotros pintamos, no lee. Los pintores flamencos—perdónesenos lo atrevido de la comparacion en favor de su exactitud—no pintaban sus cuadros campestres para los que en ellos figuraban, sino para los que amaban la naturaleza campestre, y apreciaban la pintura.

Aquella reflexion podria indicar que los Cuadros de costumbres no son propios de la esfera culta. No obstante, solo el que confunda la *forma* y la *esencia*, dejará de conocer que el buen gusto, como el

pèrfume que lleva ese nombre, se compone de *mil flores;* y que no son las silvestres de las que ménos aroma se extrae.

Solo añadirémos una palabra. Háse creido tambien que inventámos los cuentos, dichos, coplas y comparaciones que hacinamos en nuestros cuadros populares. Está tan lejos de nosotros el dar como propio lo que no lo es, que muchas veces hemos repetido que el mérito que puedan tener, y tienen realmente estos Cuadros, no es otro que lo verdaderos y genuinos que son, en el fondo, en los pormenores, en las descripciones, en las idéas, y en el lenguaje.

Basta pararse un instante para conocer la fuente de que brotan. La cultura no tiene la inocencia y candidez primitiva; carece del chiste independiente y original: su peinado lenguaje no tiene la energía y la concision—y asi carece tambien de la libertad en la expresion—de los rancios y robustos sentimientos religiosos, que aun conserva el pueblo: todo lo cual, bien ó mal, reproducen estos Cuadros.

SIMON VERDE.

CAPITULO I.

El pueblo es un gran poeta, porque posee en alto grado el sentimiento, que en mi concepto, es el alma de la poesía.

TRUEBA Y LA QUINTANA.
(Libro de los cantares.)

In wit a man, simplicity a child.
En la agudeza hombre, niño en la sencillez.
POPE.

Todo el que ha surcado el Guadalquivir, ha parado su atencion en los pueblecitos, que como vanguardia de la decana y noble ciudad de Sevilla, se le presentan, si baja, á la derecha, si sube, á la izquierda del rio.

La Puebla, que es el primero que encuentra el que sube de los puertos, es grande, compacto,

desprovisto de arbolado, y parece ocuparse más de la extensa campiña que domina, que no del rio y del movimiento de sus barcos. Es labrador, calza polainas, y no se quita su sombrero calañés ni á los Grandes, ni á los Lores, ni á los Príncipes, ni aun á los Reyes, que suelen pasar por delánte de él, echándole el lente.

La segunda poblacion, que es Coria, más presumida que su vecina, guarnece sus faldas con huertas: es muy amiga del Bétis, al que labró uno de los vapores que le han engalanado, y al que dió su modesto nombre. El Coriano, pues, ha alternado con los Teodosios y Trajanos, (nombres de otros vapores); por lo cual un consecuente y sistemático aleman llamó siempre al modesto homónimo de Coria, Coriolano. Ostenta Coria una elegante fábrica de orozuz, que es surtida de palo dulce por su suelo; es alegre y amiga de toros.

Gelves, que es el tercero de estos pueblecitos, se retira modestamente del surcado rio, y se escalona sin pretensiones, pero con gracia, en la ladera de un monte, en cuya altura están unidos y formando un mismo edificio la iglesia y el palacio de los Condes de Gelves, propiedad de la casa de Alba. Solo los niños al construir sus Nacimientos, pueden colocar las casas y las chozas tan sin simetría y tan pintorescamente como se ven en aquel pueblecito, el mas lindo de los cuatro.

El último, que es San Juan de Alfarache, debe

ciertamente la preferencia de que goza, á su buen caserío y á la cercanía de la ciudad señora; pues, en punto á vistas, aguas y posicion, le aventaja el modesto y campestre Gelves. Entre este pueblo y el rio se extiende una verde pradera, que pertenece al comun ó Propios. Entre la pradera y el terraplen formado ante la iglesia y el palacio, están en declive huertas con mas árboles que hortaliza: el pueblo se encarama como puede, á ambos lados de estas huertas, sobre todo al izquierdo. El pomposo nombre de palacio conviene á aquella casa,—que no lo es,—moralmente por las armas de Grande que ostenta, y materialmente porque entre las sencillas y humildes casas que le rodean, puede pasar por tal. Parte la pradera que besa el rio, una vereda, por la que se comunican la Puebla y Coria con la capital: la que despues de atravesar aquella, pasa rozando por un aislado y pequeño ventucho, tan rústico que gasta sombrero de paja, y tiene melones y naranjas en las alforjas.

Cuando empieza este sencillo relato, era la hora apacible en que ya no deslumbra la luz, y nada oculta ni entristece todavía la oscuridad. El sol habia descendido por detrás del monte, y se habia ocultado entre los olivos que tiene por crespa cabellera, cuyos modestos contornos se dibujaban en los resplandores que en pos de sí arrastra el Rey de la luz, como la cola de un manto Real de púrpura. El rio exhalaba su húmeda frescura, que como un

bálsamo, aspiraban los pechos; introducia sus olitas mansas entre los mimbrales, las ramas de los sauces y sobre la tierra, como uñas con las que quisiera asirse á las orillas, á fin de estancarse en aquellos amenos parajes, y de no ir á perderse en la amarga inmensidad del mar. Hacíalo resplandecer reflejándose en él, la luna, que poco á poco iba saliendo del anonadamiento en que la sume el sol; y un barco con sus blancas velas se deslizaba silencioso sobre su tersa superficie, de tal suerte que hubiese podido tomarse por una fantasma, si de su centro no hubiese salido una clara y alegre voz trayendo con una sonrisa la imaginacion á la realidad. Esta voz cantaba:

Toma, niña, esta tumbaga,
que te la dá un marinero!
¡Ojalá que te se vuelva
una lanchita con remos!

El trabajador volvia alegre á su hogar y á su descanso: oíase de lejos el ladrido del perro de campo, al que la distancia daba la suavidad que le falta, y la invadiente noche el agrado con que se recibe una señal de fiel vigilancia. Todos los séres tímidos se iban animando; las estrellas se acercaban como de puntillas, é iban ocupando sus altos puestos: miles de insectos, viéndose libres de las miradas de los enemigos que los acosaban de dia, se decian como chiquillos traviesos: *ahora es la nues-*

tra! En seguida las catarronas se ponian á remedar el ruido del trompo con su tosco zumbido; el *caballito del diablo* (1) imitaba á la perfeccion el susurro de la cola de papel, del pandero ó cometa; las palomitas nocturnas, como las pobres que no tienen que ponerse, salian con las primeras sombras, para ir á la plaza en su humilde pelaje; las luciérnagas meditabundas, á imitacion de Diógenes, encendian sus linternas para buscar un *luciérnago*; las ranas competian con denuedo y perseverancia con los incansables grillos, que nuevos Acteones escondidos entre las yerbas, asistian al baño de aquellas ninfas poco esbeltas. El ruiseñor lanzaba entre la enramada algunas notas sueltas, á fin de ensayar su melodiosa garganta para los divinos nocturnos con que obsequia al mes de las flores; el azahar exhalaba de su pequeño y puro cáliz su deleitable fragancia, la que unida al canto del ruiseñor, á la dulzura de la atmósfera, y á la delicada luz de la luna, hacian de aquella sencilla y rústica naturaleza el Edén mas encumbrado y aristocráticamente poético. Y sobre todo este concierto terrestre, la alta torre de la iglesia esparcía dulce y solemnemente las campanadas de la Oracion, y el campesino que conserva su fé, pura como la atmósfera que respira, descubríase la cabeza y rezaba.

(1) Caballeta-salton, pequeña especie de cigarron de transparentes alas, que mueve mucho y ruidosamente.

Venia de Sevilla por la vereda ya mencionada un hombre montado en su burra, dejándola seguir su acompasado paso, sin hacer otra cosa que decirle de cuando en cuando:

—¡Arre, *Papalina*! que parece que vas pisando huevos: mira que Aguedilla te va á reñir si llegamos tarde.

Este hombre tendria como de treinta y ocho á cuarenta años, y vestia muy bien al estilo andaluz: su cara era hermosa y regular, su mirada tenia una gran mezcla de sencillez de corazon y de alegre chuscada, y su risa era tan jovial, como franca y bondadosa. Era viudo hacía muchos años, y vivia con su madre y con una niña, que le habia quedado de su matrimonio. Puesto así por la suerte entre la ancianidad y la niñez, sostenia á cada cual con una mano, y dedicaba á ambas con entera abnegacion su vida, así como tambien les había dado todos los afectos de su corazon. Habia nacido en una lindísima hacienda que lindaba con el pueblo, y de la que su Padre fuéra capataz; llamábase esta hacienda Simon Verde, y este nombre le habia sido puesto por apodo á nuestro buen campesino, segun la costumbre de los pueblos de campo.

Ganábase la vida llevando cada dia á Sevilla una carga de lo que le salia; la que vendia pregonándola por las calles; y al mismo tiempo hacia de *ordinario*, llevando y trayendo encargos. Cuyo

modo de vivir, unido á su génio alegre y bondadoso, á su graciosa verbósidad y á su complacencia, habíanle hecho conocido y querido de todos; y no habia nadie en el pueblo, ni aun en los inmediatos, que al encontrarse con él, no le apostrofase con cordialidad y benevolencia.

—¡Hola! Simon Verde, ¿fuíste á Gibraleon por las naranjas de tu huerta que has vendido hoy? (1).

Tal fué la pregunta que le hizo el Alcalde, que con el medidor estaba sentado á la puerta de la humilde venta, cuando á ella llegó el ginete borriqueño.

—Si señor: ¿y qué habia de hacer? Si pregonaba naranjas de Gelves, nadie me las habia de haber tomado; y sinó, voy á darle á su mercé una prueba. Antaño merqué una carga de bellotas; y para no mentir, señor Alcalde, no valian *náa*.

—Por lo visto te engañaron, ¿no es eso?

—No señor, sino que se las tomé, para hacerle favor, á un serrano, á quien le precisaba volverse á la sierra.

—¡Tus cosas, Simon Verde, tus cosas! dijo el medidor.

(1) Pregonan en Sevilla las naranjas como de Gibraleon, aunque no lo sean, por ser estas las de mas fama:

De Gibraleon...
¡Qué ricas que son!

Tal es el grito de los vendedores.

(*N. del E.*)

—Y ¿qué quiere Vd.? Yo no puedo ver apuros, me descoyunto: todo el que se queja, me mete el corazon en un puño; y el que llora, me desatienta. Pero volvamos á mi cuento, que no hay cuento desgraciado, como el que lo cuente sea porfiado. Como iba diciendo, me puse á pregonarlas, y en todo el dia de Dios vendí ni una siquiera; se venia la tarde, y yo estaba con la carga completa sin saber qué hacer; ó mas bien como el que vendia la suegra,—que la daba de valde,—cuando me se vino á las mientes pregonar bellotas de Cádiz...

El auditorio soltó una unánime carcajada.

—¡Cristiano! exclamó el Alcalde, ¿pues acaso no sabes que Cádiz no es mas que piedras sobre rocas?

—De sobra que lo sé, y que allí no hay mas arbolado ni mas matas que claveles en tiestos. Pues por lo mismo lo hice, señor. Y *asina* fué que llamó tanto la atencion, que en un *verbo gracia* me las quitaron de las manos.

—¿Y tu trigo, Simon, está bueno? preguntó el medidor.

—¡Qué ha de estar bueno! Yo no pude rodear de sembrarlo á su tiempo, y el trigo tardío es un venturon que salga bueno. Y así siempre se le ha dicho: «¿dónde vas, tardío?—en busca del temprano.—Ni en paja ni en grano.» Otoño es el *ligitimo* tiempo de la siembra. «En octubre echa pan y cubre.»

—Eso es la pura verdad, y dice el refran: al que siembra en abril, su madre no le habia de parir; y al que siembra en mayo, ni parirle ni criarlo. Pero no tengas cuidado, Simon, que has de coger; el año es de buen paño; un tiempo está haciendo para el trigo, que ni mandado hacer, para que caiga de su peso y no se violente. Febrero se portó como un General.

—Verdad es. Pero mayo se ha metido á caniculero con sus solanos; ¡maldito aire! Si supiese el agujero de donde sale, lo tapaba con cal y canto.

—Pues yo te digo, Simon, que el año ha de ser de los de las vacas gordas del rey Faraon; y no ha de ser el del hambre, ni del pan á peseta, dijo el medidor.

—Ni permita su Divina Magestad, exclamó Simon Verde, que veamos á otra Doña Paca (1), pues:

Del año de Doña Paca
nos tenemos que acordar;
que estaba la Pura y limpia
en el canasto del pan.

—Simon, te merco tu pegujal en yerba, y doy dos mil reales, dijo el alcalde.

—Señor, si me tiene mas de costo, replicó Simon Verde.

Despues de algunos debates,—en los que el me-

(1) Nombre que le pusieron al año de 1848, que fué tan escaso de grano; creemos que Paca deriva de poco. Citar esta época cuando la historia es anterior, es un anacronismo insignificante.

didor por adulacion sostuvo al Alcalde,—quedó el pegujar vendido en tres mil reales. Era este un trato ruinoso para Simon Verde.

—¡Hé! ya vendió Vd. el pegujar, y se puede reir si el levante se lleva su parte como de costumbre tiene, dijo el ventero que era una especie de Goliat jóven y bonachon, que moralmente derribaba un Davidillo cualesquiera. Su madre, que era de su jaez, le nombraba desde que nació, mi niño; y el mal aplicado epíteto le habia quedado por apodo.—Usted, tio Simon, prosiguió el ventero, saca agua de donde no hay manantial, y sabe mas que un soldado viejo.

—Pues ya se vé que no soy un bulto con ojos como tú, Joaquin, *Mi niño*, repuso Simon Verde; y que en fin, más corre un galgo que un mastin. Pero no sé qué tiene, que son mis dineros como los del sacristan, que cantando se vienen y cantando se van.

—Tu culpa es, Simon Verde, dijo el Alcalde: lo ganas muy bien y podrias estar más descansado que caballo de regalo. Pero tu dianche de buen corazon te pierde: no puedes ver lástimas, ni sabes decir que no. ¡Malo hubieras sido tú para mujer! tienes una buena fé que no está en uso, y por más chascos que te dan, no escarmientas.

—Señor, si en éste mundo no nos ayudásemos los unos á los otros, ¿qué seria de los hombres?

—Cada cual se rascaria con sus uñas, como debe

ser, Simon. A Nicolás el carretero le diste para mercar un buey,—¿te lo ha pagado?

—¡Pues si se le murió! ¿habia el desdichado de pagar un difunto?

—A Matías le diste para techar su casa cuando se le hundió el techo:—¿te ha pagado?

—Se lo dí á *réito*, señor.

—Pues cuenta ese desembolso y sus ganancias con el buey difunto.

—¡Jesus, señor, que está su mercé siempre pregonando lo malo, como campana de doble! A bien que no necesito yo esos dineros para comer; y que no nos ha faltado nunca, á Dios gracias, el pan nuestro de cada dia.

—Pero tienes una hija, hombre.

—Y la quiero más que á mi corazon, porque la chica se lo merece. Es tan bonita que la envidia el sol; tiene un genio que ni que se lo hubieran hecho de flores las abejas, y un sentido que parece que tiene metida una vieja dentro del cuerpo. Pero no me he de hacer ciquiña ni agarrao por mor de ella: con eso de los hijos salen los codiciosos y avarientos; porque disculpa quieren las cosas, señor. A más de cuatro conozco yo, á los que no se les caen los hijos de la boca cuando se trata de dar un cuarto, y si pudiesen, se habian de llevar sus caudales al hoyo, dejando á los hijos mirando al celeste. Su mercé iba á embargar al guarda Juan Martin por la contribucion; ahí me le encontré tan atribu-

lado al infeliz, y le dí lo que saqué de mi carga de naranjas. Puede que no vuelva á ver esos treinta reales; pero nadie me quita que con haber remediado esa desdicha, me sepa esta noche mi gazpacho mejor que un pollo.

—¡Gasta, derrocha, Simon Verde! dijo con encono y burla el Alcalde, que se creia aludido en cuanto habia dicho sin malicia alguna el excelente hombre. Échala de pródigo; á bien que buenos mayorazgos tienes!

—¿Yo? no señor; pero no le debo *náa* ni á su mercé ni á nadie, respondió Simon Verde.

—No saldrás nunca de coge y come, dijo el medidor, ni llegarás á estar acomodado.

—Nunca lo he intentado; pues más vale no desear, que tener; que rico es el que tiene, y feliz el que no deséa.—Señores, Vds. se queden con Dios, que en mi casa me estarán echando de ménos.

Diciendo esto, Simon Verde saltó sobre su burra, y atravesó la pradera entonando con clara y sonora voz un romance.

—Si quieres que te aplaudan
Y te desprecien,
En tu vida reparte
Lo que tuvieres,

le gritó el Alcalde por despedida.

CAPITULO II.

Desde el terraplen que está ante el palacio, desciende bruscamente el terreno algunas varas. En el fondo de este escalon estaba labrada la casa de la huerta de SIMON VERDE. Aunque decente y aseada, era pequeña y no tenía patio; más como el patio es una casi necesidad para los andaluces, servia de tál un espacio empedrado que ante la casa habian allanado. Sosteníalo al frente y de ambos lados, por hacerlo necesario el declive del terreno, un pretil de piedras y cal, del cual partian unos postes que mantenian un gran emparrado, soberbia gala de pobres moradas, magnífico techado, de frescas y movibles tejas, tan bien sujetas, que no las arranca de su puesto sino la violencia ó la muerte: techo paterno del pobre, que se renueva cada primavera de por sí; cuya mision es suavizar la luz sin ahuyentarla,

quitar á los rayos del sol su ardor sin que pierdan su alegría, refrescar el ambiente con miles de abanicos, avisar á voces la caida de un chaparron, y detener sus aguas, miéntras la familia recoge los enseres de su labor y busca abrigo. Cumple este hermoso protector su cometido, sin retribucion alguna de parte de su protegido, ni aun la del riego; y en el otoño, como regalo de despedida, inclina hácia los niños, que le alegraron con sus cantos y juegos todo el verano, enormes racimos de su hermosa fruta. Y después, dando sus hojas ya inútiles al viento, se encoge y se duerme como una marmota, habiendo merecido bien de sus dueños, y sin que en su benemérita carrera se le pueda echar otra cosa en cara que su intimidad excesiva con las poco simpáticas abispas.

Del lado de afuera del pretil habia una gran cantidad de flores, que se inclinaban hácia adentro del gran salon de verdura, como para buscar la sombra, ó para lucir sus galas. Tambien aparecian en él las gallinas con sus echaduras (1), haciendo regodéos, y muy anchas y afanosas con su dignidad de madre, repitiendo su uniforme clu, clu, que quiere decir ¡*cuidado*, *cuidado*! rodeadas de sus polluelos que respondian en su voz de tiple, pí, pí, que quiere decir *pan*, *pan*! Lo de angustias que pasaban esas aves tan madreras, con los saltos, gritos y corridas de la *echa-*

(1) Con sus pollos.

(*N. del E.*)

dura humana que bullia á la sombra de aquel artesonado vejetal, solo las madres lo pueden concebir. Pero ello es que los niños tienen para las gallinas con echaduras un cierto agri dulce, como en escala gigantesca lo tienen las corridas de toros para ciertas gentes.

En la huerta habia un gran *meeting* (1) de árboles, entre los cuales los naranjos, como decanos y poco versátiles, obtenian la presidencia; pero el que siempre llevaba la voz, era el olivo, porque el laurel, su opositor, no se hallaba en aquella pacífica huerta. La hortaliza, que se criaba allí á la buena de Dios, no era fina, ni tierna; pero era abundante y robusta. Habia coles elefantes, acelgas girafas, rábanos boas y habichuelas dromedarios.

La mañana del dia en el que conoció el lector á Simon Verde, se veian una porcion de niñas reunidas bajo el emparrado antesala de la casa de Simon. Todas ellas hablaban; todas las flores que las rodeaban, florecian; y todos los pájaros domiciliados en aquellas enramadas, cantaban á la par. Como las flores formaban casi círculo, y las niñas se agrupaban en medio, podia compararse la vista que ofrecian, á aquellos cuadros flamencos y estampas francesas, en que pintan un grupo de génios ó de niños en una guirnalda de flores. A la puerta de

(1) Palabra inglesa, que significa junta ó reunion de varias personas para tratar de algun asunto.

(*N. del E.*)

la casa estaba sentada una anciana, de aire dulce y grave, aseadamente vestida. Esta anciana en medio de tantas niñas, pájaros y flores, y separada de ellos por tan larga série de años, les estaba, no obstante, íntimamente unida, por el cariño, en ella; por la gratitud, en ellos. Era la Abuela de las niñas, la Madre de las flores que habia plantado, y la Providencia de los pájaros, á los que daba de comer, quizás de parte de Dios. Conservaba esta anciana sus facultades en toda su lozanía; pero no así los sentidos corporales: oía poco, y veia ménos. Por lo cual, cuando aplicaba la vista hácia el centro del emparrado, confundia las niñas con las flores; y cuando aplicaba el oido, no distinguia entre sí el alegre gorgéo de los pájaros y la infantil algarabía de sus nietos.

—Ya está la cigüeña machacando el gazpacho (1), dijo una de las niñas mas chicas.

—Sí, respondió otra de la misma categoría—que debia á su respetable gordura el sobrenombre de *albóndiga*,—ya vino de la tierra de los moros la zancona.

—¡Pobres ranas! dijo suspirando la primera, anoche cantaban tanto! y le decia la rana al rano: Ranoque, ¿ha venido Picuaque?—Ranoque respondia: No ha venido Picuaque.—Pues si no ha ve-

(1) Alusion al ruido ó castañetéo que hace la cigüeña con el pico.

(*N. del E.*)

nido, decia la rana, cantemos el reniquicuaque.

—Cantemos el reniquicuaque! cantaron todas á gritos.

—Chiquillas, que me atolondrais, dijo la Abuela, á pesar de lo tarda de oido. Águeda, hija, tú que eres la mayorcita, vé que se diviertan Vds. con mas asiento. Jugad á algun juego, ó decid acertijos, ó contad cuentos. Pero tú, que eres ya una media mujer, estás como los pájaros de marisma, que no sirven ni por mar ni por tierra.

Águeda, que era dócil, hizo callar y sentarse al ejército que estaba bajo su disciplina. Aunque esta niña no era una belleza, como le parecia á su Padre, agradaba mucho; privilegio bastante general en las hijas de Eva, sobre todo en la primavera de la vida. Era morena colorada, tenia la cara corta, la barba picuda y saliente, la frente pequeña y muy calzada; lo que le hacia ponerse el pelo muy remangado, descubriendo unas entradas que se acercaban á las cejas. La risa la favorecia mucho, dejando ver una hermosa dentadura, y formando dos hoyuelos en sus mejillas. Era altita, y tenia más gracia que garbo; más atractivo que seduccion.

—Mariquilla albóndiga, di tú un acertijo. Mis narices pongo á que eres tan zorrollona que no sabes ninguno, dijo Agueda.

La Albóndiga se irguió indignada, como si quisiese trocar su talante habitual en el de *croqueta*, y respondió:

—¿Que no sé un acertijo? ¡Vaya! y mas de tres, y mas de mil! Y sinó ahora lo verás:

Cuando baja, rie;
Cuando sube, llora.

—El carrillo:—¿á que no lo sabes tú?

—¿Y tú sabes lo que es? repuso Águeda,

Una vieja jorobada,
Con un hijo enredador,
Unas hijas muy hermosas,
Y un nieto predicador.

—Es, es.... la tia Pilonga!

—¡Qué desatino! ¿tiene la tia Pilonga hijas muy hermosas?

—Pues yo no conozco mas vieja jorobada; se acabó.

—Es la parra, mujer, la parra!... que tiene sarmientos, uvas, y un nieto que se sube á la cabeza, que es el vino: ¿lo sabes ahora?

—Lo sé y no lo sé, contestó la albondiguilla, que en seguida exclamó: ¡Ay! ¡oye el cucú! está en la huerta.

—Di los cucús, observó otra de las niñas; ¿no ves que son dos voces? el hijo que dice cu, y el padre que le responde sobre la marcha, cu.

—El cucú es el mas descastado de todos los pájaros,—dijo la Abuela que se impuso en la conver-

sacion, gracias al agudo timbre de las voces de las niñas.—Vá el pícaro al nido del *escula-mata* (1), que es un pájaro muy chiquito, se come sus huevecitos y en su lugar pone los suyos. Despues que la pobre *escula-mata* saca los huevos, abren los polluelos su gran pico, pues son muy comilones, y la pobre pajarita, que cree que son sus hijos, se mata para poder criar á los voraces cuneros.

—Dice Padre, añadió Águeda, que otro pájaro hay muy pícaro y de mucho sentido, que es el alcaraban. Las zorras le persiguen mucho para comérselo, porque les gusta mas que un confite. Un dia le dijo el alcaraban á la zorra que su carne no tenia todo su sabor, si antes de comerla no se decia: *alcaraban comi*. Asi lo hizo la zorra cuando poco despues le cogió. El alcaraban aprovechó la ocasion de que abriese la boca la zorra para decir *alcaraban comi*, y se voló diciendo: ¡á otro; que no á mí!

—Mira,—dijo una de las oyentes al ver posada sobre una rosa una palomita blanca y oir revolotear un moscon;—cata aqui una palomita blanca que lleva los recados á MARIA; y un moscon, que es el que se los lleva al diablo.

Corrieron siguiendo la direccion del vuelo del moscon diciendo á la par:

(1) Coronilla.

—Moscon, dile al diablo que se vaya con los moros de Berbería, y que no aporte por acá.

—Moscon, dile al diablo que sepa para su gobierno que está en la iglesia San Miguel, que es quien con él se las sabe barajar.

—Moscon, dijo á su vez Mariquilla albóndiga, dile al diablo que mi *mae* Ana me ha puesto una cruz de retama macho al cuello para librarme de él y de la *arecipela.* (la erisipela)

—Y á la palomita blanca, ¿qué recado le das para MARIA, Mariquilla? preguntó Agueda.

Mariquilla se acercó andando de puntillas, y hablando muy quedo para no ahuyentarla, dijo:

—Palomita; que le dés muchas memorias á MARIA.

—¡Qué tontuna! eso no.

—¿Pues qué?

—Se dice: palomita, dile á la SEÑORA de nuestra parte, cómo en las letanías se le dice: *ora por obis*!

Y como si la mariposa hubiese atendido al encargo y á esa súplica, que nada decia y tanto significaba, á palabras tan incorrectas, y á aquella fé tan pura y sencilla, elevóse al impulso de sus blancas alas, y se perdió en el éter como un suave perfume, ó como un dulce sonido.

Las niñas, que eran pobres, comieron todas allá; y á la caida de la tarde dijo la mayor:

—Ea, ya el sol se vá.

—Y yo tambien me voy, que ya vendrá *Pae*, dijo la Albóndiga.

—Y yo, añadió la tercera.

—Y yo..... y yo! con Dios, *mae* Ana, repitieron todas.

Y el alegre coro se fué cantando, al observar la luna que parecía mirarlas:

Luna lunera,
cascabelera,
méte la mano
en la faltriquera;
saca un ochavo
para pajuela.

Una de las muchas luces del siglo,—¡LOS FÓSFOROS!—ha quitado su oportunidad y sentido á esta infantil plegaria á la luna; y pronto, solo en estas hojas quedará el recuerdo del referido coro á Diana, tan desentonada, pero tan graciosamente ejecutado. Pueda perdonárselos la luna! Nosotros no nos sentimos con fuerza y valor para ello.

Las pajuelas, descoloridas y lánguidas sultanas, recostadas en sus muelles divanes de yesca, á las que solo animaban los esfuerzos unidos del hierro y de la piedra, aquellas pálidas vestales del fuego doméstico, se han visto arrebatar su reinado por un ejército de pigmeos y efímeros republicanos fósforos, que con su gorro encarnado, é íntimamente unidos en sociedades secretas, merced á su *sans-façons*, se han introducido por todas partes. Pero nosotros,—que somos palaciegos de la desgracia,—guardamos fidelidad á las destronadas sultanas,

que, segun la tradicion de los niños, estaba á cargo de la luna proporcionar en las casas. De esta tradicion se desprende que los niños,—que saben mucho y enmiendan la gramática con gran tino,—hicieron el descubrimiento de que la luz de las pajuelas no era la roja luz del sol, sino la amarilla luz de la luna.

Aconsejamos á los sábios que tomen algunas veces informes de los niños, sobre problemas que no alcanzan; pues los niños saben muchos misterios que ellos ignoran. ¿Quién se los dice? Ellos lo callan. No sabemos si será un niño al que sonrien dormidos, si será un pajarito, pajarito que sus padres calumnian, haciéndole pasar á sus ojos por acusador;—pero los niños no lo creen, y en eso llevan los calumniadores su castigo.—¿Si será el aura cuando los besa? ¿si serán las flores cuando los acarician? ¿si será el agua, cuando á los golpes que le están dando mientras desnudos en ella se bañan, salpica sus rostros de líquidos brillantes? ¿O si tendrán algo de divino en su mirada, que extiende su alcance á lo desconocido mientras son inocentes? Ello es, que saben cosas que nadie les enseña, y que la razon matemática no explica: cosas con las que simpatiza el poeta, que conserva con el bello don de Dios,—la poesía creyente,—la inocencia del sentir; pero de que se burla y moteja el hombre positivo, que en este suelo no quiere flores, ni nada inútil ni sin objeto, sino

que exige que todo él se are, y despues de arado se siembre de..... patatas!

Volvamos á la narracion, puesto que nos echan en cara nuestras digresiones. ¡A narrar, á narrar! al arado, y á sembrar patatas! Las digresiones están demás; que tambien en literatura hay hombres positivos. ¡Digresiones! ¡pues no es nada! La prosa se escandaliza; la narracion se indigna; el verso grita ¡usurpacion! el tiempo pide estrecha cuenta; el interés reniega de esos jaramagos parásitos; y la atencion dice que no quiere vagar como un papanatas, sino que quiere caminos de hierro para estar al nivel de los adelantos de la época. A tus agujas, sastre! (1)

—¡Alabado sea Dios! dijo Simon apeándose de la calmosa *Papalina*, que se encaminó sin salir de su paso hácia la cuadra, cuando Simon le hubo quitado la albarda. La bendicion, Madre! añadió al acercarse á la anciana.

—Con la de Dios, hijo: ¿vendiste las naranjas?

—*Toas*, y más que hubiese llevado. Pero no traigo un cuarto, Madre.

—¡Hombre, válgame Dios! ¿y qué has hecho con el dinero?

(1) Alude esto al notable artículo laudatorio que sobre *Clemencia* se publicó en el *Mensagero*, firmado A. D. F.—A encomiarlo nos impulsa la justicia y la gratitud; pero nos impide hacerlo, el ser nosotros á quien tan entendida y delicadamente elogia. En aquel excelente artículo nos defendia el autor de este cargo que se nos hace.

—Se lo presté al guarda del cortijo que linda con mi haza; me le encontré en el camino en unos grandes conflictos, porque ese alma de Judas del Alcalde le iba á embargar por las contribuciones. ¡Pues no clama al cielo que pague contribucion el infeliz, que no tiene ni pan que comer!

—¿Pero no sabes que estamos debiendo al panadero?

—Ese no nos ha de embargar, Madre; y bien sabe que tiene su dinero seguro. ¡Jesus! ¡y qué gañotes tan chicos tiene Vd.; que en un instante está ahogada! ¡Señora!

—¿Y tú sabes, hijo, què Juan Martin, el guarda, tiene mas trampas que misterios la Pasion, y que ese dinero no te ha de volver á pesar en tu bolsillo?

—Lo sé, Madre. Pero ¿qué habia de hacer? agradecido, me guardará mi pegujar con celo; y ya vé usted que «real que guarda á ciento, es buen real.»

—¡Vaya con el Alcalde! dijo la anciana; que otro mas duro no le ha habido. Mira tú, cebarse con Juan Martin, que es primo de su mujer, que en gloria esté!

—El Alcalde,—repuso Simon señalando una de sus venas,—es malo de ésta que corre; y desde que tiene la vara, se ha hecho un *D. Pedro de Palo* de los mas tiesos. ¿Pues no le oí decir el otro dia hablando de su hijo Julian: «este muchacho no tiene

amor al dinero; y eso es lo peor que puede tener.» (1)

—¡Hombre, Simon! exclamó absorta la anciana, ¿esa herejía dijo?

—Con estas orejas que se ha de comer la tierra, lo oí, Madre, contestó Simon tirándose bárbaramente de una de ellas, inducido á ello por la energía de la accion y el fuego de la indignacion.

—Mientras más rico se ha puesto, más duro y más avariento se ha hecho,—dijo la buena anciana;—ese vicio es mas malo que ninguno, porque endurece el corazon, y va siempre á más, como el cáncer. Mi Padre contaba que un hombre de muchos posibles casó á cuatro hijas que tenía, y á cada cual le dió una cantidad crecida de dinero. Al año fué á verlas.

—¿Cómo te vá? preguntó á la primera.

—Padre, contestó esta; desde que tomó el dinero, mi marido se ha enviciado en los naipes; no hace caso de mí, y todo lo está jugando!

—No te dé cuidado, ni te apures, le respondió su Padre: en acabándose el dinero, tendrá que trabajar: se acabaron entónces los naipes, y serás feliz.

Fué en seguida á la segunda de sus hijas, que le respondió llorando á la misma pregunta que le hizo, que su marido era muy enamorado, y que se gastaba todo el dinero en queridas.

(1) Histórico.

—No te dé cuidado, le dijo su Padre: en acabándose el dinero, tendrá que trabajar, y se acabaron las queridas; y serás feliz.

La tercera se le quejó de que su marido era borracho, y pasaba su vida en las tabernas.

—No te dé cuidado, le contestó su Padre: en acabándosele el dinero, tendrá que trabajar, y se acabó el vino y las tabernas; y serás feliz.

La cuarta respondió á la misma pregunta que le hizo su Padre, quejándose amargamente de lo avariento de su marido, que no le daba un cuarto, y la tenia muerta de hambre.

—¡Ay pobrecita de mi alma!—dijo su Padre abrazándola, ¡hija de mi corazon! que no le veo fin á tu desgracia! (1)

Lo que demuestra á las claras, prosiguió la anciana, que el peor de los vicios es la avaricia, porque es un vicio del corazon. Y asi bien hiciste, hijo mio, en socorrer á aquel pobre afligido. Mas que lo pierdas aquí, allá te la hallarás. Y más vale atesorar para la eternidad, que no para estos cuatro dias de vida temporal.

—Ese Alcalde-rapiña no merece al hijo que tie-

(1) ¡Qué admirable moralidad! ¡qué magnífica enseñanza! hacer del trabajo el contraste de los vicios; y de la ausencia de estos y de la pobreza, la felicidad!

¿Quién ha infundido el espíritu que inspiran estas sólidas y puras concepciones, sino el catolicismo? ¡Y se dice, y se vé impreso, que este pueblo no tiene moral, y carece de Religion!!...

ne, opinó Simon Verde. Es Julian un muchacho de los mejores del pueblo, tan modosito, tan ajuiciado, y mas fino que una ele.

—Sale á su Madre, que era una *vida de mi alma*: la gloria se la ganó con la paciencia que tuvo con su marido.

Desde que habia entrado, no habia cesado Simon de volver la cara por todos lados, como si buscase algo.

—Madre, dijo ahora, ¿dónde está la niña, que no la he visto?

—Haciéndote una camisa con su pechera bordada, hijo. Pero no quiere que lo sepas, hasta que la tenga rematada.

—¡Águeda! ¡Aguedilla! gritó el Padre; ¿dónde estás metida que no te veo?

Salió entónces de entre las flores la niña, que vino saltando como una ardilla al encuentro de su Padre. Mas en este momento llegó Julian, el hijo del Alcalde, que traia un saco de dinero en la mano. Era un bonito mozo de diez y ocho años, de modales finos, de talante gallardo sin arrogancia, de mirada dulce, tímida, pero firme y serena.

—Aquí tiene Vd., dijo á Simon Verde, los tres mil reales de su pegujar en yerba.

—¡Hijo, vendiste el pegujar! exclamó consternada la anciana.

—¡Y yo que no queria que lo supiese Vd., Madre! Pero, anda con Dios! ya que lo sabe, le diré

que lo vendí por aquello de «más vale un toma que cien te daré.»

—Mal hizo Vd. en venderlo, tio Simon, opinó el muchacho; porque valía mas de lo que le han dado, y el año va bueno, y así se lo he dicho á mi Padre. Más lo sentí cuando lo supe, que si hubiese sido mio el perjuicio.

—¡Válgame Dios, hijo!—exclamó afligida la Madre, el pan de todo el año!

—Y ¿qué se le ha de remediar? A lo hecho, pecho, Madre. Tome Vd. los tres mil reales, y los emplearémos en trigo en la cogida. Me lió tu Padre, Julian, y el medidor, que es como el vino, que ayuda al diablo. Pero anda con Dios! más vale ser liado que no liar!

La anciana fué á guardar el dinero.

—Cuéntelo Vd.,—dijo Julian á Simon, que no habia pensado en hacerlo,—que quien destaja, después no baraja.

Simon siguió á su Madre.

—Águeda, ¿me das ese clavel? dijo Julian á la niña cuando estuvieron solos.

—No.

—¿Pues para qué lo quieres?

—Para ponérmelo ¡mire!

—¿Y á quién quieres parecer bien?

—A mi Padrecito.

—¿Y á mí?

—Tanto me dá.

Agueda hizo un gracioso gesto de indiferencia desdeñosa, en el que apareció la mujer eclipsando á la niña, como la rosa que se abre, al capullo.

—¿Ya desdeñosa? dijo Julian; tanto mejor! que siempre se ha dicho:

Morena tiene de ser
La tierra para claveles;
Y la mujer para el hombre
Morenita, y con desdenes.

—¿Me das el clavel?

—¡El clavel;... que es el mejor de la maceta! exclamó Agueda; que nones! Primero daria el corazon.

—Pues dámelo, y quédate con el clavel.

—Ni lo uno ni lo otro, recalcó Águeda.

—¿Y qué, quieres ser monja?

—No lo tengo pensado ¿estás? Pero por ahora no quiero ni convento, ni zorroclocos.

—¿Pues qué quieres?

—El clavel;—dijo, y entróse corriendo en su casa la niña.

CAPITULO III.

A la mañana siguiente se puso Simon en marcha con su inseparable compañera la buena *Papalina*, encaminándose hácia una hacienda vecina, donde solia comprar aceitunas en salmuera para revenderlas en Sevilla.

Con las bruscas mutaciones de la primavera, veíase aquella mañana el cielo cubierto y enviar las nubes como itinerarios de las que debian seguirles, gruesas gotas de agua, que absorbia ansiosa la tierra, produciendo ese grato olor á búcaro, tan apetecido por muchas personas. Daban estas gotas al caer sobre los árbòles, sonoros golpecitos, como si quisiesen armar una alegre asonada para avisar á la naturaleza que era llegada la deseada hora de su baño. Caian sobre la tersa superficie del rio, en el que dibujaban ligeros y móviles círculos, que pa-

recian suaves sonrisas con las que el agua de la tierra acogia á la del cielo. Los pajaritos se dirigian unos á otros pitíos preguntones, como consultándose si se guarecerian ó nó de aquella ligera lluvia. Las ranas que al sentir el agua estaban en sus glorias, saltaban, cantaban y alborotaban, como lo hacen con el vino los borrachos en las tabernas; y no ménos que ellas lo hacian los chiquillos, que al ir á la escuela cantaban:

Señora Santa Ana
Abuela de Cristo,
Mándanos el agua
Para los triguitos!

Y las chiquillas, que tocándose un pañolito por la cabeza, salmodiaban al ir á la amiga.

¡Agua limpia, Padre Eterno!
Sin relámpagos ni truenos.

—Si no hubiese vendido el pegujar, iba murmurando Simon, hoy no habria aun parado de cantar el levante; lo vendí, y agua en tierra. Pero al que no le sopla la suerte, si va al monte por leña, halla conejo; y si va por conejo, halla leña.

Simon se habia internado por los olivares, que á gran distancia y á espaldas del pueblo se extendian; y costeaba ahora un espeso mimbral que nacia en una cañada, humedecida por las estancadas aguas de un manantial pobre y sedentario.

Seguia caviloso con el disparate á que se habia dejado persuadir vendiendo su sembrado; y de cuando en cuando decia en voz récia:

—¡Cómo ha de ser! Ya no tiene remedio. En este mundo siempre ha de haber quien ria, y quien llore. ¡Qué agallas tiene ese Alcalde, María Santísima! ¡Su ánsia es como la misericordia de Dios..... infinita!

Iba tan absorto en sus pensamientos, que solo un inusitado y extraño acontecimiento pudo sacarle de su arrobamiento. *Papalina*, aunque sin alterar su paso, levantó de repente sus dos enormes orejas,—paralíticas, y con talante de sauce lloron hacia muchos años,—y se puso á mirar hácia el mimbral. Simon siguió con la vista la direccion de las miradas de la burra, y vió y oyó moverse los mimbres. Como todos los campesinos, que están connaturalizados con toda clase de riesgos y peligros, no era hombre que conociese el miedo; pero tampoco era desprevenido. Y así, sin alterarse, se puso en observacion:—Toro no es, pensó, porque haria más ruido; zorra ni lobo, tampoco; porque haria ménos. Este es animal de dos piés, como yo y otros; y si se esconde, sus motivos tendrá, y á mí poco me se importan. Será algun gitano que viene á robar mimbres.

Apénas habia hecho estas reflexiones, cuando salió de entre las ramas un hombre de aspecto fiero, que se dirigió á él.

—No traigo escopeta; y así, me quedé sin hato..... pensó Simon sin conmoverse.

—Dios guarde á Vd., buen hombre, dijo el desconocido.

—Y á Vd. tambien, amigo: ¿qué se ofrece? ¿en qué se le puede servir? contestó Simon Verde.

—Puede Vd. salvarme.

—¿Yo? qué está Vd. diciendo?

—Que soy perseguido, y que si me cojen, soy *afusilado* sobre la marcha.

—¡Caramba, compadre! ¡y qué buenos papeles traerá Vd!

—Lo que traigo son méritos, ¿está Vd? Pues mi delito es pelear por el Rey *ligítimo* Cárlos V.

—¿Faccioso?

—Asina nos llaman los traidores.

—Pues señor,—dijo Simon echando una mirada escudriñadora á su interlocutor,—yo estoy para mí que el Señor D. Cárlos de Borbon poco habia de agradecer que tomase el que se le antojáse su nombre para bandera. ¿Porqué, como los otros, no se van Vds. á las Provincias á pelear cara á cara?

—Aquí estamos para reclutar gente.

—Y caballos y dinero tambien. Perdone Vd. señor; pero yo soy un hombre pacífico y un hombre *establecio*, y no me quiero meter en berenjenales.

—Déme Vd. siquiera un pedazo de pan, dijo con la cara desatentada por el hambre el forastero; que

hay dos dias que estoy metido en ese mimbral, y no cómo.

El semblante de Simon se inmutó instantáneamente, y la más viva compasion se pintó en él.

—¡Válgame Dios, cristiano! exclamó, ¿y porqué no empieza Vd. por lo primero? ¡Y yo que no traigo pan! Pero aguarde Vd.; que estoy aquí de vuelta en un brinco.

Y ántes que el desconocido lo hubiese podido impedir, habia Simon desaparecido, dejándole frente á frente con *Papalina*, que no siendo dada á la política, no habia puesto al que se denominaba carlino, ni bueno ni mal gesto.

El forastero dió una fuerte patada en el suelo; quedóse un momento suspenso, y murmuró:

—¿Si será que solo ha huido, ó si me irá á delatar? Pero aun dado el caso, ¿dónde voy yo, si todos los caminos están tomados por la caballería? No, añadió despues de un rato de reflexion: las gentes del campo no delatan; no ha hecho mas que huir: volveré á esconderme, y esta noche buscaré amparo.

No bien se hubo metido entre los apiñados mimbres, cuando oyó cocear; púsose en observacion, y vió á Simon Verde, que con una hogaza de pan en la mano, corria las lindes del mimbral diciendo:

—Ssssp, ssssp, amigo, ¡hé! ¿dónde demonios está Vd. metido? aquí está el pan; ¡sssp, amigo, hé!

El perseguido salió precipitadamente de su escondite, y se echó con ánsia sobre el pan, repitiendo:

—Dios se lo pague á Vd! que ha hecho una obra de caridad de las grandes.

—Pues, hombre, repuso Simon Verde, ¿quién no dá de comer al hambriento? ¿me querrá Vd. decir? Dos cosas no ha conocido nunca el hijo de mi Padre; ni miedo, ni hambre. Pero cargo me hago de lo que será el hambre.

—Pues hágase Vd. tambien cargo de lo que será, repuso el forastero, el estar uno acosado como fiera, no tener donde descansar su cabeza, y estar en tierra extraña, sabiendo que si es cogido le aguardan cuatro tiros.

—Ya, ya, me lo figuro, dijo Simon Verde; el que como toda alma caritativa, que empieza á hacer una buena obra y á sentir la delicia que arrastra tras sí como su perfume, ansiaba por ponerle cima; pero no veia medio de lograrlo.

—En pasando unos dias, prosiguió el forastero, podría escapar; pero lo que es ahora, andan tras de nosotros, y están las veredas tan guardadas, que ni los pájaros pueden pasar.

—Pues... donde ha estado Vd. escondido dos dias, estése Vd. otros dos, opinó Simon; que yo le traeré á Vd. el pan, como el cuervo á San Pablo, primer ermitaño.

—¿Y qué? ¿acaso estoy allí seguro? Este olivar

será registrado de punta á punta, y en él me hallo como en una jáula. Si Vd. me escondiese por un par de dias, en su casa, me salvaba! pues allí no me habian de buscar.

—Hombre, si eso se sabe, me van á llamar *encubrior*; y me cuesta la torta un pan.

—¿Y cómo se ha de saber? ¿se ha sabido de otras tantas, en que las buenas almas me han dado albergue? ¡Así estuviese en la sierra! Allí no se arredran tan fácilmente las gentes cuando se trata de salvar á un defensor del Rey *ligítimo*.

—Déjese Vd. de Rey *ligítimo*; que acá no me comulga Vd. con ruedas de carreta. No se trata de eso, sino de salvar á un prójimo. Y lo haré, lo haré; porque si cogiesen á Vd. y le despachasen para el otro mundo, me habia de quedar un gusano para mientras viviese. Y no quiero gusanos. Ahí no se puede Vd. quedar; estoy hecho los *cargos*. Además, con el tiempo que está haciendo en ese pantano, agua por arriba y agua por abajo, se iba usted á volver rano. Esté Vd. esta noche despues de ánimas detrás de la iglesia del lugar, que linda con los olivares; á esa hora no velan en el pueblo sino los gallos y los novios, y podrá entrar en mi casa sin ser visto. Pero...... se irá Vd. en pasando dos dias?

—¡Por esta! contestó el forastero haciendo la señal de la cruz.

—Pues... ¡convenidos! dijo Simon. Ea, salud! Y

llamando á *Papalina*, que por discrecion se habia alejado, y por pashtiempo descabezaba algunos cardos de los que llevan por galardon el nombre de su casta, volvió Simon á emprender su marcha, cuidando de no ser visto en la cercana hacienda, donde habia ido á pedir el pan.

Simon volvió á su casa, desocupó y aseó un gallinero, que estaba á espaldas de ella, y despues fué á sentarse al lado de su Madre, á quien dijo con su boca de risa:

—Madre, esta noche tenemos huésped.

—¿Nosotros?—exclamó sorprendida la anciana.—¿Y quién puede ser ese huésped? Será un amigo tuyo de los mas estimados.

—No, señora, no es amigo, ni lo permita Dios! Es un faccioso, Madre, y de los de mala calidad: le andan siguiendo la pista de cerca, y si le pillan lo despachan en un tris, y sin confesion, lo que es un dolor.

—¡Ay hijo, sea por Dios! Si lo descubren, te van á armar una, de la que sabe Dios cómo saldrás! Cuando ménos, se irá cuanto tienes, entre costas y dádivas, entre músicos y danzantes.

—Verdad es, Madre; y bien se me ha prevenido. Pero, señora, cuando me le hallé, estaba muerto de *jambre*, *esfallecío y esatentáo*: me dijo que no tenia amparo; me cogió la blanda; ¿qué habia de hacer? ¡Anda con Dios! ¡ha sido un mal encuentro! Pero si de algo me he de arrepentir, más vale que

sea de haber dicho á un desamparado que sí, que no de haberle vuelto la espalda sin gastar projimidad como Dios manda.

—Verdad, hijo, verdad! haz bien, y no mires á quien; dijo la buena anciana.

Al toque de Animas, Simon salió de su casa.

Al notarlo, un jóven se escondió detrás de un naranjo; y al salir del huerto Simon, un hombre se ocultó tras de una esquina. Pero él nada observó.

El muchacho era Julian, á quien atraian el clavel y la niña; el hombre era el Alcalde, que habia notado la escapatoria de su hijo, y le acechaba.

—¿Qué se le ofrecerá á estas horas al Padre de Águeda? ¿si habrá alguien malo? pensó Julian.

—¿Dónde demonios va Simon Verde tan tarde? á nada bueno será, pensó el Alcalde.

Entretanto Simon habia subido hasta la iglesia y el palacio, que solitarios y silenciosos parecian mayores y más majestuosos á la triste y grave luz de la luna; pasó ante la puerta de la iglesia, y se quitó el sombrero pensando:

—Esta puerta tampoco se cierra á ninguno que llama á ella!

Llegó al sitio que habia indicado al forastero, al que halló ya aguardándole.

—Ea, le dijo, véngase Vd. como la soga trás el caldero. No me pierda de vista, ni tampoco se me acerque; que á seguro lo llevan preso.

—En Vd. confio; dijo en honda voz el perseguido. Mire Vd., que á Vd. me entrego y sin recelo: ¿hago bien?

—Pues, ¡hombre de Dios! ¡tendria que ver que viniese cargado de esteras! Oiga Vd., señor, ¿tengo yo cara de traidor? Si no fuéra mirando que la *jindama* (1) que trae, le perturba el juicio, perdíamos las amistades. ¡Por vida de la Vírgen del Lagar! Ya se deja ver que no conoce Vd. á Simon Verde! Ea, ande Vd., y deje los malos pensamientos fuera de la casa mia, en la que no tienen cabida.

Simon se volvió á su casa, á la que poco despues llegó el forastero.

—¿Quién será? pensó Julian; me ha parecido el hijo del capataz de Porsuna. Despues de un rato de reflexion murmuró: ¡qué! todavía es Águeda muy niña para que piensen en casarla.

—¡Yo no conozco á ese hombre: ¡aquí hay gato encerrado! pensó el Alcalde.

Simon llevó á su huésped á la guarida que le habia preparado, se alejó, y poco despues volvió con un pan, un chorizo, unas naranjas, y una alcarraza de agua.

—Ahora, le dijo, va Vd. á estar aquí metido, sin decir esta boca es mia. Puede Vd. descansar;—que estoy para mí que lo necesita;—y dormir el sueño de San Juan, que duró tres dias.

(1) Miedo.

—Puede que alguna vez se lo pueda yo retribuir, contestó el otro; y si llegamos á vencer, como hubiera sucedido en la sierra si hubiese muchos de mi *calidá*.....

—Déjese Vd. de bocas de la Isla (1) dijo Simon Verde, interrumpiendo á su huésped. Yo no quiero retribuciones, compadre: lo que quiero es sacar á Vd. del atajo, y despues.... salud! Pobre soy, pero en mi vida de Dios he hecho nada por el interés.

—¿Usted es pobre? preguntó el forastero, pues me pensé que estaba Vd. bien acomodado, y que *tenia peso* (2).

—Pues amigo, se engañó Vd.: no tengo mas que esta huerta. Un pegujar tenia, en el que habia metido toda mi calor, y ayer me tentó el diablo de venderlo; me metí en trato con el Alcalde, que es la sanguijuela del pueblo, y me lo sacó en indinos tres mil reales, que es todo mi caudal. ¡Vamos! ¡si esto ha sido una animalada de las enormes! Pero ha de saber Vd. que cualesquiera me lleva de calle: esta falta la he tenido desde que nací, y la he de tener mientras viva; que lo que entra con el capillo, sale con la mortaja. Pero, en fin, no me amilano; que rico es quien nada desea; y yo tengo, sino dineros, una Madre que vale un Perú, y una hija que vale un Imperio.

Mientras tenia lugar esta conversacion, Águe-

(1) Fanfarronadas.
(2) Dinero.

da, como niña y curiosa, se habia venido acercando de puntillas al gallinero, habia aplicado sus ojos á una rehendija, y examinado al forastero; despues de lo cual, temiendo que saliese su Padre, se habia encaminado, como vino, hácia la casa.

De repente hizo una exclamacion de sorpresa y asombro, al ver salir un bulto de detras de un naranjo.

—Calla, Águeda, que soy yo, dijo una voz queda y conocida.

—¡Jesus! ¡qué susto me has dado, Julian! dijo Águeda; ¿y tú qué haces aqui?

—Vengo por el clavel.

—¡El clavel! El clavel está mejor en mi cabeza que en tus manos.

—No digo que no, si es amigo de lucir; mas no así si prefiere ser estimado. Pero... ante todas cosas, ¿de dónde venias tú?

—Cuchareta, donde no te llamen, no te metas.

—¿A que venias porque sabias que estaba yo aqui?

—Ni que lo pienses: venía del gallinero aquel; ya lo sabes.

—¿Y á qué fuístes allí?

—A ver á un hombre que en él tiene metido mi Padre.

—¡Un hombre! ¿Os toca algo?

—No me toca nada, ni lo permita Dios.

—¿Es mozo?

—¡Qué! Es mas viejo que el paño azul.

—¿Es bien parecido?

—Es un real mozo! Tiene los ojos como perro acosado; las narices como una libra de filete; la boca como una morcilla, y la color como si lo hubiesen *teñío* con chocolate.

—¿Quién será?

—Algun gitano que le viene á mercar á Padre la marrana.

—Eso será. ¿Me dás el clavel?

—¡No eres tú porfiado en gracia de Dios! ¿No ves cabezon, que no lo traigo puesto?

—¿Me lo darás mañana?

—Lo mismo que hoy. Pero vete, que ahí viene mi Padre.

—Me iré si me prometes dármelo mañana, dijo el muchacho cogiendo por el vestido á Águeda, que queria alejarse.

—¡Que no! y en diciendo yo que nó, como si lo dijese el Rey! Suelta, *guason*, (1) que viene Padre.

—¿Me darás el clavel mañana?

—No.

—¿Pues cuando?

Simon Verde se acercaba.

—El dia de la Ascension, dijo con angustia la niña, deslizándose silenciosa entre los árboles como una mariposa.

(1) Fastidioso, pesado.

—¿El dia de la Ascension, éh?—dijo de repente Simon Verde, á cuyos oidos llegó esta palabra.—Ya veo que el dia de la Ascension, cuajan la almendra y el piñon. ¡Por vida de los mozos y mozas tempraneros! ¿á qué venías aquí, dí, Julian de mis pecados?

—Tio Simon... venía... venía á decirle si me queria traer mañana de Sevilla...

—¿El qué, acabarás?

—Un...: un... un almanaque.

—¿Para que no te se pase el dia de la Ascension? Lo que voy á traer de Sevilla es un candado para mi puerta, ¿estás? Pues tu Padre tiene los humos muy altos, te tiene á tí por esas cumbres, y no ha de consentir en ese noviajo. Y como mi hija no ha de llevar un féo de nadie, le cojo á tu Padre la delantera. Y asi, Julian, aunque te estimo, te digo que pongas los piés en la del Rey, y que en tu vida de Dios aportes por acá. Ea, hijo, coge dos de luz, y cuatro de traspón.

CAPITULO IV.

Al dia siguiente fué Simon Verde con su carga de aceitunas á Sevilla, las vendió bien, y resignado ya con la mala venta de su pegujar, llegó como siempre á su casa, contento y cantando; mas no pudo entrar en ella, porque á la puerta fué preso.

El pobre hombre se quedó consternado.

—¡Ahora sí, pensó, que la hice buena, y que me cayó la lotería! ¡De esta hecha cogen al faccioso, y soy perdido! ¡Hija mia! ¡Madre mia! ¡No siento más sino las lágrimas que van á llorar!

—Simon, dijo el Alcalde cuando éste estuvo en su presencia; aquí ha venido una requisitoria requiriendo á un latro-faccioso que se dice vaga por estas comarcas; anoche escondiste á un hombre en tu casa: dí quien era.

—Yo no hé escondido á nadie en mi casa, repuso Simon, que decia la verdad.

—Mira, dijo el Alcalde, que se va á registrar la casa; y que si persistes en negar, y se encuentra, serás acusado de embustero, encubridor y cómplice.

Simon volvió con desaliento los ojos á su alrededor sin acertar qué responder, cuando se halló con los de Julian sonriéndole como para tranquilizarle: el que en seguida salió sin ser observado de nadie.

Simon, que conocia los nobles sentimientos de Julian, acertó que el intento que llevaba, era salvarle, avisando en su casa que iba á ser registrada, dando tiempo á que huyese el reo. Así fué que consideró que lo que convenia era ganar tiempo, y serenándose en seguida, dijo al Alcalde:

—Señor, yo estoy *turulato*. Porque ha de saber su mercé que es la primera vez en mi vida que me he visto en manos de la Justicia. ¿Le han preso á su mercé alguna vez, señó Alcalde?

—¿Qué significa esa pregunta, Simon? respondió encolerizado el Alcalde; ¡pues qué! ¿te parece á tí que un hombre como yo, puede dar lugar á que se le prenda?

—¡Señor, no se perturbe su mercé! que en los tiempos que corren, más de cuatro que van diciendo por la calle *yo soy*, *yo soy*, han dormido en casa de muchas ventanas. Podría su mercé haber sido puesto á la sombra por equivocacion, como lo está un servidor de su mercé.

—Simon, dijo incomodado el Alcalde, déjate de zumbas, que pegan aquí como un fandango en un entierro; y vengamos al caso. Un hombre entró anoche en tu casa; no lo podrás negar.

—No entró anoche más hombre en mi casa que yo, señó Alcalde.

—No niegues, dijo el Alcalde exasperado por las reiteradas negativas de Simon; que yo le ví

—¿Con que su mercé es el testigo? dijo Simon con una amarga sonrisa; pues no niego, señor, que entrase uno en mi huerta; ese hombre, señó Alcalde era su hijo de Vd., al que dije que se pusiera en la del Rey, se viniera á su casa, pidiese la bendicion, y se metiese entre palomas. (1)

Por más que hicieron los presentes no pudieron retener un murmullo de risa, que acabó de exasperar al Alcalde, humillando su vanidad estas palabras de Simon, del que resolvió vengarse. Así fué, que dijo con soberbia:

—El cuidado será mio de que el cabriola de mi hijo no aporte por tu casa, la que ahora mismo se va á registrar.

—Lo que siento,—dijo Simon que á medida que pasaba tiempo se habia tranquilizado,—es que no haya sabido mi Madre que nos iba su mercé á honrar, señó Alcalde, para que hubiese estado la casa deshollinada, *aljofifada y espergurada*.

(1) Meterse entre sábanas, en la cama.

(*N. del E.*)

El Alcalde se levantó lleno de rábia y de coraje, y seguido del escribano y de un mozo, se encaminó con Simon á su casa. Todo cuanto habia dicho el jovial Simon Verde, con la sola intencion de ganar tiempo, y de darle al asunto poca importancia, no fué interpretado así por el Alcalde, que pensó ver en ello socarronería é intencion de desafiarle; por lo cual, este hombre de mal carácter estaba enconado contra Simon. Lo estaba además por haber descubierto la noche ántes que su hijo rondaba á la hija de aquel, por lo que á pesar de su prosopopeya le habia calmeado su preso en el interrogatorio, y porque habia sabido por su director y confidente, el perverso escribano, que todo el pueblo, que queria mucho á Simon, habia puesto los gritos en el Cielo con la compra que habia hecho el rico pelantrin al pobre pegujalero, de su sembrado.

Demás está decir que Julian habia avisado á la Madre de Simon Verde, la que al ir á dar aviso al forastero, halló que como si hubiese tenido un presentimiento de lo que ocurria, habia huido. Así fué que, por más que registraron la casa y sus dependencias, no hallaron ni rastro de lo que buscaban. El Alcalde estaba exasperado á lo sumo, porque constándole que Simon habia escondido un hombre, y no hallándole, su visita domiciliaria iba á pasar á los ojos de todos por una despótica arbitrariedad.

—Yo he visto entrar anoche aquí á un hombre;

no se halla; lo que solo prueba que se ha marchado, y hasta que esto no se aclare, quedas preso, Simon Verde, dijo el Alcalde.

—¡Señor: por Dios! repuso consternado el pobre hombre; ¿y quién me gana el pan mañana? ¿quién lleva á vender una carga de hortaliza que ya está cogida?

La Madre se echó á llorar, y todos los que estaban presentes intercedieron por Simon.

—Si ha de quedar libre, dijo el Alcalde, ha de ser poniendo un fiador, ó dando al ménos fianza en dinero hasta que yo dé parte.

—Por eso no ha de quedar, repuso Simon Verde; Madre, saque Vd. los tres mil reales que tiene en el arca, y déselos al señor.

La Madre se levantó presurosa, abrió el arca y dió un grito. El dinero habia desaparecido.

—Madre, preguntó Simon Verde, ¿qué es eso, que se ha quedado Vd. yerta?

—¡Hijo, exclamó desconsolada la anciana, nos han robado!

Esta desgracia era demasiado cruel é imprevista; y Simon y su Madre eran demasiado ingénuos para poder disimular ni su existencia, ni su indudable orígen.

—¡No puede haber sido sino ese hombre! exclamó en desatentado arrebato de dolor la anciana.

—¡Borrico de mí! añadió Simon Verde dándose con los puños en la cabeza, que le dije que ese di-

nero tenia, ¡loca es la oveja que al lobo confiesa!

—¿Con que por lo visto, has tenido un forastero en tu casa? preguntó en sus glorias el Alcalde.

—Mal que me pese, sí señor, respondió Simon; me hallé á ese infeliz...—á esa serpiente, que asi es preciso decirle—muerto de hambre, y en un tris de recibir cuatro tiros; me adolecí de él, si señor; le dí de comer, si señor; le amparé y escondí, si señor! Esto—mas que su mercé diga que no,—es una obra buena, si señor! Y cate Vd. el pago que me ha dado! Esto es ser un mal alma, si señor.

—¿Y tú le conocias?

—¡Yo no! no sabia de él ni hoja ni rama.

—¿Pero sabias que era latro-faccioso?

—De sobra que sabia que habia delinquido, pues los cuatro tiros que tenia prevenidos, por rezar el Rosario no serian.

—¿Pero sabias que era faccioso?

—¡Otra! ¿qué más dá?

—Mucho; porque puede haber connivencia, ramificaciones,... y asi es mi deber....

—¿Qué *convenencia* habia de haber para mí en eso, me querrá Vd. decir?

—Digo *connivencia*; que es entenderse con la faccion, darle apoyo, prestarle proteccion...

—Yo no he dado nada de eso, señor: tan bien lo sabe su mercé como yo. Dí amparo á un desamparado; en pago me ha robado. Si ahora me va su mer-

cé á hacer un cargo, será agua hirviendo sobre la quemadura.

—Tengo que cumplir con mi deber, dijo pomposamente el Alcalde; si no lo hiciese, me podrian envolver y meter tambien en el ajo.

—Señor, ¡por Dios! dijo con angustia el pobre Simon: ¿se va su mercé á encarnizar conmigo, á perderme y á hundir á un amigo?

—Al amigo se le acompaña hasta la puerta del infierno, y allí se le deja, respondió el Alcalde.

Triste seria seguir paso á paso la causa que se le formó al pobre Simon Verde, y las picardías que hicieron escribas y fariseos para sacarle dinero hasta dejarle arruinado. ¡Cuántos de estos ocultos y misteriosos embrollos,—de que son víctimas de un modo ú otro los pobres,—se ven en los pueblos de campo! Vése la justicia ahogada en una multitud de procedimientos, envuelta la inocencia, sujeto el derecho en las redes de hierro de enredos y trapazas, necesitando la verdad y la equidad para hacerse luz tal cantidad de pruebas, diligencias y costas, que desmayan los interesados, como las moscas en las redes de las arañas, y los que desearan protejerlos, se ven con las manos atadas. De todo esto ha hablado la prensa libre; sobre todo ha derramado unas veces su injusta hiel, y otras su justa indignacion, y solo han hallado favor ante ella los Escribanos, secretarios de los Ayuntamientos de los lugares, los que,—con algunas honrosas

excepciones,—suelen ser los mas malos, los mas venales, los mas tiranos y los mas opresores de los hombres. Todo poder ha sido contrarestado, disputado y combatido en nuestra época, ménos el de estos déspotas de los pueblos, que acaso son los que mandan y afligen más, y con ménos remedio.

Agotados todos los recursos de Simon; apremiado por sus acreedores, y perseguido por las costas que le exigieron para echar tierra por cima de aquella gravísima causa, se vió obligado á vender su huerta á subasta, la que ahuyentados préviamente los opositores, adquirió el Alcalde en la tercera parte de su valor. Y no alcanzando su importe á sufragar todas las costas, fué igualmente vendida la sola propiedad que ya poseia Simon: la burra, su buena y anciana compañera! No es posible pintar el dolor que partió el corazon del excelente hombre, cuando habiendo caido el pobre animal en poder del Escribano, la vió sacar de la cuadra en que habia pasado las horas de descanso de toda su vida, y arreada bárbaramente por los hijos de su nuevo dueño, encogerse al dolor de los varazos que le asestaban, y alejarse volviendo la cara como buscando á su amo. Águeda lloraba amargamente, y Simon se alejó, para hacer otro tanto sin ser visto.

¿Es creible que existan personas que viven largos años, teniendo en su posesion un animal de

cuyos servicios se valen, cuyo cariño cautivan, y cuya presencia bajo sus techos se hace una costumbre, y no obstante, no le tomen apego, no les inspire un sentimiento de amor, ni de benevolencia, ni aun de lástima? No es creible, no. ¡Y no obstante, es una de aquellas verdades amargas y desconsoladoras, que la evidencia inculca puñal en mano!

Hubiera partido el corazon del más indiferente el ver salir de la huerta á la desolada anciana.

—No se apure Vd., Madre, le decia Simon, reprimiendo su dolor por no agravar el de la buena anciana. Matías, á quien *empresté* para techar su casa, y que nunca me ha podido pagar, me ha dicho que en su casa hay una vivienda para nosotros, mientras la casa sea casa. Con que ya ve Vd. que no estamos ni en la calle, ni sin amigos.

—¡Ay Dios de mi alma! exclamaba la pobre desposeida; ¡la huerta que hace tantos años venís heredando de padres á hijos, como si fuese un mayorazgo! ¡La huerta en que habeis nacido todos! ¡La huerta en que murió tu Padre como un santo! ¡La huerta, al pie de cuyos naranjos me sentaba, y nos consolábamos de ser los solos en sobrevivir á cuanto nos rodeó en otros tiempos! ellos, con cubrirse de azahares, como de canas; yo con rodearme de nietos, como de flores! ¡La huerta, cuyo emparrado hacía tan dulces los dias de verano con su sombra, tan gratas las noches de invierno con la alegre bra-

sa de sus sarmientos! ¿Quién regará las flores que yo sembré? ¿Quién dará de comer á aquellos pajaritos, que á mi voz acudian sin recelo?

—Señora, no se aflija Vd.; que nos llevamos lo mejor, que es la buena conciencia; la que donde quiera que vayamos, nos prepara un lecho de plumas. A los que es preciso compadecer es á aquellos qee en mullidos lechos no hallan descanso, que son los que obran malamente.

Simon añadia mentalmente:

—¡Condenado ladron! ¡la culebra que por *mor* suyo se nos ha liado! ¡Y ese Alcalde, mas malo que el siglo, sacando astillas del palo caido! ¡tan honrado Juan como Pedro!... Dios los ayude!

—¡Señora! proseguia en voz alta al ver llorar á su Madre, Dios no le falta á nadie. Vd. que es tan dada á las cosas de Dios, hágase cargo de la gloria tan hermosa que estará gozando Job, y los tormentos que estará sufriendo el rico avariento.

—Los mismos has de pasar tú, proseguia Simon para sí, Alcalde de malas entrañas, á quien no han podido mover á compasion estas santas canas, á las que hacen su venera todos los del lugar, grandes y chicos.

—¡Madre! exclamaba al ver que la afliccion de la buena anciana no cedia, no llore Vd., por María Santisima....; que me está Vd. partiendo el alma! No parece sino que se le acabó á Vd. el mundo. ¿No me tiene Vd. á mí, que soy su báculo? ¿no tiene

Vd. á la niña, que es su alegría? ¿Dónde irá Vd. que no le gane yo su pan; y á qué parte que ella no le siembre flores? ¿dónde, que no la cuide yo, y ella le cante? ¿dónde irémos que no venga Dios con nosotros?

CAPITULO V.

Algunos años habian pasado. La familia de que nos hemos ocupado, como el árbol que se transplanta, habia sufrido, se habia ajado. Pero con el gran consolador humano, el tiempo, y su suave hija, la costumbre, el árbol habia tomado la tierra, y regado por el sudor del trabajo, habia reverdecido y aun echado flores; esto es, que en aquella casa habia contento. Contribuia á esto el que Nicolás, el carretero, habiendo tenido una herencia, se apresuró á pagar al pobre Simon Verde el buey difunto: ese dinero sirvió á Simon para recuperar á *Papalina*, pagando al escribano doble de lo que habia dado por ella.

—¡Cómo ha de ser! de *tienes* á *quieres* un tercio pierdes, pensaba Simon.

Con esto se halló en estado de continuar su an-

terior manera de ganarse el sustento. La alegría de hallarse de nuevo al lado de su antiguo amo, la demostró *Papalina* de un modo muy récio y sincero, aunque poco melodioso. La tia Ana regaba sus macetas, daba de comer á los pájaros, hilaba y rezaba; Águeda se engalanaba con claveles, y cantaba:

Hermanitos terceros
son los claveles.
Un clavel fué la causa
de yo quererte.

Cantaba asi, porque sus amores con Julian, nacidos bajo el auspicio de un clavel, habian crecido recíprocamente á la sombra del misterio, como crece pura y resplandeciente la luna en la oscuridad y silencio de la noche. Motivaba este misterio, además del instintivo pudor del amor, la conviccion que tenian ambos de que sus Padres, el uno por innata dignidad, el otro—que queria casar á Julian con la hija de un rico labrador de la Puebla,—por codicia, no los hubiesen jamás consentido. Habia más; y era que el Alcalde conservaba hácia Simon Verde el rencor que aquel que se porta mal, siente contra aquel con quien lo ha hecho; rencor mil veces mas amargo é inextinguible que lo es el del ofendido. Y la prueba es que Simon Verde con su hermoso corazon no conservaba ninguno contra su perseguidor.

La buena Abuela sí sabia estos ocultos amores, y solia decir á su nieta.

—Águeda, hija, ¿en qué estais pensando?

—En querernos, Mae Ana, contestaba Águeda.

—Si eso no lleva camino, hija: ¿no sè os previene el dia de mañana?

—No pensamos mas que en el de hoy, Madrecita.

—¡Ya se deja ver! los pocos años no tienen sentido. ¿No ves, criatura, que te estás previniendo más lágrimas que perlas tiene la mar?

—Si de todos modos las he de verter, miéntras mas tarde mejor, Abuelita.

—¡En fin, sea lo que Dios quiera! decia suspirando la buena anciana.

—¡Eso, eso, eso ha de ser! y no lo que quiera el Alcalde. Para bien gozar, mucho esperar, Abuelita, contestaba Águeda.

Por aquel entónces los habitantes de Gelves abrieron los ojos y la boca inusitadamente, pues un dia, cuando ménos se pensaba, el vacio y solitario palacio dió señales de vida. Abriéronse balcones y ventanas, como ojos que se despiertan: la gran puerta se vió de par en par, como boca que bosteza. El aséo con su vestido blanco, inmaculado é inodoro, se presentó á tomar posesion de aquellas solas y abandonadas habitaciones. Precedíale un ejército de auxiliares; eran estos la activa y agil escoba, la que se fijaba sobre el suelo con intencion

de no dar cuartel á bicho viviente; el desmadejado y lánguido deshollinador, que miraba á las musarañas; los estropajos que sacaban porcion de uñas amenazadoras; el jabon, que miraba á los cubos de agüa con el asombro con que mira el hombre á la sepulturá que se le comerá; las aljofifas y paños de polvo, que abrian los brazos y se sacudian, ántes de empezar su taréa.

Al ver este ejército enemigo y sus evoluciones, las cucarachas ó *correderas* se desatentaron, perdieron la cabeza, y atrapadas por las escobas en sus locas carreras, hízose de esta raza una bárbara carnicería. Las arañas pusieron en movimiento acelerado sus largas patas, y huyeron llorosas y despavoridas de su tranquila Tebaida, echando una última y tierna mirada á las redes que tan bien habian confeccionado, sin guita ni mallero. Los murciélagos, horripilados al ver candiles y velones, se refugiaron á la torre de la iglesia, á pedir hospitalidad á la lechuza. Esta, que es misántropa, los recibió con muy poco agrado: los ratones se quitaron de ruidos; y el polvo que tomaba las ínfulas de secular, forzado á levantar sus reales, se echó desatinado en brazos de su enemigo el viento: viósele valsar airosamente en un rayo de sol, y lanzarse por una abierta ventana en el espacio.

—¿Qué le habrá dado al palacio, que asi se sacude y se refresca?—decian las gentes del lugar;—¿si vendrá la Infanta?

Aquella tarde atracó á la orilla del rio un bote que traia algun ajuar de casa, y en el que venian un caballero y una señora.

El caballero, que tenia como unos cuarenta años, era alto y corpulento: traia puesto un tremendo sombrero húngaro, un gaban de los mas destartalados en hechura y de los mas excéntricos de color. Tenia la mirada de Emperador romano; la pisada de conquistador germánico; traia un puro colosal entre unos bigotes análogos: hablaba récio, llamaba á todos *chicos*, y gastaba mas bambolla que dinero, segun pudo colegirse por la reñida cuestion que sostuvo con el barquero por un real.

La señora, á pesar de que se la conocia que estaba enferma por su color pálido y su extremada delgadez, era viva, petulante, ruidosa y risueña. Tenia puesta una capota rosa, tan en extremo echada atrás que parecia su page; una manteleta verde-gay con profusion de flecos y borlas: un vestido de seda á cuadros, cada uno de su color, como hombres políticos; unas botas claras de color; pero todo, aunque nuevo, ajado como su ama. Traia un broche que deslumbraba, una pulsera que brillaba, un abanico que relumbraba, y una perrita que ladraba.

En la venta estaban algunos vecinos y vecinas del pueblo, que con Joaquin *Mi niño*, presenciaban el desembarque; los que se quedaron absortos al ver aquel lujo estrambótico, exótico, inusitado y visual.

—¿No te lo dije que habia de venir la Infanta? Esa es; decia la nécia de la Madre de Joaquin *Mi niño*.

—¡Qué habia de ser esa, que lleva la gorra á *moó* de redecilla! replicó un hombre. Su Alteza no lleva mas que mantilla, como una *resalaá* española que es.

—¡Bendita sea su alma! exclamaron las mujeres.

—Han de saber Vds. que no tiene Su Alteza mas que cuatro pensamientos, dijo el hombre.

—¿Cuatro? ¡ay Jesus! exclamó la ventera madre.

—*Contáos*; ni uno más, ni uno ménos.

—Oye, ¿y sabes tú cuales son, José?

—¡Qué ha de saber ese cuaco (1) los pensamientos de la Infanta! opinó *Mi niño* en voz de bajo.

—Pues lo sé, *Mi niño*, y lo sabe *toa* España, *toa* Francia y *toa Ingalaterra*; y el cuaco lo serás tú si no lo sabes.

—Pues dilos ya que lo sabes, dijeron á una voz las mujeres al narrador.

—Son, respondió este; DIOS, SU MARIDO, SUS HIJITOS Y LOS PROBES. Y lo mejor que teneis que hacer vosotras es seguir su ejemplo; ¿estais?

—¿Y el Infante?

—Lo propio, por consiguiente: como que lo ha heredao de su Madre que dicen es una Reina Santa y *prefeuta*, como Santa Isabel Reina de Hungría

(1) Ganso.

y Santa Clotilde Reina de Francia. Y esto es la pura verdad, y se debe decir á voces, para que suene por esos mundos.

—Pero José, si no la conoces, ¿cómo sabes que no es esa? preguntó la hermana de *Mi niño*, que no queria perder la esperanza de que fuese la desembarcada la Infanta.

—¿Pues no estás viendo, chiquilla, que no trae *conmitiva*?

—¿Y qué es *conmitiva*, Mae? preguntó la muchacha.

—¿Qué se yo? será á moa de pálio, contestó la ventera Madre.

—¡Qué *espilfarro*! dijo *Mi niño*; son los coches..

Los señores desembarcados pasaron al palacio, en el que se instalaron, él arrellanándose en un sillon, ella asomándose uno despues de otro á todos los balcones que tiene el palacio, cantando trozos de las óperas mas modernas, y exclamando con acento italiano.

—*Bello, bellisimo*!

Es cierto que es difícil hallar una vista mas bella que la que desde los balcones del palacio de Gelves se disfruta; uniéndose allí lo ameno y lo grandioso; lo bonito en el detalle, lo ancho y hermoso en la perspectiva. Al pié del palacio baja el terreno entre los árboles de las huertas, se detiene un momento en el prado para dar un pienso á los bueyes, y se hunde en el rio para volver á salir

en la orilla opuesta, engalanado con arbustos y mimbres, y distribuirse despues en sembrados, naranjales y pastos, marcándose las lindes de estos con frondosos vallados, que llevan penachos de árboles.

El rio pasa tan señor y tan sereno por estas orillas, que se le creeria inmóvil, si no viniese alguna vez un Vapor con su brusca prisa á turbar sus aguas y á empañar su brillo. La vista, como un sonido que se va debilitando, llega hasta los lejanos montes de Ronda, que se confundirian con las nubes, si nubes se hallasen en aquel cielo en la primavera. A la izquierda, á los piés de su Giralda, se ve á Sevilla sin oirla; lo que presta á su aspecto ya tan grandioso, la solemnidad del silencio.

—No cantes, Fornarina, dijo el repantigado fùmador; que los médicos te lo han prohibido.

—¿Y tú haces caso de lo que dicen los médicos? contestó con su marcado acento italiano la llamada Fornarina.

En cuanto al caballero, se denominaba á sí mismo el Coronel Titan. Pero los despachos de su grado nadie los habia visto, ni aun en la tesorería, pues, á la cuenta, tenia el desprendimiento de no cobrar pagas.

No hemos podido averiguar de qué medios se valieron estos ilustres huéspedes para haber obtenido que se les franquease el palacio, con preferencia, y en perjuicio de la otra polilla domiciliada en

él. Mas esto no importa; y lo cierto es que los puros aires, y las afamadas aguas de Gelves, sentaron bien á la Fornarina,—si se ha de juzgar por el aumento progresivo de sus fiorituras, de sus carcajadas, y de sus gritos cuando reñia con el imponente Coronel Titan.

El pueblo en Andalucía, tiene ciencia infusa para calificar los individuos, sobre todo si son de esfera elevada á la suya. A los pocos dias de estar los huéspedes del palacio en Gelves, las mujeres torcian la boca, y los hombres se reian.

—Quiéreme parecer, decia el uno, que son esos usías supuestos, ó cuando ménos ingertos.

—El D. Orondo ese, añadia una mujer, que con los bigotes que lleva, rompe las *tallas* (1), tiene una cara de hereje, que ni los sayones de la Pasion. Lo que es ella, parece la reina loca, y hecha de rabos de lagartijas; bien se deja ver que es una casquivana de las rematadas. No sé como Simon Verde consiente que esté metida allí á todas horas su hija.

—¡Tóma! Para Simon Verde serán esas gentes de las mejores. Nunca se piensa sino lo bueno, dijo un hombre.

—Porque tiene el corazon mas sano que la brisa, opinó una mujer.

(1) *Tallas* ó *alcarrazas*, jarras blancas de barro poroso, en que se enfria el agua en el verano, y suele beberla en ellas la gente del pueblo en Andalucía.

(*N. del E.*)

—Verdad es, repuso el hombre. Pero ahí verás tú cómo en este mundo *indino*, es menester tener una póca de trastienda, y andar con pié de plomo y ala de palomo.

Efectivamente, con motivo de ser Simon Verde el ordinario de Sevilla, entraba diariamente en casa del Coronel Titan, para traerle los comestibles que en el pueblo no se hallaban. Como allí no habia ni plaza, ni carnicería, ni almacenes bien surtidos, solia decir el Coronel á Simon Verde:

—Como en tu pueblo nada hay, sino el renglon de *no hay*, tráetelo todo, chico.

Estaba además encargado Simon, de llevar y traer la sostenida correspondencia del Coronel, con un jóven desenvuelto, pronto, decidido, denominado el Capitan Bulle, que habia estado en todas partes, que conocia á todo el mundo, que todo lo habia visto, que se jactaba de ser adorador fogoso de las repúblicas, ardoroso de los naipes, y frenético de las faldas, y que debia concluir por lucir su patriotismo, uniéndose despues á los piratas que atacaron nuestra isla de Cuba.

El trato bondadoso y jovial de Simon Verde, habia agradado á la Fornarina, que se complacia en entretenerse con él, hacerle preguntas, é informarse de los pormenores de su existencia.

—Señor Simon,—le dijo una noche cuando vino á recibir las comisiones para la mañana siguiente:—¿cuánto gana Vd. al dia?

—No tengo ganancia fija, señora. Pero un dia con otro, vendré á sacar sobre una peseta, contestó Simon.

—¿Una peseta nada mas?—exclamó con su acento italiano, y haciendo aspavientos la Fornarina.—¡Oh! ¡pobre señor Simon!!! ¡Oh existencia miserable! Vd. vivirá desesperado, buen hombre.

—¡Yo! No señora, que vivo muy contento, á Dios gracias.

—¡Con una peseta!!!

—Y nunca me falte.

—Pero no le puede dar á Vd. para vivir.

—¿Que no? ¡vaya! y para otras muchas cosas, señora.

—¡Oh! ¿cuáles son? estoy curiosa.

—Pues, señora: sepa su mercé que con una peseta mantengo mis obligacioncs, pago una deuda, empresto á ganancias, y echo en una alcancia.

—¡Oh! Vd. se burla de mí.

—No señora, y sino, atienda su mercé. Sostengo á mí y á mi casa, que son mis obligaciones; mantengo á mi Madre, con lo que pago una deuda; empréstо, pues crio á mi hija, que me lo pagará cuando sea yo viejo y no pueda trabajar; y echo en una alcancía, porque nunca le niego una limosna á un pobre, más que sea un cacho del pan que estoy comiendo.

La Fornarina se quedó un momento pensativa, y dirigiéndose al Coronel, le dijo:

—Ha dicho bien; sí, sí, ha dicho bien! Y pensar que tantas pingües rentas se gastan, sin hacer lo que con una peseta hace este buen hombre!

—Estás inspirada, respondió soltando una carcajada el gran Coronel. Escribe una égloga, compon la música, y cántala para solaz de los Fidos, Amintas y Melibéos! Pero déjame á mí de esas nécias candideces.

—No eres un hombre, eres un cañon; repuso encolerizada la Fornarina.

—¡Y de á veinte y cuatro! añadió Simon mentalmente.

El Coronel, á quien este denuesto, léjos de herir, lisonjeó, dijo con la sonrisa con que Júpiter en forma de toro favorecia á la Ninfa Europa:

—Vamos, diva Donna, sabes que todo en tí me hace gracia; el cayado de pastora, como la corona de Reina. Eres tan graciosa para un fregado como para un barrido.

—Pues á mí nada en tí me la hace, ni tus cumplidos, que huelen á tabaco, ni tus bigotes, que huelen á almizcle,—repuso la Fornarina; y dirigiéndose á Simon, le preguntó:—¿con que teneis una hija?

—Sí tengo; pero una hija como las flores del dia: una hija de la que no merezco ser Padre! Si la viera su mercé, diria lo mismo con dos bocas que tuviese.

—¡Oh! ¡Yo quiero verla! exclamó la Fornarina con súbito entusiasmo;—¿sabe coser?

—¡Vaya! contestó Simon, sabe de todo; tiene unas manos que se debian engarzar en oro.

—Pues, traédmela, señor Simon, traédmela, que deseo conocerla, y quiero darle costura. ¡Ah! todos mis vestidos se han desgarrado en este campo, que tiene muchas zarzas y espinos.

Simon Verde, á quien costaba un notable esfuerzo tener que decir que nó, y que no vió ningun inconveniente en que su hija fuese allá, consintió en ello, y trajo á Águeda, la que desde luego agradó tanto á la Fornarina, que le regaló el primer dia un abanico muy rico de nácar, pero despalmado, y un hermoso sarcillo de oro privado de su hermano gemelo.

Habia, pues, entrado una pequeña era de bonanza para Simon Verde, que se mostraba en sumo eficaz en el servicio del terrible Coronel Titan.

Pero, á quien no agradaban estas nuevas relaciones, era á Julian.

Una tarde en que se habia ausentado el Alcalde, y en que—como de costumbre—estaba Simon en Sevilla, se hablaban los novios por una apartada reja del corral, que daba al campo.

—Águeda, la decia Julian; ¿á que tienes tú que salir de tu casa, en la que estás arrecogida como moza recatada, é irte á la de esas gentes forasteras? Dígote, que ella con sus perifollos y sus dijes, que parece que están jurando en falso; y él con su aire finchado y altanero, me parecen gente de historia.

Y tén presente que dice el refran, que «para trato, los peores, los pretendidos señores.»

—Voy, repuso Águeda, porque me lo dijo mi Padre, y que estoy ganando allí unos cuartos para echarle encima un *rocioncito* de ropa; que bien lo necesita el pobrecito mio! ¡Y tuviera que ver, Julian, que fuese esto en contra del recato de la mas pintada! respondió ella.

—En ir me dás un pesar, Águeda.

—Hombre, lo siento; pero ¿qué hago? ¿qué disculpa le doy á mi Padre, para decirle que no quiero ir?

—Cuando quieren las mujeres, sacan razones de los centros de la tierra.

—¿Con que.... es decir, que por una manía tuya, se nos habia de seguir un perjuicio muy grande? Déjame siquiera que junte para unos sajones para mi Padre, y un refajo para mi *Mae* Ana.

—Cuando nos casemos no les faltarán.

—¡Tómate esa, y vuelve por otra! De aquí allá, pampanitos habrá; esas no son mas que entretenederas, Julian: entónces como entónces; y ahora como ahora. No es regular que después de los perjuicios que nos ha hecho tu Padre, vengas tú á hacernos uno más, empestillándote en no dejarme ir al palacio.

Julian calló, dolorosamente afectado, al oir evocar á Águeda el recuerdo de la conducta de su Padre hácia Simon Verde.

—Águeda, dijo, dia vendrá...

—Bien, dejémoslo venir sin atropellarlo.

—¿Y me querrás siempre, Águeda?

—Julian, esa pregunta ofende.

—¿Porqué?

—Porque demuestra que dudas de mí.

—Miéntras más amor, más temores, Águeda.

—Miéntras más aprecio, más confianza, Julian.

El Alcalde, más por curiosidad que por otra cosa, habia ido á ver al importante Coronel Titan. Pero este personage, que era primo de siete Marquesas, tio de cinco Condesas, é íntimo de tres Duquesas, no se habia dignado devolver la visita de un Alcalde de monterilla. Por lo cual esta autoridad ofendida, abrigaba un profundo resentimiento contra el soplado señoron que la desairaba; y se propuso expiar sus pasos. Cada vez que el vigilante Argos veia llegar, no por el camino trillado, sino por medio de los olivares, un nuevo visitante de facha heterogénea, se decia:

—Esta gente no es de la cuotidiana; todos son á cual mas descuadernados, destartalados y desmartelados. Algo traen entre manos, y á mí no me la pegan: los tengo atravesados, como espina en boca de gato. No han querido entender por buena madre, entenderán por mala madrastra. Vamos, pues, atando puntas con cabos.

La espina mas atravesada que tenia este gato, era el Capitan Bulle, con el que siempre se hacia encontradizo, pero que pasaba sin saludarle, y con

aire impertinente, porque sentia la misma hostilidad que él inspiraba, hácia el Alcalde importuno y fiscalizador. Así era que solia cantar cuando le encontraba, esta letra arreglada por él á las circunstancias:

¡Viva la Milicia
Y el aire marcial!
Alcaldes y Curas
Están ya de más.

No era solo el Coronel, ese gran Preste de la órden á que pertenecia el Capitan Bulle, quien atraia á éste con tanta frecuencia á Gelves; era Águeda, de la que se habia prendado con su consabido frenesí amoroso. Es cierto que, aun otras naturalezas ménos combustibles que la suya, habrian ardido en las llamas del revolucionario Cupido, al ver á la linda jóven, que callada y modesta, cosia sentada junto la ventana de la antesala, con su rosado semblante, remangado el pelo de su pequeña frente, que solo adornaban dos diminutos rizos pegados á la sien, y un clavel encarnado en su hermosa cabellera. Pero, como algunos cumplidos, hechos con muy poca ceremonia, recibieron la callada por respuesta; como á la primera manifestacion de su atrevido pensamiento, Águeda se levantó con intencion de irse, y solo pudo retenerla la seguridad que recibió, de que no se le volveria á importunar; el Capitan seguia mirando sin ser mirado, y suspirando, sin ser escuchado.

CAPITULO VI.

Era aquella en que pasa esta sencilla historia, una de esas épocas de amagos revolucionarios, bien denominados *intentonas*, que rodaron como truenos sordos entre nubes, lanzando, ya aquí, ya allí, tal cual exhalacion, hasta que un hombre de energía y de prestigio las desterró de un suelo al que son antipáticas. En tales épocas suelen surgir, terriblemente envalentonados, unos fierabráses de la catadura del denominado Coronel Titan, afiliados y sostenidos por la propaganda cosmopolita, que ningun partido reconoce ni autoriza; pero que á pesar de eso, se denominan miembros influyentes en el que han abrazado. Inflados de orgullo, su programa regenerador es, despreciar toda religion, destruir toda creencia, odiar todo poder, desdeñar toda superioridad, y sacudir todo freno; con lo

que se conseguiria llevar su *regenerada* humanidad, en línea recta, al estado salvaje.

Un dia se esparció la noticia de que habia sido descubierta en Sevilla la trama de una *intentona*, y que á consecuencia de esto, se habian hecho algunas prisiones. El Alcalde se puso en observacion, y vió llegar al Capitan Bulle: traia aire azorado, y no cantaba. El Alcalde ató otra punta con otro cabo.

A las Ánimas, estando Simon Verde tomando su gazpacho, recibió un recado del Coronel para que se llegase allá.

—No vayas, le dijo su Madre; nada bueno han de querer esas gentes de tí á estas horas.

—¡Qué, Madre! contestó Simon Verde, será que algun encargo para Sevilla se les habrá pasado, y quieren hacérmelo.

Simon fué al palacio, y halló al gran Titan paseándose agitado por el espacioso salon, y al Capitan Bulle, muy abatído, echado sobre una silla.

—Simon,—dijo el primero dejando el tuteo republicano para mejor ocasion,—sois patriota honrado y ciudadano de honor.

—Señor, soy un lugareño, contestó Simon.

—Es sinónimo: os respeto como á tal.

Simon oyó asombrado aquella profesion de respeto en boca de un hombre, que le habia tratado hasta entónces con la mas impertinente altanería.

—Creo, prosiguió el Titan, que puedo sin riesgo confiaros una mision honorífica y lucrativa.

—Señor,— repuso Simon Verde, que empezó á sospecharse algo en que se le quería comprometer,— yo no entiendo de mas misiones que de las de los Padres capuchinos.

El Titan dió una fuerte patada en el suelo, murmurando entre dientes:—¡hipócritas, ladinos, camastrones!—y prosiguió en voz récia:

—Es preciso que oculteis al señor (y señaló al Capitan), que es una gloriosa víctima del despotismo que nos esclaviza. Aqui teneis estas onzas, añadió poniendo unas cuantas sobre la mesa á vista de Simon; salvado que sea el señor, recibiréis otro tanto.

Simon Verde, sin mirar las onzas, se rascó la oreja.

—¿Titubeais? exclamó el Coronel Titan con énfasis.—¡Pues qué! ¿el noble patriotismo, la humanidad oprimida, la santa libertad, hollada en la persona del señor, nada pueden contra una miserable pusilanimidad?

Simon Verde meneó la cabeza, y dijo á su interlocutor:

—Ha de saber su mercé que en otra ocasion escondí á uno que hablaba del bien de la Patria y de otras cosas buenas,—como lo está haciendo su mercé ahora,—y luego salimos... en fin, señor, la torta me costó un pan; y dice el refran «que por la puerta del perro que te mordió, no pases mas, por Dios.»

—No ofendais con comparaciones al señor, que es un hombre decidido por la gran causa de la humanidad ultrajada; valiente y arrojado lo mismo al empuñar la espada, que al pronunciar un discurso.

—Déjese de *iscursos*, mi amo; que lo que necesita la *humanidáa* son sermones.

—¡Oh supersticion! ¡Oh fanatismo! ¡Pobre España!—murmuró el Coronel Titan, añadiendo en voz recia:—considerad que es el señor un mártir de la libertad, un defensor de los derechos del pueblo, y que el pueblo es el que debe...

—Déjese de términos curruscantes, señor; que no los comprendo, y lo que no comprendo, no me convence. No entiendo de grajas peladas; y lo que sé es que está el señor fuera de la ley, como lo estaba aquel, y que yo no me meto en fanganinas.

Simon dió unos pasos para salir. Pero en este momento se precipitó la Fornarina en el salon, la que con los cabellos sueltos, y hecha un mar de lágrimas, se echó de la manera mas trágica á los pies de Simon. Este, que no habia visto mas expresion de un dolor violento que las tristes y suaves lágrimas de su Madre al ser expulsada de su hogar, empezó por asustarse de aquel estrépito teatral, y acabó por inmutarse profundamente.

—¡No quereis salvar á un héroe perseguido por bárbaros esbirros! exclamaba con voz convulsa; y

asi prosiguió por largo rato, hasta que agotado el tema, concluyó con unos cuantos ¡oh! ¡ah! y murmurando: —¡buen Simon, compadecéos!

La Rachel (1) en ciernes cayó desmayada.

El excelente hombre á quien se dirigia, entre asustado, enternecido, asombrado y confuso, prometió cuanto de él exigieron. Pero escarmentado, tomó sus precauciones. Hizo que el Capitan Bulle se disfrazase de mujer, saliese de la casa por una ventana del corral, y entrase en la suya por la puerta falsa, escondiéndole en seguida en un sobrado al que se llegaba por una escalera de mano, la que subido que hubo el fugitivo, retiró en seguida Simon.

Simon ni recogió, ni se volvió á acordar de las onzas. Regateaba hasta el último maravedí, las naranjas que vendia; pero á las obras de caridad que hacía, no les ponia precio la instintiva nobleza de su conciencia. Recibir remuneracion por un favor que hacía, le parecia deshonroso, como lo es para la muger el que se la pague su amor.

El Alcalde, por mas que rondó, nada vió; y tuvo el dolor de retirarse entrada la noche, sin haber atado otra punta con otro cabo.

A la mañana siguiente el Coronel Titan y la Fornarina habian desaparecido; por lo cual una partida que vino á registrar el palacio, nada halló en

(1) Llámase asi la gran trágica francesa que hoy admira Europa.

él sino á sus primitivos moradores, que merced al silencio y soledad que notaron, habian vuelto á su tierra de promision, y entonaban en coro una cancion francesa que cantaba la Fornarina, y que les enseñó el eco de aquellos salones:

A tous les cœurs bien nés
que la patrie est chère!

Al alma bien nacida
La Patria ¡cuan querida!

Simon Verde siguió yendo y viniendo á Sevilla por unos dias, y el Capitan escondido en el sobrado.

—Sobre que apostaría un caballo contra una gallina, decia el Alcalde, á que Simon Verde está metido en la danza!

—Calle Vd., señor, le contestaban: ¿qué le vá ni le viene á Simon en las alborotinas esas? ¿Porqué se habia de meter en ellas?

—¿Porqué va la vieja á la casa de la moneda? por lo que se le pega.—Y si no, el tiempo! respondia el Alcalde con su mala alma y su perenne rencor; —Como que le cogí ya una vez, del pan falto no me fio. Él se ayuncó con ellos, y quien aceite mesura, las manos se unta.

Pero quien estaba desesperado era Julian, á quien Águeda no habia querido engañar ocultándole que estaba el Capitan escondido en su casa, aunque era demasiado cauta para confiarle la per-

tinaz persecucion amorosa del atrevido y violento pretendiente.

Julian tenia un amigo, ó mejor le calificarémos llamándole seide, que era el ventero *Mi niño*. Habia éste servido en casa de su Padre, y conservaba un cariño entrañable á Julian, al que se esforzaba en imitar, como un caño á un arroyo.

—*Mi niño*, le dijo un dia, ¿estás dispuesto á hacer por mí lo que te pida?

—¿Quieres que me tire al rio de cabeza? respondió *Mi niño*, dando en aquella direccion unas cuantas de sus portentosas zancajadas.

—¡No hombre! no se trata de eso.

—¿Pues de qué se trata, me querrás decir?

—Te lo pregunto solo para saberlo, por si llegase el caso.

Entretanto la pobre Águeda veia los cuidados y angustias de su Padre; sufria por los celos de su amante, y precisada á llevar al Capitan sus comidas, aunque subida á distancia en la escalera de mano, pasaba la mortificacion de escuchar las locas expresiones de su pasion, acrecentada aun por el ócio y la soledad en que se hallaba, sin otra cosa que le distrajese.

El Capitan seguia escribiendo y recibiendo diariamente respuestas á sus cartas. Una noche dijo al leer la que recibió:

—Señor Simon Verde, me escriben que mañana llega mi indulto.

—¡Albricias! exclamó el buen Simon regocijado.

—El indulto, prosiguió el huésped, tiene que pasar por varios trámites; pero esperan que mañana mismo me lo podrán enviar.

—¡Dios lo haga y María Santísima!

—Pero esto será siempre que Vd. se detenga en el meson hasta que se lo lleven; lo que nunca podrá ser antes de oraciones.

—Con mil amores me detendré, repuso Simon, que vió cercano el momento de verse libre de un compromiso que cada dia le apuraba mas, y ver salir á su huésped en bien.

—Pero bajo juramento os encargo que nada digais hasta que yo esté léjos de aqui; así lo exigen de mí.

—No tengo boca, contestó Simon contentísimo.

No obstante, al dia siguiente en vano aguardó Simon hasta la hora convenida: nadie pareció con el anunciado indulto. Emprendió, pues, mústio su viaje de vuelta. El camino se le hizo largo, tanto á causa de la contrariedad que traia, como por estar muy oscura la noche.

—¡Qué cosas nos rodéa la suerte! venia pensando:—el Alcalde anda en acecho; no hace mas que atisbar, y en este lance aun queda el rabo por desollar. Vamos, no nos descorazonemos, Simon Verde; que si el indulto ese no ha venido hoy, vendrá, si Dios quiere, mañana.

Con estas reflexiones habia llegado Simon Ver-

dè á Gelves, y se acercaba á su casa. Pero ántes de llegar oyó á su Madre que gritaba azorada:

—¡Hijo! ¡hijo! ¡se ha fugado!

—¡Calle Vd., Madre, por María Santísima, contestó Simon: si se ha fugado, bendito de Dios vaya!

—Es que..... es que.... ¡Ay hijo de mi alma!

El llanto, en que hicieron coro las vecinas, le impidió de proseguir.

—¡Es qué! ¿es qué? preguntó asustado Simon Verde.

—¡Es que ha robado á la niña!

—¡Vírgen Santísima! ¡Dios mio, misericordia! gritó fuera de sí el desesperado Padre: ¿por dónde han tirado? ¿Cuándo fué? ¡Decid, decid pronto! ¿qué camino llevan?

—¡Ay, hijo de mis entrañas! respondió su Madre sollozando, nadie los ha visto ni oido!

Simon tiró su sombrero en el suelo, se llevó las manos á la cabeza arrancándose el cabello.

—¡Hija! exclamaba, ¡hija de mi corazon! ¡Y tu Padre no puede valerte! ¡Hija de mis entrañas! llamarás á tu Padre, y él no acudirá! ¡Dios mio! ¡que no me diesen los pájaros sus alas, el lince su vista y las fieras sus garras! ¡Un caballo! ¡un caballo! ¡una escopeta! Y Simon echó á correr á buscar lo que pedia. ¡Vecinos, compañeros! gritaba por las calles; ¡Juan, Antonio, Nicolás! todo hombre honrado, présteme mano para impedir una iniquidad de

las más atroces que idéan los villanos, dejados de la mano de Dios! ¡Señores, si sois cristianos, prestad asistencia á un Padre al que arrancan la hija de su casa, el corazon de su pecho!

Los vecinos acudian alrededor de aquel Padre desatentado por el dolor, pintándose enérgicamente la indignacion en aquellos honrados rostros; en las mujeres no se oian sino imprecaciones, alternando con expresiones de lástima. Yá se habian ido á buscar caballerías, se habian traido escopetas, y muchos hombres, con ese celo caritativo tan general en la gente del campo, pronta siempre á pagar con su persona, se preparaban á acompañar y prestar mano á Simon Verde, cuando se oyeron lás precipitadas y fuertes pisadas de caballos.

—¡Tropa! ¡esto es tropa! Puede que sean los civiles. Dios los trae, exclamaron todos, y las mujeres se apresuraron á asomar los velones á las puertas; estos alumbraron una escena que arrancó un unánime grito de júbilo. Agueda estaba en los brazos de su Padre; á caballo é inmediato, inclinado hácia el santo grupo, se veia á Julian, y detrás, enjugándose el sudor de la frente, estaba Joaquin *Mi niño*.

—Padre, murmuró Agueda al oido de Simon, Julian me ha salvado.

—Julian, exclamó con energía Simon Verde, tú me perdiste, y tú me has ganado; besaré la tierra

que pisas. Pónme una S en la cara; que tu siervo soy miéntras corra por mis venas esta sangre que te ofrezco hasta la última gota!

No es posible referir lo ocurrido, del modo confuso, agitado é interrumpido con que lo hizo Agueda, que pasaba de los brazos de su padre á los de su Abuela, y de estos á los de las vecinas. Pero lo harémos en breves palabras.

Cerrada la noche, el Capitan dijo á Agueda que debian venir por él en aquella hora sus amigos, y le suplicó, tirándole desde el sobrado un pito de plata liado en un papel, que se cerciorase de si estaban ya en el olivar que lindaba con el corral, saliendo á la puerta de éste, y haciendo la señal convenida. Gozosamente sorprendida, se apresuró Agueda á hacer lo que le prescribia el Capitan, y desde luego se le presentó un hombre. Volvió Agueda presurosa anunciándoselo al que aguardaba, y arrimando en seguida la escalera de mano á su escondite para que pudiese bajar. Hízolo asi el Capitan sin hablar palabra; y Agueda, alegre y tranquila, le siguió al corral para cerrar la puerta cuando hubiese salido. Más apénas la abrió Agueda, cuando dos hombres que estaban en acecho, se echaron sobre ella, y la sujetaron; miéntras el Capitan le ataba un pañuelo en la boca, y con otros dos le amarraba las manos á las espaldas y unia trabándolos, los pies. Saltó en seguida á caballo, los otros alzaron á la infeliz jóven, que colocaron

delante él, montaron sobre sus caballos, y poniéndolos al trote, desaparecieron entre los olivos.

Media hora despues pasaba Julian por la puerta de la casa de Simon Verde, cuando oyó los gemidos de la pobre tia Ana, y las voces de las vecinas que ya se habian cerciorado del rapto de Agueda, y se lo comunicaron. Julian se precipitó hácia su casa, de la que salia casualmente el ventero.

—*Mi niño*, le dijo con voz alterada, pero firme y decidida; monta el caballo en pelo, y ténme preparada la jaca, miéntras voy por armas.

Mi niño sin más preguntar hizo todo lo prescrito, y volviendo al momento Julian:

—¿A dónde vamos? preguntó *Mi niño*.

—A Porsuna, á buscar el camino de Benaocaz; esos infames buscan la raya de Portugal.

Diciendo esto, puso Julian su caballo á escape, y *Mi niño* le siguió como el trueno al relámpago.

Apenas habian andado los fugitivos una legua, cuando oyeron el galope de caballos.

—Somos perdidos, dijo el Capitan; es la Guardia Civil.

—Apretad vuestro caballo, repusieron los otros, que conocieron que siendo los caballos que se acercaban, mejores que los suyos, iban perdiendo la delantera por momentos.

—Capitan, soltad á esa mujer, que retarda vuesro paso, añadió azorado otro compañero; de todos

modos la vais á perder: no perdais al ménos con ella vuestra libertad.

El galope de los que los perseguian, se acercaba cada vez más; el Capitan depositó á Agueda al borde del camino, y salió á escape para reunirse á sus compañeros, que ya lo habian hecho. Apenas se vió Agueda en libertad, cuando logró por un violento esfuerzo libertar una de sus manos, arrancarse con ella el pañuelo que tapaba su boca, y gritar al momento que llegaban los ginetes;—¡socorro!—Pero no fué un guardia civil el que se presentó á prestárselo: fué...—¡quién pintára su enagenacion!—fué Julian.

Sorprendido por el alboroto que llegó á sus oidos, atraido por las voces, salió el Alcalde de su casa, y se dirigió al sitio en que tenian lugar las escenas descritas. ¡Cuál seria su asombro y su despecho al ver á su hijo figurar como héroe libertador de la hija de Simon Verde, y sus caballos, sudosos y jadeantes, que eran las víctimas de esta gratuita obra de caballero de romance!

Precipitó su paso, y como el primero con quien tropezase fuese *Mi niño*, echóle mano al cuello diciendo:

—¿Quién te ha dado facultades, bárbaro, insolente, atrevido, para sacar mi caballo de la cuadra, y echarle sobre el lomo tus diez arrobas de peso?

Fué tal el susto y la sorpresa de *Mi niño*, que se quedó tan mudo como inmóvil.

—Yo se lo dije, Padre, respondió Julian en tono respetuoso, pero sin turbarse.

—Marcha tú á casa á llevar los caballos,—mandó el Alcalde, que no quiso reñir á su hijo ante testigos;—que luego hablaremos.

Julian obedeció.

—Lárgate de mi presencia, prosiguió el Alcalde dirigiéndose á *Mi niño*, que permanecia hecho un poste; no sea que no pueda contenerme y te ponga á golpes tan estropeado como has puesto tú á mi caballo padre.

Joaquin *Mi niño*, se valió con agilidad de sus zancajadas para desaparecer en la noche, como la gran sombra de Samuel evocada por la pitonisa de Endor.

—Escóndase con más vergüenza la moza del bullanguero, prosiguió el Alcalde, y vaya á la cárcel su encubridor.

Un silencio profundo habia sucedido á la dulce y conmoviente escena, que poco ántes hacia latir los corazones, verter lágrimas á los ojos, y lanzar expresiones de júbilo á los lábios. Las luces desaparecieron, las puertas se cerraron; la oscuridad, la soledad y el silencio reemplazaron lo más bello que hay en la tierra, la alegría de todos por la felicidad de uno!

CAPITULO VII.

Más de un año habia pasado. Era una mústia y encapotada mañana de diciembre: llovia y venteaba; como si quisiese el dia por ese medio dar rienda suelta á su mal humor. Prestaba sus tristes tintas al paisaje, ahuyentaba las mariposas, hacia callar á los pajaritos, y bajar tristemente la cabeza á aquellas flores que no son *frioleras* (1) y vienen aun en invierno á alegrar el campo de Andalucía. El rio pasaba turbio y murmurando entre dientes, llevando algunos despojos que le habian traido de sus correrías las aguas que afluian á él. Bandadas de cuervos graznaban diciendo en su tosco lenguaje que no echaban de ménos al sol. y que tambien á cada ave le llega su San Martin. Era, en fin, uno de aquellos dias que hacen tan gratas las comodidades y

(1) *Friolero*, el que siente ó teme mucho el frio.

goces de su hogar al hombre rico ó acomodado, y tan cruel al pobre la desnudez y frialdad del suyo.

Venia por el camino, que desde Triana costéa el rio al acercarse á Gelves, un hombre que andaba agobiado y despacio. Su cara llevaba las profundas huellas, que estampan los sufrimientos en el semblante del hombre, las que si bien le ajan, le ennoblecen: su pelo estaba cano, y su mirada, aunque suave y bondadosa, era tan triste, que compadecia más que una queja. Este hombre era Simon Verde, que salia de la cárcel despues de un año de haber estado en ella. Simon sabia lo que iba á hallar en su casa; y era esto una hija á la que la calumnia habia deshonrado, pues la honra en los pueblos en que nada la empaña, llega á estarlo por el más leve soplo, y á la que el dolor y la vergüenza minaban la vida con lento, pero seguro progreso; una Madre ciega á fuerza de llorar, y á ambas mantenidas con la corta, pero constante limosna del pobre; pues de dos hijas que tenia la anciana, una habia enviudado por aquel entónces, y la otra se hallaba enferma de sobreparto.

Cuál seria la primera entrevista de esta desgraciada familia, fácil es graduarlo. Mas en esta ocasion, como en todas las ocasiones supremas, era la mujer la que sostenia al hombre.

—Simon, hijo mio, le decia la pobre ciega, no desfallezcas; ¿no me decias tú á mí que la buena conciencia era un lecho de plumas? verdad es, ver-

dad es! Y bien cierto que no nos ha de despertar despavoridos con sus saétas. Así... no te abatas, hijo mio; y recuerda tus propias razones.

—Cuando yo decia aquello, Madre, y me sentia fuerte contra la desdicha, era cuando nos quedaban los dos grandes bienes del pobre, la estimacion y la salud. Mi niña, esa hija de mi alma, ha perdido ambos; á Vd., Madre, se le han secado los ojos de llorar; ¡y todo por mi culpa!

—¡Calla, hijo, calla! ¿Qué culpa has de tener tú? ¡Mi alma como la tuya! Dí que lo que sucede ha sido la voluntad de Dios, y verás con esa conviccion la conformidad y el consuelo que te entra.

—Madre, conforme estoy! Pero déjeme Vd. sentir, y llorar; que no lo prohibe la Ley de Dios. Déjeme darle mi llanto—ya que otra cosa no puedo darle—¡á esa hija del alma! que se nos va á la gloria, á fuerza de padecer, como las Santas Mártires.

Simon lloraba con amargura fijando alternativamente su vista en su Madre que ya no podia verle, y que buscaba en su corazon palabras de consuelo para prodigarle, como le habia prodigado caricias cuando él era niño; y en su hija, la que pálida y demacrada, se esforzaba por sonreirle como lo hacía cuando ella era niña.

—¡Perverso, *maldecido* Alcalde!—dijo una vecina cuyo rostro lleno de lágrimas demostraba el vivo interés y profunda compasion;—tiene el natural como un caimán, que dicen es una fiera voráz y

traicionera.—Dios no come ni bebe; pero juzga lo que vé; y ya le ha castigado, Simon; pues si él te encerró á tí en una cárcel, Dios le ha encerrado á él en otra; porque hace un año que le roe la cara un cáncer, y mientras más se cura, ménos se alivia. ¡Juicios de Dios, hombre! Pues si tú, que has padecido más en tu ente que lo que pecaste en tu mente, has salido por tus piés de tu encierro, el malvado ese no ha de salir del suyo sino en piés agenos, y ¡llevándolos por delante! ¿Y esa? De la suerte del malo en tu rincon espera el fallo, Simon.

—El mal ageno no cura el mio, Beatriz. Y ¡Dios me libre de desearle mal, ni á mi mayor enemigo!

—¡Bien dicho, Simon! exclamó su Madre; ¿Iria uno á perder el fruto de las tribulaciones, con la falta de caridad que hay en desearle mal al que nos lo ha hecho? ¡Dios le dé á ese infeliz tanta salud como yo para mis hijos deseo!

—¡Ande Vd.; que se lo lleve pateta! repuso Beatriz; á ese hombre no le ha de sentir ni la Madre que le parió.

Y acercándose á Agueda, le dijo á media voz y de manera de no ser oida sino por ella:

—En estirando las piernas ese mal alma, te casas con Julian, y todo queda remediado.

—¡Yo! ¡yo! exclamó Agueda,—cuyo pálido rostro se puso repentinamente encarnado—¡yo! una mujer con mala nota ¡casarme con Julian! No lo piense Vd. ni nadie. Julian se merece cosa mejor, tia

Beatriz. Antes era yo pobre, y él rico; y me creia tan buena como él, porque pobreza no rebaja. Pero ahora que estoy desacreditada, gracias al falso testimonio de su Padre, no puede un hombre casarse conmigo sin rebajarse. Y no quiero yo, no, que nadie pierda por mí.

—Vaya, Aguedilla, que no tienes las lanas tan bien peinadas como parece, que eso que dices es orgullo puro, hija mia. No te han de poner nicho por humilde.

—No digo que sea yo humilde; pero mal juzga Vd. lo que hago si lo llama orgullo: es vergüenza, señora.

—¿Pero no ves, mujer, que él te quitará la nota casándose contigo?

—Eso es lo que no puede ser; la nota no me la puede quitar sino quien me la puso. Julian no me la quitaria; y yo se la pegaria á él: que el que pringa á los suyos con su lepra, los enferma y no sana, tia Beatriz. Así es, que ambos bajarémos á la tierra; el que me infamó, con el cáncer que su rostro le roe; y yo, la infamada, con el que me roe el corazon!

Cuanto decia Águeda lo sentia profundamente; y asi era que desde que el Alcalde le echó á la cara la ignominia, Agueda, grande en su humillacion como la palma en el árido desierto, se habia aislado, y habia cortado toda relacion con Julian. Por más que éste habia insistido, Agueda se habia

negado á toda comunicacion con él. Cuando oia la infeliz la voz de Julian, que pasando por delante de la reja del corral cantaba, como para señalar su presencia, y atraerla, éstas y otras coplas,

El clavel que tú me diste
El dia de la ASCENSION,
Nó fué clavel, sino clavo
Que clavó mi corazon!

En enero no hay claveles
Porque los marchita el hielo;
En tu cara los hay siempre;
Porque lo permite el Cielo!

Agueda lloraba amargamente, besaba el clavel de todo el año, que periódicamente le volvia á brindar la maceta—como si quisiera recordarle aquella primera prenda que su amor diera á su amante!— Pero la ventana permanecia cerrada!

Julian estaba desesperado, no hallando medio directo para combatir aquella decidida repulsa, y entenderse con Agueda. Pero como dice el refran, que más discurre un enamorado que cien abogados, dió al fin con este.

Un dia entró *Mi niño* en casa de Simon; en donde desde que habia contribuido á la salvacion de Agueda, era recibido con el mayor agrado. Venia con un pretexto tan sin gracia como él, y habiéndose acercado á Agueda le dijo en voz, que procuró hacer queda, pero que parecia el zumbido de un moscon:

—Agueda, me ha dicho Julian que te diga que lo que estás haciendo con él, es una mala partida.

—Díle—respondió Agueda al poco olímpico Mercurio,—que su Padre, al quitarme la honra, no me ha dado descaro.

—¿Y puede remediar Julian, me querrás decir, el que tenga el villano de su Padre lengua de hacha, así como tiene alma de cántaro y puños de hierro? A mí me tiene aborrecido desde que le estropeé el caballo padre, y dice que soy bárbaro y medio; pero esto me se dá!...

Mi niño puso la gran uña de su dedo pulgar debajo de uno de sus grandes dientes, y dió un chasquido.

—No lo puedo remediar, lo sé! Como sé que tampoco puede remediar el mal que nos ha hecho su Padre; que «palabra y bala suelta no tienen vuelta.» Así dile,—añadió la pobre jóven, á la que ponia el dolor lágrimas en sus negros ojos, y la indignacion una amarga sonrisa en sus blancos lábios,—que la muchacha deshonrada no tiene más cama de novia que la tierra.

—¡María Santísima, y que *fúnebre* estás! si tienes nota, él te la quitará casándose contigo: ¿te enteras?

—No puede ser, Joaquin! que quien no mata la araña, no extingue la telaraña.

—Mira que se va á desesperar, Agueda.

—Así vivirémos iguales, contestó la pobre niña.

—Mira que él no te olvida; testigo yo, dijo *Mi niño* dándose un tremendo golpe en su ancho pecho.

—Lo creo, repuso Agueda; el olvido no entra de sopeton como un tabardillo. Pero sabido es que el recuerdo camina hasta el Campo-santo; y allí se quedan en una misma sepultura el recuerdo y la recordada!

—¿Pués qué? ¿te vas á morir? preguntó con extrañeza *Mi niño*.

—¿No me ves? contestó la pobre enferma.

Mi niño la fijó con sus grandes é insulsos ojos, y dijo con la cruda franqueza campesina:

—Verdad es que pareces *tábida*. Pues mira; á pesar que dice el refran «que el hermano quiere á la hermana, y el marido á la mujer sana,» Julian que es porfiado, no ha de querer mas novia que tú. Y desde ahora te digo, que si haces la barbaridad de morirte, va á haber entre Julian y el *retoindino* de su Padre, una, que va á ser sonada. Ya lo verás.

—No lo veré! contestó Agueda. Pero si llega el caso, díle á Julian que nada remedia con eso; que á los muertos solo Dios los resucita.

—Me voy,—dijo *Mi niño* dando algunas zancadas hacia la puerta,—me voy por no oirte hablar más de muerte; que estás hoy que pareces un *profundis*. Mira, Agueda, yo no soy abogado, aunque á Julian se le haya figurado; ni tengo como ellos un celemin de razones, y la lengua ligera como paletas

de vapor: así sólo te daré un consejo; déjate de escrúpulos, y sal á la reja. Allí se entenderán Vds., y verás como te pones buena, y Julian me deja á mí el alma en paz, pues yo no sirvo para el paso; y á Dios.

Diciendo esto, *Mi niño* le volvió la espalda, y en dos zancajadas atravesó el patio. Pero de repente desanduvo sus zancajadas, y dijo á Agueda:

—Me se olvidaba con tus *goris patoris* decirte de parte de Julian que me dés el clavel.

—Díle, contestó Agueda, ocultando el clavel de todo el año que en el pecho tenia, que,

En enero no hay claveles,
Porque los marchita el hielo.

—Verdad es, murmuró *Mi niño*. Pues mire usted el otro la *embajáa* que me dá! ¿Se querrá burlar de mí, como hacía *denantes*?

Apénas se hubo ido, cuando Agueda, ahogada de sollozos, se echó sobre su lecho. Este continuado y heróico esfuerzo de su dignidad para combatir su amor, la larga prision de su Padre, la ceguera de su buena Abuela, y la miseria en que habian caido, que forzó á ambas á vivir de la limosna; habian destruido á tal punto aquella suave y aun tierna planta, que perdió el vigor para sostenerse, y cayó marchita y ajada.

—Poca felicidad habia igualmente en casa del que habia sido Alcalde. Este, además del terrible pa-

decer físico que le aquejaba, se habia enajenado por sus procederes todo el cariño de su único hijo, el que si bien nunca faltaba al respeto á su Padre, habia puesto con su frialdad tal distancia entre ellos, que se podia decir que no era hijo, sino en el nombre, y en la obediencia ostensible.

Las desgracias referidas eran causadas por un hombre; y casi todas las que vemos tienen el mismo orígen.—Decimos que la vida es amarga: ¡los amargos somos nosotros!

CAPITULO VIII.

Simon habia tenido el dolor de ver matar á fuerza de malos tratos á su pobre burra, que por segunda vez habia sido vendida. ¡Cuánto no hubiese dado cuando la encontraba coja, enflaquecida, cubierta de mataduras, y agobiada bajo pesadas cargas, por haber podido libertarla de tantos sufrimientos! Esto lo comprenderán los que miran á los animales, no como *cosas*, sino como *seres* que sienten y sufren, y los que como á tales, los aman y compadecen. ¡Cómo destroza el alma un impotente deseo, sobre todo cuando el corazon y la conciencia nos animan á abrigarlo diciéndonos que es bueno!

—Hacía Simon ahora sus viajes á Sevilla á pié, y como es de suponer, las ganancias de estos viajes se habian reducido á corta cosa.

Una noche habia entrado más cansado que nun-

ca, porque habia llovido y el camino se habia puesto pesado y resbaladizo. El infeliz se sentó rendido, conservando puesta la ropa mojada, pues no tenia otra con que remudarla.

—Águeda, hija, ¿cómo te sientes? le dijo á esta que se habia recostado sobre el hombro de su Abuela.

—Bien, Padre, contestó Águeda sonriéndose; pero sin que se formasen ya en sus escuálidas mejillas aquellos hoyuelos que tan gracioso y juvenil encanto prestaban á su rostro.

—¿Ha comido? preguntó Simon á su Madre.

La anciana no contestó. ¡Ni una ni otra habian aun probado bocado aquel dia!

—No he tenido gana, respondió la niña cuando su Padre reiteró la pregunta.

—¡Hija!—dijo Simon, que á duras penas contenia sus lágrimas al mirarla;—pasé por una confitería, ví unos bizcochos que acababan de salir del horno, queria traértelos; cuatro cuartos valia media cuarta; pero..... ¡si no los tenia! Dos reales traigo ganados hoy, que escasamente alcanzan para media hogaza de pan, el aceite y el carbon para hacer unas sopas.

En este instante se oyó la campana de la iglesia que hacía la señal de salir Su Magestad. Simon se puso en pié, y se quitó el sombrero. Su Madre rezó el Padre nuestro, añadiendo al fin: *¡En gracia te reciba el alma que te desea!*

—¿Para quién sale Su MAGESTAD? preguntó Simon cuando hubo concluido el rezo.

—Para el Alcalde, hijo, que se ha agravado mucho por haberle sobrevenido un flujo de sangre.

—Si tuviese capa, iría á acompañar á la MAGESTAD; aunque no me obliga, pues no soy ni pariente ni amigo del que van á sacramentar, dijo el buen cristiano.

—¡Hijo, ve!—repuso su cristiana Madre;—por lo mismo que vá para un hombre que tanto mal nos ha hecho: vé, hijo mio, aunque sea sin capa. Ya que no la tienes, lleva á esa solemnidad compostura y devocion, que le den al Señor el decoro que con tu apariencia no puedes darle. Dios mira sobre todo, los corazones; y engalanado llevas el tuyo con el perdon que así ostensiblemente demuestras á tu enemigo. ¡Dios le coja en buena hora!

—¡Qué rendido estoy, Madre! ¡y cómo me pesa esta ropa mojada! Y lloviendo que está, que se desgajan los cielos; pero..... ¡allá voy!

Simon fué á la iglesia, cogió un farol, y acompañó á Su MAGESTAD en casa del enfermo.

Cuando la santa ceremonia hubo concluido, le dijo el Cura:

—Un recado habia mandado á tu casa, Simon, para que vinieses, pues el enfermo quiere verte.

—¡A mí! exclamó absorto Simon.

—A tí, sí. Deja ese farol, qué llevará Miguel, y entra; que urge.

Simon entró en el cuarto del paciente, en el que habia aun gran número de personas reunidas. Profunda fué la lástima que sintió cuando miró á aquel hombre que habia tenido buena cara y robusta persona, reducido por su padecer á un descarnado esqueleto, envuelto el carcomido rostro en vendas, sin fuerzas, sin vida, sin esperanzas..... ¡pero con alma aun! Pues apenas vió á Simon, cuando extendiendo hácia él sus demacrados brazos, exclamó con vehemente acento de corazon:

—¡Simon, Simon, perdóname!

Honda fué la impresion que en todos los presentes causó esta deprecacion del moribundo. El arrepentimiento que se confiesa, el perdon que se pide y se otorga, la reconciliacion que se efectúa, esas tres cosas, las mayores entre las grandes, las más elevadas entre las altas, las que más se acatan entre las respetadas, esos santos frutos de la simiente del Evangelio, ese glorioso triunfo de la cristiana humildad sobre el anticristiano orgullo, anonadan con su legítima sublimidad cuantas sublimidades heróicas forja el hombre con un vano oropel. Y con su verdadera luz, cual la del sol, que alumbra á un mismo tiempo lo alto y lo bajo, lo chico y lo grande, llenan todas las inteligencias y conmueven todos los corazones! Tráelos la Religion, y circunda con ellos el lecho del cristiano moribundo, como con un destello de la luz del cielo, que ha hecho ya penetrar en su alma.

Pero si á todos conmovió aquel grito, que brotó del corazon del moribundo, enagenó á su hijo que hasta entónces, contínuamente abatido y grave, se habia mantenido silencioso á los pies del lecho, y que exclamando ahora:

—¡Padre mio! se arrojó sobre una de sus manos, que cubrió de besos y bañó de lágrimas.

—¡Señor Alcalde, por Dios! ¡qué está Vd. diciendo! repuso el buen Simon con enternecida sorpresa,—¿quién se acuerda de lo pasado?

—Digo, ¡sí, sí!..... digo.....—déjame hablar, Simon,—prosiguió el primero haciendo señas á este que queria interrumpirle;—que mucho daño te he hecho! La muerte abre los ojos del alma á aquel á quien Dios no dejó del todo de su mano, merced á que—aunque pecador—no le volvió la espalda. Así es, que su DIVINA MAGESTAD me ha dejado tiempo para enmendar en parte el mal que hice. Señores, sean ustedes testigos.....

—¡Calle Vd., señor, calle Vd. por María Santísima! ¡que me está su mercé partiendo el corazon! exclamó Simon, por cuyas mejillas corrian abundantes lágrimas.

—No callo, Simon; que he confesado, y quiero morir como cristiano. No me lo impidas, pues lo eres. Señores, he calumniado á Águeda, esa inocente, la he desacreditado!... con el fin de que no se casára con mi hijo, porque era pobre: que el demonio me tenia cogido por la codicia! La difamacion fué pú-

blica; y pública ha de ser la satisfaccion. Lo que es á tí, Simon.....

—Calle Vd., señor, ¡calle Vd. por Dios!—volvió á repetir Simon, que notó lo fatigado que estaba el enfermo:—ya ha hecho su mercé más que cumplir como cristiano.

—No, Simon, no! La puerta del cielo está cerrada al pecador; el aldabon es el arrepentimiento. Lo tengo asido! déjame que golpee; para que me oigan los hombres y rueguen por mí; y me oiga Dios y me acoja!

Habian llegado en esto la tia Ana y Águeda, á quienes fuéron á buscar, y se mantenian en pié cerca de la puerta, guiada la pobre ciega por la enferma, apoyada la pobre enferma sobre la ciega.

El reconciliado fijaba con dolor sus miradas sobre aquellas tres personas á quienes habia un año no veia, y que tan trastornadas por los sufrimientos hallaba. Al ver las canas de Simon y su ropa destrozada y calada por el temporal; al ver los ojos,—ántes de tan dulce y grave mirar—de la anciana, muertos y cubiertos por sus cerrados párpados como por una losa; al ver á Águeda, aquella bella y fresca flor, caida y ajada... ¡corrosivas lágrimas brotaban de sus moribundos ojos!

—¡Esta es mi obra! murmuraba; ¡por enemistad!... ¡por codicia!... ¡por no cejar á tiempo en la mala senda!..... Y sinó hubiese sido por mis

maldades, hubiéramos vivido todos felices.... y en gracia de Dios! Porque sépanlo todos: yo he sido el primero que he tenido la vida mas amarga que la retama ¡Perdí la paz de mi alma! el alimento no me sabia, ni mi sueño era dulce. No tuve amigos; sino lavadores de cara.... que bien los distingue el corazon! Me enagené el cariño de mi hijo.....

—¡Señor! ¡Padre! ¡no digais eso por Dios! exclamó Julian, si os he faltado, perdonadme!

—No me has faltado, no, hijo del alma. Pero tambien distingue el corazon entre el cariño obligado y el voluntario. ¡Hijo!—prosiguió el Alcalde con vehemente emocion,—ya que vivo no me pudiste querer, quiéreme muerto, y atiende á mi último consejo. ¡No abrigues nunca enemistad alguna!

El moribundo se habia inclinado con sus últimas fuerzas hácia su hijo, en cuyos brazos cayó con un síncope.

Al cabo de algun tiempo, y merced á los auxilios que le fueron prodigados, abrió sus amortiguados ojos, y fijándolos en el Cura, murmuró:

—¡Esta es la agonía!... ¡esta es la muerte!

—Miradla cara á cara y con tranquilidad!—repuso el sacerdote;—resignado á la expiacion, confiado en la salvacion. ¿Teneis algo que disponer?

El moribundo hizo una débil seña á Agueda y á su hijo, que se acercaron sollozando. Quiso juntar sus manos, pero no pudo; y miró al Cura, que comprendió su deseo, y las puso unidas en las yer-

tas del agonizante, que murmuró en entrecortadas palabras:

—¡Hijos mios! sed felices... yo os bendigo!... Julian, Simon es desde hoy tu Padre.... y todos vosotros.... que sois buenos.... rogad por mí..... pecador.... pero.... por la gracia de Dios..... ¡arrepentido!

———

EPILOGO.

Año y medio después de la muerte del Alcalde, el tiempo habia pasado su suave esponja sobre los anteriores tristes cuadros, y la vida variable habia dibujado otros muy distintos en la existencia de las personas de que nos venimos ocupando.

Era la tarde de un domingo. Debajo de nuestro antiguo amigo el emparrado,—que aquel año, para seguir la moda, habia vestido en lugar de su traje de tafetan verde uno de tisú, al que ponia el otoño trama de oro,—estaba la buena anciana. A su lado se hallaba Mariquilla Albóndiga, que se habia hecho una moza de cántaro, la mas típica de esta denominacion; por lo cual estaba á la sazon trocado su nombre de niña en el de Maricota. Su Madre habia visto con dolor reventar en su bien medrado cuerpo las cinturas, espaldas y mangas de sus vestidos, sus enaguas mas talares trocarse á poco en boleras, y la habia oido quejarse cada quince dias de que le apretaban los zapatos. Reemplazaba ahora á Águeda en la asistencia de su Abuela.

Como no sabia contar sino hasta diez, hallábase en este momento apurada, porque no sabia el cómo contestar á su Abuela, que le preguntaba por el número de racimos que en la parra sobre sus cabezas colgaban, como nuevas espadas de Damócles, el número de naranjas, que como estrellas salpicaban la sombría copa de los naranjos, el número de pájaros que cantaban, la multitud de pollos que piaban, y la cantidad de nietos que chillaban.

—Madre, se pierde la cuenta!... y de todo sobra más de la mitad—contestó Simon Verde, que envigorizado y erguido, y con su cara alegre de ántes, llegó trayendo una brazada de la consabida robusta hortaliza.—Maricota, tú has crecido como el rio cuando hay arriada; mucho y aprisa. Pero en cuanto á las luces del entendimiento, no te las han despabilado los años. ¡Mire Vd., no saber contar! No saber contar, es como no saber andar. Deja esas naranjas, que están verdes, lambrucia; y en tu vida comas fruta hasta que la coman los soldados.

Apareció entónces debajo del emparrado una mujer jóven, lozana, que resplandecia de salud y de alegría. Tenia puesto un vestido de linó con faraláes, y por viso pomposas enaguas almidonadas. Traia sobre la cabeza un hermoso pañolon de espumilla de Manila, color de yema de huevo, cuyos flecos le arrastraban hasta los pies: calzaba bien, y traia un clavel encarnado en la cabeza. Llevaba en los brazos con una soltura—como si jamás hubiese

hecho otra cosa, una criatura recien nacida, que lucia una envoltura de tul de ilusion, con sus encajes de algodon y su viso de seda—aunque de un *rosa-pariente* demasiado cercano del encarnado,—su capillito con encajes para dos, y su brevetin de raso blanco y plata. Seguíala un jóven airoso y bien parecido, con su rica capa de paño azul y vueltas de terciopelo carmesí.

—¡Águeda, hija, ya has salido á la calle! exclamó Simon Verde cuando la vió.

—Esta mañana fuí á misa de parida, Padre. Y no habia de salir sin traerle á mi Madre Ana á mi niña. Madre abuela,—prosiguió poniendo á la criatura en brazos de la anciana;—aquí tiene Vd, á mi hija. ¡Es un lucero, un sol, un serafin!

Brillaba en sus bellos ojos la santa alegría de Madre, y en sus mejillas se dibujaban mas encantadores que nunca, los dos hoyuelos que habian vuelto á su rostro, con su lozanía.

—¡Lo que pesa! se diría que tiene tres meses, dijo la pobre ciega, que hacia el solo elogio que podia hacer de su biznieta. ¡Dios la bendiga! añadió. ¿Y cómo se llama?

—Ana.

—Hija, ese es nombre de Abuela.

—¡Pues... por lo mismo! Para que llegue á serlo, y tenga nietos que la quieran tanto como la quieren á Vd. los suyos.

—Julian, dijo Simon, ¿por qué has consentido

que salga esa niña á la calle á los ocho dias de parida? eso es un *gitanerío*.

—*Pae* Simon, porque mientras viva yo, no ha de hacer Águeda mas que su gusto.

—¿Esas tenemos? Pero mira, hombre, dices bien. Al fin y á la por partida, hacen las que se visten por la cabeza, lo que en ella se les mete. Con que asi, en dejándolas, se quita uno de predicar en desierto. Oye, y tú, *Mi niño*, ¿por qué no entras?—prosiguió Simon dirigiéndose á éste, que habia venido con Julian, y se habia quedado afuera del emparrado.—No seas corto en tu vida, sino para dar.

—Es que viene á pedir, dijo Julian; y me trae á mí de padrino.

—¿Pedir? ¿y qué? no será ni carne ni peso... que le sobran, dijo Simon.

—Pues ambas cosas son, repuso Julian soltando la risa; pues viene á pedir á Maricota, que como no tiene Padre, toca pedírsela á Vd.

—*Mi niño*, dijo Simon; si otra hija tuviera, te la diera, porque te estimo. Pero como con una hija no se pueden tener dos yernos, no hay que hablar de eso. En cuanto á Maricota, aunque parece melliza de la Torre del Oro, en lo fornida, está naciendo ahora, y tú, *Mi niño*, eres talludito. ¿Cuántos años tienes?

Mi niño se rascó la oreja, y no contestó.

—¡Capaz eres de no saberlo! Porque tú, *Mi niño*, eres de lo mas cerrado de sentido que se vé. Per-

dona la franqueza, que no lo digo por ofenderte.

—Voy á preguntárselo á mi Madre, dijo el pretendiente dando algunas zancajadas en retirada.

—Aguarda, aguarda; que yo lo sabré poco más ó ménos, le gritó Simon Verde. Cuando el percance primero que me puso en manos de la justicia, tenias tú veinte y cuatro años, porque en aquel sorteo ya no entraste en quinta. Mariquilla Albóndiga tenia entónces siete, y mi Aguedilla trece. De esto hay nueve años; por manera que tienes ahora la edad de Cristo, y Maricota tiene diez y seis; eso está *esproporcionáo*. Para trabajar estás en la flor; pero para novio de Maricota eres viejo, *Mi niño*.

Mi niño, que nunca habia pensado en su edad, se quedó tan asombrado de hallarse viejo y tan hecho estátua, que en su abierta boca se coló una abispa.

—Anda, *Mi niño*, prosiguió Simon Verde, cásate con una viuda, que es lo que te pega; que quien adama á la viuda, la vida tiene segura. A mí no me entras por el ojo.

—¿Y quién es quien se va á casar; Vd. ó la novia que él pide! sonó desde lo interior de la casa una voz récia y clara.

—¡Vaya con la niña! que estaba escondida, pero con más oidos que una liebre, exclamó Simon Verde. ¿Con que están Vds. en un sentir? Lo que quiere decir que la pechecilla estaba enamorada. ¡Habráse visto! ¡y yo que nada sabia! Dice el refran

«que por más que te afanes, no has de saber de tu casa los desmanes.»

—Padre, dijo Águeda riéndose, debería Vd. haber caido; porque *Mi niño*, desde que la quiere, está más en babia que nunca, y ella está tan en Belen, que se le va á olvidar hasta el modo de andar.

—Verdad es que deberia haber caido, dijo Simon Verde riéndose.—Pero es por aquello de que en el barrio de Santa Justa, Dios los cria y ellos se juntan. Tambien recuerdo ahora que oia de noche, como entresueños, una voz como del cañon gordo del órgano de la catedral, que cantaba siempre la misma copla:

¿La mujer chiquitita
Para qué es buena?—
Para echarla en la olla
Por berengena.

¿Quién se habia de figurar que venia eso *dirigío* á la zangullona de Maricota, que se come las naranjas verdes? Pero para que lo sepas, te advierto, *Mi niño*, que Maricota no tiene más que lo encapillado; y para eso las *naguas* le están cortas, y el *monillo* ajustado.

—De eso no se cuide Vd., *Pae* Simon, dijo Julian, que es cuenta de Águeda, que será la madrina de la novia, puesto que yo soy el padrino del novio.

—¡Pues á ello, y sin tomar resuello! *Mi niño*, cásate.

¡Cásate!... y tendrás mujer;
Si bonita, que guardar;
Si fea, que aborrecer;
Si rica, que contemplar;
Si pobre, que mantener.
¡Cásate!... y tendrás mujer!

Y tén presente que dice el refran: dos dias buenos las mujeres dan: el que al tálamo vienen y el que á la tumba se van; y atiende á que, el hombre de vista larga, por temor de la cruz, perdona la palma!

—Padre, ¿va Vd. á descorazonar al novio? dijo Águeda.

—¡Descorazonar á un novio! ¡fácil era!—Más fácil seria hacer una raya en el agua! Con que...... Maricota, ¿le doy el sí á *Mi niño*? responde.

Esta vez, la voz como la persona, permanecieron ausentes.

—¡Vaya con la niña, que no quiere responder! gruñó Simon.

—Padre, dijo alegremente Águeda; como va usted para viejo, se va haciendo gruñon; y se le ha olvidado que el *sí* no se dá sino en la reja.

—¿Regañon tu Padre? ¡qué estás diciendo, mujer!—exclamó Julian;—Pues si es como el sol de mayo, que no hace mas que reirse!

—¿Y sabeis porqué, vosotros?—repuso Simon Verde;—Pues el refran lo dice: «¿Porqué no riñe tu amo?—Señor, porque no es casado.» Pero sábete tú,

Aguedilla, que no seria extraño que lo hiciese, pues el hombre cuando es chico, es como el gallo, cantando; cuando es mayor, como el borrico, trabajando; y cuando es viejo, como el cochino, gruñendo. Pero ante todas cosas, ¿qué dice Vd., Madre?

—Digo, contestó ésta, que queria bien á *Mi niño*; que Joaquin se merece cualquier cosa por su juicio; que más vale onza de juicio, que quintal de talento. Digo que Dios los haga bien casados: digo que ayer un bautizo, y mañana una boda. ¡Qué más me queda que decir, sino que ¡bendito y alabado y reverenciado sea el Señor, que mejora sus horas!

Y nosotros añadirémos: ¡Benditas sean, y dichosas son aquellas almas que pasan por las pruebas de esta vida, llevando por báculo y guia los sentimientos que infunde la ley de Cristo y las reglas que prescribe su católica Iglesia!

FIN DE SIMON VERDE.

MÁS HONOR QUE HONORES.

CUADRO DE COSTUMBRES ANDALUZAS;

POR FERNAN CABALLERO.

MAS HONOR QUE HONORES.

CAPITULO I.

La moral no se prescribe á los pueblos: se les inspira.

FALLONNET.

«El estilo es el hombre,» ha dicho Buffon. Nosotros añadirémos: el lenguaje es el pueblo.

«La Presse.»—Anónimo.

El mundo es una comedia para el hombre que piensa y una tragedia para el que siente.

HORACIO WALPOOL.

La naturaleza de la sierra es vistosa y accidentada; su vegetacion rica y diversa. Allí no cansa la monotonía, ni aburre la uniformidad. Lo agreste conserva aun por todas partes su independencia y su pujanza, á pesar del invadiente cultivo, que

con su arado y sus domados toros, va usurpándole sus dominios, va guiando el crecimiento de sus pinos, domando sus cerriles potros con frenos, y las aguas de sus arroyos con azudes, y arrancando á los alcornoques,—esos San Bartolomés vejetales, mártires de la industria,—su corteza. Así, pues, alternando lo cultivado y lo silvestre; lo llano y lo escabroso; lo ameno y lo agreste, de la manera más brusca, sorprendente y pintoresca.—Aquí se encumbra entre breñas una noble encina (1) rodeada de sus plebeyas parientas, las encogidas y *frondias* carrascas, á poca distancia de un elegante y pulcro arroyo, que galante besa los piés á un melancólico sauce, cuyas finas y lánguidas ramas *degustan* sus aguas, y aspiran el ténue perfume de las adelfas, que por gala trae consigo el puro y alegre hijo de las montañas. A un verde campo de bien disciplinadas espigas, sirven de testero las rocas grises de un risco, que despide toda vejetacion, como el cínico toda clase de pudor.

La senda que sigue el viajero, tan pronto le lleva á deslizarse con ella, por entre altos y majestuosos árboles entretejidos de zarzas y de enredaderas, costeando un valle, que sirve de ancho tálamo á un arroyo en sus desposorios con las flores,

(1) La encina de la sierra, *Quercus bellota*, no es la encina de los poetas.—Es oriunda del Atlas, y traida á España por los moros, que la aclimataron en las provincias que conquistaron.—Fée.—*Estudios filosóficos, etc.*

mientras un coro completo de alados vates cantan un epitalamio en diversos tonos. De manera que podria el viajero creerse vagando por el más aristocrático y cuidado parque Real. De pronto esta senda se angosta, se endurece, y trepa por la árida pendiente de un monte escueto y romo. Y entónces, sin esfuerzo, puede hacerle la imaginacion triste peregrino de un desierto desnudo y silencioso. La cumbre de este monte rara vez brinda,—como compensacion al cansancio que produce,—una bella perspectiva. Por lo regular sus horizontes son cortos; y otros montes semejantes á él, se interponen por todos lados como pantallas ante la lontananza, ese gran anhelo de la vista y del alma!

Más hay un lazo de fraternidad entre estas varias y contrapuestas naturalezas; el cual ama y se apega asi á las peñas, como á los árboles; así al monte seco, como á la húmeda cañada; así á la solitaria breña, como á las activas habitaciones de los hombres: es la yedra, la más fresca y lozana hija de aquella fecunda region. Ella á todo se apega, á todo se arraiga, con la gracia y benevolencia de la juventud, con la fuerza y constancia de la edad madura. Se ha constituido *La Marta* y el oficioso *Tu autem* de su comarca: adorna lo desnudo como un tapicero; tupe los vacíos como un albañil; aplica sobre las rocas guirnaldas en relieve, como un escultor; abriga á las pobres dolientes rui-

nas, como una Hermana de la Caridad; pone al árbol muerto, que fué su amigo, una verde mortaja; y prendiéndose de una en otra rama de los árboles, por entre los cuales pasa la senda del hombre, forma árcos, cual si quisiese honrarle como á Rey de todo lo creado. Es, en fin, la yedra de los montes, con sus profusas y pequeñas hojas, sus espesos y vistosos ramilletes, el lujo y compostura de la sierra: fórmale sus moños, sus faraláes, sus bordados y sus perifollos. Es, por último su rico aderezo de esmeraldas, que no aja el calor, que no descolora la humedad, que no marchita el sol, y que no deslustra el tiempo.

Veíase una mañana descender por una cuesta pedregosa, á un grupo, que caminaba á paso lento y compasado. Componíase de tres hombres cubiertos con sus capas, las cuales,—como en las ocasiones solemnes,—pendian á ámbos lados como ropas talares. Precedíales un mulo, sobre el que estaba colocado un pequeño féretro blanco y celeste, cubierto de flores. Los tres hombres callaban; y el silencio no era interrumpido sino por la suave queja de un arroyo, que con ellos bajaba la cuesta,—como si acompañase en la última jornada á un hermanito suyo, cuya vida hubiese parado el hielo de un anticipado invierno;—por el melancólico suspiro que exhalaba la brisa al ver finada una vida, que habia sido un soplo cual ella; por el divino trino que de cuando en cuando lanzaba el ruiseñor, co-

mo un desahogo de su armonioso corazon; y por el ruido de la compasada y uniforme pisada del mulo, que parecia el de la péndola de un reloj, que abreviase á la vez el tiempo y la distancia.

Llegado que hubieron al próximo pueblo, que era la Higuera, se encaminaron al Campo-santo, bien denominado así, pues en éste, como en los templos, la Iglesia nos acoge, nos hace iguales, y nos bendice.

Los hombres abrieron un hoyo en la tierra: en él depositaron el féretro blanco y celeste que contenia el pequeño cadáver, ángel dormido, al que Dios concedia el descanso sin el cansancio, miéntras las campanas de la vecina iglesia repicaban al favorecido de Dios, la enhorabuena.

Cuando cayó la primera paletáda de tierra sobre la caja, produjo un sonido hueco y sordo, cual si la rechazáse; el que fué acompañado por un gemido, que exhaló aquel de los tres hombres que habia quedado algo apartado, retorciendo entre sus manos el sombrero, que se habia quitado por respeto al lugar sagrado donde dejaba al solo hijo que habia sobrevivido á dos hijos mayores, que habia perdido recientemente!

El adios es siempre una triste fórmula; pero en el Campo-santo es donde se convierte en una solemne verdad!

Despues de concluir su taréa con ese respeto, ese decoro, esa solemnidad con que se trata en

España á los muertos, volviéronse callados los tres hombres llevando su dueño al mulo, del diestro. Pero una vez al pié de la cuesta, dijo el más anciano de los tres al Padre del niño enterrado:

—Vamos, Juan, súbete.

El interpelado hizo con la cabeza una señal negativa.

—¿No quieres?—prosiguió el anciano, que era un arriero jovial y locuáz.—Pues déjalo estar; que lo que tú no quieras, otro lo querrá. Me subiré yo; pues has de saber que:

Para cuestas arriba
Quiero mi mulo,
Que las cuestas abajo....
Yo me las subo.

Llegaron, pues, precedidos del arrièro en su mulo á Valdeflores, pobre y pequeña aldéa, que no tiene de bonito mas que su nombre, y que se halla colocada como en una batéa en un llano, situado entre dos suaves pendientes, con arbolado. Por la una sube el camino que lleva á Aracena, y por la otra baja el que conduce á la Higuera.

La casa en que entraron, era, como el corto número de las que componian la aldéa, construida con muros de piedra, sin mezcla que lás uniese, ni revoque que las cubriese, y cobijada con un techo de anéas. El interior lo formaba, como las granjas

del Norte, una sola y vasta pieza; en el testero habia un hogar para fuego de leña, que servia de cocina, de estrado y de comedor. Á ámbos lados del fogon habia unas divisiones hechas con tabiques, que servian de dormitorios y de graneros. En la parte opuesta habia pesebres para las bestias y saltaderos para las gallinas, y paja fresca para comodidad de los animales, que en el campo son tan constantes y bienhechores compañeros del hombre, el que tan ingrato es para ellos!

—Ea, ea, entrad;—les gritó al verlos venir, una mujer viva y dispuesta que estaba aguardándoles en la grande y siempre abierta puerta de la casa.—¿No véis que está lloviendo, y que os vais á mojar las capas buenas?

—Esto no es,—repuso el arriero, que se llamaba el tiò Bastian,—sino un mata-polvo, unas gotas.

—Sí; pero cada gota trae un cubo de agua, ¿no ve Vd. el Cielo como se ha puesto: qué prevenido?

—Pues todo es apariencia, y no más. Hasta que no abrigue el tiempo, no llueve. ¡Y buena falta que hace! Pero á Dios,—que todo lo tiene en la memoria,—se le ha olvidado el agua.

—Ande Vd., ande Vd! dijo la mujer. La comida está guisada cuanto há, y se va á pegar. Juan,—prosiguió dirijiéndose al Padre del niño que era su cuñado,—Estefanía está que el demonio que la aguante. Acaba un llanto, y empieza otro, como Ave-Marías de rosario. Anda, hombre! dale cuatro

gritos, para que se suma esas lágrimas, que ofenden á Dios!

El marido entró en el dormitorio, el tio Bastian fué á llevar su mulo al pesebre, y María Josefa, que era la mujer que habia hablado, despues de quitar y doblar la capa de su marido, que era el tercero de los hombres que habia entrado, se puso á cubrir la mesa con un rústico banquete, segun lo requerian las circunstancias y establece la costumbre, en obsequio y señal de gratitud á las personas que acompañan y honran con su presencia á vivos y muertos.

Consistia éste banquete en una olla guisada con carne de macho cabrío,—que no es mala en la sierra,—morcilla, tocino y legumbres.—Agregábase á esta olla un plato de aceitunas, otro de masa frita enmelada, y un jarro de vino.

—Por fin,—dijo María Josefa, despues que estuvieron reunidos,—á todos los he podido acarrear, ménos al Tio Bastian, que en poniéndose en conversacion con sus mulos, se endiosa.

—¿No sabes tú, María Josefa,—tú que sabes más que la cartilla,—dijo el zumbon anciano, despues de haberse sentado á la mesa y persignado;—¿no sabes que los arrieros siempre llegan tarde? ¿y la razon? Pues yo te la diré.—Un dia que daba su Divina Magestad audiencia, llegaron los clérigos, y le pidieron buena vida, y el Señor se la concedió. Llegaron entónces los frailes, y se la pidieron tam-

bien; pero el Señor les dijo que llegaban tarde; que ya esa gracia se la habia concedido á otros. Pidieron entónces buena muerte, y el Señor se la otorgó.—En esto llegaron los arrieros, y le pidieron al Señor buena vida;—Llegais tarde, dijo entónces el amo.—¡Pues buena muerte, Señor!—Llegais tarde, dijo el Señor; está ya eso pedido y concedido.—Desde entónces los arrieros, ni tienen buena vida, ni tienen buena muerte, y llegan siempre tarde.—Estefanía,—añadió dirigiéndose á la Madre del niño que habian enterrado,—come, mujer; que estómago vacío no consuela corazon. Si tanto llorases tus culpas como lloras la muerte de un ángel, á fé que te habias de salvar, mujer!

—¡Mi niño! exclamó la pobre Madre, que cuando lo parí, parecia una flor! Vd., Tio Bastian, que tiene á su nieto—que nació cuando nació mi niño—tan saludable, no sabe lo que es, cuando al árbol le arráncan su flor!

—El ángel de su guarda se llevó esa flor á otros vergeles, en los que ni la secará el sol, ni la quemará la escarcha! Si el tuyo hubiese hecho lo propio contigo cuando naciste, no habias de haber pasado tantos trabajos, ni llorado tantas lágrimas.

—¡Verdad es, Tio Bastian!

—Pues entónces..... ¿á qué estás ahí hipando, criatura? ¿A qué esa rienda suelta á tu sentir? Eso no te está bien á tí, que eres mansa, y no eres capaz de decir zape al gato.

—Es, repuso la pobre Madre, que si yo nó hubiese dado aquellas sopas á mi niño, mi niño no se me hubiese muerto; ¡las sopas me le mataron!

—¡Calla, calla, mujer! dijo el Tio Bastian. ¿Y los que se mueren sin comer sopas? ¡Que siempre se haya de disculpar la muerte! Asi es que sé cuenta que la Muerte no lo quiso ser; y le dijo clarito á su Divina Magestad, que la dispensára del cargo; que no le daba gana de cúmplirlo.—¿Y porqué? la preguntó el Padre Eterno.—Porque me van á aborrecer, Señor, y á llamarme tirana.—Descuida, le dijo el Señor, que te prometo que siempre serás disculpada.—Y ya lo vés; á la vista está: esta vez son las sopas; otras veces son los médicos. El asunto es, que se nos figura que la muerte no puede entrar sin que se le ábra la puerta. María Josefa, mujer, no me dés más calabaza; que el que la come se queda tres dias sin sangre; dame pan, que el pan y los piés sostienen al hombre.

—Juan,—prosiguió el arriero dirigiéndose á éste,—¿sabes que le hablé á tu amo por ver si queria ayudarte? Le dije de aquesta manera:—Señor D. José, no hay hombre sin hombre. Bien podia su mercé darle la mano al pobre de Juan Martin, que es un hombre de los buenos, y un trabajador de los de punta; al que manda Dios más plagas que á Egipto, porque,—con perdon de Vd., Sr. D. José,—en su casa se ensució la necesidad. El mulo que tenía, se le murió de un torozon; la mujer ha es-

tado si las lía ó no las lía en su última ocasion: sus dos hijos mayores se le han muerto de viruelas, y por último, ha estado tres meses parado por haberse quebrado un brazo, al estar apagando el fuego en la hacienda de su mercé.

—Verdad es que he sido desdichado, dijo Juan Martin; todo se me ha torcido! Pero ¡cómo ha de ser!—prosiguió el excelente hombre, dirigiéndose á su muger que sollozaba,—más padeció Job; que tuvo una mala mujer. Ten presente, Estefanía, que todos los dias decimos á Dios en el Padre Nuestro: ¡CÚMPLASE TU VOLUNTAD!

¡CÚMPLASE TU VOLUNTAD! En estas sucintas palabras que decia Juan Martin, está magníficamente resumido cuanto sobre resignacion, mansedumbre y humildad se ha dicho y escrito! ¡Oh sencillez sublime de nuestra doctrina cristiana!

—Pero ¿qué respondió D. José? preguntó María Josefa.

—¿Qué respondió?—*Náa.*—Me volvió las espaldas, y me dejó con la cara llena de frente. Pero yo no me quedé con el entripado en el cuerpo, sino que le dije:—¡caracoles, señor, que si fuese Vd. sol, no habia de alumbrar á nadie!—Aquello le sonó á campana cascada, y volviéndose á mí, me dijo con aquella voz que tiene, que parece que está hueco: ¡eso es decirme que soy un avariento!—No digo que lo sea su mercé, le respondí, sino que lo parece; y en Portugal he oido yo un refran que dice:

que el que se viste de la piel del lobo, no extrañe que por lobo le tengan.

—¡Ay! ¡y cómo se pondria! exclamó María Josefa; porque ese miserable, que es capaz de echarle llave al agua del pozo, tiene la vanidad por arrobas.

—¡Como que tiene *peso*, (1) y es un usía muy considerable! opinó el hermano de Juan Martin.

—¡Qué habia de ser! repuso el Tio Bastian. Pues qué, ¿si fuéra un usía de los *lijítimos*, habia de tener esos vientos, ni gastar ese *ipotismo*? Yo, que tengo más navidades que quiero, sé quién es esa gente: son ricos de poco tiémpo, levantados del polvo de la tierra. Mi Padre,—¡en descanso esté su alma!—conoció en sus mocedades al Abuelo de este, que llegó aquí de la montaña, de pata mondada. Le sopló la *indina* de la fortuna, le parió la marrana, y le salieron los pegujares á veinte. Cuando este de ahora se halló con los dineros de la herencia, se casó con un *desavio;* pero si ella era negra, las pesetas eran blancas. Entónces dijo, que como era montañés, le correspondia el Don; y se lo plantó delante con el salero del mundo. Y cata ahí porqué en el pueblo le pusieron por apodo Don José Primero, como se apellidó el Rey que trajeron y se volvieron á llevar en sus mochilas los franceses de antaño.

(1) Dinero.

—¡Vaya! observó María Josefa; por eso dice la copla:

Tienen los montañeses
En la cabeza,
Metidos los papeles
De su nobleza.

—¿Y es verdad, Tio Bastian, que todos sean nobles?

—¡Qué habian de ser! contestó el interrogado. ¡Como tú y como yo, que somos bien nacidos, y limpios de sangre, á Dios gracias! Que todos no podemos ser ricos y nobles; así como todos no pueden ser sanos, gordos y buenos mozos. En el mundo ha de haber de todo; y siempre ha habido pobres y ricos; y al que lo es, buen provecho le haga; y al que Dios se la dió, San Pedro se lo bendiga. Mira tú que

Hasta la leña del monte
Tiene su separacion:
Una sirve para Santos,
Y otra para hacer carbon.

A los ricos y nobles *lijitimos*, les viene de casta. Porque han de saber Vds., que los Apóstoles le pidieron un dia licencia al Señor para llevarle á sus hijos, y el Señor se la concedió. Presentáronle, pues, los mayores y más vestiditos, y el Señor los vió y los regaló; lo que sabido por los hermanillos menores y desnudos, tambien quisieron ir. Volvie-

ron los Apóstoles con esta peticion al Señor; pero el Señor les respondió:—No, quédense esos para servir á los otros.—Y ahí teneis, porqué nacen unos para servir, y otros para ser servidos. Y para volver á lo que platicábamos, yo te diré porqué están los papelones de los montañeses,—y hablo de aquellos que pertenecen, como tú y yo, á los hijos desnudos de los Apóstoles,—tan encalabrinados en que son nobles. Cuando fué el Rey de España á aquellas montañas, creyeron aquellos rudos que seria el más repulido saludo, y la más remontada venera que á su Real Magestad le pudieran hacer, el echarse al suelo boca abajo; y asina lo hicieron. Al ver aquella barbaridad, el Rey se echó á reir, y les dijo: *¡levantáos, galgos!* Pero ellos entendieron que les habia dicho su Real Magestad: *levantáos, hidalgos;* y desde entónces, están muy en sí en que lo son.

—Y así tiene ese D. José I, los humos más remontados que un Infante de España,—exclamó con rabia María Josefa,—lo echa de fino, y es más basto que un rimero de loza de Triana; más áspero es que un níspero verde; y tan miserable, que no es capaz de dar á un infeliz, por necesitado que lo vea, sino lo que dá el pobre á su perro; ¡luz y puerta!

—¡Echa por esa boca! le dijo su marido; el diablo anda haciendo leña en el tajonal, cuando tú no te estrenas. En diciendo *¡allá voy!* esa que tienes tan suelta;..... ¡Dios nos la depare buena! Y has de

saber que la lengua, aunque no tiene huesos, los quiebra.

—¡Caramba contigo! repuso su mujer; ¡que estás siempre más callado que un arencon, y no te se ofrece hablar sino para echarme los treinta dineros! ¡Pues eso faltaba! ¡de eso no se ha de hablar nada! Ni tú, ni el lucero del alba, me ponen á mí el pie en el pescuezo.

—Geromo, dijo el arriero al marido, á los hombres sesudos, las palabras de las mujeres, por un oido les entran y por otro les salen.

—No señor, contestó el cachazudo Geromo; no les salen, porque por ninguno les entran.

—Y tú, María Josefa, prosiguió el tio Bastian, si quieres vivir feliz y bien casada, acuérdate que dice la copla:

Unta el eje, Juanillo,
Que chilla el carro;
Que hasta un ente insensible
Gusta de halagos.

—Vaya, dijo ella; qüe está Vd. hoy como su Santo, todo lleno de saetas.

—Algo tiene María Josefa contra D. José, cosido por dentro; pensó el chusco anciano.

El tio Bastian habia acertado. María Josefa se hallaba indignada contra D. José I, y para aclarar lo subsiguiente, es preciso dar al lector conocimiento de la causa de esta indignacion.

CAPITULO II.

Habia tres meses que María Josefa—que solia ir á ayudar á las matanzas en casa del pudiente D. José Sanchez, conocido por D. José I,—habia sido llamada por este señor á su despacho. Cerrado que hubo la puerta, le preguntó, en vista de que estaba recien parida, que si queria hacerse cargo de la crianza de un niño, mediante la retribucion de seis duros mensuales. María Josefa, que era robusta, y tambien amiga de agenciar para su casa, admitió desde luego la proposicion; y pocos dias después, en una noche oscura, llegó un hombre á su puerta, y sin entrar, le entregó un niño, diciéndole que se llamaba Gabriel. Por tres meses le habia criado, recibiendo puntualmente su retribucion; pero pocos dias ántes, al ir á Aracena á cobrar el cuarto, D. José I se habia negado á satisfacerlo,

alegando que los fondos que para el efecto le habian sido entregados, se habian concluido; que no habiéndole librado otros, levantaba la mano en la crianza de ese niño, y que le llevase á la Inclusa, ó hiciese de él lo que le pareciese. Fácil es de figurarse la tempestad que levantaron estas palabras en el ánimo de María Josefa, que era viva y vehemente, y la lucha que originaron en ella su amor de nodriza á la infeliz desvalida criatura, y su carácter interesado. Porque no era solo él seguir por el momento la doble crianza, más penosa á medida que las criaturas fuesen creciendo; sino que concluida esta, se veia con la carga de otro hijo más, sin retribucion alguna: esto era muy duro para pobres. Pero, por otro lado, ¿cómo abandonar al angelito que en su falda se sonreia? Esto no podia ni aun imaginarlo, cuanto menos hacerlo, una mujer del pueblo y del campo. A este mismo tiempo fué cuando el hijo de su cuñada murió, y María Josefa formó el proyecto que la verémos poner en planta á los postres de la comida, en que dejamos reunidos á los que actúan en este relato.

—No atino,—dijo el tio Bastian á María Josefa, —por qué te subes asina á mayores contra D. José I; porque siendo tú muy pluma, y sabiendo sacar agua de donde no hay *maniantal*, tienes las bases—con achaque del niño que estás criando,—de tenerle sangrado de la mano derecha; de lo que todos se hacen cruces.

—Eso es muchísima mentira, exclamó la interpelada. ¡Vaya, que la mentira anda barata! No me ha dado en su vida ese estreñido sino lo convenido. ¡Si ese falso testimonio debia ahogar á quien lo levanta!...

—Vamos, vamos; ¿y qué mal habria en eso? Ello es que tu hacienda va creciendo como el arroz.

—¿Creciendo? ¡sí! asi va creciendo como rabo de mona. Lo que es, que me lo sé agenciar. Y sepa Vd., tio Bastian, que cuando me casé, me trajo mi marido una trampa de treinta duros, que fué lo que le costó la boda, y después tuve yo que ayunar la boda; pero al año no le debia yo, sinó el alma á Dios.

—Eso fué el milagro de Mahoma, que lo pusieron al sol, y se quedó á la sombra; porque en aquel entónces vivías y comías con tu Madre. Y ¿quién te hizo rico? quien te mantuvo el pico.

—Para que vea Vd.,—prosiguió María Josefa,—los muchos bienes que se me han entrado con el niño por las puertas, sepa Vd. que se le quiero entregar á Estefanía, porque yo ya no le puedo criar, que lo padece mi niña, y yo; puesto que van siendo grandes, y entre los dos me van *destutanando* (1). Le he dicho que es cosa de perjuicio quitarse la leche de *sopeton* (2). De eso murió Gertrudis la del

(1) *Destutanar*, *destuetanar*; quitar el tuétano ó la substancia.

(*N. del E*)

(2) De súbito, repentinamente.

molino. Esa conveniencia os hallais: ¿qué dices, Juan?

—Por mí, repuso éste, que haga Estefanía lo que le plazca; solo quiero advertirle, que dice el refran, «que brasa trae en el seno el que cria hijo ageno.»

—¡Vaya!—exclamó María Josefa,—¿todavía te haces de pencas, cuando es un favor que os hago?

—Si se ahorcó el judío, cuenta le tuvo, murmuró entre dientes el tió Bastian.

—Pero diga Vd.,—preguntó á éste María Josefa, —diga Vd., tio Bastian, Vd. que sabe mas que un soldado viejo, ¿no ha podido Vd. esclarecer de quien es ese niño?

—¿A tí te parece que sé mucho. Pues, hija, no te quédas tú en zagas, y asina

¿Qué quieres que te diga,
María Josefa;
qué quieres que te diga
que tú no sepas?

—Pues no lo sé; ahí verá Vd.! Mis chinitas le he echado á D. José, como quien no quiere la cosa. Pero nada le he podido sacar á aquel marrullero, que tiene mas conchas que un galápago; y no éra cosa de meterle los dedos y sacarle la raiz. Mas... como Vd. parece que lloró en el vientre de su Madre, —en vista de que lo que no sabe lo acierta,—estoy para mí que lo sabe, y que no se quiere desabrochar.

—Pues no lo sé; ¡otra! Eso ni se sabe, ni se sabrá.

—Se engaña Vd., tio Bastian, porque la GRACIA DE DIOS (1) ha de salir siempre, mas que la quieran ocultar en los centros mas hondos de la tierra.

—Pues entónces,—repuso el arriero,—de nuevas no curédes, que hacerse han viejas, y saberlas hédes; y no escudriñes más; que, ni ojo en casa, ni mano en arca. Pero tú, que sabes mas que todas las culebras,—añadió el anciano, con marcada intencion,—inclusa la que de contrabando se coló en el Paraiso, te lleva la trampa por no poder averiguar lo que saber quieres; y tienes sarna de curiosidad.

—Vd. se ha empeñado hoy en atufarme, tio Bastian,—dijo María Josefa;—pero se queda Vd. como el que quiere y no puede: ¿está Vd.? Porque á mí no me quema más que la candela y el agua rás.

—¡Ay!—exclamó de repente Estefanía,—que con mi pena me se habia olvidado de llevarle la comida al tio Matías. María Josefa, dame esa cuchara.

Esta fué á coger la cuchara de boj que le pedian, y se le cayó de las manos.

—¡Vaya! exclamó, ¿quién me estará mentando?

—*Mal Cogido*, contestó el tio Bastian. ¡Candela! —añadió viendo á Estefanía llenar el plato,—¡candela, y lo que sacas! Por lo visto, es el tio Limos-

(1) La verdad.

na como el buey Limon; cortito de paso, y largo de esporton.

—Señor,—contestó la excelente mujer,—no todos los dias se guisa olla en mi casa... Deje Vd. que el pobrecito la disfrute y se harte.

Era el tio Matías,—que por apodo tenia el de Limosna,—un viejo delgado, andrajoso y medio alelado, que Juan Martin y Estefanía habian recogido por caridad en su casa, en una ocasion en que estuvo enfermo; y de aquella no habia vuelto á salir. El pobre viejo, agradecido, no sabia cómo pagar esta caridad; y para demostrar siquiera su buen deseo, se apresuraba á prestar aquellos pocos servicios que podia. El principal de estos servicios era el barrer con una escoba de rama el suelo terrizo de la casa, para que estuviese siempre limpio; y lo hacia á la perfeccion, á pesar del dicho usual de que «hasta para barrer es necesario talento.» Creemos que la experiencia nos va enseñando todo lo contrario; y es que para nada se necesita.

—Tome Vd., tio Matías,—le dijo Estefanía,—tome Vd. su plato; trae su carne y su morcilla.

—¡Dios te lo pague!—contestó el tio Matías tuteando á su benéfica protectora, usando de la incontestada prerogativa, que tiene en el campo la ancianidad sobre la juventud:—¡Dios te lo pague! que es buen pagador. Cuanto dés, contigo te llevas; que quien bien hace, para sí hace.

—Tío Matías,—dijo Estefanía echándose á llorar

amargamente,—como Vd. no ha querido arrimarse á la mesa, cuando vivia mi niño Juan, él era quien le traia á Vd. la comida!

El pobre viejo, que tenia pasion por los niños en general, y por los de sus bienhechores en particular, cuando oyó estas palabras, se puso á llorar á lágrima viva, y exclamó:—¡Ellos se van, y yo me quedo por acá!

Estefanía comprendió todo el sentido que encerraban estas palabras, y contestó con estas no menos significativas:

—Tio Matías, Dios sabe lo que se hace! Los duros golpes al corazon son llamadas: la larga vida es una carga que hemos de llevar con paciencia.

—¡Válgame Dios!—decia entretanto el tio Bastian á los que habian quedado en la mesa,—¡quien no conoció al tio Limosna en *tempos ilis*, tan dichero, tan zumbon! ¡Qué apagado está! ¡Parece un monton de cenizas! Juan, has hecho una obra de caridad de las buenas, con haberle recogido: sin tí, ¿qué habria sido de él?

—¿Qué? tio Bastian,—repuso Juan,—sepultura y casa á nadie le falta.

—Era, prosiguió el arriero, y ha sido siempre la *presulta* (1) de la desdicha; asi le pusieron por apodo Limosna. Su mujer se le murió de par-

(1) *La presulta ó improsulta;* lo que prepondera, ó sobresale, el colmo. Es corrupcion del latin *Non plus ultra*.
(*N. del E.*)

to, recien llegado aquí licenciado, después de la guerra del francés de Napoleon. El pobre crió al niño á traguitos, llevándole de puerta en puerta de todas las que estaban criando, y con miles de trabajos. Cuando fué mayor, le llevaba consigo á pedir limosna, y andaba de cortijo en hacienda; y como era tan célebre y tan cuchufletero, tenia á los trabajadores y gañanes entretenidos. Así es, que cuando llegaba, le decian que se sentase á comer con ellos, y echase como el más anciano, la bendicion. Más fué creciendo su hijo, que era más malo que Brijan, y se iba haciendo un *costillon*, que le huia al trabajo como á la cruz el diablo. Entónces se ayuncaron todos; y le dijeron al Padre, que él, como anciano y lisiado que estaba desde la guerra del francés, hallaria siempre cuchara en su rancho; pero en cuanto á su hijo, que lo podia muy *retebien* ganar, mantenerle, era sostenerle la holgazanería; y que así, que se buscase su vida.

El Padre se lo dijo al muchacho; pero no hizo caso. Bien dice el refran, que «el amo respetuoso hace al criado reverencioso:» y lo propio los hijos con los Padres. Que en este *indino* mundo, al que se hace de miel se le comen las moscas, y el tio Matías habia dejado criar alas á aquel mal pájaro, y cuando se las quiso cortar, ya no pudo. Llegaron un dia ambos á la puerta de un cortijo á la hora de comer, pero ántes de presentarse, escondió el Padre al hijo tras de un pajar, y entró solo.

—Venga Vd. con Dios, tio Limosna,—le gritaron cuando le vieron los gañanes;—ea, á comer; y eche Vd. la bendicion! Lo que hizo el chusco del viejo, diciendo al hacer la cruz: En nombre del Padre y del Espíritu Santo.—¿Qué es eso, tio Limosna? le gritaron los gañanes. ¿Está Vd. chocheando? ¿Y el Hijo? ¿A qué deja Vd. fuera al Hijo?—El tio Matías se puso entónces á gritar: «Hijo, hijo, entra; que estos caballeros te están echando de ménos.» Con lo que todos se echaron á reir, y comió el hijo con ellos, como de costumbre.

Pero empestillándose el Padre en que trabajase su hijo, lo que hizo aquel *Pan-Perdido* (1) fué huirse, sin que se haya vuelto á saber de él, ni hoja ni rama. Desde entónces el pobre tio Matías pegó la caida de una vez, como horno de carbon; porque el desdichado habia puesto sus ojos y todo su querer en aquel descastado mamanton de hijo, al que con tantos trabajos habia criado; y cuándo éste podia retribuirlo, y le cumplia mantener á su Padre, se echó las obligaciones á las espaldas, y se traspuso, sin decir *chuz ni muz*, ni *chaque baraque*. Del maldito ese se puede decir—como de Paquiro Montes se ha dicho, que le parió una vaca,—que á éste le parió una serpiente, Caballeros!

(1) Llámase *Pan-perdido* en Andalucía, al holgazan que no trabaja; como si se dijera que es perdido el pan que come
(*N. del E.*)

¿Quién seria la Madre
Que parió á Judas?
¡Y qué hijos tan *indinos*
Paren algunas!

—Como que los que las Madres paren, son hijos de los Padres, observó María Josefa.

—Sí; respondió el tio Bastian, que nunca se quedaba sin reçoger y devolver la pelota:

El demonio son los hombres
Dicen todas las mujeres;
Y luego, están deseando
Que el demonio se las lleve!

—Ea, añadió poniéndose de pie,—quédate con Dios, Juan, que ya el monte prietéa, y mi casa no está á la vuelta.—Estefanía ¡salud!—dijo á esta al encontrarse con ella cerca de la puerta;—mira que soy perro viejo y te digo que no tomes ese niño, que es un censo vitalicio. No hay mas niño bueno que el Niño Dios.—Y acuérdate que más vale un POR SI ACASO, que no un NO PENSÉ.

El jovial anciano montó en su mulo que le había traido el tio Limosna, y se alejó cantando:

Tengo de morir cantando
Ya que llorando nací,
Que las penas de este mundo
No son todas para mí.

Entretanto, María Josefa habia ido por el niño que criaba, y le habia puesto en los brazos de Es-

tefanía. Esta excelente mujer le tomó sollozando, pues le recordaba á su hijo, cuyos ojitos se habian cerrado para no abrirse más, cuya boquita no buscaba ya el pecho de su Madre; cuya cuna estaba vacía, y cuya ropita yacía caida y fria sobre un sahumador de mimbre, sin que la mano cuidadosa de su Madre, esparciese sobre la copilla con brasas la inocente, la odorífica y popular alhucema, que habia de entibiar y perfumar las ropitas que tocasen sus tiernas carnes! ¡Todo yacia con el triste sello de lo innecesario, como melancólicos despertadores del recuerdo! Estefanía miró á su marido, que se inclinó sobre la lumbre para encender un cigarro, no queriendo influir en la determinacion que tomase su mujer. Estefanía comprendió esto; estrechó al niño en sus brazos, y se le puso al pecho. Desde aquel instante le adoptó por hijo.

—Tú no tienes madre; yo no tengo hijo; y ambos no podemos, ni estar sin hijo yo,—á quien dé la leche de mis pechos que me rebosa, y el amor de mi corazon que me ahoga!—ni tú vivir sin brazos que te lleven, sin pechos que te nutran, y sin amor que te ampare, velando de noche á tu cabecera, sosteniéndote despierto!—Ven, pues, tú, á quien todos rechazan! por quien nadie... ¡ni aun tú mismo!... ¡implora auxilio!—¡Ven, ven! tú que morirías sin saber que morias, como vives sin saber que has hallado el primer y más dulce tesoro de la criatura, un corazon de Madre!—¡Angel mio des-

amparado! ¡Si Dios Nuestro Señor, os hizo á todos tan desvalidos, fué porque no juzgó posible que os desamparase la mujer!

Todo esto lo sentía Estefanía, tal cual lo expresan estas palabras, y mucho más, que las palabras frias é inertes que traza la pluma, no pueden expresar; pero que se leia claro en su conmovido rostro, en sus lágrimas, en la vehemencia, con que estrechaba al niño contra su pecho. Pero la buena y sencilla Estefanía no hubiera podido formular en frases su sentir. Por eso,—bien ó mal,—lo hace la pluma de quien os observó y estudió con amor y entusiasmo, á vosotras, mujeres del pueblo sencillo, católico, español, corazones selectos, minas de amores puros y santos, modelos de Esposas y de Madres!

El Tio Matías miró aquel grupo de amor y caridad, apoyado en su escoba de rama, y murmuró con su cascada voz:

—Estefanía, bendita seas!—¡Y lo serás! que quien bien hace, para sí hace!

CAPÍTULO III.

¿Quién ha podido fijar su mente y su vista sin enternecimiento, en un niño recien nacido durmiendo? Tipo desvalido de la debilidad, vida que empieza á respirar el aire de esta esfera con un suspiro; á sentir su existencia, con un gemido, y á moverse, con un sobresalto! El aire, la luz, el roce, el ruido, todo le lastima, todo le hiere. ¿Resistirá su frágil ser?—Sí, porque Dios le preparó un asilo, un amparo, un refugio en el regazo de la mujer.

Cuando el niño se siente estrechado en sus brazos, se tranquiliza, se consuela; y percibiendo aquellos suaves cantos que, como por inspiracion, brotan de los labios de la que le ampara,—tan dulces y tan tristes á la vez, como todo lo que es profundo y tierno,—ciérranse sus ojitos, y se duerme. Éntónces aquel pequeño semblante, poco há des-

compuesto, se serena. Y si se le sigue observando, se ven dibujarse en él diversas sensaciones: ya alza sus cejitas como asustado; ya arruga el entrecejo, como contrariado; y ya tornándose tranquilo, muévese su pequeña boca, y dibújase una sonrisa, que de suave llega á ser alegre, y aun á romper en risa. ¿Que vé en su mente, él, cuyos ojos aun nada han visto? ¿Qué sueño puede reflejarse en esa inteligencia, que aun no tiene conocimiento? ¿Qué pensamientos conmueven sus sensaciones, él, que despierto, aun no sabe sentir ni pensar?

Confesamos que no podemos darnos cuenta de este problema; y que cuando así hemos observado á estas inocentes criaturas en nuestros brazos, nos hemos creido rodeados de ángeles ocultos á nuestra percepcion, pero perceptibles á la suya. Con ellos comunican cosas de otro mundo mejor, que olvidarán en este, á medida que huyan los ángeles con la inocencia, la dulzura y la pureza, de aquella alma, que desde temprano sentirá las malas influencias de la parte material á que está unida de por vida—¡Adios, pobre alma desterrada en esa mísera cárcel!—le dirán los ángeles,—y la cara del niño se angustia.—Nos vamos, pero no nos olvides;—y el niño gime y se agita.—Sé fiel á nuestro Padre y Criador, y en breve nos reunirémos;—y el niño se serena.—Y ante su trono cantarémos felices sus alabanzas;—y el niño se sonrie, cuál el ángel que le consuela!

Pero si no se puede mirar sin enternecimiento al niño desamparado, tampoco se puede mirar sin conmoverse, á la mujer, que llena de amor, de abnegacion, de paciencia y dulzura, le ampara en su regazo, le alimenta á sus pechos, le guarda con sus vigilias, y le sostiene con sus esmeros. ¡Y podráse concebir, que aquel ente desamparado y débil, que debe el no sucumbir á cada instante, á ese consagrado y vigilante amparo, se hará fuerte é independiente, y pueda llegar á menospreciar y hasta á clavar un puñal en ese mismo seno, que le crió y le alimentó con tan sublime ternura! ¡Ingratitud, exterminadora de santos deberes; pernicioso Simoun del corazon; Madre é hija á un tiempo del egoismo y de la sobèrbia; qué cruel abofeteas todo cuanto debias acatar con respeto y cariño! ¡cuán vergonzosamente sueles herir ese noble y amante corazon de Madre, del que con la sangre de sus heridas brota el perdon! ¡Porque solo un CORAZON DE MADRE pudo imitar sin esfuerzo el gran ejemplo dado en la Cruz!

Todo esto,—aunque en embrion en su mente, pero distinto en su corazon,—arrasaba de lágrimas los ojos del pobre tió Matías, al observar á Estefanía que, sentada en una silla baja cerca de la puerta, tenia en sus brazos á una criatura á la cual procuraba dormir. Era una niña que habia tenido Estefanía hacia poco tiempo; y no Gabriel, que á la sazon contaba cuatro años.

Al lado de Estefanía, en el suelo, estaba una canastilla de costura, en la que se veia la que habia soltado para tomar á su niña. En frente de ella, del lado de afuera de la puerta, estaba el tio Matías entretenido en hacer una pitadera de alcacér, á Gabriel. Este niño, que sin ser precisamente bonito, era agraciado y precoz, fijaba su inteligente mirada, sin pestañear, en el trabajo del anciano, el que solitario en la vida, amaba á este niño con ternura, porque el entrañable amor de Padre, arrancado por la ingratitud con tanta barbarie, habia dejado raices que retoñaban de por sí, en aquel devastado corazon: ambos, abstraidos por la faena, callaban.

La escena era doméstica y tranquila, como lo era la vida de los que allí estaban reunidos. Las gallinas, con el bienestar que les producia el calor del sol de abril, y la reciente comida que les habia distribuido su buena ama, se entregaban al dulce *farniente*, habiendo hecho con sus patas hoyos en la tierra, en los que se estiraban y solazaban como odaliscas en sus otomanas. Las que tenian pollos, los cobijaban debajo de sus alas, como debajo de un quitasol de plumas. El gallo, apuesto y grave, custodiaba su familia con ojo vigilante—como prudente,—y con erguida cabeza, como guapo. El perro dormia á pierna suelta en el santo suelo, como un soldado en tiempo de pàz: la gata se habia colocado sobre la camisa que estaba haciendo Estefanía, resguardando su fino calzado y su traje

limpio con la conocida pulcritud de su casta, y celebrando con una *carrerita* (1), señal de paz y bienestar, el que la causaba la certeza de no ser molestada hasta el próximo enero por murgas destempladas y trovadores desafinados. Hasta las golondrinas,—arquitectas, que como amigas de las casas pacíficas y felices, acudian allí en gran número,—callaban su pico, por traerle ocupado con la mezcla. Asi era que solo se oia el ruido que producia la olla al hervir en el hogar, y el que hacian los dientes de un mulo al tomar su pienso en el pesebre; cuando se alzó suave y clara la voz de Estefanía cantando la dulce y triste tonada de la Nana, que muchas personas, asi cultas como no cultas, no pueden oir sin que involuntariamente se les llenen los ojos de lágrimas: (2)

A los niños que duermen
Dios los bendice;
¡Y á las Madres que velan,
Dios las asiste!

En los brazos te tengo,
Y considero,
¡Qué será de tí, hijo,
Si yo me muero!

(1) Llámase *carrerita* ó *carretilla* en Andalucía, al ruido sordo ó murmullo que hacen los gatos para acariciar, ó como signo de que se hallan bien y están contentos.

(*N. del E.*)

(2) Bien sabemos que lo que vamos escribiendo es ridículo, ó cuando ménos, *griego* para la mayor parte de las gentes; pero escribimos para las que entienden este *griego*. Por dicha nuestra no faltan.

A la ro, ro, le cantaba
La Vírgen á sus Amores,
—¡Dulce hijo de mi vida!
Perdona á los pecadores.

A la puerta del cielo
Venden zapatos.....
Para los angelitos
Que están descalzos.

Miéntras, habia concluido el tio Matías la pitadera, y se la habia dado á Gabriel, el que lleno de júbilo, corrió hácia su Madre pitando, y solo dejando de pitar, para repetir en un especie de recitado monótono, pero alegre:

¡Pita, pita, pitadera!
Que tu madre está en la era;
Cuando se ponga amarilla
La meterán en gavilla,
La pisarán en la trilla,
Y se la comerá la borriquilla;
Si no pitas te he de matar
Con un cuchillito y una *espáa!*

—Calla, hijo, le dijo Estefanía. ¿No ves que vas á despertar á tu hermanita?

Efectivamente, la niña despertó, levantó con viveza su preciosa cara, y al ver á su hermano, se echó á reir alegremente.

—¡Qué sueño de abispa tiene este ángel de Dios! dijo su Madre sentándola en sus faldas.

La niña extendia sus manitas hácia Gabriel; éste

se acercó; pasó sus brazos alrededor del cuello de la niña, y se puso á besarla.

—¡Cómo se quieren! dijo el tio Matías contemplándolos con amor; parecen hermanos!

—¿Acaso no lo son? repuso Estefanía, que estaba casi persuadida de ello.

—Dios te guarde, Estefanía, dijo el tio Bastian al presentarse en la puerta. ¿No está ahí Juan?

—No; pero poco puede tardar, contestó Estefanía: siéntese Vd. y descanse; que descansar sienta bien, y sabe mejor.

—¡Si vengo de prisa!... que ahí adelante van mis mulos bajo la custodia de Andrés, mi nieto, que tiene nueve años: ¡con que mira que sujeto!—Vaya, prosiguió mirando á los niños, tus muchachos medran que es un primor. ¡Preciosa es mi ahijada! ¡Dios la bendiga! tengo buena mano.

—Verdad es, pero no rezó Vd. bien el Credo cuando se bautizó, porque no he visto criatura que pegue más repullos.

—¡Qué *escuajo!* mujer; todos los chiquillos pegan repullos. Oye: y desde que tomaste el niño, ¿no te ha dado nada D. José I?

—¡Qué habia de dar! ¡Dar! los buenos dias..... ¡si acaso!

—¡Habráse miserable más sin vergüenza!

—Nuestros trabajillos hemos pasado. Pero hoy por hoy, ¡bendito Dios! no lo necesitamos: desde que heredamos de mi Tio la haza de tierra aquí, y

la casa en Aracena, estamos, bendito Dios, tan descansados!

—Eso no es cuenta de aquel mal patron araña, que embarca la gente, y se queda en tierra. Vaya, ahí viene Juan; me alegro de verle antes de irme.

Despues de haberse saludado, dijo el tio Bastian.

—Juan, ¡dichoso tú, que tienes tu haza realenga! No me sucede á mí así; que ahora tengo que rascarme el bolsillo, si no me he de quedar sin ella.

—¿Cómo es eso, tio Bastian?

—Proviene mi haza de una dehesilla de mal terreno, que se halla al pie del cerro de la Villa, que pertenecia á los frailes y al Marqués del Zabuco. En vista de la proximidad al pueblo, se la pidieron allá en tiempos remotos, los pobres; y se la concedieron, tanto el Marqués como los frailes; fué, pues, repartida en suertes, y gravada cada cual con un tributillo corto. Empezaron los pobres á desmontarla y á meterla en labor; y pasaron años y más años, y en su vida de Dios pudieron pagar los pobres su tributo. Pero ni los Marqueses ni los frailes los apremiaron nunca jamás, porque bien veian que los desdichados no podian pagar; y por aquel entónces, Juan, habia caridad en el mundo! (1).

Mas cuando vino la nueva ley, á los Padres les qui-

(1) Histórico.

taron sus bienes, y los vendieron poco menos que por nada. D. José I,—ese maldito perro de presa, que no hay hueso en que no clave el diente,—compró lo de los frailes; y como por esa nueva ley, que tampoco quiere mayorazgos, estos se reparten, tocóle el caudal de Aracena á un Pan-perdido, con quien se habia casado una hija del Marqués, el que ha hecho de la herencia trizas y gabanes; y D. José compró lo que aqui tenía, por un pedazo de pan. Ahora ese pirata, sin projimidad y sin conciencia, les pide á los infelices, no solo los censos corrientes, sino los atrasados que tocaba pagar á sus Padres y Abuelos; porque dice ese retejudío que la posesion responde. Juan, parte el corazon de ver lo desesperados que están todos esos infelices, llorando por su cara abajo, por los Padres y por el Marqués! Casi todos han hecho renuncia de la posesion; esa posesion en que ellos, sus Padres y sus Abuelos echaron toda su sangre y su calor, en desmontar y beneficiar la tierra que nada valía! ¡Vamos, si eso clama al cielo! ¡Ahí se encuentra ese caribe, ese ladron de D. José, con un mayorazgo exprimido de la sangre de los pobres! ¡Habrá pícaro! ¡Si las maldiciones secáran, habia de estar más seco que un esparto!—¡Para eso que ha ido á Madrid, y ha vuelto!...—¿lo podrás creer, Juan?—¡ha vuelto con una cruz!...

—¿Y cómo se ha merecido ese perdulario una venera? preguntó Juan Martin asombrado.

—¡Toma! Esa pregunta te la contestará Miguel Cañas, que ha servido, ha visto mundo, y es un coplero de los récios, que le ha sacado de su métro un trovo á la venera de D. José, muy bien enversado, que principia asina:

Cuando á oscuras andaban las naciones,
Colgábanse á las cruces los ladrones;
Desde que se encendieron tantas luces,
A los ladrones cuélganse las cruces (1).

—Verdad es, repuso Juan riéndose, que á otros con ménos motivo se les ha apretado la garganta. Pues ¿y los cuadros del convento que tiene en su casa? ¿Y las alhajas de la Virgen, que á vista de todos, se pone su mujer? Hay un refran más viejo que el mundo, que pega ahora á D. José como dos velas á un altar: «La cruz en el pecho, y el diablo en los hechos,» tio Bastian.

—Mire Vd., prosiguió el arriero ¡lo que ha hecho ese sin-entrañas con la herencia de su suegro! Entre él y el escribano han cargado con todo, y al pobre del cuñado, ese jilario simplon le dejaron como su Madre le parió (2).

—Pues ¿qué? siendo su Padre de los ricos del

(1) Todo es histórico y real, ménos el nombre del pueblo.
(2) *Hilar*, ó mas bien jilar (que asi se pronuncia aspirando la h), significa en Andalucía en lenguaje familiar, *hacer ó decir tonterías*; y asi se dice: «*Fulano está jilando*,» y sus derivados «*es un jilon, es un jilario*.»

(*N. del E.*)

pueblo, nada le quedó al infeliz? preguntó compadecida Estefanía.

—Un peso diario, contestó el tio Bastian.

—Vaya, repuso Estefanía; pues con eso puede vivir descansado.

—¡Si lo dice porque era jorobado! dijo riéndose Juan Martin.

—Así sucedió, prosiguió el arriero, que estando ya en las últimas, mandó que le trajesen allí á su cuñado y al escribano, y cuando llegaron, los hizo sentar á cada uno á una de las cabeceras de su cama, y no les dijo nada. Viendo que seguia callado, le preguntó D. José, ¿que con qué fin les habia llamado y hecho sentar á cada lado de su cabecera? —Porque he querido morir como el SEÑOR, entre dos ladrones, contestó el cuñado.

—¡Juan, hasta mas ver; Estefanía, á Dios; Tio Matías, salud!—Y el ágil anciano, se alejó á pasos precipitados.

———

CAPITULO IV.

Muchos años pasaron. Los habitantes de la aldea de Valdeflores no los contaban. Pero á nosotros nos precisa hacerlo: habian corride, ó volado suavemente, diez y siete.

Gabriel era á la sazon un hombre. Su figura no llamaba la atencion; pero en la expresion de su rostro, habia una fuerza serena, una decision tranquila, y una dignidad bondadosa, que á un tiempo atraian el cariño y el interés, y paraban las demasías y la burla. Así era que, desde su primera juventud, habia acallado las chanzas impertinentes y humillantes, que sobre su nacimiento se habian permitido sus compañeros de juegos, con esa inconcebible crueldad de la niñez, que probaria que ese instinto feroz, — la crueldad, — es natural al hombre, y por lo tanto, debe ser tan necesario

como obligatorio en los Padres combatirlo, desde que asoma la razon en sus hijos.

El epíteto de *cunero*, que en su niñez habia oido Gabriel aplicarle, habia marchitado aquella alma elevada y noble naturaleza, que se habian desarrollado bajo el influjo de las severas é inflexibles leyes, que sobre la honra tiene el pueblo en España; leyes formadas de mancomun por sus sentimientos religiosos é inspiraciones caballerescas. El influjo de estas leyes, debia de ser tanto mas fuerte y marcado en Gabriel, cuanto que habia sido criado por Juan Martin, que era el mas perfecto tipo de los hombres honrados y altivos, que no saben transigir en tales materias.

Habíase por lo tanto ingertado en el carácter de Gabriel un tinte de tristeza, que le habia hecho concentrado y reflexivo. Pero esas mismas reflexiones, unidas al temple delicado y vigoroso de su alma, habian hecho que se apegase con toda ella á la excelente familia, que por caridad y amor le daban,—á manos y corazon llenos,—lo que los Padres que le habian enjendrado, le negaron. Era tal el respeto que sentia por el honrado Juan Martin; tal el cariño que profesaba á la angelical mujer que le habia criado á sus pechos, que habria querido levantar al uno un altar, y colocar á la otra en un relicario sobre su corazon. Solo un sentimiento habia en aquella alma, que pudiese competir en tierno y profundo, con los que por sus Padres

adoptivos sentia; y era su entrañable amor por Ana, la preciosa, la suave, la amante hija de Estefanía, que era en todo un traslado de su Madre. Esta, por su parte, amaba á Gabriel con todo el abandono y ternura propias de su selecta naturaleza femenina.

Juan Martin y Estefanía habian dado cima á las pruebas de amor que prodigaban á Gabriel, vendiendo la casa que habian heredado en el pueblo, para libertarle de ser soldado. Ahora solo les quedaba la haza, en la que trabajaba Gabriel con tal afan y constancia, cual si desease pagar con el sudor de su frente los sacrificios de que era objeto.

Estefanía,—cuya tranquila existencia y cuyo bondadoso carácter la sustraian á fuertes emociones y agitadas inquietudes,—conservaba su belleza: la expresion plácida, dulce y cándida de su rostro, reemplazaba con ventaja la frescura de los primeros años. Juan Martin era de aquellos hombres sostenidos y formales, que entran temprano en la buena senda, adelantan en ella, y no la abandonan jamás. Al tio Matías no se le conocián mayormente los años que habian pasado, por causa de lo que se habian anticipado en estampar en él el sello de la vejez, sus pasados dolores y miserias.

El pobre perro es el que habia muerto de viejo, muy llorado por Gabriel y Ana, que le enterraron. Pero la gata vivia, conservando en su avanzada edad pretensiones de jóven y buena moza, autori-

zada á ello la Sara-gata, por dar todos los años á luz un vástago de su perseguida raza.

Asi se deslizaba tranquila y sin sentir, la vida de aquellos entes buenos y felices. No obstante, habia algunos dias en que, la suave armonía y la apacible calma que reinaba en aquella morada, habia sido turbada en el ánimo de Estefanía. Era el caso, que su cuñada María Josefa, que pertenecia á la gran falange de los *Métome en todo*, á la no ménos numerosa de los *Yo me lo sé*, y al gremio de *consejeros intrusos*, habia asegurado á Estefanía que Ana y Gabriel se querian; que el principio de ese noviaje se perdia de vista, y que su fin, á la misma estaba.

—Y bien,—dijo la buena Estefanía,—y ¿qué mal habria en eso?

María Josefa la miró asombrada, y repuso:

—Oye, Estefanía, ¿tú estás tonta, ó te estás burlando? ¿O será, mujer, que no tengas vergüenza en la cara? ¡Ya, ya, es bonito Juan Martin, para dejar casar á su hija con un cunero! ¡Vamos! Si tú te vas haciendo de las que echó Santa Ana del carro abajo!...

—Pero María Josefa, repuso Estefanía; Gabriel que es tan bueno; que es un trabajador de los de punta; que mantuvo solo la casa cuando mi Juan tuvo el tabardillo, ¿le habíamos de repeler, ni hacerle un feo? Eso seria una mala partida.

—Me voy por no oirte, exclamó impaciente Ma-

ría Josefa. ¡Pues qué! ¿no habeis hecho bastante por él? Lo que hace él, no es mas que su obligacion. Pues... ¡gracia fuera! Pero tú, Estefanía, eres como la Tia Sinforosa, que de puro buena, no servia para maldita la cosa.

La pobre Madre habia quedado tan triste y tan desazonada, despues de esta entrevista, que pasaba muchas noches sin dormir, y rogando á Dios con toda su alma trajese las cosas á buen fin; conociendo que ella por su parte no podia hacer otra cosa que esto. A su marido nada quiso decirle: su génio suave, tolerante y tímido, le hacia preferir el *acaso* á la *iniciativa*.

Era víspera de San Juan, cuando por la mañana entró el tio Bastian en casa de Estefanía, que estaba sola.

—¡Dios te bendiga, hija! dijo al entrar.

—Y á Vd. tambien, tio Bastian. ¿Cómo le vá á usted?

—He estado con un dolor en este brazo, primo hermano del que tuve antaño en esta pierna. Este reloj me ha quedado de cuando las cuartanas; correitos son de la *cierta*. Pero venga cuando le dé gana; que yo no la temo, con un Padre á la cabecera. Mas en fin, á la presente, estoy tan crespo. ¿Y la niña?

—Ha ido con las demás muchachas de la aldea, á cojer flores al campo.

En la sierra de Aracena, van las jóvenes la vís-

pera de San Juan á cojer flores al campo; las cuecen, y con ese cocimiento se lavan, no para estar *bonitas,* sino para estar *sanas* todo el año. Si en esta graciosa preocupacion tradicional del pueblo, hay en buscar las muchachas la salud en las flores, ménos gracia y coquetería, que en buscar en ellas la hermosura, hay incontestablemente mas inocencia y buen sentido, que son muy preferibles.

—¿Y Juan Martin? tornó á preguntar el arriero.

—En la haza con Gabriel.

—Lo que traigo que decir, dijo el tio Bastian, queria decirlo á los dos. Pero como me voy haciendo cada dia mas viejo, y no me sucede como al pan,—que mientras mas viejo mas duro,—no puedo andar tan á estricotes como *denantes.* Así, como no quiero hacer dos veces la caminata, te lo diré á tí para que se lo digas á él. Mi venida ha sido solo y *resolutamente,* para pediros para mi nieto Andrés, á vuestra hija Ana. Mi Andrés es un muchacho de los mejores; ya lo sabeis. Está en su casa descansadito; no tiene que servir á amo, ni estar atenido á un jornal. Cuando yo estire las patas,—que ya se me van poniendo tiesas,—lo mio ha de ser para él. Con que es mi Andrés un novio pintiparado; y yo vengo á pedir su novia con mucho gusto mio, por ser hija tuya, Estefanía. Que siempre se ha dicho: «Escoje la tela por la trama, y la hija por la Madre.»

Al oir al tio Bastian, Estefanía se quedó sobre

saltada,—tal como el marino á quien el barómetro ha anunciado la tormenta, al verla surgir en el horizonte. Se aturrulló, y solo pudo contestar:

—Pero tio Bastian, ¿Vd. sabe si los muchachos se quieren?

—¿Pues no te he dicho que si vengo, es porque Andrés mismo me lo ha *indilgado*?

—Pero... ¿y Ana?

—Cuando el otro me pone en camino á pedirla, sabrá que puede hacerlo sin miedo de un nó.

—¡Ay tio Bastian! me temo que lo lleve.

—¡Pues qué! ¿Está Ana enamorada?

—Sospecho que sea así; no tengo fijeza; pero tengo unas *vísperas*, (1) que mas de cuatro noches me han puesto tranquillas en los ojos.

—Pero..... ¿de quién?

—Me creo que sea de Gabriel.

—¡María Santísima! ¿de un cunero?

—Si le quiere, tio Bastian, ¿qué le importa que lo sea? ¿Acaso no habria yo querido á mi Juan si lo hubiese sido?

—Y tu Padre no te hubiera dejado casar, para que no tuvieses hijo sin Abuelo. Y lo mismo hará Juan Martin, ¿estás?

—¡Esa es mi pena! exclamó la buena y cariñosa Madre de ámbos.

(1) *Tener vísperas*, es como estar *abispado*, tener anuncios ó sospechas de alguna cosa.

(*N. del E.*)

—¡Tu pena!... ¡tu pena! dijo con impaciencia el tio Bastian.

—Pero..... señor ¿quiere Vd. que vea llorar á mis hijos, y no llore con ellos? ¡Un muchacho como Gabriel, que no le hay en el mundo!

—En cuanto á eso, no hay que decir, repuso el arriero, Gabriel no es ningun *Viva-la-Virgen*; (1) es un muchacho sentado y cabal, y bien guiado por Juan. Tiene *esas voces* (2). Así, para todo será bueno menos para marido de tu hija, mujer: que en tratándose de emparentar, lo que se mira es la sangre. Y la sangre no basta que sea buena: es preciso que sea limpia. Eso ya te lo dirá Juan; que *tiene punto*. Pero Vds. las mujeres, ¡por vía del demonio malo! no tienen el punto, si no en las calcetas. Mire Vd. que apadrinar esos amores... eso no lo hace sino tú, que eres capaz de dejar que te coman el trigo, por no decirle ¡ose! á las gallinas!

—Tio Bastian, yo no he apadrinado nada...

Estefanía calló, porque en este instante apareció en la puerta Ana, recogido con una mano el delantal que lleno de flores traía. Nada mas lindo podia verse. La naturaleza habia derramado á manos llenas sus perfecciones sobre aquella sencilla aldeana, y no se sabia qué admirar más, si su elegante talle, si sus finas y perfectas facciones, ó si

(1) Ser un *Viva-la-Virgen* equivale á ser un bobalicon que no entiende ni sirve para nada.

(*N. del E.*)

(2) *Esa fama.*

la gracia infantil y modesta, que acompañaba á cada uno de sus movimientos.

La incomodidad del tio Bastian se disipó al ver aquella linda aparicion, como la niebla al aparecer el sol.

—¡Hola! dijo al acercarse Ana; ¡vaya que no es Paterna mal lugarejo! ¡Canario! que si como tengo tres duros y medio (1) tuviese uno, no se habia de llevar este esporton de rosas, sino el hijo de mi Padre.

Tienes aire de Princesa,
Cintura de catalana;
El andar de aragonesa.....
Y la cara de serrana!

—¡Vaya! ¿se está Vd. burlando de esta pobre aldeana? dijo sonriéndose Ana.

—¡Sí; aldeana! Aldeana es la gallina y la come el de Sevilla! Y sábete, que no soy yo el solo á quien no parece esa personita costal de paja; pues que he venido á pedirte; y el que me envía es un buen novio; de los pocos; completo. Es un hombre como son los hombres; fornido como un canto; alto como una torre; con fuerzas para dar y que le quede. Lo que es bonito de cara no es, pero.... ¿qué le hace? ¡El buey y el hombre..... que asombre!

La pobre Ana al oir aquellas palabras, habia perdido los bellos colores, en que al entrar, competia su rostro con las rosas que traia. La dulce

(1) Setenta años. Sabido es que así los cuenta, por la moneda, la gente del pueblo.

sonrisa habia huido de sus lábios, como habian huido las mariposas de las flores; y sus hermosos ojos miraban con angustia á su Madre.

—Tio Bastian, dijo esta: lo que Vd. está haciendo, no está en uso, ni es regular. A las mocitas no se les sacan los colores á la cara tratando de boda con ellas: eso se hace con los Padres no más. ¿No vé Vd. que la está mortificando?

—¡Oiga! ¿Con que se les mortifica á las mocitas cuando se les brinda un novio? Vaya, Estefanía, que vas para vieja, y te se han olvidado tus quince. Con que..... vamos al caso. Ana,—prosiguió el anciano sin dejarse intimidar,—¿tú quieres á mi Andrés, que es de buena procedencia y de buen tronco; que te ha de dar mas estimacion que una encomienda, y que te ha de tener en tu casa mas descansada que Santa en nicho?

Ana bajó sus ojos, que se iban llenando de lágrimas.

—Tio Bastian, ¿á qué la tiene Vd. como á San Lorenzo, sobre brasas? ¿No está Vd. viendo claro que no quiere? dijo la buena Madre acudiendo al socorro de su hija.

—Mujer, repuso el arriero, ¿quieres dejar á cada cual que maneje sus negocios como Dios le dé á entender? Antes de decirle á mi nieto: *Perdona por Dios*, quiero procurar el poder decirle: *Tome Vd., hermano.*—Ana, ¿qué me dices?

Ana permaneció callada, inerte, sin resistencia

ni queja, como las suaves y frescas hijas de abril en su delantal.

—No pensára—dijo entónces el arriero con la aspereza masculina, y con el coraje que, como Abuelo de Andrés y amigo de Juan Martin, se apoderó de él,—que una hija de buenos Padres, criada con punto y recato, diera á sus Padres, bien nacidos, la pesadumbre de verla despreciar á uno de los muchachos principalitos del pueblo, y la afrenta de quererse casar con un cunero. Esto es, casquivana, no tener vergüenza en cara.

Al oir estas acerbas y duras razones, Ana,—que habiendo sido siempre una criatura suave, dócil y bien inclinada, y que teniendo una Madre que era una malva, y un Padre bondadoso, no habia oido nunca una palabra áspera ni una reconvencion,—se sintió tan cruelmente herida y avergonzada, que soltó el delantal para taparse con ámbas manos la cara, y cayó sollozando sobre una silla, rodeada de las flores, que cayeron tambien, como heridas por el mismo dolor de ella.

—¡Tio Bastian! ¡Tio Bastian!—exclamó Estefanía corriendo hácia su hija, cuya cabeza rodeó de sus brazos—¿qué derecho tiene Vd. para reconvenir á la hija de mis entrañas y partirle el corazon? ¿Es eso razon? ¿es eso partida de amigo? ¡Decir al alma mia que no tiene vergüenza! ¡Y eso... porque no se quiere casar con su nieto de Vd!..¡Ménos vergüenza y ménos conciencia habria en casarse con él, por-

que tiene un pasar, sin quererle; dejando á otro á quien quiere, porque es un infeliz! ¡Ana, mi vida, mi corazon, no llores... no llores, no!

La buena Estefanía mezclaba sus lágrimas con las de su hija, que habia escondido la cabeza en el seno de su Madre.

El Tio Bastian, que tenia un hermoso corazon, y queria con extremo á la Madre y á la hija, se quedó cortado, penoso y contrito al ver el efecto que habia causado su ruda y brusca salida en la delicada índole femenina; y así se apresuró á decir confuso y arrepentido:

—¡Vaya, no llores, niña! ¡Por *mor* (1) de María Santísima, no llores! lo que dije, fué un decir. Esto es, que está á cargo de la lengua, y no de la voluntad: así no me lo tomes á censo. Haz lo que te dé gana, y hazte los cargos que no he dicho *náa*. Así como así, mujer, no puedo negar que mi Andrés es bastante montuno; que tiene más cabeza que un apóstol, y en ella falta de meollo. Y á la vista está; Porque si ese bárbaro no estaba convenido contigo, ¿á que me manda á mí por lana, para volver trasquilado? Así.... haces bien en decirle al rudo ese, que pase de largo. ¡No llores, ea! Ya esto se acabó. ¿Qué más quieres que haga? ¿quieres que le hable á tu Padre para que te deje casar con Gabriel, que es un muchacho de punta ¡Eso no hay que decir:

(1) *Por mor*, por amor, por causa de...

donde él llegue, llegarán otros; más allá, ninguno!

Pues mira: por éstas que me afeito,—prosiguió el arriero tocándose la barba,—que quien le va á hablar á tu Padre para que os caseis, soy yo, con esta boca, á quien Dios quitó las herramientas, pero á la que le ha quedado la predicadora expedita. Ea, ea, Ana, Estefanía, hagamos las paces; y váyase el demonio al infierno. Vamos, ahijada, levanta ese palmito; que en buenas manos queda tu negocio; pues si el tio Bastian no hace entrar á tu Padre por el aro, no lo logra ni el Preste Juan de las Indias. Quien lo pagará todo es ese *retebruto* de Andrés; además de las calabazas, esa verde España, para que se refresque, ha de llevar para el pelo, (1) para que se acuerde.

(1) *Llevar para el pelo* significa un sosquin en la nuca, por llevar antiguamente los hombres el pelo largo, hecho trênza y recogido con una cinta en forma de coleta.

CAPITULO V.

El tio Bastian, con el celo de los arrepentidos, apenas vió llegar á Juan Martin, se preparó á cumplir lo prometido. Estefanía se habia llevado á su acongojada hija al dormitorio; Gabriel fué á cuidar de las mulas. Asi Juan Martin y el arriero quedaron solos, entablándose desde luego entre ellos el siguiente coloquio:

—Juan, ¿no te parece que harías bien en casar á tus muchachos?

—¿Qué está Vd. diciendo, tio Bastian?

—Lo dicho.

—Si de sobra sabe Vd. que no puede ser, ¿á qué me viene Vd. con esa salida de pié de banco?

—Pero.... ¿porqué no quieres? Las cosas.... claras como la luz del dia. ¿Tu tienes otra cosa que oponer á Gabriel, que es una prenda, sinó que es inclusero.

—¡Como quien no dice nada!

—Por lo visto,... como tú eres un usía muy considerable... buscas un yerno que tenga la sangre muy calificada; quieres un Don Don. Pues mira, hijo, en los tiempos que corren, en teniendo uno camisa limpia y veinte reales en la faltriquera, se tiene un Don como una casa: traslado á D. José I. Hoy por hoy andan los *diterios* (1) tirados y puestos en rifa. Una Excelencia vale dos cuartos; un Usía dos maravedises. No hay mas *diterio ligitimo* que el de Tio, porque ese ni se otorga ni se compra, sino que lo dan las canas.

—Tio Bastian, no se ande Vd. por las ramas: á la raiz. De sobra sabe Vd. que Juan Martin no es un nécio, y que está en que zapato de vaca no gasta liston. Pero tambien sabe vd. que ha heredado buena sangre, y que no quiere chacalacas en ella, ni tilde en su estirpe. Y por mas que se eche Vd. fuera de la derechura, no me ha de negar en mis barbas que tengo razon.

—¡Toma! razon la tiene todo el mundo: es lo mas cuotidiano que hay, y anda tirada por el suelo! Pero lo que te digo, Juan, es que Gabriel es completo; y que otro yerno mas aparente no te se ha de presentar.

—Tio Bastian: para emparentar no miro solo á la rama; que miro al tronco.

(1) *Diterios, dicterios*. Está usado por *dictados*, ó tratamientos.

(*N. del E.*)

—Vamos, hombre, déjate de troncos; que los muchachos están encariñados. Y eso ya, ¿quién lo remedia?

—¿Está Vd. soñando despierto? ¿qué habian de estar?

—Te digo que sí; y ya ves que lo que vas á hacer si te empestillas en no dejarlos casar, es hacerlos á ellos *desdichaos*, ó empujarlos á que te desobedezcan.

—¿Usted sabe lo que está diciendo, tio Bastian? Ni Gabriel ni Ana dejarán nunca de acatar la patria potestad, ni saldrán de su crianza, que es «que á Dios en el cielo, al Rey en la tierra y al Padre en su casa, todos los acatan.»

—Hombre, eso es un puro *ispotismo*, que no está en uso en el siglo civilizado, dijo el viejo marrullero.

—Déjeme Vd. de razones *curruscantes*, tio Bastian, repuso Juan Martin. A D. José I con eso; que entiende esa parla.

—Hombre, Juan... mira que si te aferras en no querer, como que Gabriel es tan bien quisto, te lo van á motejar; y has de estar como el conejo, al que todos le tiran.

—Tio Bastian, al que ara derecho, nadie le echa el arado atrás; y con mis huesos no ha andado nunca nadie, ni andará, sino el sepulturero despues de muerto yo. ¿Está Vd?

—¡Cascaritas! ¡Juan! que estás con tu limpieza

de sangre y con tu fama mas remontado que los castillejos (1). ¿Quién ha de saber andando el tiempo si conoció ó nó á su Padre el Abuelo de tus biznietos?

—Papeles cantan.—Sin fé de bautismo, ¿qué es un hombre? ¿me querrá Vd. decir? De peor condicion que los animales de buena casta, que llevan en el hierro su procedencia.

—Con qué... hombre de Dios ¿te encalabrinas en hacer desgraciados á esos pobres muchachos? Mira, Juan, que el que quiere caballo sin tacha, ese se anda á pata.

—He dicho á Vd. que no quiero calañas ni manchas en la sangre, que limpia me dieron mis Padres; ni quiero ponerle rótulo.

—¿Con qué no he dicho nada? ¿y eres tú como mi montera, que mientras mas paño se echaba, mas chica era?—Tú no sueles tener esas terriblezas, Juan. Anda, hombre, avente al gusto de todos y á la razon, y dí que sí.

—Tio Bastian,—dijo en voz grave y decidida Juan,—ni Jesus pasó de la cruz, ni yo de aquí.

—Pues con Dios, Juan. Vaya,—dijo levantándose con impaciencia el arriero;—que estás con mas fueros que un Grande, y con mas prosopeya que un Marqués! Me dejas ir con las orejas hechas tejas. Pero tienes palabra de Rey, y te crees que no puedes mar-

(1) Las estrellas.

rar, como el Santo Padre. Y no eres ni Rey ni Papa; sino un testarudo, cortado por la misma tijera que mi mulo *Zancarron*.

El arriero se fué en seguida en busca de Estefanía á la que dijo:

—Ni en París de Francia que le mandasen á hacer, sacaban un padrino de casamientos mas aparente ni mas lucido que yo. Me voy con las alforjas llenas de nóes. Ana, tu Padre está mas retumbante que un tiro, y mas sin apelacion que un consejo de guerra. Y eso que ni Daoiz y Velarde armaron mas baterías que yo; pero Juan Martin en diciendo una cosa, echa raices. Y... si al fin y la postre lleva razon... ¿qué se hace? Agachar las orejas, y santas pascuas! Por mí... me voy como se fué Barrido, desairado y deslucido.

Ana se echó á llorar.

—¡Cómo ha de ser, hija! le dijo el tio Bastian. Nunca vienen las cosas como á nosotros nos parece que deberian venir: las cosas están en este mundo como cuernos en un costal; todos de punta.

Bien notó Gabriel que Ana habia llorado.

Era esto un acontecimiento tan nuevo y extraño en la tranquila y pacífica existencia de aquella familia, que sintió su corazon oprimirse por un angustioso presentimiento. No obstante, cuando recogida la casa, se deslizó silencioso y sin ser sentido, para hablar por la ventana con su querida, ésta, con la delicadeza del amor,—que siente mas

los golpes que recibe el corazon de la persona á quien ama, que los que recibe el suyo propio,—nada de lo ocurrido respecto á él le dijo; y encubrió sus lágrimas y abatimiento con la peticion que habia hecho el tio Bastian, la que debiendo ser de gusto de sus Padres, no podria menos de traerle sinsabores.

—¡Tus Padres querrán que tú te cases con Andrés!—dijo Gabriel.—

—Y yo no querré; y ellos lo sentirán. Cata ahí mi pena, respondió ella.

—¿Y conmigo... no te han dejar casar?

—Caso que eso fuese, aguardaríamos.

—¿Y qué conseguiríamos con eso? dijo desconsolado Gabriel.

—No separarnos, respondió Ana.

—¿Y he de ser yo la cruz en que enclaves tu vida, y padezcas?

—Padecer por amor no es padecer, Gabriel.

—¡Pobre Ana mia!

—No es pobre la flor, si no se la aparta del sol que le da vida.

—Ana; y si hacen por alejarte de este pobre, forastero y extraño en todas partes, ¿lo conseguirán al fin;... ó me serás constante?

—Lo seré mientras lo seas tú; y cuando tú no lo seas, seguiré yo siéndolo. El quererte es mi corriente; ¿y no has visto á los arroyos seguir la suya, ó entre la borrasca, ó á la faz del sol? ¿retroceden

nunca?—Y tú, Gabriel...., ¿será firme tu querer?

—Ana, la mar tiene sus maréas; la luna sus menguantes; el viento sus mudanzas. Pero bien sabes que el amor mio es profundo como el mar, pero sin sus maréas; triste y alto como la luna, pero sin sus menguantes; puro y perseverante como el viento, pero sin sus mudanzas!

Lo ocurrido desazonó hondamente á Gabriel, y le hizo reflexionar sobre su posicion, circunstancias y deberes. Nunca en sus amores con Ana, —amores que habian precedido en ambos á la reflexion,—se le habia presentado la aterradora idéa de que un pobre cunero ni podia ni debia ofrecerse por yerno á los Padres de Ana. Un agudo remordimiento penetró en su alma al considerar cuán imprudentemente habia unido la suerte de Ana á la suya, con ese amor retenido, pero profundo y exclusivo, que llena toda la juventud de la gente de campo: existencias que son en esta bella época de la vida, harto mas sentidas, poéticas y llenas,—aunque á veces se entreteja en ellas la miseria,—que lo son las existencias de la juventud en los cultos y corrompidos centros de poblacion y en una esfera superior. En estos suele el jóven empezar por constituir al amor en vicio, ahuyentando asi ese estético y dulce sentimiento de su corazon. Por lo cual se burla de él despues si es puro, y acaba por convertirle en una especulacion, segregando del matrimonio al amor, hermoso Cirinéo que conce-

dió la Providencia á la pesada cruz del renovador de las generaciones. Así pues, cuando le usurpan en el corazon del hombre su puesto el degradante vicio, el miserable escepticismo y la espantosa codicia, huye el amor; ¡ si es que no queda preso y aislado en el corazon de alguna infeliz víctima de los antedichos vicios!

El resultado de las penosas reflexiones de Gabriel, fué el deseo de saber su orígen. Y sabiendo que solo D. José Sanchez era el que podria ilustrarle en este asunto, determinó ir á hablarle personalmente; para ver si él, siendo el interesado, podria inspirar mas interés y merecer más confianza á aquel duro é indiferente árbitro de su suerte, que los que lo habian intentado anteriormente,

Al domingo siguiente, pues, se vistió su mejor ropa, y marchó á Aracena.

Pero ántes de introducir á Gabriel con la persona que tan ansioso iba á buscar, es preciso dar alguna idéa de ella. Personas ó entes por su estilo abundan tanto hoy en España, que nada dirémos que no sepa el lector. ¿Pero qué hay de nuevo en el mundo? En el mundo material, la aplicacion del vapor; en lo moral, ¿no vemos acaso siempre y en todas cosas los mismos frailes con otros hábitos, y que todo gira siempre en el mismo círculo vicioso?

Don José Sanchez,—cuya poco interesante biografía nos ha contado el tio Bastian,—era un hombre vulgar, física y moralmente. Pertenecia á la

abundante clase que llamarémos *murciélagos*, esto es, unos seres feísimos, que no son pájaros porque no tienen plumas, ni cuadrúpedos porque desdeñan pisar la santa tierra —en que se criaron ratones,—porque se han agenciado unas alas con las que no saben elevarse. Así es que vuelan torpemente, entre el dia y la noche, entre dos esferas, la aérea y la terrestre. Pertenecen á la conocida especie de aquellos mamíferos, que segun afirman los que han visitado ciertos distritos de América, absorben la sangre á los infelices á quienes hallan dormidos, mientras los abanican suavemente con sus alas, para que no despierten hasta que ellos concluyan de saciarse. Lo único en que se diferencian estas dos castas de murciélagos, la humana y la animal, es en que la última, mas advertida, conociendo que no sabe cantar, nó lo intenta; mientras la otra lo ensaya con la mas estrepitosa osadía. Sus discordantes graznidos se oyen desde los mas elevados y públicos parajes, hasta los más bajos y oscuros. No faltan alguno que otro ganso, pato ó pavo que se extasían al oirlos; pero los pájaros huyen de ellos á altas esferas.

Don José Sanchez era el más rematado tipo de la especie. Su estructura era cuadrada y tosca; tenia los piés y las espaldas tan anchos, que hacian aparecer á su dueño apto y preparado para recibir un fardo, como lo está un pedestal para recibir una estátua. Tenia la cara ancha, basta, morena y sin

sonrisas, como esculpida de piedra tosca y sin pulir. Su pelo espeso y cortado muy corto, era entrecano, y se mantenia derecho, como las crines de un cepillo de limpiabotas. Tenia las cejas tan largas y pobladas, que parecian cejas postizas de Carnaval, y escondidos detrás de ellas unos ojos sin brillo ni expresion, que no lanzaban por cierto, las famosas miradas *penetrantes como dardos*, de que nosotros los novelistas tenemos un gran repuesto para obsequiar con ellas á nuestros héroes, lo mismo á Agamenon el Grande que á Agamenon el chiquitito. Las miradas de D. José eran duras, cuando las queria hacer arrogantes; escrudiñadoras, cuando las queria hacer penetrantes: y con sus superiores eran tímidas, cuando las queria hacer amables.

Don José,—que no tenia siquiera el nérvio que necesita el orgullo para ostentarse,—lucía el suyo en groserías espontáneas y en durezas premeditadas. Conociendo cuánto le faltaba para estar á la altura de otras notabilidades *murciélagas* mas civilizadas, que sabian coger la cuchara y el tenedor, y dejar pasar en su casa las visitas primero al entrar en una habitacion; era delante de éstas humilde, y envolvíase Júpiter en las nubes de la modestia, y casi tomaba el aire, la voz, la mirada y la aptitud de un pordiosero. Pero se desquitaba de este eclipse de su preponderancia, y de esta sordina puesta á su hablar recio y decidido, en su pueblo y con

sus inferiores, á los que trataba con una altanería tan irritante, y con un menosprecio tan cruel, como jamás los ha conocido el pueblo en España hasta la era presente; por lo cual repite llorando: ¡no hay peor cuña que la de la misma madera!

CAPÍTULO VI.

D. José estaba en su despacho, al que encaminaron á Gabriel cuando preguntó por el amo. Cuando entró, vió cerca de la puerta á un infeliz hortelano, viejo, que estaba diciendo al Nabab lugareño:

—Señor Alcalde, yo y los demás que tenemos las huertas alrededor de aquel cielo de agua de Valllellano, nos vemos perdidos.

—¿Qué embeleco es ese? ¿Y qué? ¿puedo yo remediarlo? respondió el Bondo Cadí.

—Señor, como lindan las huertas con la dehesa de Propios, que antes era bien comun, y que ahora ha dispuesto su mercé que se arriende, y la tiene tomada su hijo de Vd., y los demás señoritos del pueblo para caza, y la han acotado, y ni aportan por allá, ni dejan á alma viviente tirar en ella

un tiro, se ha encastado de tal suerte de conejos, que se comen cuanto sembramos; y nos tienen á todos perdidos y desesperados.

—Acabe Vd. pronto: ¿qué es lo que quiere?—Al grano.

—Señor, ¿es regular que despues de echar en la tierra todo nuestro trabajo, nuestro sudor, nuestra sangre, no sirva más que para engordarles los conejos á los señoritos? ¿Es razon que perezcan tantos infelices con mujer é hijos, para que se diviertan los que han arrendado esos bienes de Propios, que son de todos los vecinos? Disponga su mercé, por María Santísima, señor Alcalde, que los señoritos cacen ó dejen cazar.

—¡Pues eso faltaba! contestó con altivez D. José. Si os incomodan los conejos, añadió volviendo las espaldas al infeliz, ponerles bozales (1).

El pobre hortelano salió desesperado y exclamando:

—Cuando esa dehesa era baldía, era una bendicion para el pueblo; ahora que la han acotado, es su perdicion!

D. José, que acababa de arrendar el ramo del aguardiente, estaba muy embebido en sus cálculos, y se habia vuelto á sentar en su mesa de escribir, habia cojido la pluma, y hacia cuentas sin notar la presencia de Gabriel.

(1) Histórico. Era popular, noviembre de 1854.

—Señor D. José, dijo éste.

—¡Otra te pego! exclamó sin levantar la cabeza la *digna autoridad*. ¡Lijero!..... que no tengo tiempo que perder. Pero para que no lo pierdas tú, te advierto, por si no lo sabes, que no presto; y que no recibo, ni hago empeños. Ahora, al caso.

Gabriel tenia esa índole española fuerte y digna, á la cual no intimida la impertinencia, y ese mismo entendimiento indígena, claro y perspicaz, que no perturban ni embrollan razones, y ménos sinrazones.

—Señor, contestó con calma; cuanto ántes me despacheis, tanto ántes dejaré de molestaros. Há poco más de veinte y dos años que entregásteis á María Josefa Moreno un niño para que le criase.

—¿Y bien? ¿vienes á decirme que se ha muerto? Poco se pierde.

Gabriel sintió un movimiento de ira y de indignacion que sofocó, y contestó en su mismo tono anterior:

—No, señor, no ha muerto. Puesto que aquel niño se ha hecho un hombre; y está en vuestra presencia.

Don José, que hasta entónces habia tenido la espalda casi vuelta á su interlocutor, se volvió hácia él, haciendo fuerza con la mano del lado opuesto en el brazo del sillon para mantenerse en esa postura, y le fijó por algunos momentos sin desplegar los lábios, sin darle alguna señal de interés. Luego,

volviendo á tomar su posicion anterior, cojió la pluma para escribir, y dijo con la mayor indiferencia:

—¿Y bien?

—Vengo, repuso Gabriel, á que me digais quiénes son mis Padres.

—No lo sé, contestó sin detenerse D. José; movido á ello por su primer y natural impulso hostil á decir lo que podia humillar ó herir.

El siglo diez y nueve ha producido con las luces,—quizás serán sus pavesas,—una gran falanje de *agresivos*, que lo son unos por naturaleza, otros por cálculo, otros por costumbre, otros por entrar en la falanje, que ciertamente tiene la enorme ventaja, la inmensa prerogativa, la gran distincion de estar *á la derniére*, y todo el *chic* moderno.

La sociedad de la Paz,—á la que de todo corazon y alma perteneceríamos, si no se nos hubiese venido, cada vez que lo hemos intentado, inoportunísimamente á la memoria, la fábula del lobo que coronado de oliva, persuadió al can á que se quitase la carlanca,—esa sociedad,—tan rica en discursos, pero ¡ay! tan pobre en resultados!—deberia ofrecer un premio allá en el pais de los inventos, al que inventase una magnesia no efervescente, buena para combatir la bilis moral que engendra el humor agresivo; y administrarse ella misma una buena toma. Como D. José no habia combatido con nada esa su propension, dijo al cabo de un

rato al ver que el dolorosamente sorprendido Gabriel callaba.

—Ya te he dicho que no lo sé: ¿qué más quieres?

—¿Que no lo sabeis? preguntó con desconsuelo Gabriel.

—Que no lo sé, tornó á afirmar el rico duro y cruel, que lo sabia, pero que se mantúvo ahora por reflexion en la criminal mentira que habia salido espontáneamente de sus labios.

—¡Si no se puede esto creer! murmuró abatido Gabriel, y añadió en voz récia:

—¿No habeis pagado los primeros meses de mi crianza? Algun interés teníais, pues, por mí.

—Maldito el que tenia, repuso el puerco espin. Te echaron á mi puerta; te recogí; pagué por compasion cuatro meses de tu crianza: me parece que bastante he hecho. Si hallases muchos que te mantuviesen cuatro meses, te podias pasar buena vida. Por mí, no pienso hacer más.

—Yo no vengo, repuso Gabriel con altivez, á pediros que me mantengais. Tengo brazos, señor; y al que Dios le dá brazos, le dispensa del sonrojo de la limosna. Vengo á pediros lo que poco os cuesta, y lo que en conciencia debeis darme; lo que por las llagas de Cristo os suplico que me deis,— algun norte sobre mi procedencia.

—Nadie puede dar lo que no tiene,—repuso con impaciencia D. José;—y basta! Ahora, déjame en paz; que no soy lino para que me machaquen. Y

tomando aire magistral y tono sentencioso, añadió moral y filosóficamente:

—Sé hombre probo y moral, celoso defensor de los sagrados derechos del pueblo y de la libertad de la Pátria, y serás hijo de tus obras, que es la procedencia que honra. Por lo demás, que seas hijo del verdugo, ó de un Duque; de un mulato, ó de un Grande; del amor ó del matrimonio, ¡psss! ¿qué más dá?

Gabriel, al oir aquello, que le pareció una burla cruel, se salió sin saludar, despidiendo la puerta con tal violencia, que se cerró con estrépito.

—¡El demonio del irreverente patan! dijo Don José I, cambiando su tono declamatorio en un grotesco gruñido.

Gabriel se volvió desesperado á su casa. Miles de proyectos é idéas atravesaron su mente.

—¡No! se decia; no seré yo la serpiente, que á los bienhechores generosos que en su seno le abrigaron, les dé mal pago. Me iré; sentaré plaza de soldado, pues en esa carrera tiene el hombre valiente dos perspectivas; la una, que no le arredra; la otra, que le anima.

Mas estas resoluciones caian deshechas ante el agudo dolor de Ana, cuando se las participaba.

—¡Gabriel! exclamaba: ¡mira lo que haces; porque tu ida abre mi sepultura! Quieres irte, ¡y dirás que me quieres! No ama mucho quien lo dice; sino quien mucho padece.

—Ana, respondiá Gabriel; una cosa tiene el hombre mas imperiosa y mas fuerte que el amor; y es su deber.

—Tu deber es mirar por mí, Gabriel, respondía Ana.

En esta lucha terrible pasó Gabriel algunos dias, disculpando siempre á su Padre cuando Ana se quejaba de su rigor, hasta caer en el mas profundo abatimiento, viéndose en aquel amargo piélago, sin esperanzas en ninguno de sus horizontes.

No hay duda en que las pasiones de ánimo se vén con mucha mas frecuencia entre las gentes incultas que entre las cultas. Sea porque su sentir, aunque menos alambicado, es mas profundo; ó sea porque carecen de la gran panacea que brinda á las cultas del mundo con sus distracciones; ello es, que los estragos de este mal se ven más á menudo patentes en el pueblo. *Se le murió el corazon!* esta frase usual profetiza ó explica muchas veces el final de un individuo herido por un gran dolor. La penetrante vista del amor de Madre hacía que siguiese Estefanía con angustia los progresos, cada dia mayores, del cáncer que devoraba el corazon de su hijo Gabriel.

Un dia festivo estaba la familia reunida á la mesa: Gabriel no habia comido, y Estefanía fijaba sus ojos llenos de lágrimas, en el pálido semblante de su hijo, cuando repentina y precipitadamente se

apareció el señor D. José Sanchez, con un fiero perro de avanzada, y un humilde alguacil de retaguardia.

—¿Su merced por acá? dijo con serenidad Juan Martin saliéndole al encuentro.

—¿Dónde está?... ¿dónde está ese niño que yo dí á criar?—repuso resoplando D. José;—¿dónde está ese hijo de mi mejor y mas querido amigo?

Juan Martin se hizo á un lado, para que D. José pudiese ver á Gabriel, que apoyado en uno de los postes que sostenian el techo, miraba con resentido desdén al afanoso señor. Habia una dignidad tan fria en el noble á la par que modesto talante de Gabriel, que abatió en gran parte la petulancia del amigo de su Padre.

—¡Hijo! exclamó,—empezando por echar de parlamentaria á la disculpa,—el secreto que requerian las circunstancias me ha obligado á extrañarme de tí para desvanecer toda sospecha. Pero cree que nunca te he perdido de vista. He sentido siempre por tí el mas vivo interés, que he debido disimular...

—¡Y lo habeis conseguido!—dijo interrumpiéndole y con amarga sonrisa Gabriel.—Mas... decid, decid presto, ¿quién es mi Padre? ¿quién es mi Madre?

—Tu Padre es,—repuso D. José,—el General Labrador, que acaba de anunciarme su reciente llegada á Madrid.

—¿Y mi Madre, dónde está?

—La pobre murió al darte á luz. Tu Padre, que se vió comprometido en una causa política, tuvo que huir de Sevilla; su mujer, que era una esposa cumplida, no quiso separarse de su marido. Al pasar por aquí en su huida á Portugal, les dí albergue en una hacienda, en la que naciste tú, y murió tu Madre. No pudiendo llevarte consigo, te dejó tu Padre en mi poder, y me dijo velase sobre tí, lo que he hecho con el debido disimulo. No he vuelto á saber de él, y le creia muerto, cuando su carta ha venido á llenarme de júbilo, y me permite ya levantar el velo que corria la prudencia. Me encarga en su carta que te envie inmediatamente á su lado. Parte, pues, para que vea he cumplido con su encargo, y que, gracias á mí, puede gloriarse de tener un hijo bien medrado.

Difícil sería analizar el efecto que causó, y las sensaciones que produjo la revelacion precedente en las personas allí reunidas. Era una mezcla de contento y de dolor, ambos vehementes y profundos.

—¡Se irá! ¡le pierdo! pero... ¡anda con Dios! Él será feliz!... Esto pensaba el hombre honrado, el buen Padre Juan Martin, sin cuidarse en lo más mínimo del mérito que en la crianza de Gabriel le usurpaba el que tan vil y duramente la habia abandonado cuando le tuvo por huérfano.

—¡Se irá! ¡se irá! hijo de mi alma! Y á la pobre hija mia... la olvidará!—¿A qué, Dios mio, tanta gran-

deza? Estas ideas pasaban como negras sombras despues del primer alborozo, ante los ojos llenos de lágrimas de Estefanía.

El tio Matías cayó sobre un escaño gimiendo: ¡tambien se va!

En cuanto á Ana, se habia retirado á su dormitorio. Solo una cosa habia comprendido y definido bien aquel amante corazon, y le habia partido como un cuchillo: ¡era esta la ausencia! Habíase dejado caer sobre su lecho, y repetia entre sollozos, ¡se va! ¡se va!

Unicamente Gabriel, aunque contenido y digno, era completamente feliz.

—Gabriel, hijo,—prosiguió D. José,—todo está arreglado y listo para que salgas mañana. Dirás á tu Padre que he puesto á tu disposicion mis propias bestias y mis propios criados. Ya ves que no cabe mas celo y puntualidad en cumplir sus órdenes. ¿No es asi?

Gabriel hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

Un rato despues, viendo que todos se hallaban demasiados conmovidos para poderse ocupar debidamente de su importante persona, D. José tocó retirada, precedido de su feroz perro, y seguido de su humilde alguacil.

Era efectivamente el Padre de Gabriel, antiguo amigo de D. José. Databa esta amistad de fechorías cometidas de mancomun en su primera juventud.

Cuando el primero, comprometido en Sevilla en un alzamiento contra la autoridad, tuvo que huir á Portugal, se refugió á una hacienda de D. José, como se ha referido, en la que nació su hijo, y murió su mujer. El fujitivo dejó el niño en poder y encargado á su amigo, con una pequeña suma de que pudo desprenderse, y prosiguió precipitadamente su fuga. Consumido el depósito que habia quedado en manos del rico avaro, éste, como hemos visto, abandonó completamente al hijo de su amigo, el que como expósito desconocido, fué amparado por la infinita caridad del pobre y cristiano pueblo. Más de veinte años habian pasado; y en el corazon de D. José,—hecho fósil por su codicia,—no quedaba ni aun recuerdo de aquel amigo de su juventud, cuando recibió una carta suya fechada en Madrid, á donde acababa de llegar sin ser llamado. Este amigo, que se preciaba de orador, pero no de pendolista, no se detenia en hacer su monografía; y lo que únicamente le participaba era que, habiéndose *distinguido* en uno de los puntos de la desconcertada América, hija de esta pobre España,—¡tan mal afortunada en cuanto á hijos, como en cuanto á Padres!—volvia de aquel campo de asilo y tierra de promision de aventureros, con la faja de General,—que era problemática,—y un capitalito en los Bancos,—que era positivo.—Añadia que esperaba que hubiese cuidado de la educacion de su hijo, en el que esperaba hallar un buen patriota, y aca-

baba por encargarle que se le enviase inmediatamente.

Ya hemos visto cómo D. José I cumplió su cometido con celo y puntualidad, teniendo muy presente que su amistad con un General que estaba en la córte, podria serle ventajosa, y era de hecho un quilate mas á su fachenda. D. José entrevió en los rosados horizontes de sus esperanzas, una placa. Hay demasiadas cruces, pensaba; el Gobierno las distribuye de todas clases, con demasiada generosidad. La placa no es tan comun: sentará bien sobre mi gaban, que ha hecho el mismo sastre que hizo los suyos á Z*** Senador, Z*** título, Z*** Ministro. ¡Placa, placa! suena bien, y sabe mejor.

Con estos alegres pensamientos divertia el señor Sanchez su viaje de vuelta, mientras se habia hecho tarde, y que sin él notarlo, habia salido la luna, tan enemiga del ruido que aturde, y del brillo que deslumbra; y se deslizaba en un cielo sereno cual ella, alumbrando cuanto alcanzaba su luz, tan suave y melancólicamente como lo hace el recuerdo!

La puerta de la casa de Juan Martin se abrió, y Gabriel se deslizó por ella, y vino á llamar quedamente á la ventana de Ana. La ventana fué abierta sin ruido; pero antes que pudiera distinguir Gabriel el rostro de la que amaba, anunciáronle unos profundos sollozos su presencia.

—No llores, Ana, le dijo; que me partes el alma.

—¡No he de llorar, si te vas! respondió ella.

—¿Y no me habria ido si hubiese sido soldado?

—Sí; pero hubieses vuelto!

—¿Y puedes creer que no vuelva, Ana?

—Me lo temo.

—¿Y porqué, dí, porqué?

—Porque tu Padre no ha de querer dejarte volver.

—¿Porqué piensas eso?

—Porque es un señor muy encopetado.

—Si eso fuese,—que no lo creo,—aguardaríamos.

—No me pesa; con tal qúe vuelvas.

—Volveré.

—¿Cuándo?

—Si no fuese ántes, cuando sea mayor de edad.

Ana meneó su linda cabeza, y dijo con renovado llanto:

—¡De aquí á allá me habrás olvidado!

—¿Lo dices de veras? preguntó asombrado Gabriel.

—Sí: porque dice la copla

¿Te quieres poner conmigo?
Le dijo el Tiempo al Querer:
—Esa soberbia que tienes....
Yo te la castigaré!

—Pues si en la firmeza de mi amor no crees,—dijo sentido Gabriel,—¿creerás en mi palabra, Ana?

—Pues... ¡júrame, que no me olvidarás!

—¿No te basta mi palabra honrada?

—No; quiero á Dios por fiador, y á los áugeles por testigos.

—Te juro, pues,—dijo Gabriel con voz conmovida,—no amar ni tener otra mujer que tú! Te lo juro por los pechos que á ambos nos criaron!... por la sangre que por nosotros vertió Jesus! Y si no cumpliere lo jurado, pueda el Angel de mi guarda, que me escucha, volverme la espalda, y alejarse de mí para siempre.—¿Y en tu amor, Ana, puedo confiar?

—¡Que si puedes!... como en la fé que ha de salvarte, Gabriel! Y si te olvidara, pueda la Virgen de los Dolores, cuando yo la llame Madre, decirme: «no te conozco!»

CAPITULO VII.

Al dia siguiente partió Gabriel.

—A Dios, hijo, le dijo Juan Martin al despedirle: No he podido enseñarte como se hace en las poblaciones mayores, donde hay libros y maestros á mantas, y estudios hondos y finos. Pero te he dado la crianza cristiana que me dió mi Padre; y esto basta para hacerle á uno hombre de bien, que es lo que hay que ser en este mundo: que estos pueden llevar siempre el sombrero echado hácia atrás, y no hácia la cara. No vayas á creer, hijo, lo que dicen hoy mas de cuatro desalmados—que han aprendido sus doctrinas del inglés y del francés—que son viejas las cosas de Dios (1). Nunca lo son; que Dios nace

(1) Esto es, que Dios no toma parte *inmediata* en las cosas, dejando obrar solamente al libre albedrío de los hombres.

á cada hora; no come ni bebe, pero juzga lo que vé. Además, siempre se ha dicho que la mentira no gana por niña, ni la verdad pierde por vieja. De tejas abajo, hijo, sírvate de norte, que cuando la honra y el provecho no quepan en un saco, te atengas á la honra, pues provecho sin honra es para villanos; que dos cosas ha de tener el hombre para ser cabal, la honra sin tilde, y la conciencia sin gusanos. En cuanto á las de tejas arriba, no necesitas más para tenerlas siempre presentes, que recordar que

Desde el dia que nacemos
A la muerte caminamos.
No hay cosa que mas se olvide;
Ni que más cierta tengamos (1).

Esta es mi enseñanza, Gabriel. ¡No te se olvide! Que aunque sencilla, es hija de los mandamientos de Dios, y quizás mas legítima que las enseñanzas remontadas de los doctores. Porque los doctores condenaron al Justo; mientras que los sencillos pastores, fueron los primeros en aclamarle; y rústicos pescadores fueron sus primeros discípulos. Què no fué sobre ningun soberbio *Yo me lo sé* sobre quien fundó el Señor su Santa Iglesia, sino sobre un pobre pecador arrepentido, que adquirió

(1) ¡Qué sentencias!—Y todas al é de la letra, son oidas y copiadas de la gente del pueblo

(N. del E.)

esta dicha, no por su saber, sino por su amor y sus lágrimas.

—Padre,—contestó Gabriel;—dos cosas están en mi corazon con la vida, y solo con ella se me arrancarán; la enseñanza, que con palabras y hechos me habeis inculcado, y el amor y agradecimiento que os tengo. Y ahora, Padre, que tengo nombre y procedencia, puedo pediros otro favor, que pondrá el colmo á los demás; y es que me otorgueis á Ana por mujer.

—Hijo, respondió Juan Martin, no lo quisiera, ni consiento en que quedeis ligados. Vas á entrar en una vida nueva; y dentro de poco todas las cosas te aparecerán de otra manera que te aparecen ahora.

—Y porque algunas cosas mudan, ¿sospechais, Padre, qué puedo mudar yo?

—No digo eso; sino que puedes, sin mudar tu sentir, mudar tu pensar; y conocerás entónces que Ana sería forastera por esas alturas. Y yo no quiero que á mi hija se la mire en parte ninguna por cima del hombro, cuando puede estar en su casa, donde se la mira como á una Princesa. Porque, hijo mio, el pájaro solo vive y canta á gusto en el valle en que tiene su nido.

—Eso pienso yo,—exclamó con alma y corazon Gabriel,—y el pájaro soy yo, y mi valle Valdeflores; por eso volveré. ¡Asi Dios me dé vida, y á usted salud!

—Pongamos lo venidero en manos de Dios, Gabriel, repuso Juan Martin. El tiempo lo hace todo sin ayuda de nadie; y vuelvas ó no, acompañaráte siempre la bendicion de tu Padre del campo.

Gabriel llegó á Madrid. La entrevista del Padre y del hijo, no fué ni podia ser cordial; y dejó—como es de suponer—muy poco satisfechos al uno del otro. Gabriel expuso á su Padre respetuosamente sus deseos de volver al campo, en el que se habia criado, y al que estaba tan apegado. Su Padre se echó á reir, é insistiendo Gabriel, el General le mandó callar con toda la autoridad de Padre y el despotismo más acerbo. Porque..... ¡aun hay despotismo! esa gran espada de Damócles, la echaron por tierra, la rompieron, y han hecho con ella un sin número de puñales que se han repartido!

—¡Lo que vá de mi Padre Juan Martin á este señor!

Ese pensamiento que surgió despues de esta entrevista, en su mente, Gabriel intentó—pero en vano—desecharlo. A cada nueva entrevista se volvia á presentar más claro y más fundado.

—¡Qué estúpido, qué incivilizado é ignorante zopenco! pensaba el Padre con mal humor,—¡qué crianza le ha dado ese necio lugareño de Sanchez! Es necesario acepillar á este alcornoque.

De resultas de estas reflexiones, el General puso á su hijo maestros, y le hizo seguir con asiduidad sus cursos de enseñanzas, los que aprovecha-

ron admirablemente á Gabriel, que siendo poco expansivo, muy amigo del retiro, y fiel al recuerdo, y teniendo además entendimiento despejado, buena memoria, y un carácter reflexivo, se entregó con tánto placer como provecho, al estudio.

Agregábase á esto que Gabriel halló poco cariño en su Padre; poco atractivo y ménos seduccion en el círculo masculino en el que le introdujo el General; poco arrastre en los placeres de bulla y ruido. Gabriel, en fin,—que se hallaba contrapuesto en idéas, en gustos, en costumbres y en maneras á cuanto le rodeaba,—se concentró y concretó á sus estudios, que ocupaban su actividad, halagaban su gusto, y llenaban su vida. Y esto era una suerte; porque la ociosidad en el círculo extraño y repulsivo en que se hallaba, le hubiese hecho su posicion intolerable. De todo esto resultó el que viviese Gabriel en un sistema de aislamiento y retencion, que dejaron al hijo y al Padre completamente extraños el uno al otro.

—Es un *cena á oscuras*,—decia el General á sus compinches, hablando de su hijo,—es apocado; no tiene nervio. Sus maestros dicen que tiene una gran inteligencia, mucha memoria, fácil la comprension y deseos de instruirse. Pero..... lleva este amor al saber hasta el punto de haberle vuelto metido en sí y en sus libros; y así se ha hecho apático, que es lo peor que puede ser un hijo del siglo XIX. Pierdo las esperanzas de que nunca

llegue á ser un miembro lucido, exaltado y entusiasta de nuestra regeneracion política, moral, social, nacional, religiosa, doctrinal, legislativa, vocal é instrumental. Mas espero que será un miembro útil *á demoler*,—ésta, si no difícil, utilísima ciencia del dia,—y que ayudará con la pluma—que es el gran ariete de esta empresa—á derribar el vetusto, el podrido, el caduco edificio social, que levantaron la barbárie y la ignorancia con sus hijos la supersticion y el despotismo, y que no ha producido más fruto que la Inquisicion que nos perdió, y las Ordenes religiosas que nos embrutecieron.....

Este *speech* (esta perorata) fué muy aplaudida.

—¡Qué conocimientos históricos! decia un banderillero de fama.....

—¡Qué brillante ilustracion! decia un pretendiente á la direccion de un nuevo periódico, que con el programa de *El pueblo es Dios, y nosotros su profeta,* iba á fundar el General.

Este solia gratificar á su hijo con otros discursos semejantes, en los que una porcion de palabras de aquellas que denomina LA ESPERANZA (1) *huecas*, hacian un brillantísimo papel. El General creia con eso corroborar y abundar en las mismas idéas que los libros; pues hijo de Belona, que no habia tenido ninguna clase de educacion,—y bien podia

(1) El periódico que tiene este nombre.

haberse quemado la piel con la pólvora enemiga en los campos de batalla y sobre las brechas; pero sobre los libros no se habia nunca ni chamuscado las pestañas—creia que todos los libros impresos decian lo mismo que aquellos que servian de texto á sus correligionarios. La candidez que se creia perdida, no lo está; ha mudado de domicilio. No se halla ya en los corazones, pero se encuentra todavía... en muchas inteligencias ¡Qué lástima! ¡ántes estaba mejor alojada!

De esta suerte habian pasado cerca de tres años. Al cabo de los cuales dijo una mañana el General á su hijo:

—Espero que no pensarás prolongar esa tu odiosa vida de filósofo huraño y de sabio mudo. Ni creas que consentiré en que sigas vejetando,—como has hecho hasta ahora,—á mis expensas.

Gabriel, que como hemos dicho ya, tenía por rasgo distintivo de su carácter, la serenidad, contestó á sú Padre:

—Señor, justamente habia pensado hablaros sobre ese mismo asunto. Acabo de cumplir veinte y cinco años, y creo que puedo ya pensar por mí mismo en mi futura suerte.

—¡Pensar por tí mismo!—exclamó asombrado el antagonista del despotismo, por cuya boca se diseñó una sonrisa fria y despreciativa;—vamos á ver, vamos á ver lo que ha pensado su señoría en las elevadas cumbres de su intelecto abstraido?

—Recordaréis, contestó con calma Gabriel, que cuando llegué aquí os dije, que no queria *salir de mi crianza*; palabra que significa mucho, y muchas cosas, allí dondé se usa. Os dije, que deseaba mantenerme en aquella tranquila esfera en que me crié, puesto que ni pensaba entonces—que nada sabia,—ni pienso ahora—que algo sé,—que desmerezca el hombre por pobre, ni la existencia por oscura.

No quisísteis otorgarme mi deseo; quisísteis que cultivase mi entendimiento y adquiriese algun saber, creyendo que esto cambiaria mis idéas, y trocaria mis inclinaciones. Os obedecí como á Padre y señor. Mas despues de instruirme por los libros, y despues de conocer por la práctica este mundo bullicioso, activo, lleno de malas pasiones, devorado por la ambicion, os repito con toda la calma de la reflexion aquellas mismas palabras que al llegar os dije, puesto que cuanto he visto aquí me es antipático; y porque estoy persuadido de que los hombres que actúan en esta esfera, que llamais culta, valén menos que los que he visto no salir de su oscuro y pacífico círculo de accion. Y esto lo confirma un poeta pensador aleman, que dice que los hombres vulgares necesitan hacerse valer por lo que *hacen*, mientras á los superiores les basta para eso lo que son (1).

(1) SCHILLER.

El General permaneció tan sorprendido al oir á su hijo, que no atinó á contestarle; y Gabriel, viendo que su Padre callaba, prosiguió:

—Pero, señor, yo no quisiera disgustaros: ¿acaso teníais otras intenciones sobre mí?

—¡Pues no las habia de tener, y suponértelas á tí! exclamó sofocado el General. ¿Habia de pensar que siguieses en tus bajas inclinaciones y ruines miras, despues de tenerte cerca de tres años á mi lado, poniéndote al nivel de los de tu clase y de tu posicion social, procurando realzar tus vulgares tendencias é ilustrar tu entendimiento? ¡Y ahora te veo tan menguado, tan rústico y tan oscuro, como el dia que llegaste! ¿De qué, pues, te han servido tus libros y tus estudios?

—De mucho, señor, de mucho. Me han servido para confirmar, para robustecer y para afirmar la instintiva persuasion que tenía, de que las bases y fuentes de una vida buena y feliz son una alma honrada, una crianza cristiana, y una existencia natural y sencilla: que la reunion de estas tres cosas son la práctica de las elocuentes frases morales y de las aspiraciones estéticas de los poetas, que en vuestro mundo, solo son teorías. Lo que he aprendido me ha probado además que la más alta cultura enseña lo que nosotros aprendemos desde que nos enseñan el catecismo, y es: *que hay mas verdadera altura y grandeza en cumplir un deber, aun en el caso de que este sea modesto y humilde, que*

no en esa filosofía de lacayos, que consiste en negar y menospreciar todo cuanto realza realmente la naturaleza humana (1).

—Pero... ¿qué estás ahí hablando de deberes? exclamó su Padre.—¿Cuáles son para tí esos deberes?

—Señor, sabeis que hay una mujer que crió á sus pechos con cariño de Madre al huérfano abandonado: sabéis que hay un hombre que amparó, enseñó, é bizo hombre al desvalido cunero, y que vendió la mitad de su corta hacienda para libertarle de ser soldado. Pero lo que no sabeis es, que tienen una hija única, que es la dulce hermana de mi desamparada infancia.

—¿Y la has seducido? dijo sonriendo el General.

—Solo vos, Padre, puede suponerme infame, sin que acalle yo como me compete, semejante injuria! La amo, y le ha dado palabra de casamiento.

—¡Palabras de chiquillo, que lleva el viento! Si no la has seducido, no veo en cuanto has dicho nada que se roce, ni de cerca ni de léjos, con la campanuda voz DEBERES.

—Pues yo os diré, señor, lo que por deberes entiendo, yo, yo, que soy criado y enseñado por el pueblo, no el pueblo ilustrado por vosotros, sino por el honrado y noble pueblo campesino, el que, como el marino entre la agitada mar y el cielo, vi-

(1) Julio Sandeau.

ve únicamente entre éste y la florida tierra que nos lleva, nos nutre, nos alegra, y que finados, nos oculta de profanaciones en su seno. Soy parte de ese pueblo pacífico, que atraviesa la vida sin más piloto que su Cura, sin más enseñanza que la ley de Dios, y sin más interpretaciones filosóficas, materialistas, ni epicureistas de nuestro tránsito por este mundo, que la sencilla y cristiana definicion de su objeto: VIVIR PARA TRABAJAR, MORIR PARA DESCANSAR.

—Basta, basta de música celestial, dijo el General.

—¡Bien hábeis definido lo que diciendo estaba! repuso Gabriel. Las santas creencias de nuestros abuelos han llegado á serlo para sus nietos. Pero era preciso traer estos antecedentes para deciros que con estas bases cristianas, y con su espíritu caballeresco ha formado el pueblo español un código de honor, cuyas leyes son para mí imprescindibles deberes.

—¿Y cómo se expresa ese código, amalgama de conciencia y honor de ésos *caballeros de la mesa redonda*, al que con tono magistral te refieres para encanallarte? preguntó con amargo escarnio el General.

—Señor, respondió Gabriel con voz firme, ese código hace que al que es ingrato, se le llame *mal nacido*.

El General alzó los hombros.

—Ese código,—prosiguió en el mismo tono Gabriel,—al que jura, y falta á lo jurado, le imprime con un hierro caliente en la frente la palabra *¡infame!*

El General hizo un gesto de impaciencia.

—Hace, señor,—continuó Gabriel, que al que engaña á una mujer, y la deja despues de darla palabra de casamiento, se le señale con el dedo, y se le nombre *¡villano!*

El General quiso hablar; pero Gabriel continuó sin dejarle interrumpir.

—Y allá, señor, ese código de honor y conciencia castiga á aquellos que abandonan en su ancianidad al Padre y la Madre que los criaron; y los castiga haciendo que se *les escupa á la cara!*

Al decir estas últimas palabras, el General se puso encendido cual si le oprimiese un dogal la garganta; en seguida palideció, y fijó una terrible é investigadora mirada en su hijo. Asi permanecieron ambos algunos instantes; el General, trémulo, azorado como la culpa; Gabriel sereno y apacible, como la inocencia.

Mas al ver la modesta calma de Gabriel, el General fué refrenando su agitacion, y murmuró entredientes:—¡no, no lo sabe! ¿quién habria podido decírselo?—Levantándose en seguida, dijo con arrogancia y altivez á su hijo:

—Ante todo, ¿tú has considerado á lo que te expones, si te declaras en abierta rebelion conmigo?

—Acometa quien quiera; que el fuerte espera, respondió Gabriel á la inmotivada amenaza de su Padre.

—¿Tú te crees fuerte, pobre loco?

—Si señor, contestó Gabriel; que dice un poeta inglés (1), que una buena conciencia vale por mil espadas.—Pero, señor,—añadió con no desmentida moderacion;—¿porqué me amenazais? ¿En qué puedo haberos ofendido? ¿No me habeis enseñado que el hombre es libre? ¿No me habeis repetido mil veces que á nada debe someterse ni doblegarse, sin exceptuar las obligaciones religiosas, que llamais supersticiones; ni las civiles, que llamais despotismo; ni las de sociedad, que llamais trabas y antiguallas? ¿Y solo para poder yo, á mi mayor edad, disponer modestamente de mi suerte, y para cumplir con lo que miro como dulces deberes de conciencia y de corazon, no la tendria yo, Señor? ¿Porqué?

—Porque no quiero que desciendas de la elevada clase á que perteneces.

—¿No decís que todos somos iguales?

—Es que aunque iguales, su mérito puede encumbrar al que lo tiene.

—Para esto es preciso dos cosas, señor; el mérito de que carezco, y la voluntad que no tengo. Pues á esas ásperas alturas en que se pelea con

(1) SHAKESPEARE.

toda clase de armas, prefiero la pacífica amenidad de mi valle.

—¡Vuelta á esas poéticas chocheces, á esos desbarros románticos!—dijo el General golpeando el suelo con el pie;—hablemos en razon. Tengo tratado tu casamiento con la hija de Sanchez, que no solo le dará un buen dote, si se le puede lograr una placa por la que ansía, sino que proporcionará á su yerno la mayoría de los votos de su distrito en X... para diputado.

—¡Diputado, señor! ¿Os burlais?

—¿Porqué no lo serias? Fray Modesto está exclaustrado.

—¡Pues qué! ¿tengo yo la posicion, el caudal, el saber, la experiencia, la popularidad, la suposicion necesarias para representar al pais en un Congreso, y dar á éste la respetabilidad y prestigio que debe tener?

Déjate de teorías y retumbancias; sé hombre positivo! si no, se han de burlar de tí. En siendo diputado, ya será fácil grangearte un buen destino. *Oposicion sin tregua* hasta que lo logres! esta es la táctica. O logras, ó tienes con eso tu hoja de servicios para una mudanza de ministerio. Espero que te sonreirá ese brillante porvenir.

—No señor; dijo con voz firme y serena Gabriel.

—¡Cómo, menguado! ¿Todo esto rechazarias? ¿Y porqué?

—Ya que mis anteriores razones, por ser de doméstico orígen, parece que no os hacen fuerza, os diré un mote que en tiempos remotos adoptó una ilustre casa francesa (1), y del que yo, aunque humilde, he constituido el regulador de mi vida. Por lo cual cumpliré tan decididamente lo que conceptúo mis deberes, como resueltamente rehuso cuanto me habeis propuesto. Esta regla es MAS HONOR QUE HONORES.

—¡Sal de mi presencia; y que en la vida vuelva á verte! gritó el General soltando los diques á su comprimida ira.

—¿Me concederéis al menos antes de separarnos vuestro beneplácito, sin el que nada quisiera llevar á cabo? dijo respetuosamente Gabriel.

—Te prometo, respondió saliendo del cuarto el General, mi mas entero olvido, mi mas completo desden, y el cuidar de que ni un cuarto de cuanto poseo, llegue nunca á tus indignas manos.

Gabriel hizo desde luego los preparativos de su partida, vendió los dijes de lujo que le habian sido indispensables para alternar en el círculo de la moda, así como toda su ropa, armas y cuanto poseia. Y su producto, unido con lo que le habia suministrado su Padre para las llamadas necesidades de la juventud elegante y exigencias de buen tono, esto es, cigarros habanos, perfumes, obje-

(1) De Grignam.

tos de tocador y otros accesorios de la vida frívola, que habia ahorrado, le produjo una cantidad tan crecida, que le dejó sorprendido. Algunas reflexiones despertó esta crecida suma en su mente.

Cierto es, pensó, que el lujo, si no lo hubiese creado la vanidad, lo hubiera creado la humanidad! Ella hubiese abierto esa gran salida á las arcas de los ricos y de los poderosos, para derramar su contenido sobre las artes, la industria, el comercio y la clase artesana. Pero que á este lujo, prerogativa de los opulentos, pretendan todos! ¡Qué se quiera hacer de él una ventaja comun, logrando que sea una máscara que oculte la pobreza, la insignificancia, la nulidad, la ordinariez! ¡Qué para lograr vestír este disfraz, sacrifique á veces un hombre su probidad, una muger su honra! ¡Y qué entónces encubra este vano oropel el esqueleto de la miseria del alma y los reptiles de la conciencia! ¡Esto es atroz! El lujo es una librea de la vanidad, indigna de un hombre noblemente independiente, impropia del hombre digno, que es de mediana clase, ó tiene poca fortuna.

Diciendo esto Gabriel tiró con hastio la elegante bata de cachemir que tenia puesta, y le habia traido su Padre poco antes de París; sacó con íntimo placer del armario el lindo traje de serrano con el que habia llegado en casa de su Padre, se lo puso, y cuando le hubo vestido, respiró con descanso y placer, y exclamó:

—¡Libre! ¡Libre! ¡Libre soy contigo! ¡libre como Dios quiere al hombre! ¡Libre de ambicion, libre de cargos, libre de cuidados, libre de malas pasiones, libre de odios y rivalidades, libre de compromisos, libre de remordimientos! Libre cual la nube que vuela; libre como el pájaro que canta; libre como el corazon sano, que desprendido cual aquellas, cantando cuál éste, se eleva á Dios! ¡Vistan los que quieran, esa túnica de Dayanira! Que yo prefiero la sencilla y suave túnica de amianto de la modestia; el silencio á la bulla; la paz á la peléa; la oscuridad, al resplandor de las hogueras!

CAPITULO VIII.

La tarde caia. La naturaleza y los elementos estaban tan sosegados, cual si pasasen, sin notarlo, de la calma al sueño; como pasa el justo de la vida á la muerte. Las hojas de los árboles,—esas comadres intranquilas, y afectas á murmurar,—se estaban inmóviles y silenciosas, cual si una maliciosa Sílfide las hubiese magnetizado. Era el silencio tan absoluto, que se hubiese podido creer que compacta y cristalizada la atmósfera, nada recibia ni transmitia; á no ser porque de cuando en cuando, traia la fragancia de la jara como un recuerdo de sus amigas del campo, á Ana, que estaba sentada en su casa cerca de la siempre abierta puerta de la calle, apoyando en ésta su cabeza. Fijaba Ana sus ojos en la luna, que estaba aun tan pálida por la luz del dia, como lo estaba ella por el dolor de la

ausencia; y cantaba con dulce y llorosa voz, y lenta y triste tonada: (1)

Mi amante con la luna
Me manda cartas;
Y yo con el lucero.....
¡Penas á mantas!

—

Mejor quiero esperarlo
Más y más años,
Que no beber las hieles
Del desengaño.

—

El sol se va poniendo,
Dicen las flores,
—Ya se va quien nos daba
Bellos colores!

—

Yo quisiera morirme,
Y oir mi doble.....
Por ver quién me decia
¡Dios te perdone!

Entonces reparó Ana en el tio Matías, que sentado al lado de afuera de la puerta, doblaba el cuerpo en direccion á ella, para prestar mejor oido á sus cantares. El pobre viejo, que contaba ya más de noventa años, se mantenia sano y despejado;

(1) Siempre que nos es dado, preferimos dejar al pueblo expresar él mismo lo que siente. ¿Cómo encerrar, cual él, tanto sentimiento, tanta poesía con tanta naturalidad, en tan pocas palabras?

como si la caridad que le mantenia, hubiese conservado la ocasion, para prolongar la buena obra. Porque si el principio contrario al bien, esto es, el enemigo de lo santo y de lo bueno, pone sin cesar en la senda del hombre ocasiones para que obre mal, nuestros buenos ángeles,—aunque tantas veces desatendidos,—no se cansan de ofrecernos á miles, ocasiones para que obremos bien (1).

Ana, que sabia cuanto amaba el tio Matías á Gabriel, al encontrar la triste y simpática mirada del anciano, se sonrió, no con la risa de la alegría, pero con la de la dulzura; esa sonrisa que embellece y entristece á la vez el rostro, como el sáuce á un paisaje; y dijo, como para poner en contacto más directo los cariños que ámbos profesaban al ausente:

—¿Volverá?

El interrogado, que recordó á cuanto habia querido, esto es, á su mujer que habia muerto, y á su hijo, que para siempre le habia dejado, contestó meneando su cana cabeza:

—¡Ay, hija! ¡los que se mueren, no resucitan! ¡los que se van..... no vuelven!

Entonces las lágrimas, que caian lentas y sosegadas, como hijas de la melancolía, por las mejillas de Ana, corrieron presurosas y en tropel, como hijas del dolor.

(1) Asi es que en un buen exámen de un Devocionario, se halla este recuerdo á la conciencia: *¿has resistido á la gracia?*

—¿Que no volverá? exclamó; y ¿es Vd. quien lo dice? Entónces veo que no hay fé ni esperanza sino en el amor. ¡Volverá, sí! ¡volverá, tio Matías! que en mi pecho tengo un profeta mas certero que usted.

Estefanía, que habia estado ocupada en las faénas de su casa, volvia en este momento, y oyó las últimas palabras de Ana.

—Hija de mis entrañas, la dijo: ¿á qué confías en un despropósito, ni aguardas un imposible? ¡Pues qué! ¿Te se figura que Gabriel,—que es hijo de un *Gobierno* de los más *estirazados*, que tendrá á su hijo por esas cumbres,—habia de volver entre estos rústicos aldeanos? Eso es querer cegarse, hija de mi alma: razon es ya que te quites de la cabeza esos vanos pensamientos. Gabriel, que está entre tanta grandeza, y allí donde está la Reina, ¿crees tú, inocente, qúe se habia de acordar de tí?

—Vd. no conoce á Gabriel, Madre!

—¿Con que no le conozco y le parí?...—no, no le parí, pero le crié á mis pechos!—Mas, Ana, hija, aunque sea, como lo es, más bueno que el pan, más noble que el oro, y más cabal que la paga de Dios, no ha de volver el mundo patas arriba, amasando en una misma artesa pan de Rey y pan de cortijo. ¡Cómo ha de ser! ¡Dios ha querido quitarnos á nosotros el hijo, á tí el novio! No hay sino conformarse. Y mientras mayor sea tu pesar, ten presente lo que dice la ley cristiana:

Sufre con ánimo igual,
Alma, lo que mas lastima;
Que la más áspera lima
Limpia mejor el metal.

Diciendo estas palabras, la buena Estefanía, que habia sacado fuerzas de flaqueza para guiar á su hija, calló; porque las lágrimas de su corazon ahogaron las sensatas palabras de su razon.

A este tiempo entró Juan Martin que venia del pueblo.—¿Has visto á D. José? ¿has sabido de Él?— Le preguntó ansiosa su mujer.

—Le *vide*,—contestó el marido,—vide á ese Don José, con mas ínfulas que una grímpola, y mas asperezas que un risco. Iba á montar á caballo, y á ponerse en camino para la Higuera, donde ha ido á perder á otro pobre infeliz, tomando posesion de un castañar que le tenia hipotecado por unos dineros, que no le ha podido pagar al cumplimiento del plazo.—Le pregunté por Él.—Está bueno, está bueno, me dijo. ¿Pero á Vds. qué les importa? ¿Vds. se han figurado que yo soy el parte sanitario de la *Gaceta*, para estar á cada paso queriendo que les dé razon de cómo está la gente? Todas las cosas tienen su término. Ya Vds. han cumplido con Gabriel. Si acaso lo que quieren Vds. es que le pida yo á su Padre premio por la crianza, á otra puerta; porque eso de que le pidan, á nadie le hace maldita la gracia. Así, esa diligencia, hacerla en

propia persona, que yo en mi vida he hecho empeños sino para mí; y con eso... á Dios.—No vuelvas mas con tu cansera, y que tampoco venga tu mujer; que las mujeres, en queriendo, son como las garrapatas: no hay quien las desprenda.

—¡Jesus!—exclamó Estefanía,—¿eso dijo?

—Sí, y yo lo escuché sin chistar,—respondió Juan Martin;—porque quien asina discurre, ¿qué se le dice, que no sea lavar los pies á un burro? Pero todavía me dijo otra cosa, añadió disimulando su emocion el Padre de Ana..Ya montado, y antes de echar á andar me gritó:—Juan Martin, se me olvidaba decirte que el señor D. Gabriel Labrador se casa.

Al oir estas palabras, Estefanía dió un grito; Ana un debil gemido; Juan Martin suspiró con dolor mirando á su hija; y el tio Matías murmuró con su cascada voz: ¡los que se van.... no vuelven!

—No lo creo,—exclamó con angustia Estefanía, tanto porque á pesar de lo que le habia dicho á su hija, conservaba en su fuero interno esperanzas de que volviese Gabriel,—¡esperanzas ocultas aun á sí misma!—como para animar á la infeliz Ana, á quien la sorpresa paralizaba, como el yelo á un arroyo, y el dolor hacia palidecer, como la muerte á un cadáver.—No lo creo,—repitió Estefanía con vehemencia,—Gabriel volverá: ¡si no puede ser que no vuelva!

—Estefanía,—dijo Juan que conoció que la in-

tencion de la Madre era la de consolar á su hija;—no te empeñes en curar con paños calientes lo que cura no tiene. Para sanar, cortar por lo sano. Gabriel no volverá. Y esto, que se sepa, y que se diga. Lo demás no es otra cosa que tapujar rendijas, para que no sea de dia. ¿Os figurais vos, inocentes, que mas que él quisiera, sus gentes le habian de dejar volver? ¿No veis que eso no lleva camino, y está fuera de lo cuotidiano?

Juan calló; y solo se oyeron los sollozos de Ana, y los besos que la Madre imprimió sobre la frente de su hija, al estrecharla en sus brazos.

Habia un momento que el tio Matías, que estaba, como hemos dicho, del lado de afuera de la puerta, fijaba su vista en dos ginetes, que salieron de entre los árboles por entre los que subia el camino de la Higuera: con paso apresurado se dirigian aquellos á casa de Juan Martin.

—Estefanía,—dijo éste con profundo sentimiento á su mujer,—tenemos un hijo mas en el cementerio! Ana, hija, tus amores no tienen suerte: olvídalos.

—¡Y qué!—repuso con simpatía de Madre y de mujer Estefanía.—¿Está el olvido de venta, para que se pueda comprar cuando se necesita?

—Sí, sí, Estefania,—contestó Juan;—se compra y se puede adquirir. Dios lo expende; el comprador es la firme voluntad; la moneda es la oracion.

—¡Juan.... ¡qué fácil se dice eso!

—Y se hace, aunque cueste mas trabajo que el decirlo. ¿Acaso te parece más en razon y más cristiano desesperarse y desvivirse esperando imposibles? Pues un imposible es que vuelva Gabriel.

—¡Ahí está!..... ¡él es! gritó de repente el tio Matías con un arranque y una energía sobrenaturales en su ancianidad y decrepitud.

Mas..... ántes de que ninguno de los que estaban en la casa tuviese tiempo de hacer un movimiento, ni de decir una palabra, un jóven se habia precipitado por la puerta, y estrechaba con pasion y entusiasmo á Juan Martin entre sus brazos. Estefanía tenia entre los suyos á su hija, que desfallecia bajo las sacudidas de tan fuertes y diversas emociones. El tio Matías, que se habia puesto de pié, habia vuelto á caer sobre el poyo, levantando al cielo sus cruzadas y trémulas manos y sus apagados ojos.

Solo D. José Sanchez, que habia entrado en pos de Gabriel, se mantenia completamente indiferente é impasible en aquella conmoviente escena.

—¡Y yo que nada sobre esta venida sabia! se decia á sí mismo, en vista de que nadie atendia á su señoría.

—Por lo visto, han querido sorprenderme. Venia yo de la Higuera, tan ageno de nada, cuando ahí á la entrada del pueblo me alcanza un ginete que venia á la carrera (sería para emparejar conmigo), lo miro... ¡y era él! Nada me ha escrito mi amigo de

esta venida; pero en fin, entre propios los cumplimientos son excusados. Al pasar por aquí habrá querido ver á Estefanía, pues partió como un rehilete. ¡Ya! como le crió, y dicen que á las amas se quiere bien!... Y sinó, traslado á lo que hace S. M. la Reina. Pero no nos podemos detener: Gabriel, añadió levantando la voz; que se hace tarde, y aunque haya luna, á mí no me gusta caminar de noche.

Gabriel, que durante el monólogo de D. Jose se habia echado al cuello de su Madre, cuyos brazos retenian al hijo amado sobre su pecho, se volvió ahora á D. José y le dijo:

—Partid cuando gusteis; yo no os detengo.

—¡Pues qué! repuso atónito D. José, ¿no te vienes conmigo á mi casa?

—No señor, contestó Gabriel; que me quedo aquí.

—¡Aquí!—exclamó cada vez más asombrado el ricacho.—Esto no puede ser: sería indecoroso, teniendo en el pueblo la casa de tu futura familia.

—La casa de mi familia, pasada, presente y futura, es esta, dijo Gabriel.

—Hombre, repuso impaciente el señoron improvisado, ¿tú me quieres volver tarumba? Vamos de una vez; ¿tú no vienes para casarte?

—Si señor.

—Bien. ¿No va á ser mi hija tu mujer?

—No señor; que quien va á ser mi mujer es esta,

respondió Gabriel presentándole á la enagenada y avergonzada Ana, cuyas sonrojadas megillas cubiertas de lágrimas, parecian rosas abiertas por el sol, y bañadas aun por las lágrimas de la aurora.

Nunca produjeron el asombro, la ira y la humillacion, más efecto en una mala alma, que el que causaron estas palabras en el finchado y soberbio señor Sanchez. Sus ojos lanzaron chispas; su barba tembló; su pecho,—aquel mar de hielo para toda emocion tierna, noble ó generosa,—se agitó; y su respiracion se hizo ruidosa como la de un acosado cuadrúpedo.

—¿Tú desdeñas á mi hija? preguntó al cabo de un rato con forzada y altiva sonrisa, formando sus palabras el seco y bronco castañetéo de una matraca.

—No señor, contestó Gabriel, no desdeño á vuestra hija; pero cumplo con lo que la consecuencia me impone, la gratitud me prescribe, y lo que mi corazon me inspira.

—¿Tú desprecias mi caudal?—prosiguió D. José de la misma manera que antes.

—¡Eso sí!—contestó con desdén Gabriel.

—¿Y menosprecias mi alianza?—tornó á preguntar con marcada ironía y recalcada sorna el noble montañés, la cruzada notabilidad.

—De esa,—respondió Gabriel,—me cuido tan poco como vos os cuidásteis del pobre huérfano abandonado que amparó Juan Martin.

—Pues para bajarte esos humos que traes de la Córte, en donde parece que es tu Padre hoy dia un gran señor,—dijo D. José con páusa y sorna, y con toda la vil satisfaccion que produce la venganza en el hombre malo que la ejerce,—para bajarte esos insolentes humos, y para que ante mí bajes confundido esa erguida cabeza, sabrás lo que habia jurado á tu Padre callar para siempre. ¿Ves ese viejo, decrépito y miserable, mantenido de la caridad, ves á ese ruin mendigo, á ese tio Limosna? Pues ese es el noble y lucido tronco de vuestra ilustre raza; ese es tu Abuelo! Y tu Padre..... el pillastre del hijo que huyó de su lado.

—¡Abuelo! ¡Abuelo mio! gritó Gabriel precipitándose hácia el trémulo anciano, á quien estrechó en sus brazos. ¡Oh Padre mio! Ya comprendo porqué desde chico, me arrastraba hácia vos con tanto cariño mi corazon! D. José, ¡cuán cruel habeis sido en no haberlo dicho antes! Y volviéndose de repente y cayendo á los piés de Juan Martin cuyas rodillas abrazó, reventáron en sollozos las fuertes emociones que le agitaban, diciendo en entrecortadas palábras:

—¡Padre! ¡Padre! ¡No basta mi corazon para contener toda la gratitud que os debo! Vos amparásteis al huérfano desvalido, vos recogisteis al anciano abandonado!... ¡y érais pobre! ¡Y algun dia os quedásteis con hambre, para que á la infancia y á la ancianidad desamparadas no les faltase el sustento!

¡Y lo hicísteis sin esperar una recompensa, sin contar con una compensacion, sin soñar en un lauro; solo, solo, sólo por caridad cristiana! ¡Oh! cuál palidece la estrella de la filantropía, ante el sol de la caridad! ¡Anatema sobre las falsas deidades y las erradas doctrinas! ¡Desterradas sean del pais que perturban, y de las inteligencias que embrollan ó pervierten! Y reine inatacada aquella que vos y mi Madre me enseñaron con palabras y ejemplos desde la cuna, y á la que despues de ilustrar mi entendimiento, acato con más entusiasmo que ántes!

—Gabriel,—dijo Juan alzando á su hijo del suelo,—no me saques los colores á la cara; las celebraciones, si son merecidas, fatigan; si no lo son, avergüenzan. Nada va conmigo: si quieres agradecer, que sea á aquella bendita que te crió á sus pechos.

—A esa nada digo, Padre: no hay para qué! Las Madres y el ángel de nuestra guarda, nos comprenden aun ántes de que hablemos.

A D. José le ahogaba la ira, al ver que no lograba su objeto, que era el humillar á Gabriel, como este le habia humillado á él. Así fué que dirigiéndose con altanería al pobre tio Matías, le dijo:

—Tio Limosna, ¿cuál es su apellido de Vd. si tiene otro?

—Señor, respondió el anciano, dejad que me llamen Limosna los que me la han dado; yo me llamo Matías Vega.

—Pues su hijo de Vd.,—prosiguió el encarnizado agresor,—su hijo de Vd. dejó el nombre de su Padre,—sea porque fuese conocido en la policía, ó fuese por ocultar su ruin procedencia,—y se apellida con un fraude Labrador.

—Como se llama Isidro..... dijo el pobre Padre, buscando aun disculpa al hijo ingrato.

—¡Toma! repuso el grosero y resentido ricacho, por esa regla su nieto de Vd., mañana si se le antoja se apellidará Arcangel. Yo, ántes me dejaba cortar la que tengo sobre los hombros, que hacer semejante felonía. Yo, yo soy..... yo soy D. José Sanchez por la tierra y por la mar.

Don José Sanchez por la tierra y por la mar, salió bufando.

—No te alteres ni te incomodes, dijo en tono de súplica Estefanía á Gabriel.

—¿Que no me altere ni me incomode? contestó éste.—Madre, ¿creeis que un hombre tan nécio y despreciable tenga el poder de alterarme, cuando no tiene, por bajo y por ruin, ni aun el de hacerme reir? Pero, añadió Gabriel mirando á Ana y dirigiéndose á su Madre:—¿cuándo es la boda?

Estefanía se quedó cortada, y miró á su marido.

—Gabriel, dijo éste, que comprendió el apuro de su mujer. Ya sabes que aquí no hay sobras; que no hay nada dispuesto para vuestro ajuar, ni para costear la boda: así lo primero que hay que hacer, es agenciarlo.

—Eso lo traigo yo previsto, Padre, repuso Gabriel; y desabrochándose su chaleco, sacó uncincho en el que traia en onzas las cantidades que ántes de salir habia realizado y reunido.

Juan Martin y Estefanía se quedaron asombrados.

—¿Esto te ha dado tu Padre? preguntó el primero.

—Si señor, á él se lo debo, contestó Gabriel poniendo el cincho en manos de Ana, segun la costumbre del pueblo, entre el que es la mujer la depositaria del dinero.

Ana se acercó al tio Matías, y le dijo:

—El primer uso que se va á hacer de estos caudales, es mercarle á Vd. *una vestida* completa, para que la estrene en la boda de su nieto. Y eso, —añadió la pobre niña, á la que la felicidad restituia su gracia y su lozanía,—¡y eso que debia yo estar enojada con Vd. y no acordarme del santo de su nombre!

—¿Y porqué? preguntó Gabriel.

—Porque muchas veces me ha partido el alma, diciéndome: «los que se van..... no vuelven!»

—¡Buen Abuelo y mal profeta! exclamó su nieto pasando su brazo por la encorvada espalda del pobre viejo, la que golpeó con la mano cariñosamente.

—Pues otras veces he acertado en mis predicciones, repuso el anciano. Y si nó que lo diga Estefanía.

—¿Y cuándo fué eso, Abuelo? preguntó Gabriel.

—El dia, contestó el anciano, en que, abandonado y rechazado de todos, te puso á sus pechos, y la dije bendiciéndola:—Estefanía, QUIEN BIEN HACE..... PARA SI HACE!

FIN DE MAS HONOR QUE HONORES.

LUCAS GARCÍA:

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES:

POR FERNAN CABALLERO.

LUCAS GARCIA.

A une époque ou toutes les empreintes s'éffacent sous le double marteau de la civilisation et de l'incredulité, il est touchant et beau de voir une nation se conserver son caractère stable et des opinions immuables.

VICOMTE D' ARLINCOURT.

En una época en que todas las huellas de lo pasado van desapareciendo bajo los golpes del doble martillo de la civilizacion y de la incredulidad, admira y enternece ver á un pueblo conservar un carác ter estable y opiniones inmutables.

Saliendo de Jerez en direccion á los montes de Ronda, que se van escalonando gradualmente, como para formarle un adecuado pedestal al bien denominado San Cristóbal, se atraviesa una extensa

llanura, que lleva el nombre de Llanos de Caulina. El uniforme y desnudo camino, después de arrastrarse dos leguas por entre palmitos, hace alto al pie de la primera elevacion de terreno, donde se tiende al sol un perezoso arroyo, que en verano se estanta y trueca sus aguas en fango.

Vése á la derecha el castillo de Melgarejo, que es de las pocas construcciones moriscas, que no han llegado á destruir el tiempo y la impericia, su fiel auxiliadora en la destruccion. El tiempo hace ruinas, las agrupa, las corona de guirnaldas y adorna con follaje, como si de ellas hiciese su recreo y su lugar de descanso. Pero la impericia aun á las ruinas hostiliza; como el bárbaro que no dá cuartel al vencido; porque su recreo es el polvo, su descanso el yermo, su fin la nada.

Flanquéan los ángulos del castillo cuatro torres cuadradas, las cuales, asi como las murrallas de todo el recinto, están coronadas de bien formadas almenas, que se alinean uniformes, firmes y sin mella, como los dientes de una hermosa boca.

Este castillo fué denominado de Malgarejo, por haber sido conquistado por un caballero jerezano de este nombre. La manera como llevó á cabo esta hazaña, es tan curiosa que no resistimos al deseo de referirla, para aquellos que no estén al cabo de las hazañas parciales de que abundan los anales de Jerez.

Ocupaban este castillo, por los años de mil tres-

cientos y tantos, ciento y cincuenta moros con sus familias. Vestian de blanco, al uso de su nacion, y montaban caballos tordos.

Encerrados como se hallaban, procurábanse el sustento, haciendo de noche correrías, y trayéndose todo el botin que podian recoger.

Melgarejo se propuso conquistar el fuerte castillo, que rodeaba un ancho foso, que á la sazon ha dejado de existir, y que fué la zanja que los mismos moros abrieron para servirles despues de sepultura.

Prometió el caballero cristiano la libertad á un esclavo que tenia si se consagraba á secundarlo en la empresa que meditaba. Convenidos amo y criado, encargó el primero al segundo, muy buen ginete, que enseñase á saltar fosos á una yegua, singularmente ligera, que poseia, ensanchando el foso gradualmente, hasta que llegase á tener la anchura del que cercaba el castillo sarraceno.

Conseguido esto, reunió Melgarejo sus parciales, los disfrazó de moros, haciéndoles cubrir sus caballos con mantas blancas, y una noche que habian salido los defensores del castillo, se dirigió con los suyos hácia él. Los que estaban esperando á los moros, vieron acercarse esta hueste sin recelo, tomándola por la que aguardaban. Cuando la cristiana estuvo cerca, reconocieron su error, y quisieron levantar el puente; mas ya el esclavo de Melgarejo, montado en su lijera yegua, habia saltado

el foso y cortado las cuerdas de la compuerta; por lo que no pudieron alzarla, y los jerezanos se hicieron dueños de la fortaleza.

Este fuerte castillo,—por el que ha pasado el tiempo destrozador sin dejar mas huella que la que dejaria la pisada de un pájaro,—transpone á uno con tal fuerza de ilusion á lo pasado, que se extraña no ver tremolarse en sus torres el pendon de la media luna, y se echa de ménos detrás de cada almena, un blanco turbante. ¡Qué sitio tan á propósito es éste para la representacion de un simulacro ó de un torneo entre moros y cristianos!

Para ir á Arcos se dejan á la izquierda el dormido arroyo y el muerto castillo, en cuyo recinto se mueven, como en un esqueleto hormigas, los trabajadores con los aperos de un pacífico cortijo. Tomando la vuelta de este primer escalon de la sierra, se atraviesan otros llanos, cubiertos, en cuanto alcanza la vista de ricas mieses; y sin hallar otra venta ni lugar de descanso, se sestéa en el cortijo de la Peñuela, que fué propiedad de los PP. Cartujos, aquella órden religiosa tan severa, tan respetable y respetada, que aun se preguntan los campesinos: ¡Y hubo poder que pudiese, y hubo mano que osase tocar á tales hombres y á tales cosas!

Al elevarse el terreno, se cubre de olivares, como si quisiera abrazar á la anciana y blanca Arcos, que conserva con orgullo su título de ciudad, sus caducos privilegios y sus rancios pergaminos, á

pesar de su decadencia (1), ó mejor dicho, de su vida estadiza en medio de los adelantos propios de la marcha del tiempo, que son suaves, paulatinos y espontáneos.

Arcos se presenta y se retira alternativamente á los ojos del viagero, cansado de su ascension, como si le hubiesen quedado desde el tiempo de los moros, sus fundadores, tretas de guerrillero; hasta que, pasando entre dos altas peñas, se entra de repente en el pueblo, cuya situacion sorprende y admira aun á los ménos sensibles á las bellezas de la naturaleza y á los encantos de lo pintoresco.

Veíase una tarde del año mil ochocientos cuarenta y tantos, en una de las calles del barrio de San Francisco, afluir muchas gentes á una casa de pobre apariencia, de la cual se habian llevado la tarde anterior el cadáver de la que habia sido su

(1) Arcos fué conquistada en el año 1249 por el Infante don Alonso, comisionado para el efecto por su invicto Padre el Santo Rey D. Fernando III. Vuelta á recuperar por los moros, fué reconquistada en 1255 por el Infante D. Enrique, y en 1264, por tercera vez, por D. Alonso el Sabio, ya coronado Rey, repartiendo su término entre cincuenta de los mas esforzados caballeros, con que pobló á Sevilla. Recibió privilegios de la liberalidad de los monarcas; tales son la concesion de la hidalguía comun de sus vecinos, hecha en 1256; las encomiendas y bandas en las órdenes militares, en 1340; la exencion de tributos, en 1396. Valióle el título de ciudad la toma por sus gentes de la inexpugnable villa de Cárdelas en el año de 1472. Después de otras mercedes, llamóla NOBLE Y FIDELISIMA Felipe V, poniendo su nombre á uno de los Regimientos de la milicia. Su vecindario se compone de 10,000 almas, divididas en dos collaciones, con dos ayudas de parroquias, dos hospitales, un hospicio de huérfanas y seis conventos.

dueña. Reuníanse estas para el duelo, con la rigurosa etiqueta observada en el pueblo, que prueba los instintos de dignidad y de cortesanía que le distinguen; puesto que toda etiqueta y todo ceremonial estriba en estas bases, que no son una cosa ridícula y superficial en la vida pública y en la privada, como las han querido hacer el espíritu de trastorno que conmueve al siglo, y el ánsia de sacudir todo freno material y moral, que revoluciona las idéas.—El ceremonial y la etiqueta, en la rigurosa acepcion de la palabra, son una accion ó acto exterior dispuesto para dar culto á las cosas divinas, reverencia y honor á las profanas.

Entrando en la casa, se hallaba una sala en que se reunian las mujeres; á la derecha se encontraba otra, que una vecina habia prestado, para la reunion de los hombres.

En la primera, primorosamente enjalbegada (1) y cuidadosamente aseada al efecto, segun costumbre constantemente seguida, se veia en medio de ella, extendido sobre la estera un pañuelo, en el que todas las que iban entrando echaban una ó dos monedas de cobre, que eran destinadas para la misa de San Bernardino. Esta costumbre se observa no solamente entre los pobres, sino tambien entre los bien acomodados, pues esa misa tiene que ser debida á la limosna. Expliquen esto, como gusten

(1) Término andalúz, que significa *blanqueada*.

los escépticos, y como les parezca, los positivos. Nosotros vemos en ello un acto de humildad, unido al deséo de juntar muchos sufragios. Pues si bien son honras terrenas, que respetamos, un brillante entierro, un lucido catafalco y un soberbio mausoléo, son mejores sufragios para el cielo el cuarto de la limosna, el ferviente brote del corazon, las oraciones parciales y las de la Iglesia.

En un ángulo de la sala, sobre una silla baja, estaba sentada la doliente. Era esta una niña de ocho años, la que, cansada de llorar á su Madre, asi como de su larga inmovilidad en el sitio que ocupaba, habia dejado caer su cabeza en el espaldar de la silla, y se habia dormido; pues el sueño, que ama á los niños, se apresura á venir en su auxilio siempre que los vé sufrir en su alma ó en su cuerpo.

—¡Pobre Lucía!—dijo mirándola una de las dolientes, parienta de la difunta;—¡cuánta falta le va á hacer su Madre!

—Esa fué la espina que llevó clavada en su corazon la pobre Ana, observó una vecina.

—Pero... ¿de qué ha muerto? preguntó otra de las presentes.

—Su mal lo sabrá la tierra que la cubre,—respondió la parienta;—porque Ana no se quejaba. Sino hubiese estado tan delgada que se la podia beber, tan amarilla como la flor de la cera, y tan endeble que la habria hecho caer una sombra, no

se habria sabido que caminaba para el campo-santo.

—Se murió,—dijo con vehemencia una mujer jóven y de fisonomía enérgica,—se murió de que se la pudrió la sangre en las venas: esto lo sabe todo el mundo. ¡Y que no haya en el pueblo un Alcalde, que se sepa atacar los calzones, y eche con la honda del demonio á esas forasteras, rufianas sinvergonzonas, que se nos vienen aquí á poner puestos de bebida, y á engatusar á los hombres casados, para su perdicion y la de sus casas!

—Sí, sí, á estas cosas hacen los Alcaldes ojo de pez,—dijo la parienta de la difunta,—asi como para otras cosas tienen ojos de chucho. Pero no tengas cuidado, mujer: su merecido han de llevar, porque Dios consiente, pero no para siempre.

—Sí, repuso la primera; consiente que se mueran las buenas, y se queden galloreando las malas. Dios se reservó la justicia del cielo para sí; pero la vara de la justicia de la tierra la puso en manos de los hombres. Y á fé que buena cuenta tendrán que dar del uso que han hecho de ella! Sobre sus costillas... le habia yo de romper al Alcalde la que en la mano tiene!

—Mujer,—dijo una anciana,—eres más súpita que una chispa de carbon de fragua; y partes, como los toros, con los ojos cerrados. Mirá de quién hablas; y tén presente que la mala llaga sana, y mata la mala fama. La pobre Ana no quedó buena desde su último parto; y muerte no viene

que achaque no tiene; el verano la hundió, y setiembre la remató; pues de fraile á fraile, Dios nos guarde (1).

—¡Ya! tia María; como es Vd. Tia de Juan García, y Prima del Alcalde, repuso la interpelada, dice Vd. eso, por aquello de «con razon ó sin ella, ayúdenos Dios y á los nuestros.» Lo que yo puedo decir á Vd., es que mi José no ha de pisar la casa de bebida de la Leona; eso queda de mi cuenta. Porque por más que sea tan hombre de bien como Job, en casa del jabonero, el que no cae, resbala. Por más que diga Vd. que está ya viuda, y que con la edad tiene la sangre cuajada, no me vuelvo atrás de lo dicho: que el que salta derecho, cae en pie. Y así lo digo y lo redigo; ¡asparla viva debian á la picarona esa, pingollona, sarjentona!... que parece una garita; que tiene la cara más negra que un pellejo de aceite, tan hoyosa de viruelas, que parece que se ha caido en un garbanzal, y con más bigotes que un nacional! Y cuenta que dice el refran, á la mujer barbuda, de léjos la saluda.

—Pues... ¡y sus hijos! dijo la doliente; que parecen gurrupatos; y que tiene tan churretosos y desjarapados, que semejan nidos de calamares!

—Pues á ella le parecen soles; añadió otra.

—¡Ya!—exclamó la primera que habia hablado. Dijo el escarabajo á sus hijos, venid acá, mis flo-

(1) 28 de agosto, San Agustin; 4 de octubre, San Francisco.

res: y grumos de oro llamó la lechuza á los suyos. ¡Quién ha visto eso, señores,—prosiguió exaltándose,—quién ha visto iniquidad como es la de embaucar á un hombre casado, y con hijos, perderle, hundir su casa y matar á su mujer á penas! ¡Y eso se sabe, y se consiente! Mire Vd. que eso hace hoyo.

—¡Si eso es peor que clavar un puñal! exclamó una mujer.

—Es un contra-Dios, añadió otra.

—Es un escándalo de los *diformes*, prosiguió la primera. ¡Pobre Ana! Yo no la veia sino de habas á caracoles; pero la queria bien, porque era una pasta de almendras, tan sin hiel y tan sufrida, como la oveja en manos del carnicero. ¡Hombres! ¡hombres! ¡Malditos son todos los que visten por los pies! Asi fué que nunca consintió nuestro Padre Jesus ponerse calzones, y vistió túnica.

—Vamos, hija, nada se remedia con maldiciones, dijo la tia María; ni con echar quina por la boca. Vamos á rezar por el alma de la difunta, que es lo que le ha de aprovechar.

Reinó un completo silencio. La tia María tomó su rosario; las demas la imitaron, y despues del acto de contricion y de un solemne Credo, empezó el rosario de las ánimas, en el cual, despues del Padre Nuestro en lugar de la salutacion de la Vírgen, decia diez veces:

—¡Señor, por tu infinita misericordia!

Respondiendo los otros en coro:

—Que las ánimas benditas gocen de paz y de gloria!

Ya no se oyó en el duelo de las mujeres más que el murmullo grave de las oraciones, y el sofocado suspiro de la lástima y del dolor.

Muy distinto cuadro ofrecía la sala del duelo de los hombres. El viudo, que estaba sereno como un vaso de agua, y fresco como una lechuga, pasado el dia del entierro, se creia dispensado de toda compostura doliente, y fumaba oyendo y hablando con todos como de costumbre, y como si la muerte, al entrar en su morada, no hubiese dejado en ella sus negras huellas y su solemne impresion!

Los indiferentes habian seguido su ejemplo. De manera que, á no haber llevado todos capas, nadie hubiese dicho que era aquello un duelo, esto es, un tributo de amor y respeto á una vida que terminaba, y á un dolor que surgia. Solo una figura se veia en aquella reunion, en concierto con el suceso que la motivaba; era esta, un niño, hijo de la difunta, de trece años, que sentado en un rincon cerca de su Padre, apoyaba los codos sobre sus rodillas, y la cabeza en sus manos, y lloraba sin consuelo.

—¿Cómo ha estado el dia? preguntó el viudo.

—Enfermizo, contestó uno.

—¿Y el cielo?

—Remendado: piénsome que el agua no está léjos; esta mañana habia neblina; y la neblina, del agua es madrina, y del sol vecina.

—Ya le quitará el viento las telarañas al cielo, dijo un tercero; pues sopla del lado de la puesta del sol. El agua anda mas retirada que las pesetas.

—No le hace, repuso el primero; antaño no llovió hasta Todos Santos; y año mas completo, ni otro de ese paño, no se ha visto desde la creacion. Todos se hartaron de cojer; labradores, pelantrines y pegujaleros. Las cebadas, en particular, estaban que no las podia *rehender* (1) una espada.

—Señores el mes de enero es la llave del año, dijo el viudo. En no diciendo el puente por enero, ¿me voy... ó no me voy? no hay trigada.

—¡Hola, tio Bartolo! exclamaron todos al ver entrar á un hombre de edad, pequeño, enjuto y vigoroso. ¿De dónde se viene? ¿Por dónde ha andado Vd. desde que falta de aquí?

El tio Bartolo, después haber hecho su cumplido al doliente, se sentó, y volviéndose á los que le habian hecho la pregunta, contestó:

—¿De dónde vengo?... Del coto de Doñana, sin perder la derechura. Desde que se acabó la guerra del francés, y me dí á la *tiruteria*, ando hecho un azacan de los usías. Allá en Doñana los habia de todos pelos, *ligítimos*, injertos, atravesados y su-

(1) *Rehender*, separar ó penetrar separando.

puestos... hasta ingleses. ¡Caballeros! Vaya, si son lo propio que los suizos de los franceses; unos valientes mocetones, muy blancos, muy colorados, muy rojos y muy espelotados! Pero en cuanto á espíritu, no tienen más que el que beben; y en cuanto á gracia, no tienen ninguna; llevan los brazos como mangas de capote, y asientan los piés como pisones. Cada vez que miraba yo aquellos piés, que parecian jabeques, decia para mí: ¡buena pata y buena oreja, señal son de buena bestia! Para hablar se sirven de una geringonza, que yo tengo para mí, que ni ellos mismos la entienden. A mí no me hacen gracia esas parlas que no comprendo, pues no sé, cuando hablan, si me compran ó me venden.

Uno habia tamaño como un atun, que le decian *D. Turo* (1), que me tocó á mí en suerte. Sudaba y bufaba por aquellos arenales, que daba compasion; pues, en andando una legua, ya están rendidos: el sol les ofende, y el calor los desmadeja y los *descuajaringa*. Todo lo habia de hacer aquel *cara de plato*, atravesado, á uso de su tierra. Un dia se empestilló en que habia de manejar mi navaja á modo de cuchillo de mesa, y se hizo una cortadura:—sacó un botiquin, que ni un cirujano mayor. ¡Vaya, dije yo, picóme un araña, y atéme una sábana! Como era más cabezon que una esquí-

(1) D. Arturo.

na, se le puso que habia de matar una perdiz; y por más que le dije que era el tiempo de la veda de las perdices, tiró; y habria tirado, aunque hubiese estado su Padre ante la boca de su escopeta; tiró, digo, y no mató á la perdiz, pero mató á una urraca.—Señor, ¿qué ha hecho su merced? le dije yo.—Díceme: matar la perdiz.—¡Qué, señor! si no es una perdiz, que es una urraca.—Está bien, dijo muy en sí el zarangullon.—No está bien, le dije yo; que está prohibido matar las urracas.—¿Y quién lo prohibe? preguntó poniendo la cara como un leon; tengo mi licencía, que me ha costado tres mil reales.—Pero, señor, es para cazar caza mayor, ¿está usted? Pero, las urracas no se matan; tienen la vida libre; ¿comprende?—Díceme: en esta tierra de *Santísima María*,—pues, ya digo, todo lo decia atravesado, á uso de la suya,—en esta tierra hay muchos privilegios; ¿y hasta las urracas lo tienen? Aquella pregunta era una bestialidad ó una burla; *asina* no me dió gana de enterarle, y le contesté: Sí, señor, lo tienen, que se lo concedió Doña Urraca en tiempos atrás. Sacó un libro en blanco, y lo apuntó. Yo dije para mi sayo: corra la bola; que yo no la he de atajar.

—Pero, ¿porqué no se pueden matar las urracas en el coto, tio Bartolo? preguntó un hombre mozo.

—Porque ellas han sido las que han sembrado los pinares, contestó el interrogado.

—¡Calle Vd., señor!... que no está Vd. platicando con el *Cara de platos*, repuso el primero.

—Ya lo veo; pues si á aquel le sobran tragaderas por novelero, á tí te faltan por cuaco cerril, de aquellos que no creen sino lo que ven. Pues, sí señor; que las urracas siembran los pinares; esto es una verdad como una casa. Abren las piñas cuando están en sazon, y les sacan los piñones para comérselos; como son tan guardonas, entierran los que no se pueden comer, y como son tan locoonas, se les olvida; no vuelven por ellos, y los piñones nacen. Y á no ser por esto, ¿porqué habian de prohibir los Duques (1) que se las matase, cuando hay mas urracas en el coto que gorriones en una parva? Así, Alonso, nadie diga: este *magnate* no ha de entrar por mi gaznate; y sábete que entre dos pájaros bobos, más bobo es el que cierra el pico, que no el que lo abre. Pero tú siempre has sido tonto, y con la edad le vas ganando á Blas, que comia habas.

—Y de noche, tio Bartolo, ¿qué se hacian esas gentes allá en el coto? preguntaron sus oyentes.

—Los ingleses comer y beber, porque son sus mercedes honditos para eso de meter por el pico: así están tan gordos, y tan espelotados. Un dia me dijo el *Cara de platos*, como Dios le dió á entender, que yo andaba tanto sin cansarme, porque estaba

(1) De Villafranca.

delgado; y que daria mil duros, ó una multitud *asina* por estarlo. Yo le respondí gritando para que me oyese:

—Pues coma su mercé gazpacho, que enjuga las carnes; y cebolla y ajo crudo, que espavilan los sentidos.

—Y los españoles, ¿qué hacian en las veladas, tio Bartolo?

—¿Los españoles? hablar hasta por las costuras; gritar que parecian huecos; y pelearse por las cosas del gobierno; porque hoy dia cada uno de por sí quiere saber de todo y mandar, y hasta los escarabajos tienen tos y empinan la cola. ¡Caballeros! ya no hay españoles como cuando la guerra del francés, que entónces, todos éramos unos, é íbamos á una. Hoy por hoy no hay mas que moderados y *ensaltados* Yo, que no soy *ensaltado* sino con mi escopeta, mi mujer y mis hijos, quisiera que se llevase el demonio á tanto palabrero. Ganas ¡dábanme de decirles:—Caballeros, cuenta con que cuanto mas cordura, menos lengua, y que la mucha yerba *ajóga* el trigo.

Una noche me llamó uno de los Usías y me dijo:—Tio Bartolo, ¿Vd. hizo la guerra de Napoleon?—Si señor, le respondí; que fuí guerrillero.—Pues venga Vd. aquí, que le voy á leer el testamento que hizo.

—¡Pues, qué! ¿hizo testamento ese hombre, tio Bartolo? preguntáron interrumpiéndole los

mas ancianos de los que se hallaban en el duelo.

—Sí, y antes de morir, se entiende.

—Díjele yo al usía:—¿Y de qué tenia que testar ese *quita-reinos*? ¿Pues no le hicieron vomitar todo lo que habia cogido?

El Usía habia abierto un libro, y se puso á leer.—Caballeros, aquel socarron en su testamento todo lo fué repartiendo; sus bienes, sus armas, su cuerpo y su corazon. Yo estaba *pirplejo*.—¿Qué le parece á Vd., tio Bartolo?—dijo el Usía cuando hubo rematado.—Señor, le respondí yo, por lo que veo, aquel *descreido* en todo pensó; pero ni en su vida ni en su muerte se acordó de su alma.

—Tio Bartolo, ¿y porqué se metió Vd. á guerrillero?—preguntó uno de los concurrentes.

—¡Mira qué pregunta! exclamó el guerrillero, mirando al que le habia preguntado, y meciendo su cuerpo hácia adelante y hácia atrás con mucha flema.

—El que pregunta no yerra, tio Bartolo.

—Sí: pero es el caso que:

Quien pregunta no yerra;
Y yo pregunto,
Si se entierran los muertos
Con los difuntos.

—Yo lo que quiero decir es, repuso el otro, que cuándo salió Vd. de su casa, y cómo fué á parar á la partida?

—Yá, esos son otros Lopez,—dijo el tio Bartolo. Habian venido aquí unos *Franciscos* (1) de á caballo, que le decian los *colaseros.* Mi mujer les tenia mas miedo que á un mal aire; cada vez que oia las clarinetas, me decia asustada: Bartolo, ¿tocàn á degüello?—No, mujer, respondia yo, que tocan á la *provincion.* Un dia entró en casa el corneta, que le habian puesto *Trompi*; venia chispoleto, y se desvergonzó con mi mujer. Yo, que no he temido nunca ni á tres que vengan, y que siempre he tenido el resto en dos pajas, (2) le dije: ¡Fuera de aquí, so alma de cántaro! y Barrabás te corte un tajo. El sacó el sable y me lo quiso cortar á mí; y yo saqué la navaja y le paré de una vez. En seguida cojí el pendil y la media manta, y tomé viento; me encontré en Benamahoma con el Padre Lovillo, y cátalo ahí.

—¿El Padre Lovillo era el que capitaneaba la partida? preguntó un hombre jóven.

—Sí; el Padre Lovillo. ¡Candela! aquel era un hombre como son los hombres; no era palabrero, eso nó; pero las que gastaba, eran pocas y buenas. Si alguno la queria echar de buche, decia su mercé: que se vea, y no se diga; ¿estás, gañotero? Las cuchilladas con el acero y no con la lengua; las balas, de plomo y no de viento. ¡Vaya si era aquel hombre *desesliado* para todo! Si lo hubieran uste-

(1) Nombre que dieron á los franceses en general.
(2) No cuidarse del resultado.

des conocido, lo dirian con dos bocas que tuviesen. Cuando se trataba de acometer al francés, nos decia. «¡Ea, hijos! nuestros Padres fueron muertos en defensa de su tierra; no hemos de ser acá menos que ellos!» Y sacando la espada gritaba: «¡Ahora veremos quien tiene *niervo!*» Y salia que ni Santiago. Y nosotros detrás; mas que nos hubiese llevado hasta París de Francia! Ni sentíamos hambre, ni sentíamos cansancio; era aquello un pelear sin tambores ni clarines, que hacia zurrarse de miedo á los franceses, que no entraban una vez en la Sierra, que no salieran diezmados. Asi nos temian mas que á la tropa de disciplina, y nos habian puesto *briganes de la montaña negra.*

D. Turo, que sabia que yo habia sido *brigan*, me llamó una noche, y llevóme á la sala; se arrepanchigó en un sillon y me dijo que me sentase.— Yo dije para mí, ¿dónde vendrán á parar estas misas? ¿Si querrá que le limpie la escopeta? Estaba yo aguardando á ver como reventaba aquella preñez, cuando me dice que le refiera la *tráfica* (1) de la guerra de guerrillas. Cuando me ví que salía con ese escalon, me encoraje, y no me dió gana de contestar. Asi le dije que nó; que yo tenía malo el *pronunciado*, y él peores las entendederas. Pero los demás se empestillaron; y para no ser descortés, les dije un romance que sacaron

(1) Táctica.

entónces, muy consonante y muy bien enversado.

—¿Y cómo dice el romance, tio Bartolo?

—El romance refiere una plática entre *Malapart* y el *indino de Munrá*, Duque de *Ver*.

—¡Ande Vd., tio Bartolo, dígalo Vd! exclamaron todos los que se hallaban reunidos en el duelo.

El antiguo guerrillero se puso á recitar el siguiente romance (1):

NAPOLEON. ¿Qué es esto, amigo *Munrá?*
¿Qué novedad grande es esta?
¿Cómo has dejado á Madrid?
¿Por qué de España te ausentas?
Habla: que solo deseo
Saber con palabras ciertas
Cuanto ha pasado; y así
Ni un instante te detengas.

MURAT. Señor; vamos poco á poco,
Y le diré cuanto sepa,
Pero ántes, que me traigan
A este sitio una silleta,
Para poder descansar,
Porque me duelen las piernas.
NAP. Dices bien; con gusto advierto
Que una gordura te cerca
Bastante considerable;

(1) Lo que hace aun mas gracioso este romance, es que el sencillo y rústico compositor, así como los recitadores, no han pensado en formar una caricatura, sino en pintar sencillamente lo que sucedia, y lo que advendria á Napoleon y á Murat, vencidas que fuesen sus últimas tropas; creyendo natural y plausible el desenlace que trae el romance. Mucho sentimos que no esté completa hasta la parte que hablaba de Castilla, y empezaba diciendo; *Fué Castilla la primera, etc.*

Prueba la mas verdadera
De lo bien que te han pintado
Los aires de aquella tierra.

Mur. Señor, estais engañado,
Si es que de esta suerte piensas,
Dejemos esos principios
Que no vienen aquí á cuenta,
Y vamos á lo que vamos,
Pues que corre mucha priesa
El desengañar á Usía,
Créame, ó no me crea.

Nap. Pues, ¿qué tenemos de nuevo?
Habla, y más no te suspendas;
¿Pues qué vistes en España
Para hablar de esa manera?

Mur. Gran Emperador de Françia,
No ha servido vuestra fuerza
A conquistar á la España;
Ni sirvieron las promesas
Que á todos generalmente
Tu Magestad les hiciera,
Que les darias descanso,
Empleos, cruces, pesetas,
Toros para divertirse,
Porque aficionados eran;
Y de todas estas mandas,
Ni caso hicieron siquiera.

Nap. Pero... dime, ¿y mis soldados
No están en Sierra Morena?

Mur. Si señor; pero Dupon
Con las águilas francesas

Y toda la tropa suya,
Ha quedado prisionera,
Y los fusiles y alfanges
Fueron trocados en rueca,
Porque el General Castaños
Supo ajustarles las cuentas.

NAP. Solo porque tú lo dices
Es preciso que lo crea!
Que si no, yo te aseguro
Nadie hacérmelo creyera.
Y en Zaragoza, ¿quién gana?
¿Se humilló al fin la cabeza
Del valor aragonés
Desistiendo de su empresa?

MUR. Toda fuerza será inútil,
Para obligarle á que ceda.
Y si quieres acabar
Con toda la Francia entera,
Envíala á Zaragoza
Que hallará alli la *cierta* (1)
Y en profunda sepultura
Toda enterrada se queda.

NAP. ¿Y no hay medio de acabar
Con la tropa aragonesa?

MUR. Todo esfuerzo será inútil;
No hay soldado que la venza.

NAP. Y Moncey, ¿no está triunfante
En el reino de Valencia?

(1) La muerte.—La h de *hallará* se ha de aspirar.

MUR. No señor, porque le han puesto
Agachadas las orejas;
Y lo que mas le asombró
Fué la suma ligereza
Con que muchos valencianos
Dan una corta carrera,
Montándose en los caballos,
Y echando abajo el ginete,
Ellos montados se quedan.

NAP. Con que... todas nuestras máximas,
Nuestra traicion y cautela,
Nos ha salido al contrario?
¡*Munrá*, quién nos lo dijera!...
Que la arrogancia española
Abatirá á la francesa!
Dime, pues, ¿que es lo que hacemos
En tan lastimosa escena?
Escribiré á Portugal,
Diré á *Funesto* que venga (1).

MUR. Mas... ¿Por dónde ha de pasar,
Si las tropas portuguesas,
Unidas con los paisanos,
Tienen una cerca hecha,
Y no le dejan pasar
Por las muchas centinelas?
Y se verán precisados
A rendirse, cuando vean
Que los comestibles faltan,
Y llevárselos, no puedan.
Pero lo más acertado
Es que á su Rey les devuelvas
Por el que su pueblo clama,

(1) Junot.

Y todo español venera,
Pues así que lo envieis
Puede ser que se adolezcan,
Y que se apiaden, señor,
De nuestras tropas francesas;
Que si no, de lo contrario,
Segun el paso que llevan,
Os arrojarán del trono,
Y cortarán la cabeza,
Y á mí me despojarán
Del ducado de la *versa* (1).
Y si escapamos primero
Que estas cosas nos sucedan,
Nos tendrémos que poner
A limpiar las chimeneas.
A mí ya se me ha olvidado,
Pero usted, que maestro era,
Se acordará de la maña
Para subir con destreza.

NAP. ¡Qué pensamientos tan ruines!
¿Quién lo pasado recuerda?

MUR. Pues si esto no le acomoda,
Vamos á lejanas tierras
A ejercer otra oficina
De otra mas brillante esfera,
Pregonando por las calles,
¿Quién quiere amolar tijeras?

—Tio Bartolo,—preguntó uno;—¿y qué hizo; limpió chimeneas, ó amoló tijeras?

—¡Qué habia de limpiar! respondió el tio Bar-

(1) Era Duque de Berg.

tolo; las gentes empingorotadas siempre caen en cama blanda. Le llevaron á la cárcel de Santa Elena, más allá de Gibraltar, donde lo pasó muy bien, hasta que se murió de berrenchin, despues de hacer ese testamento del diablo.

—Ahí viene el tio Cohete, dijo uno que estaba cerca de la ventana.

—Hazle seña que entre, le contestó al oido su vecino.

El tio Cohete era un pobre hombre, muy honrado, muy bueno y muy sencillo, que se hacia el gracioso, con el fin de sacar alguna limosna para los monjas, de que era demandante; remedaba á la perfeccion el canto de todos los pájaros, el ladrido lejano y cercano del perro, el maullido del gato, y sobresalia en imitar el silbido y chasquido del cohete, lo que le habia valido el sobrenombre por el que era conocido. Sabia ademas una porcion de versecillos, romances, chilindrinas y acertijos, que decia, expresando su cara una chuscada la más artificial del mundo. Las fuentes de que sacaba el tio Cohete sus gracias, eran inaveriguables; unas las habia aprendido en un pueblo del llano; otras en uno de la Sierra; otras en un cortijo. En cuanto á la imitacion del canto de los pájaros, ellos mismos habian sido sus maestros, ayudados de una gran flexibilidad de órganos, y gran paciencia y perseverancia en el discípulo, que habia llegado á sorprendente maestría. En todos ra-

mos,—sean importantes ó insignificantes,—la perseverancia da grandes resultados.

Habiendo sido instado el tio Cohete á que dijese algunas de sus gracias, éste empezó por recitar los mandamientos del pobre y del rico, que era uno de los asuntos que entónces gozaban de más popularidad. Y dijo así:

—Los mandamientos del rico de hoy dia son cinco, á saber:

El primero,
Tener mucho dinero.
El segundo,
Hacer burla de todo el mundo.
El tercero,
Comer buena vaca y buen carnero.
El cuarto,
Comer carne en Viernes Santo.
El quinto,
Beber vino blanco y vino tinto.

Estos mandamientos se encierran en dos: todo para mí, y nada para vos.

Los mandamientos del pobre, son:

El primero,
No tener nunca dinero.
El segundo,
De el hacer burla todo el mundo.
El tercero,
No comer ni vaca ni carnero.

El cuarto,
Ayunar, mas que no sea Viernes Santo.
El quinto,
No probar ni el blanco ni el tinto.

Estos mandamientos se encierran en dos; rascarse, y llevarlo *too* por amor de Dios.

—Tio Cohete, ¿no le dió á Vd. limosna el hijo de *Roba-Santos*, que apalea la plata? preguntó uno.

—No me dió nada, respondió el tio Cohete.

—Tal *Pater*, tal *filis*, dijo el tio Bartolo.

—Ogaño juntará Vd., tio Cohete; que cuando hay para los campos, hay para los santos.

—Tio Cohete, tome Vd. dos cuartos, y diga los mandamientos de la nueva ley, dijo el hombre que le habia llamado.

—Los mandamientos de la nueva ley son diez, dijo el tio Cohete.

El primero,
Que en España no hay dinero.
El segundo,
Que anda revuelto todo el mundo.
El tercero,
Que todos se quieren meter á caballeros.
El cuarto,
Que de América no viene un cuarto.
El quinto,
Que están sacando muchos quintos.
El seis,
Que de fuera vino la nueva ley.
El siete,
Que en el mundo sobra mucha gente.

El ocho,
Que en Navarra reparten bizcochos.
El nueve,
Cada uno hace lo que quiere.
El diez,
Unos y otros no se pueden ver.

Estos diez mandamientos se encierran en dos: *Unos dicen que sí, y otros dicen que no.*

—Diga Vd. un acertijo, tio Cohete.

El buen hombre, de quien la naturaleza y su género de vida habian hecho la personificacion de la obediencia voluntaria y bondadosa, dijo:

Cincuenta damas,
Cinco galanes;
Ellos piden pan,
Y ellas piden ave.

—El rosario; ese ya lo sabia yo, dijo un muchacho:—otro:

Las tocas de doña Leonor,
A los montes cubren, y á los rios no.

—Nos damos por vencidos, tio Cohete.

—Es la nieve, caballeros.

En este momento dió la Oracion; todos se pusieron en pie, y quitaron los sombreros.

—Eche Vd. el ángel, tio Bartolo, dijo el viudo.

El tio Bartolo rezó la oracion, y despues un Padre nuestro por la difunta.

Entonces se oyeron estallar á gritos los sollozos del niño sentado en el rincon.

—Súmete esas lágrimas, Lucas, le dijo su Padre; los hombres no lloran. ¡Candela! dos dias há que estás como una vieja, hipa que hipa! Más valiera que te hubieras ido á la sala de las mujeres. ¡Qué te vuelva yo á oir llorar!... ¿estás?

—Pues dígote, Juan García, le repuso el tio Bartolo, que eres el primero que he visto afearle á un hijo que llore á su Madre. ¿Me ves á mí con mis años, mis barbas, y mi vida de guerrillero? Pues me acuerdo de la mia, y la lloro! Mira tú.

—Pues, tio Bartolo, repuso Juan García, ceño y enceño, de mal hijo hacen bueno. Este Lucas que se ha criado entre los pliegues de las naguas de su Madre, es un Marica Fernandez; y quiero enseñarle que los hombres vencen y no se dejan vencer por las tribulaciones.

El tio Bartolo meneó la cabeza, y dijo:

—El tiempo cura al enfermo, que no el ungüentó, Juan. Si tú te hubieses muerto, no sería su Madre la que le riñese á tu hijo las lágrimas que por tí llorase.

Juan García siguió su vida anterior, abandonándose con mas libertad á la mujer de que en el duelo habian hecho mencion las amigas de la difunta. Esta mala mujer habia sido apellidada, la Leona, por ser oriunda de la isla de Leon, en que casó con un sarjento que habia sido embarcado para

América. Era la Leona como todas las mujeres que son malas, esto es, mucho peor que los hombres de igual clase; porque en la sutil organizacion de la mujer, la delicadeza que tiene para el bien, se torna en refinamiento para el mal; y su perspicacia en maliciosa sagacidad.

Despues de haberse propuesto y logrado atraerse á Juan García, que tenia algun caudal, se propusó y logró, no solo hacerle á su mujer indiferente, sino que, llevada por ese tédio y esa envidia amarga que tienen las mujeres perdidas á las honradas, obtuvo que la abandonase del todo, y hasta que la maltratase. Juan García era un hombre débil, y por lo tanto muy fácil de subyugar por una persona á quien amase, aunque fuese terco, rebelde y despótico con las que no queria; como para desquitarse. Progresivamente habia llegado el caso de que la Leona no le ponia buen semblante, si no le traia por holocáusto la relacion de alguna prueba de desvío ó de crueldad dada á la víctima, que no tenia más delito que el de ser,—por su derecho y por su callado y prudente sufrimiento,—el más patente baldon de la conducta de ellos. Era este baldon tanto mas ignominioso, cuanto en los pueblos de campo se conservan muy puras las costumbres. Y para que halle nuestro aserto fé en los que nos quisiesen tachar de parcialidad para con las gentes de campo, nos apresuraremos á manifestar que se puede esto naturalmente atribuir á

la benéfica influencia del trabajo, que, ahuyentando la ociosidad, ahuyenta á sus hijos, los vicios; y á la santa pobreza que, no teniendo los medios de satisfacerlos, les impide nacer. Convencidos los positivistas con estas razones incontestables, añadirémos, que nosotros unimos á estas otras razones; y son las sanas idéas de moral, y los arraigados principios de honor, que han infiltrado en aquellas gentes muchos siglos de catolicismo, principios siempre renovados en las sucesivas generaciones, por ese celo que es propio de la Religion, y que jamás se entibia, se cansa ni varía.

Juan García era, pues, una de las excepciones que nunca faltan á las generalidades. Y ciertamente sus malos tratos, unidos al dolor y la vergüenza, habian contribuido á la muerte de su pobre mujer, que, por última prueba de cariño, y como postrer accion de una cristiana, le dió al morir su perdon. Pero el alma de Juan García estaba demasiado enfangada, para que esta santa muerte despertase en ella ni la compasion ni el remordimiento. No era este hombre un perverso; pero tenia ante los ojos del alma—¡como tantos otros las tienen en este mundo de error!—una de esas vendas que por desgracia solo caerán el dia del juicio de Dios, en el que la luz de la verdad será el primer castigo que les aguarda.

Sus pobres hijos quedaron huérfanos y abandonados. Su desamparo habria llegado á ser comple-

to, á no haber sido por esa activa caridad de las mujeres del pueblo, que las hace constituirse en fervorosas protectoras de los desvalidos, y en severos jueces de los injustos. Asi fué, que las vecinas cuidaron de los niños, y forzaron á su Padre á sostenerlos y vestirlos, echándole en cara con mucha soltura y desembarazo su mala conducta, y prescribiéndole con imperturbable aplomo sus obligaciones.

¡Caridad! ¡santa, sublime caridad! unos te pregonan, y otros te comprenden; unos te quieren guiar, y tú guias á otros. ¿Porqué no se te vé en los palacios que te labra la filantropía? ¿Y porqué apareces en todo tu esplendor en las chozas de los pobres, y te glorías del ochavo de la viuda? Es porque la caridad quiere ser Reina, y no esclava.

Los pobres niños no podian consolarse de la muerte de su Madre. Aislados como se hallaban, habian resumido todos los sentimientos de sus corazones, en el mútuo cariño que se profesaban, y en el dolor que sentian por la pérdida de su Madre.

No obstante, Lucas, que llevaba á su hermanita cinco años, hacía cuanto podia por animarla y distraerla.

—No llores, Lucía,—le decia una noche, algun tiempo despues del duelo que hemos referido;—¡no llores! Madre no resucita por eso; y lo que haces es hacerme llorar á mí. ¿Qué quieres que haga para divertirte?

La niña no contestó.

—¿Quiéres que te cante un romance?

Lucía inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y el niño se puso á cantar con voz dulce y sonora, en la sencilla y triste melodía del romance, el que á continuacion trasladamos:

¡Santo Cristo de la Luz!
Enseñad la lengua mia,
Para que referir pueda
Lo que sucedió en Sevilla
Con una buena mujer;
La cual dos hijas tenia.
Era la una muy humilde,
Era la otra muy altiva;
Se casan con dos hermanos
Que en nada se parecian.
El chico es un haragán
Que todo juega y vendia,
El grande un trabajador
Que al arado se ponia.
Llegan los años fatales,
Y el más chico se moria;
Quedó su pobre viuda,
Muy triste, muy afligida.
Los hijos le piden pan;
Y ella, que no lo tenia,
Se fué en casa de su hermana;
De esta suerte le decía:
—«¡Por Dios te lo pido, hermana,
»Por Dios y Santa María!
»Que me dés una limosna;
»Que Dios te la pagaría!—
—«Anda, se le dijo, hermana,

»Anda, aléjate, María;
»Cuando nos casamos ámbas,
»No me dieron mejoría.»
Se fué la hermana llorando,
Muy triste, muy afligida;
A los sollozos que daba
Acudieron las vecinas,
La preguntan lo que tiene;
Dice que nada tenia;
Se ha encerrado en una sala,
Do un oratorio tenia
De la Vírgen del Rosario
Nuestra Princesa MARIA.
Vamos ahora al cuñado
Que del arado venia;
Hallaba la mesa puesta
Dice que comer queria.
Tomó un pan y le partió,
¡Halló que sangre vertía!
Soltó ese, y tomó otro;
¡Lo mismo le sucedía!
—»¿Qué es aquesto, mi mujer?
»¿Qué es aquesto, esposa mia!
—»Hazte cuenta, dijo esta,
»Que contarlo no queria.
»Estuvo aquí esta mañana
»María, la hermana mía;
»Me ha pedido una limosna,
»Y yo se la negaria.
—»Quien niega el pan á una hermana
»Ese entrañas no tenia;
»¡Quien niega el pan á su hermana,
»¡Ese lo niega á MARIA!»
Agarró el mozo seis panes,
En cá de la cuñada iba;
Halló las puertas cerradas,

Ventanas y celosías.
Vió por entre unos resquicios
Muchas luces encendidas,
En torno de seis difuntos
Seis ángeles de rodillas:
Era su pobre cuñada,
Y los hijos que tenia.
—«¡A Dios cuñada del alma!
»Con lágrimas le decia;
»A Dios cuñada del alma,
»Y sobrinos de mi vida!
»Aunque oro tengo de sobra,
»Con vosotros trocaria.
»Pues dejásteis los trabajos
»Por la eterna mejoría!» (1)

—¿Y dejó morir á su hermana de hambre? preguntó la niña, cuya alma, ya conmovida, volvió á llenar sus ojos de abundantes lágrimas.

—Sí, sí, fué una pícara. Pero no llores, Lucía, que un cante no es un sucedido.

—Si no hubiese sucedido, no lo habrian puesto en romance, replicó la niña.

—Lo inventarían, dijo Lúcas. ¿No ves que no puede ser que una hermana deje morir á otra sin socorrerla? Por mí, Lucía, no tengas cuidado; que cuando sea hombre y lo pueda ganar, un pedazo de pan que tenga, lo he de partir contigo, herma-

(1) Este precioso romance, de que Schiller ó Burger habrian hecho una de sus más hermosas baladas, ha sido recogido en un pueblecito pequeño de la Sierra, y es, al decir de las gentes de allí, sumamente antiguo. Creemos que asi lo manifiesta el lenguaje.

nita de mi alma. Bien sabes que ántes de morir Madre, te encomendó á mí, y yo la prometí no desampararte nunca.

—¿Y lo cumplirás?

—¡Así Dios me dé su gloria!

—Y si alguna vez lo haces, cantarte hé este romance, para que te acuerdes de lo que ahora me prometes.

—¡Eso es! así; apréndelo. Y el niño se puso á enseñarle el romance á su hermanita.

Siete años pasaron de esta suerte. Contaba á la sazon Lucía quince, y se habia hecho una de esas lindas criaturas, que en los climas cálidos se ven aparecer y desaparecer fugitivamente. Lúcas, que tenia veinte, se habia desarrollado admirablemente, y era un jóven de arrogante figura, y tan ajuiciado y trabajador, que le buscaban con preferencia á otros, los capataces de hacienda y aperadores de cortijo para las labores del campo. Ambos tenian en su fisonomía el tipo de su Madre, que era el bello tipo andaluz; la cara larga, la nariz fina y aguileña, los ojos negros, grandes y expresivos, la boca pequeña y adornada de una perfecta dentadura, la frente elevada y altiva; garbo y nobleza en todo su talante.

Su Padre, en cambio, seguia subyugado por la Leona, que absorbia todo su haber, y le habia he-

cho bebedor y holgazan, para dominarle con más facilidad. Enervado é indolente, para acallar las exigencias de la Leona, iba vendiendo cuanto tenia; y, como un rio empobrecido, seguia el cáuce que se abriera cuando era vigoroso y potente, sin tener fuerzas ni voluntad para abrirse otro. Desde que Lúcas pudo trabajar, mantenia él solo la casa con ese admirable jornal del trabajador, al cual Dios parece bendecir, como bendijo los panes y peces, que habian de servir de alimento á los pobres. Pues cómo pueda una peseta, y á veces dos reales, mantener á Padre, Madre, generalmente media docena de robustos chiquillos, á más una Madre, Padre, ó suegra desvalida, vestir á todos, y al Padre de una manera muy costosa, (1) pagár

(1) Nos parece curioso dar el costo exacto que tiene una vestimenta de las más sencillas del hombre de campo andaluz, tal como no falta á ninguno;

Una capa.	260
Un sombrero calañés	30
Una chaqueta de paño.	60
Unos calzones de idem	60
Botonadura de plata.	60
Idem de la chaqueta.	36
Una faja de lana.	50
Chaleco en corte.	30
Camisa de Bretaña.	20
Calzoncillos de crea.	10
Zapatos de becerro	22
Poláinas ó botines lisos	40
Calceta de pié ó cuchilla	14
Pañuelo	4
Total.	696

casa, sufragar los gastos de partos, de enfermedades y paradas, y hallar aun el cuarto, que nunca niegan al pordiosero, es cosa que no comprende la razon, y entra por lo tanto en la categoría de las muchas cosas, en las que, si no vemos el dedo de Dios, ó su inmediata intervencion, es porque somos irreflexivos, ó porque somos ciegos voluntarios.

Lucas, que queria á su hermana con ternura, viéndola del todo desatendida por su Padre, se habia arrogado sobre ella esa tutoría reconocida é incontestable entre el pueblo, que pertenece de derecho al hermano mayor, por la falta del Padre; tutoría aneja á la obligacion de mantener á sus hermanos. Esta obligacion y este derecho instintivo y patriarcal, no constan ni están escritos en ningun código; pero están impresos por la tradicion en las almas, y habrán dado quizás orígen á la institucion de los mayorazgos (1). Presentaba igualmente Lúcas el inculto tipo de los caballeros y poéticos hermanos, que nos han dejado por modelo de hidalguía, de delicadeza y de pundonor, Cal-

Esto sin las hechuras; pues todo lo hacen las mujeres.

¡Qué dirán de esto el positivismo, la economía y las cajas de ahorro, cuando con un saco de gerga, unas sandalias y una espuerta por sombrero, podria, sin ningun inconveniente, estar vestido el jornalero andaluz!

(1) Esta es, en efecto, la organizacion de la familia en toda la Corona de Aragon, en las Provincias Vascongadas y en las montañas de Santander. Por eso es tan temible la manía de codificar en España.

(*N. del E.*)

deron, Lope y demás poetas contemporáneos en sus bellísimos cuadros de costumbres.

Lo que es Lucía, era—como lo habia sido su Madre,—amante, débil, y fácil de impresionar; queria á su hermano con un profundo amor, en el que se mezclaba el respeto, sin disminuir la ternura.

Una tarde se hallaban reunidas en el patio de la casa de Juan García, varias vecinas que en ella vivian.

—¿Vds. no saben la novedad? dijo la parienta de la difunta Ana; suénase que el marido de la Leona ha muerto; ¿qué dicen Vds. á eso?

—Que la Leona cantará á estas horas, respondió una de las vecinas:

Mi marido se ha muerto,
Y se vá al Cielo,
Coronado de espinas
De matadero.

—Habla séria, mujer, que la cosa lo es, repuso la parienta de Ana.

—¿Pues qué quieres que te diga? Lo siento.

—Y yo tambien, y son dos-sientos, añadió riéndose la tercera.

—Pues más lo siento yo, opinó la parienta, porque dicen que Juan García se vá á casar con el pingajo de la viuda.

—¡Mujer, quiéres callar!

—No callo. Y digo más: digo que no lo dudo; pues esa bigardona lo ha cogido debajo, y de una vez, y le ha de poner al suplicio, con has de tomar éste, ó te he de dar con aqueste.

—Lo que es eso, es verdad, observó la otra, lo ha atontolinado á fuerza de bebida; y no se contenta con darle vino, que es natural é hijo *ligítimo* de la tierra, sino que le dá aguardiente, ese maldito, que es dañino, como que es hijo de malos padres.

—Esa milana todo se lo vá sacando, hasta que le deje pegado á la pared como una salamanquesa, añadió la otra. Porque es tan codiciosa como el ánsia, que vá con una mano por el suelo, otra por el Cielo, y con la boca abierta para que no se la escape nada.

—Y será la tercera mujer que lleva Juan. Puede que se muera como las otras dos, y los cuatro hijos que tiene debajo de tierra. Pues no parece sino que tiene vahido de culebra.

—¡Matar á la Leona! ¡fácil era! Tengo para mí que no lo ha de lograr la muerte, ni con un siglo que le ayude. Ya ves la *cólera*, que tantas buenas se llevó para allá..... y por su casa no aportó.

—¡Si tiene esa tuna más suerte que quiere!

En este momento entró Lúcas: era sábado, y venia á holgar el domingo.

—Lúcas, le dijo su parienta, ¿sabes que la Leona ha enviudado, y que dicen que tu Padre se casa con ella?

Un rayo no habria herido mas repentinamente á Lúcas, que lo hicieron èstas palabras. No obstante, se quedó sereno y contestó:

—Tia Manuela, Vd. está soñando despierta ó está caducando de vieja.

—No me digas vieja, Luquillas: díme mas bien pringue de zorra, repuso su parienta, que era jovial. La edad no se le echa en cara sino á los vinos y á los pergaminos.

—¿Y para qué nació Vd. tan temprano?—A mí no me venga Vd. con esos mormajos.

—Pues hijo, pregona con tiempo tu decreto, pues todo el mundo lo dice.

—A espaldas mias digan lo que quieran; que lenguas y pensamientos no los cautivan regimientos. Pero presente yo, no tome nadie á mi Padre en boca.

—¿Apostémos á que se casa, Lúcas?

—Basta, tia Manuela; dice el refran; que la burla, dejarla cuando más agrada.

Lúcas tenia en su seriedad, como todo hombre enérgico, algo que imponia: las mujeres callaron y él se entró en su vivienda.

Despues de estar algun tiempo con su hermana, —á quien nada dijo de lo que tan fuertemente le preocupaba,—despues de haberle entregado el dinero que traia y de haber hablado con ella alegre y cariñosamente, Lúcas salió, y se fué en casa de su vecino el tio Bartolo.

Lúcas sabia que el antiguo guerrillero,—tanto á causa de su edad, como de sus buenas luces, y por haber sido amigo de su Abuelo,—ejercia una gran influencia sobre su Padre, y á nadie halló más apropósito para confiarse, y para rogarle intervi-niera en este asunto, disuadiendo á Juan García —caso que lo tuviese—de tan descabellado pro-pósito.

—Hola, Luquillas, le dijo el antiguo guerrillero, ¿qué traes que vienes con paso de catalán (1) y con la cara de herrero?

Lúcas le dijo su empeño.

El tio Bartolo, cuando éste hubo concluido de hablar, meneó la cabeza y respondió:

—Lúcas, dice el refran, entre dos piedras mo-lares, nadie meta sus pulgares. Pero, en fin..... porque me lo pides tú, y por mediar Lucía, esa pa-loma sin hiel, haré lo que quieres, aunque pier-da las amistades con tu Padre; lo que de fijo vá á suceder. Pero sábete que nada se adelantará con eso.

—Pero, tio Bartolo, lo que no se empieza no se acaba.

—¿Pues no te digo que lo haré? Que no quiero que digas nunca que me buscaste y no me hallaste. No quiero más que advertirte, que perdidos son los consejos para los tércos; y los pebetes para los

(1) Paso resposado y quedo, como lo hace la alpargata.

puercos. Y decirte mi verdad; que más quisiera avenírmelas con un gabachon de los de antaño, que no con tu Padre, que está cogido y vencido por esa monfí, como lo está un moscon entre las patàs de una araña.

Al dia siguiente fué nuestro antiguo guerrillero en casa de su vecino, á quien halló indispuesto.

—¡Hola, Juan! le dijo al entrar. ¿Cómo estás, hombre?

—No estóy muy *ligítimo*, tio Bàrtolo, respondió el enfermo; este viento me ofende mucho. ¿Y usted cómo está?

—Tan buenecito, hijo, como que soy del siglo pasado. Y no me pesa; que más vale cana que cama.

Como el tio Bartolo, en su larga carrera, lo que ménos habia estudiado era la diplomacia, sin andarse con aquí la puse, prosiguió en estos términos:

—Pero vengamos al caso; que donde hay camino real, no te vayas por el matorral. Me han dicho —y no lo quiero creer,—me han dicho que te casas. Juan frunció el ceño y contestó:

—Pues si yo no se lo he dicho á nadie, ¿cómo han podido decírselo á Vd?

Esto de contestar á una pregunta con otra, para esquivar la respuesta, es una de las reglas de la gramática parda, que el pueblo tiene en la punta de las uñas. El tio Bartolo prosiguió:

—¡Pues ahí verás tú! Lo habrás pensado; y hoy dia hilan las gentes tan delgado que adivinan los pensamientos. Con que..... vamos claro: ello es que lo has pensado, y lo vas á hacer? Dí la verdad.

—¡La verdad!—respondió Juan García, echando mano á un nuevo subterfugio para responder categóricamente;—¡con que no he cumplido con la Iglesia este año por no decirla... y se la iria á decir á Vd! No señor; si la digo me quedo sin ella.

—En lo solapado de tu respuesta se dá á conocer que lo has pensado y lo vas á hacer, repuso el tio Bartolo: y no tienes que negármelo, ni andarme con entretenederas.

—Todavía eso está en mata y por rozar, respondió Juan.

—¿Y tú sabes, cristiano, lo que vás á hacer? Pues principio es de sanar, conocer la enfermedad.

—Si señor, que tengo mis cinco sentidos cabales.

—Si, Juan, cuatro vanos, y uno vacío. Hijo, tú me conoces á mí, ¿no es eso?

—Sí señor.

—Sabes que te estimo.

—No digo que nó, tio Bartolo.

—¿Sabes que dice el refrán? Buey viejo, surco derecho.

—Convenido, tio Bartolo. Ya sabemos el saber que dan los años; pues siempre se ha dicho que no sabe el diablo por diablo, sino por viejo.

—Pues siendo así, ¿te fiarás en mi dicho?

—¡Pues ya se vé!

—¿Y tendrás en algo mi consejo?

—¿A qué viene tanta vanguardia, tio Bartolo? ¿A dónde vá Vd. á caer, que todo se le vuelve cerner y no echar harina?

—Para caer de todo mi peso, en decirte esto no mas:—¡No te cases, Juan García!.....

—¿Y porqué; me querrá Vd. decir?

—¡No te cases, Juan García!

—Tio Bartolo, no eche Vd. consejos como hijos de la cuna, sin Padre ni Madre. ¿Que no me case? ¿La razon?

—Juan, con quien tengas trato no tengas contrato.

—Si *asina* fuera, por lo mismo me debia casar; porque si esa mujer ha perdido la estimacion por mí....

—¡Calla, Juan, calla! No me vengas con agachaditas; que el mal hacer, achaques no ha menester. Y bien sabes que esa mujer no ha perdido la estimacion por tí; que nadie pierde lo que no tiene.

—Tio Bartolo, por las que me afeito, que si no fuera porque peina Vd. canas y ha sido amigo de mi Padre, ¡vive Dios!....

—Vamos hombre, no te perturbes ni te dispares; ¡cachaza! Que no vengo aquí á hurgarte ni á buscarte las cosquillas, sino que vengo muy *á la buena fin*, como tu amigo que soy, para impedirte que hagas una *pampringáa* de las atroces. ¿Tú has

pensado en la madrastra que das á tus hijos?

—La que es buena para mujer de su Padre, paréceme que buena será para ser madrastra de ellos. Y sobre todo, lo que yo haga está bien.

—¿Está bien? Ahora estás como el inglés, D. Turo, que por matar una perdiz mató una urraca, y dijo despues: ¡está bien! Juan, mira que ellos ni á dos tirones han de querer vivir bajo la bandera de esa mujer; te vás á indisponer con ellos..... y quien de los suyos se aleja, Dios le deja.

—¿Que no querrian vivir con ella? ¿Qué está usted diciendo, señor? ¡Pues tendría que ver! Donde vá la mar, van las ondas, tio Bartolo.

—Pues mira, Juan, que Lúcas—que tiene punto,—no ha de consentir en que vaya su hermana á vivir con una mujer que tiene nota.

—La nota, que yo se la puse, yo se la quitaré, ¿está Vd? y Lúcas se guardará de levantar el gallo viviendo yo; que el mandar no quiere par; y donde están los grillos reales, callan los cebolleros.

—Juan, mira que el amparo de tu vejez ha de ser tu hijo. No le vayas á exasperár; no sea que coja dos de luz, y cuatro de traspon.

—Yo no necesito á mi hijo. Yo tengo para mantenerme á mí, á mi mujer y á mi hija.

—¿Qué has de tener, Juan? De orujo exprimido nunca mosto corrido. ¿Pues acaso esa mujer no se ha tragado ya tu tajon y tu mata de olivar, no dejándote mas que la casa, que se irá por donde se

fueron el tajon y los olivos? Y en cuanto á ganarlo, te has echado á la birla birlonga, y tienes ya tieso el espinazo; y por ajuar colgado no viene hado. Con que... ¿de dónde vás á sacar esos caudales? Lo que harás, será entramparte; no podrás pagar, y por muy hombre de bien que sea uno, en debiendo y no pagando..... *escreitao* (1).

—La Leona tiene por los puertos un compadre contrabandista, que me va á dar parcería.

—¡Pues eso faltaba! exclamó indignado el tio Bartolo. ¡Tú! ¡tú! ¡meterte á andar la vereda! ¿Te tienta Barrabás, Juan García? ¿Te se ha ido el juicio de un todo, ó te estás divirtiendo conmigo? ¡No digo yo que quien con lobos anda á aullar se enseña! ¿No sabes que lo bien ganado se lo lleva el diablo, y lo mal ganado á ello y á su amó? Pero al caso; resumidamente, Juan, esa mujer tiene nota; y esa no se la quitas tú, ni el Rey que se empeñase. Es mala de suyo, y no la harán buena ni tú ni el Obispo que lo intentase; y la manzana *podría* pierde á su compañía.

—Dále con la mala! A mal decir, no hay cosa fuerte. Con que á mí me parezca buena, estamos todos pagados.

—Juan, antes que te cases, mira lo que haces. No tienes la disculpa de los pocos años, para hacer destartálos, pues tienes más de cuarenta.....

(1) Desacreditado.

—Y más de cuarenta arrobas de paciencia, tio Bartolo. ¡Candela! buscado hé, sin hallarlo, quien me diera pesetas; y hallado hé, sin procurarlo, quien me dé consejos.

—Pues, hijo, ¡tu alma en tu palma! dijo levantándose el tio Bartolo. Acuérdate que no te ha faltado quien bien te aconseje, y hombre de maduros sesos que te predijese el porvenir. Juan, ese casamiento vá á ser la perdicion de tu casa. Y acuérdate de lo que te digo en este dia: llegará uno en que no te queden ojos sino para llorar.

Diciendo esto el tio Bartolo, se salió.

—Hijo, le dijo á Lúcas, que le aguardaba en su casa, ¡trabajo perdido! ya te lo previne. Anda, creeme, confórmate; no vayas á dar duro con tieso. Acabarás por salir perdiendo, pues siempre quiebra la soga por lo más delgado. Y tú eres hijo, y él es tu Padre, y tiene la potestad; y no harás sino tirar coces contra el aguijon.

Lúcas se volvió desesperanzado á trabajar al campo; y el sábado siguiente, cuando vino á su casa, supo que el domingo se iba á correr la primera amonestacion del casamiento de su Padre. Entónces desesperado y como último recurso, se decidió á hablarle.

Ya hemos indicado las relaciones frias y secas en que vivian, merced al ningun cuidado que habia tenido de sus hijos aquel hombre abandonado. Ultimamente, la excelente conducta de Lúcas, y la

buena fama que á ella debia, habian inspirado á Juan ese amargo sentimiento que nace en el hombre cuando en sus relaciones con otro, tiene la superioridad material y la inferioridad moral, sentimiento que engendra una hostilidad, que suele degenerar en despotismo.

—Señor, le dijo Lúcas á su Padre con moderacion y firmeza, me han dicho que os casais.

—No te han dicho malamente, contestó éste.

—Yo no lo queria creer.

—¿Y porque no? ¿me quieres decir?

—Por la mujer con quien me han dicho que es.

—¿No es de tu gusto quizá? ¿Y te parece acaso que me debería yo haber aconsejado contigo?

—No señor, conmigo no. ¡Yo soy leña rodante! pero con quien sepa y suponga más que yo.

—¿Con que... á tí te parece, dijo con comprimida ira Juan García, que tu Padre necesita consejos?

—Si señor, respondió con seriedad Lúcas; cuando tiene una hija mocita, y la quiere dar madrastra.

—No sea que su Padre le dé una que se coma á la niña como el cancon.

—No, señor, no; que ya se sabe que no se tragan las gentes como anises.

—O que la haga trabajar, por ser ella misma hacendosa, y no la consienta estar mano sobre mano como mujer de escribano.

—No es eso, señor; Lucía no le huye al trabajo, que ésta es la honra de los pobres.

—O que quizás la tenga encerrada como perro de cortijo.

—No, señor, no se trata de eso, que mi hermana, aunque criada sin Madre, es recatada, y no es de las niñas de puerta de calle ni de punto en calceta; y hecha se halla á estar á la sombra.

—¿Pues qué es? ¿Acabarás de reventar?

—Es, señor, dijo Lúcas con firmeza, que esa mujer dá mala sombra á mi hermana, y puede perderla.

Juan García, que á duras penas habia contenido hasta entónces su rabia, se arrojó sobre su hijo, y levantó la mano para darle una bofetada, que descargó sobre la cabeza, que éste agachó al ver la accion de su Padre.

—¡Válgame Dios, Padre! dijo Lúcas con dolor; ¿porqué me castigais? ¿He hablado mal? ¿He faltado á su mercé? Padre, poco ántes de morir me dijo mi Madre, que en gloria esté: «¡Lúcas, vela sobre tu hermana!»—se lo prometí y lo cumplo.

—Esto lo diria, repuso Juan,—algo templado por el recuerdo de su Madre que evocaba Lúcas, y por el respeto que éste le demostraba,—eso te lo encargaria en el caso de que faltase su Padre. Pero viviendo yo, ¿quién es el que tiene potestad sobre mi hija?

—Padre, ¡por María Santísima! dejadla á mi cargo: yo la mantendré.

—¿Estás en tu juicio?

—¡Por Dios! no nos separeis, yo trabajaré á destajo, y mantendré á entrambos.

—¡Separaros! No se trata de eso: tú te vendrás á mi casa con ella.

—Eso no, Padre.

—¿Cómo es eso? ¿Qué quiere decir *eso no?* ¿Quieres retar á tu Padre? ¿No estás satisfecho de conocer á lo que saben mis manos? ¿Andas buscando otra muestra de su potencia?

—Mi Padre sois, y matarme podeis sin que chiste, ni salga de mi crianza; pero hacer que viva con esá mujer..... ¡eso no!

—Allá verémos, so insolente, cabezon.

—Allá verémos, repuso saliéndose desconsolado Lúcas.

Lúcas tenia una de esas nobles y delicadas naralezas que en la victoria se humillan, y en la derrota se recrecen; de las que no conocen el fanfarron engreimiento en el triunfo, ni el pusilánime anonadamiento en la caida. En cambio tenia una firmeza de carácter, que degeneraba en obstinacion y testarudez, como sucede siempre que no sostenida la energía por la razon, es envalentonada por el orgullo.

Asi fué que,—sin faltar en un ápice al respeto estricto, y tan rígidamente observado entre el pueblo,—no fueron parte las amenazas de su Padre ni el cariño á su hermana á influir en la resolucion

que habia tomado en aquella entrevista decisiva, Al salir de hablar con su Padre, fuese á buscar á su hermana, á la que halló llorando. Largo tiempo estuvieron ámbos sin hablar, comprendiendo los hermanos mútuamente lo que causaba las lágrimas de la una y el abatimiento del otro.

—¡Si Madre abriera los ojos!..... exclamó al fin, y sin preámbulo Lucía.

—A quien Dios se los cerró, no le quedan ganas de volverlos á abrir! contestó Lúcas. Pero tén presente que desde el Cielo los tiene siempre fijos sobre su hija. Yo ya nada puedo hacer por tí! Porque aunque todo he hecho para poder conservarte bajo mi bandera, no lo he podido conseguir. Y porque, hermana, donde está el podèr de un Padre, no hay otro en el mundo que oponérsele pueda.

—Pues yo nunca he de hacer sino lo que me digas tú, Lúcas, que á tí me encomendó mi Madre, dijo llorando Lucía.

—Pues si así es, repuso su hermano, atiende á lo que voy á decirte. Lleva tu cruz con paciencia, que solo así la harás más ligera. Sé un junco á todos vientos, y sé un roble para el malo. Anda siempre derecho, mas que sea la senda cuesta arriba y tenga abrojos; no pierdas nunca la derechura, ni dejes de mirar adelante, que el que no mira adelante, no sabe donde irá á parar. A esa que vá á ser mujer de tu Padre, déjala la acera; pero co—

mo mala mujer que es, no te ayunques con ella, y no le hablès sino de verano (1).

—¿Harás tú lo propio, Lúcas?

—¿Yo?..... ¡yo haré lo que Dios me dé á entender, hermana! respondió Lúcas.

El dia del casamiento de Juan, no se vió á Lúcas, y en vano fué buscarle: habia desaparecido. Juan García practicó activas diligencias para averiguar su paradero, y supo algunos dias despues, por un arriero que venia de Sevilla, que habia sentado plaza de soldado. Juan sintió que fuese burlada su autoridad, y perder en su hijo una ayuda. Pero se consoló con verse libre de un testigo de vista inmediato é interesado, cuya censura semejante á la niebla, sin forma, sin voz y sin accion, le penetraba, sin poder esquivar su impresion.

Lucía fué á vivir con su madrastra, y está de más decir, cuánto tenia que sufrir, en particular, por parte de las hijas de ésta, que siendo locas y féas, debian de aborrecer á la que era linda y juiciosa. Lucía empezó por llevar con resignacion su papel de Cenicienta, segun se lo habia recomendado su hermano. Pero poco á poco su paciencia se fué gastando con el continuado roce que sufria, filtró en su alma la indignacion, y con la reprimida queja, el rencor. Quiso alguna vez, por lo tanto,

(1) A distancia, sin intimidad.

humillar con sus ventajas, á aquellas por las que de contínuo era humillada: y se hizo presumida y amiga de agradar. ¡Así cunden y se propagan con prodigiosa rapidez las malas semillas! Basta una para abrir la puerta á las demás, y prepararles el terreno.

Vino por aquel entónces un Regimiento de caballería á Arcos.

Su Coronel, llamado Gallardo, era rico, bien nacido, habia sido un buen mozo, y habia sido y era un gran fátuo. Provenia esta fatuidad, en mucha parte, de que el dinero y los mandos forman al rededor de los que los disfrutan, una atmósfera de adulacion, que suele marear á muchos y hacerlos engreidos é impudentes; por lo que se permiten con gran descaro cosas que no se permiten los que no gozan de dichas ventajas. Si muchos entienden así la autoridad, poco es de extrañar que esté tan malquista, tan desprestigiada y tan vilipendiada. La autoridad debe consagrarse á su mision, y con sus beneficios admitir sus cargos; y el primero, es dar buen ejemplo. Pues acaso, ¿creen las autoridades que nada deben á las masas, y que son éstas para ellos, á la vez, madres que les sustenten, é incensarios que los deifiquen? ¡Cuándo retrocederémos moralmente á aquellos remotos tiempos, en que los hombres, compasados y dignos á un tiempo, no conocian la adulacion y acataban á el derecho! Ahora sucede todo lo contrario; nunca

fuéron ménos reconocidos los derechos, y nunca más rastrera la adulacion.

Pero volvamos al Coronel Gallardo, que ha dado márgen á estas reflexiones.

Este buen mozo, además de otras pretensiones, tenia las de la juventud en flor, siendo así que la suya ya estaba granada, resultando de esto que, pudiendo parecer un gallo jóven, pareciese un pollo viejo. Rizaba su cabello, usando de la gracia del buen peluquero, que, como es sabido, consiste en sacar rizos donde no hay pelo. Gastaba un corsé parisiense, que le hacia un talle que habria envidiado una Sílfide. Creia que las conquistas amorosas honraban á la par de las guerreras, y que un poco de calavera en el militar, así como algo de coquetería en la mujer, eran la sal y pimienta de ámbos géneros. Esto, unido á una dósis de vanidad tal, que ocupaba en su cerebro y en su corazon todo el vacío que dejaban otras cualidades ausentes, hacian del Coronel Gallardo uno de esos hombres detestables, sin ser malvados; y ridículos sin ser risibles. El Coronel, al amonestar á los oficiales de su regimiento á que observasen buena conducta, en un *speech*, es decir, en un corto discurso de circunstancias, hueco como una calabaza seca, se habria desesperado de que estos ignorasen que tenia una querida buena moza, y que la mantenía con lujo.

Este caballero,—solteron, por supuesto, como

todos los de su jaez—fué alojado frente á la casa de la Leona. No tardaron las hijas de esta en trabar conocimiento con los asistentes del Coronel. Los preludios de este conocimiento fueron, coplas cantadas con la patente intencion de entrar en relaciones amorosas.

Tomaron la iniciativa los soldados, cantando con su guitarrilla:

Si el garbo de tu persona
Se ganára peleando,
Vieras un hombre en la guerra
Con una espada en la mano.

Siguió otro:

Si por querer á un paisano
Olvidas á un militar,
Hazte cuenta que has cambiado
Oro fino por metal.

A lo que contestaron ellas para probar su simpatía hácia los cantores, y su desdén hácia los paisanos:

El Cielo nos dé paciencia
Con estos hombres de campo,
Que son estripa-terrones,
Sepulturas de gazpacho.

No tardó tampoco el Coronel en prendarse de la hermosura de Lucía; no era hombre para disimu-

larlo, y ¡ay! ya no era Lucía la niña morigerada y recatada, que se habria ofendido de exterioridades, que no podian ménos de ser un escándalo para el pueblo.

Enterado en breve el aspirante engalonado de las interioridades de esta familia, se aumentaron sus esperanzas en vista de los antecedentes de la madrastra, y de la triste suerte de Lucía. No obstante, se engañó. Porque Lucía, arrastrada por la vanidad y la ligereza, retrocedió ante la corrupcion, con toda la energía de la honrada sangre que habia heredado de su Madre. Esta resistencia exasperó á las hijas de la Leona, que se habian lisonjeado á un tiempo de perder á Lucía, y de deshacerse de ella, llevándosela el Coronel. Así fué que concibieron un proyecto que, llevado á cabo en forma de broma, había de traer el resultado apetecido. Concertáronse al efecto con el pretendiente, y ejecutóse del modo que sigue.

Una noche en que Lucía, ya recogida en su dormitorio, peinaba sus hermosos cabellos, abrióse de repente la puerta, dando entrada al Coronel. Venia embozado en su capa, y llevaba sombrero calañés, acompañándole con gran algazara y risa las hijas de la Leona. Apénas le introdujeron en la habitacion, cuando, redoblando sus carcajadas y bromas, echaron á correr, cerraron la puerta, y corrieron el cerrojo.

La indignacion, el terror y la cortedad se apo-

deraron á un tiempo de la infeliz niña, de tal manera, que no se la previno modo alguno de evitar el peligro, y se tapó la cara con ámbas manos.

El Coronel intentó valerse de sus chistes y galantéos para hacérsela propicia, lo que, engañado por la Leona, no habia creido difícil. Pero no halló palabras ante aquel grave, solemne y mudo dolor, pues existe tal distancia entre la infamia y la inocencia, que no alcanza á salvarla la osadía en el hombre, á no ser un malvado.

—¡Tanto os impongo!—dijo al fin el Coronel acercándose á Lucía,—yo, que solo deseo agradaros!

—¡Lúcas! ¡Lúcas! ¡Hermano mio! gritó prorumpiendo en sollozos la pobre niña.

—¡Me iré; me iré! dijo el Coronel entre ofendido, irritado y compadecido.

Acercóse á la puerta; más ésta estaba cerrada.

—Ya veis, no puedo salir, dijo volviéndose á Lucía.

—Lo sé, exclamó Lucía; han querido perderme y lo han logrado! ¡Yo encerrada en un cuarto con un hombre! ¡Cómo me vuelve nadie á mirar á la cara! ¡Qué dirá Lúcas, el hermano de mi corazon!

—No estais perdida, niña, dijo el Coronel incomodado. No soy amigo de tragedias, y me asustan las heróicas Lucrecias. Creed que lo que deseo es alejarme; y para probarlo, ya que por la puerta no puede ser, será por esta ventana que dá al corral.

Diciendo esto, el Coronel se volvió á embozar en su capa, subió al poyo de la ventana, y saltó al corral, que solo circundaba un vallado.

Apénas puso el pié en el suelo, cuando se sintió acometido por un hombre, que ciego de ira, le apostrofó con los más furiosos denuestos. Al mismo tiempo acudian dando voces la Leona y sus hijas.

—¡No lo acometais, que es mi Padre! gritó desde la ventana en la mayor angustia la infeliz Lucía.

El hombre habia sacado una navaja. Pero el Coronel, que era vigoroso, y que deseaba salir de aquel lance, sin hacer daño al Padre de Lucía y sin ser conocido, rechazó al agresor con tal fuerza, que le hizo caer de espalda; corrió al vallado, saltó por cima, y desapareció.

Juan García se levantó del suelo en aquel estado de furor, en que, ciegos los hombres incultos, no se paran ante ningun obstáculo, ni retroceden ante ningun crímen. Desvió de sí con violencia á su mujer y á sus entenadas, que alarmadas ante los resultados de su obra, querian detenerle, y se dirigió hácia la casa para encaminarse al cuarto de su hija.

—¡Lucía, Lucía! échate por la ventana, que tu Padre te vá matar, la grito su madrastra, que preveia una catástrofe.

Ya oia Lucía la vinosa y furiosa voz de su Padre que se acercaba á su cuarto; y fuera de sí se precipitó al corral.

—Métete en casa del Coronel, la dijo su madrastra, sin más intencion que la de salvarla. Es de quien ménos sospecha tu Padre, es la casa mas cercana, y aquella en que más oculta y segura puedes estar.

Lucía obedeció maquinalmente, guiada por el instinto de la propia conservacion, único móvil que predomina en los instantes supremos de la vida.

El Coronel se paseaba agitado por su cuarto, cuando vió entrar á aquella infeliz niña, pálica como la muerte, cubierta de su largo cabello negro, fria de terror, inerte de desesperacion.

—¡Me habeis perdido! dijo cayendo sobre una silla,—¡salvadme al ménos la vida!

Es de suponer que el corazon de aquel hombre por estéril y seco que fuese, hallase en tales circunstancias, sentimientos y palabras que diesen algun consuelo á la desvalida criatura, que la necesidad forzaba á buscar su amparo. Pero hubo más; el Coronel se apasionó con vehemencia de aquella jóven que se le aparecia por todos los prismas tan bellos que circundan á la inocencia, á la juventud y al infortunio; infortunio causado por él.

Por su parte la pobre niña, sin amparo, sin apoyo, sin cariño, sin tener donde reclinar su cabeza, careciendo de carácter firme para la resistencia, de energía para saber arbitrar medios de salvacion, y de principios debida y constántemente inculcados, que le hiciesen preferir la miseria á la ver-

güenza, se dejó querer y retener, arrastrada por un amor, que principiaba con la conviccion que infundía, de que había de ser inmutable y eterno.

El Coronel partió pronto, llevándose secretamente á Lucía, que empezaba á hallarse contenta en la atmósfera de amor y de lujo que la cercaba.

El acceso de ira que habia experimentado Juan García, unido al dolor, á la vergüenza y al remordimiento, causaron tal efecto en la naturaleza ya gastada y enervada de este hombre, cuya vida hacia tiempo que era para él un infierno, que cayó con unas calenturas inflamatorias, de que no pudo sanar.

—Tio Bartolo, le dijo poco ántes de morir á su antiguo vecino, ¡acertásteis cuando me predijísteis que llegaria tiempo en que solo me quedarian ojos para llorar! Ya ha llegado; y así....; más vale cerrarlos, y no volver á abrirlos!

Dos años habian pasado desde los sucesos que hemos referido, y cinco desde que Lúcas era soldado. Estaba á la sazon su regimiento en Córdoba, donde debia pasar revista á los cuerpos de la guarnicion un General recientemente llegado de Madrid.

La víspera de la parada estaba Lúcas en el cuartel con otros varios soldados paisanos suyos. Uno de ellos tocaba la guitarra, y cantaba alternativamente con el buen humor y la constante alegría del soldado español, que no abaten trabajos, percances, ni hambres, y que prueba claramente lo

poco material de la índole de este pais, índole que desespera, indigna y escandaliza á los modernos neófitos del positivismo.

Eran estos sus cantos.

¡Qué bonito está un soldado
En la puerta del cuartel,
Con corbatin estirado,
Y sin tener que comer!

Por un pan de municion
Que el Rey de España me dá,
Me tiene toda la noche:
—«Centinela, alerta está!»

La vida de los soldados
Es andar por los lugares;
Dormir en camita agena,
Morir en los hospitales.

En este momento llegó el piquete que habia dado la guardia al General, que acababa de ser relevada.

—¡Vaya una buena moza que es la Generala! dijo uno de los soldados que llegaban: en cuanto he andado, no ví hembra más arrogante.

—No es su mujer, repuso otro; así quítale el *buena*.

—¿Y porqué se lo he de quitar? Las bendiciones ni le quitan ni le ponen á lo bonito, replicó el primero. Pero ¿qué sabes tú?

—Lo que dicen. Además, si fuese su mujer, no la habia de tèner con tanto boato; porque así son los usías: más gastan con sus queridas, que con sus mujeres.

—Eso es de miedo que se vayan con otros; por eso les dan lo que quieren. ¿Qué dices tú, Lúcas?

—Que es tener cuchillo de plomo en vaina de oro, contestó éste.

—El alma de esta podrá ser de plomo ó cosa peor; pero su persona.... ¡por vía de los moros de Berbería!....

—¡Qué! repuso Lúcas: afeita un cepo, y parecerá un mancebo. Te digo mi verdad, que ninguna de esas picaronas de la vida airada, con tanta bambolla y tàn poca vergüenza, me parecen mujeres; sino pingajos.

—¡Vaya! si este Lúcas está siempre con là vara de la justicia levantada! El ha entrado en la casaca; pero la casaca no ha entrado en él. Si hubieses nacido Rey, te habian de haber puesto el *Justiciero*.

Al dia siguiente estaba formada la bizarra y lujosa tropa; tocaban las músicas, y el General, montado en un soberbio caballo y seguido de sus ayudantes, llegaba á galope á la parada.

Venia á alguna distancia una elegante carretela abierta, en que se hallaba sentada una jóven y hermosa mujer, lujosamente vestida. Paróse la carretela cerca del sitio en que formaba Lúcas y sus paisanos, en el extremo de una fila.

—Esa és la querida del General, murmuró el soldado que estaba á la derecha de Lúcas, ¿no te dije que era un sol?

Lúcas levantó los ojos y los fijó en aquella mujer. Mas al fijarla, tuvo tal estremecimiento, que lo notaron sus contiguos compañeros, y le preguntaron:

—¿Qué tienes, Lúcas?

—Nada, contestó éste con serenidad.

Por su parte la señora de la carretela habia clavado la vista en el bizarro soldado, que tan cerca de ella se encontraba, y una exclamacion de sorpresa y gozo habia brotado de su corazon á sus lábios.

—Lúcas, dijo su otro vecino de fila, esa mujer te mira y te hace señas.

Lúcas, pálido é impasible, no levantó los ojos, ni contestó.

—Lúcas,—prosiguió el que habia hablado,—¿quién será esa? Te conoce, te hace señas con el pañuelo, y no parece sino que se quiere echar del coche abajo; hombre, mírala, dí, ¿quién es?

—No la conozco, contestó Lúcas.

—¡Por vía de los gatos! exclamó estático el primero que habia hablado,—¡mal fin tenga, sino es tu hermana Lucía! ¡Mírala, hombre, ella es!

—Ya la miré, y digo que no la conozco, respondió Lúcas.

—¡Mira, mira, la pobrecilla se ha echado á llo-

rar. Párate; mira que no está tan desconocida. No tiene más, sino que está mucho más hermosa. ¿Estás ciego que no ves que es tu hermana?

—No la conozco, volvió á repetir Lúcas con la misma impasibilidad.

Hay hombres en este mundo que sienten profundamente; pero cuya fuerza de alma alcanza á cubrir con la capa de nieve de la indiferencia y de la impasibilidad las más vehementes y desgarradoras emociones. Muscios Scévolas morales, que admiramos sin que nos interesen. No podemos amar, ni en su orígen ni en sus resultados, á ese estoicismo, que hace gala de una desdeñosa indiferencia. Y como para juzgar toda cosa humana, es necesario compararla al ideal de la humanidad, que es el DIOS HOMBRE, nos repugnan esas bravatas, en vista de que la pasion habria perdido su sublime carácter de santidad, si el estoicismo hubiese reemplazado en ella la mansedumbre.

La voz de mando del Gefe prescribió algunas evoluciones, despues de las cuales marcharon las tropas á sus cuarteles.

Cuando los soldados formaron corrillos, la hermosa señora de la carretela fué el objeto de sus comentarios.

Unos decian que era Lucía; otros, que no la habian visto tan de cerca, sostenian que nó.

—Su hermano lo dirá,—exclamaron todos yendo á buscarle.—Lúcas, le dijeron, ¿es aquella usía

tan estirazada y tan gallarda, tu hermana Lucía?

—No conozco á esa mujer, contestó Lúcas,—y basta de preguntas, camaradas, que no soy relol de repeticion, y se me han rematado las ganas de responder.

No habia pasado media hora, cuando llegó un ordenanza del General buscando á un soldado llamado Lúcas García, y requiriéndole á que le siguiese.

Lúcas obedeció, trémulo de indignacion, pero sin que nada lo demostrase en su semblante.

Llegados que fueron á una casa de buena apariencia, fué Lúcas introducido en un gabinete, adornado con lujo y sumo primor.

Apenás entró, cuando una hermosa mujer, envuelta en una elegante blusa de seda, se levantó de un sofá, lanzando una exclamacion de júbilo, y se arrojó hácia él con los brazos abiertos.

Lúcas la rechazó con el brazo derecho, y dijo con serenidad:

—Yo no conozco á Usía.

—¡Lúcas, hermano mio! exclamó prorumpiendo en llanto la jóven.

—Yo no tengo hermana, repuso Lúcas en el mismo tono que ántes.

—¡Lúcas, hermano de mi alma, yo te contaré lo que pasó!.....

Entró en este momento el Coronel, que habia sido, y hoy General.

—¿Con que... dijo con finchada condescendencia, Lucía, viste ya á tu hermano?

—¡No me quiere reconocer! exclamó entre sollozos Lucía.

—¿Cómo es eso? preguntó el General, volviéndose al soldado. ¿Y porqué?

—Porque será una equivocacion, mi General, contestó Lúcas, llevándose su abierta mano á la sien. Pues yo soy mozo solariego, y no tengo hermana.

—Te he llamado, dijo el General, para que te quedes de ordenanza á mi lado; que aprendas á escribir, y formarte así una carrera, en la que subas con rapidez, pues ya sé que eres valiente y entendido.

—Yo no quiero aprender á escribir, mi General.

—¿Y porqué? preguntó reprimiendo su mal humor el General; sin ese requisito no podrás ascender.

—Yo no quiero ascender, mi General.

—¡Ya se vé! dijo soltando una carcajada burlona el General. El que tiene tan buenos mayorazgos que disfrutar, no es extraño que desdeñe el servicio del Rey.

—Harto Rey es quien al Rey no vé, contestó Lúcas.

—¿Qué deseas, hermano? preguntó Lucía.

—Solo deseo cumplir mi tiempo, y volverme á mi pueblo.

—¿Pues quién te llama allí, si dices que no tienes á nadie? repuso Lucía.

—El amor á mi tierra, contestó Lúcas;—que la tierra dó me criáre, démela Dios por Madre.

—¡Valiente ganso! exclamó el General.

Lúcas ni chistó ni pestañeó.

—¡Hermano de mi alma! por la memoria de Madre, no te hagas el desconocido; que me partes el alma! quédate.

—Yo no quiero ser forastero en ninguna parte, señora.

—Basta, dijo el General; deja á ese basto alcornoque; que se vaya, y que lo piense mejor.

—Yo no pienso dos veces las cosas, repuso Lúcas saludando y saliendo.

Lucía corrió detrás de su hermano á la antesala, cogió su brazo, que estrechó contra su pecho, y le dijo con apasionada y tierna súplica:

—¡Lúcas, hermano mio, por Dios, quédate! El General me ha dicho, que cuanto pueda hará por tí; y mira que puede mucho.

—Honra y provecho no caben en un saco, respondió el soldado arrojando de sí con toda la altanería de la fuerza moral del hombre noble, y con toda la rudeza de la fuerza física del hombre inculto, á su hermana, que vino á caer anonadada sobre una silla inmediata.

Encaminábase el hermano de Lucía hácia el cuartel cerrados los puños, los lábios apretados y

con aquella lívida palidez que estampa la ira en el rostro de los hombres del Mediodía. Esta ira le sofocaba, no siéndole posible exhalarla ni ménos seguir sus impulsos, porque siendo estos de venganza, no podía satisfacerlos sino con un crímen, del que Lúcas no era capáz. Aun si en aquel entónces hubiese habido guerra!.... El soldado raso habria dado en ella cien vidas que hubiese tenido, por alcanzar unas charreteras, que le colocasen á la altura debida para poder pedir una satisfaccion al hombre, que despues de seducir á su hermana, le habia insultado tan insolentemente. Charreteras que al dia siguiente habria tirado como naranjas ya exprimidas, puesto que Lúcas no tenia ínfulas, y no le atraian el áuge ni el boato. Apreciaba su condicion, amaba las labores del campo, estaba apegado á su pueblo y á sus costumbres, y no hubiese renunciado á estas cosas que le simpatizaban, y en las que descollaba, por izarse un escalon mas arriba, en que hubiese sido siempre un intruso, un extraño, un forastero, cuya calificacion era antipática á ese instintivo y noble apego á su pais, á su provincia, á su pueblo, á sus lares y á su clase. Y hoy ese hermoso sentir, que la naturaleza puso en el corazon del hombre, se quiere destruir, y se dice al pobre: «¡Sube, sube! La cima es tu lugar, la cumbre es bien comun.» ¡Así se infiltra la vana arrogancia en la sana mente del pobre, que tan digno y apreciable es, sin dejar de serlo!

Así, pues, Lúcas, que nada podia hacer ni remediar, sufria espantosamente por la cercanía de su hermana. Afortunadamente el General marchó á los dos dias á Sevilla.

Pero la existencia de Lucía se habia trastornado desde el dia que encontró á su hermano y este no la habia querido reconocer. En la alegre senda de flores, en la ligera vida de mariposa en que habia entrado, casi forzada por las circunstancias, á los diez y siete años, habíale sucedido al topar con su hermano, lo que á la barquilla, que bogando indolente, sin patron y sin brújula, al soplo de suaves y locas brisas, choca en su curso contra la primera roca de tierra firme: la sacudida habia sido terrible. Preguntábase perpleja:

—¿Dónde estoy? ¿A dónde voy? ¿Dónde está el puerto? ¿Quién me halaga? ¿Quién me rechaza?—Y miraba con asombro á su alrededor, pareciéndole todo nuevo, todo extraño, todo reprobado y odioso. Halló en su memoria—que nunca en su embriaguez consultára!—aquellas últimas palabras, que le habia dicho su hermano en su inculto, lacónico, pero enérgico y explícito lenguaje:

—«Anda siempre derecho aunque sea la senda »cuesta arriba, y esté sembrada de abrojos; no »pierdas nunca la derechura, ni dejes de mirar »adelante; que el que no mira adelante, no sabe »dónde irá á parar.»

Aumentaba la desolacion de Lucía, el que no

veia la infelíz términos hábiles para salir de la posicion en que se encontraba. Retrocediendo al bien, no hallaba amparo; y lo tenia, perseverando en el mal. La falta de energía de su índole, hacia que no hallase fuerzas para volver á la buena senda con valor y con solo el amparo de Dios, que nunca le falta al que le busca con fé, y no se arredra ni desmaya. Sus lágrimas ajaban su hermosura, y su abatimiento robaba á su trato,—ántes festivo y cariñoso,—su encanto; todo lo cual empezó por fastidiar á Gallardo, pasando á incomodarle, y acabando por exasperarle. Produjo esto entre los amantes algunas escenas violentas, que introdujeron la discordia; y la discordia,—una vez que ha reventado sus diques primitivos,—filtra por cuantos se le vuelven á levantar.

Cuando el General se vió precisado á volver á Madrid, determinó dejar á Lucía en Sevilla, porque pensaba ser empleado, y que sería corta su permanencia en la córte. Lucía le dejó ir, sin poner ninguna resistencia á esta separacion. Estaba tan cansada de la vida que llevaba, que toda alteracion le parecia preferible. Además, se hallaba léjos de tener aquel valor insolente, aquel desparpajo atrevido, que suelen tener las mujeres de su condicion, que hacen que despues de no ser queridas, sean temidas por los hombres, á quienes envuelven como horribles culebras, haciendo de ellos míseros Laocoontes. Así es que se vé á muchos casarse

por miedo, que ántes no lo habian hecho por amor; siendo de esta suerte la mitad de su vida *escandalosa*; y la otra mitad *ridícula*. Con lo cual se llena por cierto dignamente la existencia de un hombre!!!

Empero la estancia de Gallardo, á quien los papeles denominaban el *jóven general*, se prolongó en la córte. Alternaba en varias combinaciones en las intrigas subalternas de los partidos políticos, para uno de los cuales era un soberbio testaferro, aunque le habian persuadido que era una imponente cabeza de partido.

El General entónces pensó con alta razon, severo juicio y muy profundo cálculo, que era tiempo de entrar *en sí*,—perdonad, lector; la costumbre ha hecho estampar este *en sí* que borramos, y ponemos en su lugar,—*entrar en la vida positiva*, y servir los *intereses del pais*, sin descuidar los suyos, se entiende. A consecuencia de estas ideas graves, el jóven caudillo se abonó á los periódicos, compró libros que leyó, aunque no se acordaba luego precisamente cuáles eran los que habia leido y los que no; escribió una Memoria sobre la navegacion fluvial, y otra sobre la renta del Excusado; hizo discursitos cortos para prepararse á los largos, que salieron muy bien, y tuviéron la aprobacion de sus oyentes, y en un *santiamen*, cambió el aturdido talante de calavera por el pomposo entono de hombre importante y de ciudadano grave.

Nuestro hombre, como se vé, habia llegado á

su apogeo. Por lo que,—entre otros sacrificios hechos á la *gravedad*,—habia tomado un buen cocinero, y habia aflojado los cordones de su corsé.

No obstante,—como hay una gran diferencia entre hombre *grave* y hombre *moral*,—nuestro héroe tenia entre bastidores sus francachelas *gravicalaverescas*, en cuyas conversaciones se entretejian á manera de mesa revuelta el discurso A y el chisme B, el Concordato y el Teatro Real, el Ministro y la bailarina, el Obispo y la cantatriz, la Corona y la baraja. Se erigia un trono á la tauromáquia, se proponia un apoteósis á la industria, y un voto de censura al lujo de las novenas.

—Oye, chico,—le dijo un dia uno de sus amigos tan *chico* como él,—en un almuerzo-comida en el que el vino de Champagne estaba encargado de representar el *buen tono* que faltaba á gran parte de los concurrentes;—oye, chico; y *la* Lucía, ¿qué se ha hecho?

—Está en Sevilla, donde la dejé por estar algo indispuesta, respondió el héroe.

—¿Sabes que va perdiendo el barniz?

—¿A los veinte y un años, hombre?

—No es extraño,—opinó el elegante hijo de un *capitalista* que habia sido educado en Francia;—cuando se vive aprisa, á los veinte y un años se está *sur le retour* (1).

(1) Esto es, *haberse pasado ya*, haber perdido la frescura y lozanía.

—La existencia de las *camelias* es como la de las rosas, dura un dia;—se apresuró en añadir otro convidado, que tenia por nombre de pila Bonifacio, y hacia que le llamasen Boni.

Habiéndose constituido en copia é inseparable amigo del injerto parisiense, y no queriendo nunca quedarse atrás de su modelo, apenas hablaba el elegante capitalista, cuando por un irresistible impulso reproducia Bonifacio la misma idea en otras palabras, procurando siempre sobrepujar á su tipo en galicismos afectados y elegantes, en escepticismo, lleno de *actualidad*, en cinismo del mejor tono, y en extranjerismo el más *fashionable*.

—Debeis colocar á esa Lucía deslucida en el número de las once mil Didos, dijo el galo-hispano.

—Desecharla con las modas *fanées* del año pasado, se apresuró á añadir la Copia.

—Eso no puede ser, observó el General.

—¡Rancia moralidad española! exclamó el capitalista echándose á reir:—es probable que la bella no espere hallar un Amadís de Gaula en un General del siglo de las luces.

—Ni un pastor Fido en un candidato á Padre de la patria, añadió con velocidad Boni.

—Es, repuso nuestro hombre, que entre Lucía y yo median circunstancias excepcionales.

—Cuéntanos eso, chico, dijo su íntimo; que esta relacion romántica nos hará paladear sabrosamente el plus café.

El General refirió entónces todos los pormenores del orígen, y los trámites de sus relaciones con Lucía.

—¿No veis, General, que todo eso era una farsa bien jugada por esos *fourbes*, (ladinos) campesinos, una *mistificacion* (1) para darse valor, asustaros, interesaros por la niña, y obligaros á cargar con ella? dijo el imitador del tono parisiense.

—Que era todo eso una intriga de *bas étage* (2), añadió la copia de la copia.

—A *propos* de petardos, dijo el capitalista, voy á contar á Vds. lo que me acaba de pasar. Entró ayer en mi despacho un petardista...

—No se te olvide, dijo Boni, que contabas á la sazon una inmensa suma de dinero; que esto aumenta el chiste del lance.

El aspirante á Creso prosiguió:

—Me pidió prestadas dos onzas; le dije que sentia en extremo no tener un cuarto.

—A no querer dar, yo habria buscado otra respuesta, dijo un anciano General Tio del nuestro, que habia perdido una pierna en la batalla de Bailen.

—General, repuso el narrador, entre *nosotros* el *no tengo* es sinónimo del *no quiero*. Esto lo saben hasta los niños en *lactancia*.

—Un sinónimo que Huertas ha omitido, pero

(1) Un engaño.
(2) De escalera abajo.

que hoy no se ignora ni en las Batuecas, encajó el reloj de repeticion.

—No existiria cuando compuso su obra, dijo el General.

—Mi petardista, prosiguió el narrador, insistió con angustia, bajando gradualmente sus pretensiones á la mas mínima expresion. Fuí inexorable como el Destino.

El millonario lanzó en su alrededor una mirada de Caton.

—¿Era, pues, un necesitado, y no un petardista? preguntó el anciano.

—¡Oh, señor! Regla general: todo el que pide es un petardista.

—A no ser un íntimo amigo, dijo Boni hablando esta vez con más personalidad que la que acostumbraba.

—*Ma foi* (1), contestó el galo-hispano, no exceptúo á nadie.—Viendo que no desistia, y siempre con la amabilidad y finura que se debe gastar en estas circunstancias...

—*Sans doute* (2), como en los desafíos, dijo la mala copia del peor original.

—Le dije, prosiguió el elegante narrador, que puesto que estaba tan necesitado, me avenia á prestarle, si no dinero porque no lo tenia, una cosa

(1) A fé mia.
(2) Sin duda.

que en sus circunstancias le sería más útil. El imbécil creyó que quizás sería mi firma.

—¡La firma! vea Vd., dijo Boni; el solo y único *sancta sanctorum* de los discípulos de Mercurio! ¡una cosa tan respetable!

—Querido Boni, dijo su amigo; (1) *veuillez ne pas m'interrompre!*

La cara de mi petardista se iluminó; vamos, — creo que el pobrete bolsi-vacío no habia comido en tres dias! Yo me reia interiormente, aunque mi cara denotaba grave simpatía por su situacion. Llevéle á un armario, saqué una caja de pistolas que abrí, le presenté una, y le dije haciendo un saludo: aquí tiene Vd. el remedio de todos sus males. Mi hambriento me volvió la espalda y se fué. Ya ven Vds. que lo he zapeado *une bonne fois pour toutes* (2).

Boni se desternillaba de risa.

Gallardo y los demás españoles callaron.

—Es preciso que pongas ese chistosísimo lance en un periódico, dijo entre carcajadas el admirador del capitalista.

—¡*Mon cher, à quoi bon?* (3) respondió con aire de modestia el héroe de la anécdota.

—Para enseñar á ahuyentar á los petardistas, respondió Boni; para dar una muestra de tu gracia

(1) Hacedme el favor de no interrumpirme.
(2) De una vez, para siempre.
(3) ¿A qué, querido?

y de tu chiste; para que digan: *que estás tan ricamente dotado de fortuna como de ingenio;* para amenizar las gacetillas, y para....

—¿Y habrá papel que se degrade á insertar como gracia semejante escándalo? gritó con explosion el General antiguo, que no se pudo contener por mas tiempo. ¿Son estas las ideas y sentimientos que está llamada la prensa á propagar? ¡Por Dios, señores! ¿no hay ya quien se ruborice en España? ¿Hácese de manera tan descarada gala del sambenito en la prensa, sin que nadie repudie la impudencia con que se nos refiere en tono laudatorio una iniquidad, y no apele de esto para ante los nobles instintos, los generosos sentimientos y el decoro público de los buenos y genuinos españoles? ¿Somos ya tan *positivos* como la ley escrita? ¿Se extinguieron las aspiraciones caballerosas en el pais de más caballerosa índole? En otros tiempos, señores, no todos daban; pero los pocos que no lo hacian, no se gloriaban de ello. Aunque fuese á un petardista, se sentia el dar una negativa; porque habia caridad; y se la callaba, porque habia vergüenza. La avaricia pertenecia entónces á los vicios vergonzosos, que el respeto que se tenia á la opinion pública, obligaba á ocultar.

—¡Tio, por Dios! suplicó Gallardo.

—Por Dios qué, sobrino?....

—Que hableis con mas moderacion.

—No lo esperes; y salga el sol por Antequera.

—No os apureis, General, dijo el capitalista; *je sais vivre* (1), respeto vuestra casa, y, sobre todo, las canas y el mal humor de la avanzada edad.

—Por de contado, añadió la sombra parlante, tienen carta blanca las damas, los niños y los....

Iba á añadir *los viejos*, pero una mirada del General le hizo enmudecer.

—No te apures, no, sobrino, dijo éste. Las armas del señor le sirven á más nobles fines, que para repeler agravios.

—Vamos, hablemos de otra cosa,—se apresuró á decir el íntimo del General, el cual, asi como los demas convidados, celebraba en su alma la leccion que habia recibido el impertinente pollo cacareador, por tan digno y autorizado contrario.—Dime, Gallardo, ¿te has propuesto que sea Lucía para tí un censo irredimible? Pues dígote, chico, que seria una buena bobería crearte un obstáculo para cimentar tu porvenir.

—No veo que..... para ser diputado..... senador..... ó.....

—No va por ahí; tus ideas políticas absorben toda tu atencion. Has de saber que sé por una de sus amigas, que la hija del banquero D. Juan La Moneda está muy prendada de tu persona.

Gallardo se estiró y pasó su mano por sus rizados cabellos.

(1) Sé vivir.

—Su Madre lo está, prosiguió el íntimo, del título de Marqués de Monte Gallardo, que dicen vas á recibir en breve, y su Padre de tu capacidad....

—Nos pagamos, dijo el General muy hueco; pues yo lo estoy de la suya. ¡Comprar el cinco la víspera de.....

—Pero él lo está igualmente, prosiguió el íntimo de tu faja y de tus rentas. Ahí tienes, chico, un porvenir positivo.

—Pues si apenas conozco á la amable y bondadosa jóven que se ha dignado reparar en mí!.. dijo con fachenda y en estremo lisonjeado el jóven General, haciendo propósito de volver á apretar los cordones de su corsé.

—Pues es muy linda, afirmó el íntimo. Y sábete que monta á caballo como un cosaco.

—¡Oh! ¡Athenaïs La Moneda tiene el talle mas esbelto, el color mas pálido, las miradas mas *fieras* (queria decir altivas) de todas las bellas de Madrid! ¡Es *deliciosa!* opinó el parisiense español.

—Tiene cuello de cisne con ondulaciones de serpiente; es encandora, —añadió atragantándose Bonifacio.

—¡Es un partido loco, *ma foi!* Su Padre tiene cuarenta millones, y es hija única,—volvió á decir el hijo del capitalista;—que no por ser gran apreciador de beldades, dejaba de serlo muy cumplido de patacones.

—Debes aprovechar la rachita, y casarte pron-

to, aconsejó el íntimo. Mira que las niñas con cuarenta millones son mas caprichosas que el viento, mas mudables que las veletas, y hacen cuanto quieren. Porque muchos padres de las tales millonarias, que á veces no saben mas que el castellano, respetan y consideran altamente á sus hijas, porque han aprendido en las novelas de Sué el francés, y en las óperas el italiano. El capricho de una niña millonaria es un relámpago. Así no pierdas tiempo: te expondrias á....

—A una *decepcion*, dijo acabando la frase el galo-hispano.

—A un *désabusement*, añadió la copia, que esta vez, con íntima satisfaccion suya, sobrepujó á su entender, al original.

—¿Qué pensais vos de todo esto? preguntó Gallardo á su tio, con una risa que él queria decir de chanza, pero que era en realidad de satisfaccion.

—Sí, decid vuestro parecer, añadió con ironía, para ocultar su mal humor, el capitalista. Los Nestores son los que se deben escuchar en los *consejos marciales* como en los matrimoniales.

La face des viellards est pleine de majesté:
Leur voix sur l' existence a des secrets intimes (1).

—*Un vieux de la vieille;* (2) añadió la copia, es

(1) La faz de los ancianos, está cubierta de magestad.
Su voz tiene íntimos secretos sobre la existencia.
(2) Un antiguo soldado, del antiguo ejército.

una California de experiencia, un consejero baró-metro y cronómetro, una gramática parda encuadernada en oro, un.....

—Calla, Boni; dijo el capitalista al oido de su amigo, qué, menos acostumbrado qué él al Champagne, empezaba á sentir su influencia, bajo la cual se iba emancipando.

Entretanto el anciano callaba, pasando sus dedos por su cano bigote.

—Con que.... ¿que es lo que opinais, General? preguntó Gallardo.

—Opino, contestó el interrogado, que te debes casar.

—*C'est clair*, dijo el parisiense.

—Es claro,—repitió Bonifacio,—claro, como la detestable agua. ¡Y se piensa traerla á Madrid!! ¡Y en esto se gastan millones!

—*Taisez-vous, mon cher* (1), le dijo á media voz su modelo.

—No me dá la gana, contestó en excelente español la copia.

—Por supuesto que debe casarse, opinaron los demás.

—Entendámonos, caballeros, dijo el anciano: opino, Gallardo, que te debes casar, no con la lechuguina de los millones, sino con Lucía.

Un clamoréo unánime acogió estas palabras.

(1) Calla, querido.

—General, abusais de vuestro papel de Nestor, exclamó el galo-hispano.

—El héroe de los pasados tiempos chochea, quiero décir *radota;* ¡voto un voto de censura! tartamudeó la copia.

—SSSt. Boni; *je vous en prie*, ¿quereis llevar otra andanada de ese ponton arrumbado? No le provoqueis; que otra vez puede que mi prudencia y mi desden no alcancen á contener mi genio, le murmuró al oido el capitalista.

—El General se chancéa, dijo el íntimo, porque un caballero de su delicadeza no puede aconsejar á un hombre de la posicion de Gallardo que se case con una muger *entretenida*.

—Porque aun tengo delicadeza, planta que se arraiga de tal suerte cuando ha echado raices, que no pueden arrancarla de su suelo, ni el arado de plata, ni la azada de oro, que labran hoy el campo de las idéas. Por esa razon aconsejo al hombre que ha cometido una maldad.... que la enmiende; al que ha perdido una jóven honrada... que la ampare! Y tanto más cuanto más á la vista de todos le ponga su posicion. Con más motivo se lo aconsejo, si le sonrie el porvenir; para que no le reconvenga lo pasado. En mis tiempos, señores, no se trataban los casamientos en consejos semipúblicos; eran los solos consejeros, segun las circunstancias, el corazon, el honor, y la conciencia. Pero,—añadió el anciano levantándose,—mi dictámen es entre

vuestros pareceres tan heterogéneo, como lo es mi persona entre alegres jóvenes. Saludo á ustedes, caballeros. A Dios, sobrino: no me convides á tu brillante boda, si te casas con la millonaria de los caprichos; no estoy ya para tales fiestas. Si te casas con Lucía, seré tu padrino.

Diciendo esto se alejó el noble y honrado veterano.

—¡Estilo de poema épico! dijo el seudo parisiense.

—Tono de *elegía lírica!* tartamudeó la copia. El decano, para opinar así, debe haber bebido un *desuella-paladar* catalan, en lugar del excelente, exquisito, deleitable, delicioso.....

—Basta, Boni, dijo interrumpiéndole su amigo, y haciéndole seña con el pié para indicarle la urgencia de refrenar su lengua.

—El General tiene textualmente un pie en la sepultura y todo lo vé color *de profundis*, opinó el íntimo. Gallardo, en este siglo positivo, no hay mas sino arreglar uno por sí el paso de su marcha; lo demas es ciertamente anticuarse y ponerse en ridículo.

Entretanto pasaban dias y dias, y cada uno trayendo su asunto, su novedad, su interés, y el olvido del que le precedió. Los medios de subsistencia habian ido faltando á Lucía, sin que ella se lo participase á Gallardo; porque con el sentimiento del deber y el rubor de la vergüenza habia

comprendido Lucía el oprobio de la dádiva y la doble humillacion de admitirla y solicitarla. Todas cuantas cosas de valor poseia, las habia ido vendiendo, y veia acercarse el fin de sus recursos.

—¿Qué será de mí? se preguntaba un dia, tristemente inclinada la cabeza sobre el pecho, con mas decaimiento que inquietud, con mas inercia que angustia. He desaprendido el trabajo, haciendo como el marinero, que en los dias de calma olvida las maniobras. ¿Que, es, pues, lo que haré, cuando nada me quede? ¿En qué pensará el que me ha perdido? ¿Cuándo volvera á acordarse de que yo existo?

En esto, un dia entró en su cuarto la patrona de la casa en que vivia, trayéndole una carta.

—Es de Madrid, la dijo con aduladora sonrisa. Apostaría á que el General anuncia su vuelta, y confirma la noticia que corre, de que le hacen Capitan General de Andalucía.

Lucía abrió y leyó esta carta:

«Querida Lucía:

»Las cosas no pueden ser eternas. La edad trae idéas sérias; la vida del hombre obligaciones; las circunstancias compromisos, y la posicion deberes, que fuerzan al hombre á hacer sacrificios en favor de la *moral* y de la *razon*, que si bien son dolorosos, son necesarios.

»Mi familia ha tratado un casamiento para mí,

que me asegura una suerte estable y un porvenir brillante; y ha traido las cosas á punto que no me es posible oponerme á ellas, sin ofender á una poderosa y respetable familia, sin comprometer á la mia, y causarme graves perjuicios; perjuicios que tú serias la primera en *deplorar*.

»Creo que nada te sorprenderá, ni ménos te afligirá la necesidad en que me veo de establecerme bien; y creo igualmente que no me echarás de ménos; porque há mucho tiempo que he notado lo disgustada que vivias á mi lado, y lo poco grata que te era mi presencia. Quizás alguno ocúpa ya en tu corazon el lugar que he ocupado yo! Y si has de ser más feliz á su lado que lo has sido al mio, tengo bastante *filantropía* para ser el primero en celebrarlo.

»A Dios. Es probable que no nos volvamos á ver jamás. Pero cree que nunca te olvidaré; y si en algo puedo servirte, ocúpame.»

—Con que..... dijo con ahinco la pupilera, ¿dice algo de venir?

—No, respondió Lucía, por cuyas mejillas corrian presurosas y abundantes lágrimas; al contrario, dice que no viene.

Aunque no tenia Lucía por Gallardo propiamente lo que se llama amor, en cuatro años de trato, su corazon, que era amante, se habia apegado á él; y la fria insensibilidad con que se habia separado de ella, no podia ménos de herirla y causarle dolor.

Aunque odiaba su situacion, la nueva que se la presentaba de repente, acongojaba su tímida índole. Así era que no pudo contener aquellas lágrimas de pena y de angustia.

La cara de la pupilera, sus maneras y su tono habian cambiado á un tiempo; porque este dolor la confirmó en lo que sospechaba. Lucía estaba abandonada por su amante.

—Señora, dijo, he introducido un arreglo en mi casa con motivo de unos apuros, en que por desgracia me encuentro: he dispuesto exigir anticipadamente el costo del pupilaje: los demás pupilos se han convenido, y espero que lo hareis tambien vos.

—No señora, dijo Lucía, porque parto mañana: así solo tengo que entregaros lo vencido.

Aquella noche salió la pobre abandonada, y vendiendo toda su ropa á una prendera, pagó á su acreedora, quedándole únicamente lo preciso para satisfacer á unos arrieros que conducian aceite á Jerez, lo que exigieron por llevarla en unos de sus mulos á dicho pueblo. Desde allí pensaba trasladarse á Arcos á pié. A la mañana siguiente, al despuntar el dia, salió por la puerta de Carmona, echando una larga y triste mirada sobre aquella dormida ciudad, á quien sirve de paje el Bétis, de insignia la Giralda, y de gala sus azahares; la que es á la vez alegre como una aldea, é imponente como una Reina, hermosa como una jóven, y llena de saber y de recuerdos como una Matrona, gra-

ciosa como una andaluza del dia, y digna y castiza como una castellana vieja.

En Jerez se halló Lucía sola y sin recurso alguno; pero su buen ángel la hizo encontrarse en el meson en que se apeó, con el tio Bartolo. La vista de aquel no hubiese causado mayor consuelo, que lo hizo la vista de este antiguo amigo de su casa. Contóle toda su triste historia, añadiendo por último que no sabia qué hacer, porque ni para el servicio de una casa se atrevia á ofrecerse.

—Hija, la dijo el antiguo guerrillero, te desvaneciste en casa de esa Leona del demonio; y ¡por su mal le nacieron alas á la hormiga! Si tú le hubieses puesto cara de hereje al desalmado ese, no se habia atrevido á lo que se atrevió.—¿Qué fines,—me querrás decir,—se puede llevar un usía en hacerle zorroclocos á una campesina como tú, sino hacer burla de ella?

Pero, en fin,—añadió viendo correr las lágrimas de Lucía,—no hablemos de lo pasado; que eso es, despues del conejo ido, palos á la cama. Y no soy yo de los que sacan astillas del árbol caido, ni de los que á borrica arrodillada le doblan la carga. El arrepentirse es un bautizo, y abre el redil; y tú arrepentida estás, puesto que te vuelves á tu pobreza porque te sale de adentro; pues de lo contrario, no te hubiesen faltado por esas poblaciones mayores, perversos que te hubieran acabado de perder. Vente conmigo; que yo le hablaré á Lúcas pa-

ra que te reciba, como le corresponde hacerlo.

—¡Tio Bartólo! exclamó tristemente Lucía,—¡nunca me perdonará! Ha dicho que no tiene hermana, y nadie le hará decir otra cosa.

—Verdad es, repuso el guerrillero, que los Garcías tienen las cabezas más duras que bigornias de herrador, y que *escarmenáo* (1) salí cuando el casamiento de tu Padre—en descanso esté!—Pero ahora es otra cosa. Lúcas ha salido una prenda; nó que tu Padre salió una cabriola. Y más fácil es ayuncar á dos que liga la sangre, que no desyuncar á dos que liga el diablo. Allá verémos; y Dios sobre todo. Entretanto, te vienes á mi casa: en ella no hay abundancias, pero no falta buena voluntad.

Al dia siguiente, caminaban por el camino que ya hemos descrito al principio de esta relacion, el tio Bartolo y Lucía. Iba ésta montada en una borriquita, y seguíale á pié el bueno y ágil anciano, formando todos, en lo material, un precioso modelo para el pintor que hubiese querido fijar en el lienzo el siempre santo, siempre tierno y sublimemente humilde asunto de la huida del Patriarca y de la Vírgen. Al anochecer llegaron á Arcos.

¡Pobre de aquel, que al volver á su lugar natal, en vez de sentir la más pura y completa felicidad, siente destrozado su corazon por el dolor y la vergüenza! ¡Que halla muertos sus Padres, hecha pro-

(1) Escarmentado.

piedad agena la casa en que nació, y en el semblante de sus paisanos y amigos, en lugar de la sonrisa de bien-venida, el frio desden de la estrañeza!

En cuanto dejó el tio Bartolo á Lucía en su casa, y mientras le preparaban la cena, pasó á la de Lúcas García.

Lúcas, al recibir su licencia, habia regresado á Arcos, donde estaba ocupando su puesto entre los jornaleros, con tan buen crédito, que ya le habian propuesto varios cargos y conveniencias. Como es de pensar, habia hallado la casa de su Padre vendida. Pero como aun vivia allí su parienta, habia alquilado en ella, una habitacion, y su parienta le asistia.

Entró el tio Bartolo en el momento en que Lúcas acababa de cenar.

—¿Vd. gusta, tio Bartolo? le dijo Lúcas al verle entrar.

—Gracias! que aproveche, como si fuera leche! ¿Quiéres tú tabaquear?

—No vendrá malamente.

El tio Bartolo dió un cigarro de papel á Lúcas, encendió el suyo, y le dijo á quema-ropa, segun su costumbre:

—Lúcas, hombre, ¿me querrás tú decir el porqué no me hablas nunca de tu hermana? Oye, ¿te parece á tí que una hermana carnal es acaso un remiendo postizo?

Lúcas, desagradablemente sorprendido, frunció el ceño y contestó:

—¡Yo no tengo hermana, tio Bartolo!

—¿Qué?..... ¿qué dices?

—Ya lo dije; en mi cortijo no se dá más que un panete, tio Bartolo.

—¡Anda á paseo con esas terriblezas! ¿Qué derecho tendrás tú,—me querrás decir,—de renegar de tu hermana, aunque su vida no haya sido como debe ser?

Lúcas se habia puesto pálido, y la reprimida indignacion hacia retemblar su barba.

—Tio Bartolo, dijo aparentando indiferencia, siempre se ha dicho que con el que se vá, no se cuenta. Dejémos esta conversacion.

—No me dá gana: ¿estás?—Ahora quiero decirte que esa cara de juez, si bien pega para el pecador, no pega para el arrepentido: ¿te enteras? Y la pobrecita de tu hermana lo está; y ya sabes que e que peca y se enmienda, á Dios se encomienda.

—Tio Bartolo, te he dicho á Vd. que no tengo hermana.

—¡No eres tú testarudo en gracia de Dios! Ven acá, alma de mona, ¿cómo dices que no tienes hermana, si te la ha dado Dios? Lúcas, aquí he venido, y no me voy hasta que perdones á tu hermana.

—Tio Bartolo, no se empeñe Vd. en lo que no ha de lograr.

—Lo propio eres que tu Padre; ambos á dos más

cabezones que bueyes, Juan García y Lúcas García, ¡vaya un par para una carreta!

—¿Señor, porqué me viene Vd. asombrando con ese rocion de dicterios? Para decir el toro viene, no es menester tantos arrempujones.

—Porque viene á pelo. Y cuando las cosas vienen á pelo, más que la burra se caiga en el suelo. Nada malo te digo, sino la purísima verdad. Tú sí que estás hablando como ensucia el diablo; poco y malo! Y lo que dices, no tiene forma ni manera. Pero volvamos al caso, que yo no suelto el cabo así como se quiera cuando defiendo la razon. Iba, pues, diciendo, que peor es tu terquedad que la de tu Padre. Porque mira; ménos malo es empestillarse en casarse con su moza, que no empestillarse en no perdonar á su hermana: lo propio se peca por carta de ménos, que por carta de más. Si á tu Padre le faltó punto, á tí te sobra más de la mitad. Tu Madre te encomendó á tu hermana; ¿te vas á desentender de la última voluntad de la que te parió?

—Me encomendó á mi hermana, sí; pero á la moza de un villano, no.

—Estás más remontado que un águila, que es pájaro Real; y echando cada fallo como un *auidor* (oidor): te se figura que sabes más que la Regencia. Y sábete que vás descarrilado, hijo; y que no te toca á tí echar abajo ántes que Dios, á la hija de tu Madre, y con ménos razon teniendo tú tu parte de culpa en la desdicha.

—¿Yo, señor?

—Sí, tú. Pues ¿porqué soltaste la carga como potro cerril, te echaste la encomienda de tu Madre á las espaldas, y sin encomendarte ni á Dios ni al diablo, cojíste el fusil, sabiendo de sobra que por seis años habias de estar emparedado en la casaca, y perder de vista á esa *desdichá?* Bien sabias que la dejabas en una casa donde estaba la maldad muy establecida. Y *asina* sucedió lo que sucedió; que si tantos halcones la garza combaten, á fé que la maten! Pero ya eso no tiene remedio; y lo pasado, pasado. Ahora, ¿te parece *rigular* que cuando la hermana de tus entrañas se aparta de su mala vida, no tenga á quien volver la cara, cristiano?

—Eso, que lo hubiera mirado con tiempo. No hay cuesta arriba que no tenga su cuesta abajo.

—Pues, hijo, ¡eso es! Mira la plaga, mira la llaga, cierra la bolsa y no le dés nada: eso es tener entrañas de pagano para una pobre criatura á quien empujaron, y que no supo lo que se hizo.

—Tio Bartolo, ignorancia no quita pecado.

—¿Te parece á tí que si hubieras tú tenido tu mala hora, esto es un decir, un *verbo gracia,* que hubieses robado ó cosa *asina,* que deshonrase, y te hubieses llegado á tu hermana, que ella te habria huido la cara? ¿A que nó?

—Pues hubiera hecho mal. Pero es caso imposible; porque el cuidado hubiera sido mio de no ponerme delante de ella. Quien pringa á los suyos

con su lepra, los enferma y no sana, tio Bartolo.

—Lúcas, hijo, dice la sentencia, obra con buena intencion, y no con pasion.

—Y el refran; que la sangre sin fuego hierve, tio Bartolo.

—Lúcas, ¡por María Santísima! quien no tiene misericordia, ¿cómo ha de esperarla de Dios? Haz una buena obra, y cuando te eches á dormir, mas que sea en una estera de anéa, te parecerá un lecho de plumas en el que has de dormir sin sueño.

—Tio Bartolo, no se canse Vd. Mas que supiera condenarme, no quiero oir hablar de esa infame. ¡Mi hermana murió; yo no tengo hermana! Y con esto..... punto!

—¡Anda, Cain!—dijo levantándose indignado el buen anciano:—Y quiera Dios señalarte, como hizo con aquel mal hermano, á quien maldijo! Más vale ella con su culpa y su arrepentimiento, que no tú con tu virtud y tu soberbia.

No es de pintar el desconsuelo de la infeliz Lucía, cuando el tio Bartolo la informó del ningun resultado de su gestion.

—¡Dios Santo! exclamaba entre sollozos, ¿solo en vos hallaré misericordia? ¡Ay de mí! yo, que tanto he amado á ese hermano mio en los dias felices de mi niñez, cuando, libre de culpa yo, era él todo mi consuelo! Entónces no sabia que hacer para complacerme, y me juraba no abandonarme nunca!

—Vaya, sosiégate, hija,—le dijo el tio Bartolo;—que perdiz azorada, en el dia asada. ¿A qué necesitas á ese descastado sin entrañas? ¿No me tienes á mí? No es tan chico el techo de mi casa que no pueda cobijarte; y lo que yo, comerás tú. Así ayudarás á mi pobre Josefa, que está ya hecha un tiesto, y no para muchas; pues la hacienda de la mujer, hecha y por hacer.

Despues que todos los de la casa se hubieron recogido, velaba Lucía en la soledad de la noche, y lloraba lo que tan feliz la hiciera ántes; su inocencia, su pobreza, y el cariño de su hermano. Lanzada en el vasto campo de sus recuerdos, la pobre Lucía se afligia y consolaba al mismo tiempo, trayendo á su memoria cada pormenor de su sencilla vida, cada prueba de cariño dada por su hermano, y cada esperanza marchita ó muerta. Su angustia y su agitacion fueron creciendo con las sombras y el silencio de la noche, y no le dejaban un momento de descanso.

—¿Qué haré? ¿qué haré?—exclamaba tapándose la cara con sus manos;—yo no puedo ser una carga para el buen anciano que me ha recogido; ni quedarme en el pueblo en que mora el hermano que me desconoce, y enseña así á los demás á ultrajarme. ¿Qué haré? ¡Mendigar, si trabajo no hallo! ¿Dónde iré? ¡Dónde Dios me guie!

Sin aguardar el dia, y para que no se apercibiese su protector de su partida, abrió silen-

ciosamente la puerta, y se salió á la calle.

Antes de dejar para siempre aquellos sitios queridos, se paró en la casa contigua, que era aquella en que habia muerto su Madre, en la que ella habia pasado su tranquila infancia, y en la que dejaba al hermano á quien seguia queriendo, á pesar de su inhumanidad para con ella.

Lúcas, por su parte, tampoco podia dormir. Agitado, inquieto, exasperado, huíale el sueño y pesábale su corazon.

De repente oyó á la puerta de la calle una voz dulce y trémula, que cantaba aquel mismo romance que él cantára á su hermana cuando niña.

Lúcas saltó de la cama por un ímpetu involuntario, y en seguida llevó sus manos á sus oidos como para tapárselos.

La voz cantaba:

¡Por Dios te lo pido, hermana!
¡Por Dios y Santa María!
¡Que me des una limosna;
Que Dios te lo pagaría!

Lúcas; que se ahogaba, se sentó sobre su lecho y pateó el suelo con rabia y dolor.

La voz proseguia cada vez mas lenta y trémula:

Tomó un pan, y lo partió,
¡Y halló que sangre vertia!....

Lúcas, que respiraba con dificultad, se tapó con ambas manos su rostro cubierto de lágrimas.

Pero cuando la voz entre sollozos prosiguió:

Quien niega el pan á su hermana,
Ese entrañas no tenia;
Quien niega el pan á una hermana....
Ese lo niega á MARIA!

Lúcas se precipitó á la puerta, la empujó con violencia, salió, abrió los brazos, y Lucía, lanzando un grito, se arrojó en ellos.

Al dia siguiente decia el tio Bartolo á su mujer:

—Cuando el diablo se apodera de uno, todas las puertas las atranca. Pero hasta no estar condenadas de un todo las criaturas, permite su DIVINA MAGESTAD que quede un postigo abierto en su corazon!

FIN DE LUCAS GARCIA.

OBRAR BIEN..... QUE DIOS ES DIOS:

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES:

POR FERNAN CABALLERO.

OBRAR BIEN... QUE DIOS ES DIOS.

I.

La vertu est aussi une force.
TOULLOTE.
La virtud es tambien una fuerza.

Saliendo del pueblo de Dos Hermanas en direccion á Sevilla, vénse á la izquierda olivares, que se prolongan en línea recta, y que al internarse, se alzan sobre un cerro dilatado, aunque de poca altura. En la cima se halla escondido entre los olivares un antiguo castillo, que labrarian los moros sobre aquel cerro, porque domina una estensa llanura. Hallábase no há muchos años, y suponemos que aun hoy dia se hallará, en el mismo estado en que lo tuvieron los árabes, sin mas variacion que haberse convertido en molino de aceite el local que probablemente fué cuadra, en trojes lo que seria almacen, y en estancia para los trabajadores campesinos lo que seria cuartel de las tropas. Con estas variaciones, á favor de las cuales, del estado militar

pasó al de la vida privada,—esto es, de castillo se convirtió en hacienda,—adquirió legítimamente el nombre de SERREZUELA, que puede fuese el nombre de su conquistador cristiano, aunque no lo sabemos. Lo que sí sabemos, y nos interesa más, es el nombre que le puso y conservó el pueblo extrajudicialmente en los archivos de la tradicion, y fué el de CASTILLO DEL ULTIMO MORO.—Hé aquí el hecho que le valió el nombre.

En la época de la expulsion de los árabes, el caudillo que defendia el castillo, nunca quiso rendirse ni capitular. Mucho tiempo se mantuvo encerrado entre sus muros de argamasa, como el leon en su jaula de hierro. Todos los dias se le veia subir con sus compañeros á una de las cuatro torres que flanqueaban en sus ángulos el cuadrado castillo, para descubrir en la inmensa extension de terreno que abarcaba su vista, si le llegaba socorro de los suyos; ¡pero en vano! El SANTO REY los habia ahuyentado á todos. Hecho el reconocimiento, bajaba,—si bien marchitas las esperanzas,—inmutables, firmes y lozanos los bríos.

Poco á poco observaron los sitiadores aminorarse el número de los que le acompañaban, hasta que le vieron subir solo. Siguió impertérrito en su inspeccion diaria que hacia descolorido, caido de fuerzas, pero siempre entero de ánimo.

Un dia no subió. Aquel dia escalaron los cristianos los muros sin hallar resistencia. Al pie de la

escalera de la torre, encontraron armado, en pie y sin vida al nunca rendido ULTIMO MORO.

Efectivamente, aquel castillo de argamasa aislado y oscuro, sin mas comunicacion con lo exterior que la puerta de entrada, flanqueado con sus cuatro torres coronadas de almenas, semejantes á pirámides de cementerios, parece un gran ataud. Está estrechamente rodeado de olivos que le cercan apiñados, como para enterrarlo. Cual la del navegante, nada percibe la vista del que está dentro, ó en su cercanía, sino una multitud de verdes copas de olivos,—semejantes á la multitud de verdes olas de la mar,—y el cielo sobre su cabeza. La escalera por la que subia el moro á la plataforma de la torre, está derruïda, y no prestando utilidad, no ha sido reedificada. No siendo tampoco necesarios para las sencillas gentes campesinas que alli moran ninguno de los requisitos que sirven en los edificios labrados para ser cómodamente habitados, el CASTILLO DEL ULTIMO MORO permanece en el mismo ser y estado marcial, escueto y fuerte que tuvo, y es digna tumba del que lo defendió hasta su muerte.

¡Nada más triste que ese resto tan intacto de un pasado tan desvanecido! Esa eterna existencia entre extraños, es triste en su inmovilidad; cual la del Judío errante en su incesante movimiento. ¿Qué sobrevive y queda de aquel hecho heróico? Una tradicion en boca del pueblo, que nadie escucha, y esa gran tumba de héroes sepultada entre olivos,

sobre la cüal las simbólicas ramas de estos estampan por solo epitáfio: ¡Paz a los muertos!

Parecia aquella morada comunicar algo de su gravedad y silencio á la familia del capataz que la habitaba. Era éste un hombre austero; su mujer era callada, y sus hijos tímidos. Cármen, la mayor, que unia á su timidez juicio y dulzura, era bien querida en el lugar, en que hablando de ella, sellaban su elogio con decir, segun la expresion del pais, que era *arrimadita á la Iglesia*.

En una ocasion acaeció que murió el guarda del olivar á tiempo de la cogida (1), lo que apuró tanto más al capatáz, cuanto que era á la sazon más necesario y más difícil hallar quien le reemplazara. Uno de los arreadores de la aceituna, le propuso á un hombre que dijo ser muy propio para el oficio, y el capatáz le admitió sin conocerle y sin saber sus antecedentes, en vista de la apremiante necesidad que de él tenia.

El nuevo guarda era un hombre, que sin ser mal parecido, repelia. Su tez tostada, sus espesas patillas, su adusta y altanera mirada, le daban, al decir de los trabajadores, *sombra* en la cara: sus modales bruscos y sus pocas palabras alejaron de él todas las simpatías. A poco se esparció una voz por el lugar,—una de esas voces, que parecen formarse en las nubes, y que llegan á la tierra cómo

(1) La cogida de la aceituna, para cosecharla.
(*N. del E.*)

aerólitos consistentes y compactos,—de que aquel hombre, que parecido al huracan, habia venido sin saberse de dónde, ni á dónde iba, andaba á salto de mata, prestado y forastero en todas partes, para burlar á la justicia que le buscaba con objeto de echarle mano.

VÁRMEN notó con sobresalto que cuando venía el guarda al castillo á las horas de las comidas, tenía fija tenazmente sobre ella su atencion. Era VÁRMEN lo que suelen ser las que se clasifican de *arrimadas* á la iglesia; opuesta á que se ocupasen de ella. Su vestir era con extremo aseado y primoroso, pero rigurosamente sencillo; la ropa que llevaba era basta, pero limpia; cuidadosamente remendada, pero sin adorno alguno: su cabello estaba siempre alisado y recogido; pero nunca adornaban flores su cabeza. Las flores de los jardines quieren las brisas de primavera para ostentarse: en las cabezas de las mujeres, quieren las alegrías, que no todas tienen, ¡ni aun en la juventud! Así es que como el agradar á los hombres no se lo pedia su vanidad, ni agradar á aquel se lo pedia su corazon, puso todo esmero en evitar su presencia.

Una mañana estaba VÁRMEN en el patio, lavando una media tinaja empotrada en un poyo adherente al pozo: á su lado estaban jugando sus hermanas y los hijos del manijero (1). VÁRMEN no prestaba aten-

(1) Manijero: el capataz de la cuadrilla de trabajadores en el campo. (*N. del E*).

cion ni á sus juegos ni á lo que decian: en cuanto á nosotros, no podemos pasar cerca de un grupo de niños sin detenernos para observarlos. En ellos se encuentra la gracia sin afectacion ni pretensiones, que sin buscarlo, halla el agrado; gracia inocente cual ellos, y por tanto llena de encanto y de simpatía.

—Mariquilla, dijo la niña del manijero:

Cuando baja rie, cuando sube llora:
¿A que no me lo aciertas en una hora?

—Yo *no sabe*, contestó la interrogada, que era la menor y más mimada de las hermanas de Várмен.

—¡Qué tontona eres! Es el carrillo.

—Chacha, dijo Mariquilla altamente ofendida,— Josefita me dice *tontona*.

—Vamos, no reñir, intervino Várмен; á cantar como los pájaros, á ver si os crecen alas.

Las chiquillas no se hicieron de rogar, y la una cantó:

En un cuerno de la luna
He puesto á mi corazon,
Para que no se lo lleve
Un gato que es muy ladron.

—No dice *gato*, que dice *niño*, observó otra mayorcita.

—*Gato*, afirmó la cantadora; que los niños no son ladrones.

—¿Que nó? Tu hermanito dichoso me robó á mí tres bellotas.

—Eso era una chancilla.

—¡Caramba con las chancillas! Tiene tu hermano la gracia, lo mismo que las abispas; por detrás, y que duele.

—Y el tuyo es más feo que el *Carlanco*.

—Yo sé el cuento del *Carlanco*, observó otra.

—¿Quién te lo contó?

—Mi abuela, que sabe más de mil.

—Anda, Catanilla, cuéntalo.

La interpelada estuvo muy dispuesta, y todas se pusieron á escucharla con gran atencion, y nosotros con ellas.

II.

EL CARLANCO. (1)

CUENTO POPULAR INFANTIL.

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien; que tenia tres chivitas que habia criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasion en que iba por los montes, vió á una abispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama; y la abispa se subió en ella y se salvó.—¡Dios te lo pague! que has hecho una buena obra de caridad, le dijo la abispa á la cabra. Si alguna vez me necesitas, vé á aquel paredon derrumbado, que allí está mi convento. Tiene este muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la Madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré, y te serviré de muy

(1) El *Carlanco* pertenece á la familia de los pavorosos y fantásticos mónstruos del *Cancon*, del *Bu* y del *Coco*.

buen grado en lo que me ocupes. Dicho lo cual, echó á volar cantando maitines.

Pocos dias despues les dijo una mañana temprano la cabra á sus chivitas:—Voy al monte por una carguita de leña; vosotros encerráos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir á nadie; porque anda por aquí el *Carlanco*. Solo abriréis cuando yo os diga:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la Madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo habia encargado su Madre.

Y cate Vd. ahí que llaman á la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

Abrid, que soy el *Carlanco!*
Que montes y peñas arrancó.

Las cabritas, que tenian su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde adentro:

Abrela, guapo!

Y como no pudo, se fué hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habian de pagar.

A la mañana siguiente fué y se escondió, y oyó lo que la Madre les dijo á las chivitas, que fué lo propio del dia antes. A la tarde se vino muy de

quedito, y arremedando la voz de la cabra se puso á decir:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la Madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su Madre, fuéron y abríeron la puerta; y vieron que era el mismísimo *Carlanco* en propia persona.

Echáronse á correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado; la tiraron tras sí; de manera que el *Carlanco* no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta, y se puso á dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que á las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su Madre que les dijo:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la Madre que os parí.

Ellas desde su sobrado, le gritaron que no podian, porque estaba allí el *Carlanco*.

Entónces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso mas pronto que la luz en el convento de las abispas, y llamó.—¿Quién es? preguntó la tornera.—Madre, soy una cabrita para servir á Vd.—¿Una cabrita aquí. en este convento de abispas, descalzas y recoletas? ¡vaya! ni por pienso. Pasa tu camino, y Dios te ayude, dijo la tornera.—Llame Vd. á la Madre

abadesa, que traigo prisa, dijo la cabrita; sinó, voy por el abejaruco, que le ví al venir para acá.— La tornera se asustó con la amenaza, y avisó á la Madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.—Voy á socorrerte, cabrita de buen corazon, le dijo. Vamos á tu casa.

Cuando llegaron, se coló la abispa por el agujero de la llave, y se puso á picar al *Carlanco*, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó á correr que echaba incendios; y yo.

Pasé por la cabreriza,
Y allí me dieron dos quesos:
Uno para mí, y el otro
Para el que escuchare aquesto.

III

Apenas concluia la contadora su cuento, cuando entró el guarda, que sin decir palabra, se acercó á ellas, puso su escopeta á su lado, se apoyó en el pilar del pozo, y se puso á picar un cigarro. Varmen se sintió desconcertada y fatigosa con la presencia de aquel hombre, que la repelia, y tuvo deseos de alejarse. Pero por un lado no tenia pretexto para hacerlo, sin faltar á esa urbanidad innata, pasada á deber y á costumbre en el pueblo; y por otro, le urgia concluir lo que estaba haciendo.

Al cabo de un rato, y como para entrar en conversacion, llamó el guarda á Mariquita; pero esta, en lugar de acudir, se refugió al lado de su hermana, y se abrazó á sus faldas, en cuyos pliegues desapareció su diminuta persona, sin que de ella se percibiese más que su carita, que miraba con ceño y desconfianza al que la habia llamado.

—¡Esquiva! dijo el guarda; eso es de casta!

Varmen permaneció callada.

—Oiga Vd., prosiguió su interlocutor: no es de ahora que noto yo que me huye Vd. la cara.

—No huyo la cara ni á Vd. ni á nadie, contestó Varmen; pero no soy amiga de dar conversacion á los hombres.

—Ni yo de sembrar para no coger: ¿está Vd., Varmen?

—Pues para eso, mire Vd. ántes en la tierra que siembra; que la tierra que sirve para viña, no sirve para olivar, contestó Varmen.

—¿Vd. me desprecia á mí?

—No señor, yo no acostumbro á bajar á nadie de su estado.

—Pues ábrame Vd. la ventana esta noche, que tengo que decirle.

—¿Yo? No señor: yo no abro mi ventana.

—A otro se la abrirá Vd.

—No señor: ni al lucero del alba que viniese con una torta en la mano.

—Pues por eso digo, que en cambio de mi voluntad, que le he dado, me dá Vd. un desprecio.

—Yo no desprecio á Vd.

—¡Pero no me quiere dar oidos!

—Eso no; ni pasarse, ni llegarse.

—Si no es hoy, mañana será; ó he de poder poco.

—Señor, exclamó azorada y ofendida Varmen. No exprima Vd. tanto la naranja que amargue el

zumo; y déjese de andar tras de aquello que no ha de alcanzar.

—¡A carrera larga nadie se escapa! repuso el guarda, cogiendo su escopeta y alejándose.

La pobre VÁRMEN quedó atribulada; y al domingo siguiente, cuando fué al lugar, le contó al Cura, que era su confesor, lo que le habia pasado con el guarda, y tenia perturbado su ánimo, hasta entónces tan sereno.

El Cura, sin tener un talento sobresaliente, ni una santidad que llamase la atencion, era uno de esos sacerdotes cuyo carácter, inclinaciones, estudios, educacion, ocupaciones y hábitos los hacen perfectamente aptos para el desempeño de su ministerio. Con él estaba hacía muchos años tan identificado el nuestro, que unido esto al conocimiento individual que tenia de cuantos componian su rebaño, le hacian un Pastor modelo. Hemos dicho *modelo*, y no *ideal*, porque los ideales son escasos. Por esto se haria mal en no apreciar lo que es muy bueno, solo porque no llega al apogeo ó ideal de la perfeccion. En vista de que ésto sólo lo hallamos, en realidad, en la vida de los entes privilegiados que han merecido el dictado de SANTOS, y ficticiamente, en las creaciones de los poetas, que hacen bien en presentarlo para enaltecer á la humanidad, pero que harian mal si lo presentasen para desprestigiar y deprimir á aquello que no se eleva tanto.

—No te inquietes, ni temas, le dijo el Cura. Ni

tienes porqué; que CULPA NO TIENE QUIEN HACE LO QUE DEBE. Y tú lo que debes hacer, es no dar oidos á ese hombre.

Al domingo siguiente volvió á hablarle al Cura, más asustada, más acongojada aun; y le dijo que el guarda la perseguia y hostigaba con su amor, de manera que no la dejaba vivir; y hásta habia llegado á amenazarla si se mantenia en no darle oidos.

—Sosiégate, hija, y no temas, la contestó el Cura. Todas esas son tretas de que se valen los hombres para perder á las inocentes como tú. OBRA BIEN... QUE DIOS ES DIOS!

Al tercer domingo, la pobre jóven se mostró más afligida y atemorizada que nunca; la obstinacion del guarda, su vehemencia y sus amenazas, la hacian temer una desgracia si le exasperaba más con sus negativas.

HAZ LO QUE DEBAS; SUCEDA LO QUE SUCEDA.—Así terminó el Cura los consejos paternales que le dió para que siguiese impávida en la senda de la virtud.

A los pocos dias, habiendo salido VÁRMEN al olivar, para buscar una gallina que se habia extraviado, se presentó de repente á su vista el guarda. VÁRMEN asustada se volvió presurosa dirigiéndose hácia la hacienda.

—¿Huyes? le dijo su perseguidor. ¡Huyes de mí, porque te acusa la conciencia!

—¿La conciencia? contestó VÁRMEN. CULPA NO TIENE QUIEN HACE LO QUE DEBE.

—¿Tú te has parado á considerar,—prosiguió el guarda,—lo que es, y lo que puede resultar de exasperar á fuerza de desprecios á un hombre como yo? ¿Tú sabes de lo que soy capaz? ¿Sabes que puedo perderte?

—OBRAR BIEN... QUE DIOS ES Dios! contestó VÁRMEN, con la calma propia en el momento de las grandes crísis.

—¡VÁRMEN! por última vez... ¿me desechas?

—Sí, contestó VÁRMEN con la palidez del pavor en el rostro, y la firmeza del buen propósito en el acento.

—Pues sábete, ingrata, que, en su vida, éste á quien ofendes, ha dejado hueco entre el agravio y la venganza; que eso en la sangre lo tengo, y lo mamé con la leche que me crió.

—Y yo, con la buena enseñanza cristiana que he mamado, tengo en el alma este otro propósito: HAZ LO QUE DEBAS... SUCEDA LO QUE SUCEDA.

—¡Hola! ¡ya caigo! dijo con concentrada ira el guarda. El que te dirige es el Cura. Á ese, á ese, es al que debo tus repulsas, que no he podido vencer; tus desdenes que no he podido desarmar, tu dureza que no he podido ablandar! ¡Pues él pagará por él y por tí!. Mañana me voy. No volverás á verme; ¡pero por estas que me afeito, que te acordarás de mí mientras memoria tengas!

Diciendo esto, el guarda se alejó rápidamente, y desapareció entre los olivos.

A la mañana siguiente, vió el Cura entrar en su casa á VÁRMEN, la que deshecha en lágrimas le refirió lo que le habia pasado.

—No te apures, hija, le dijo, cuando hubo concluido de hablar: esos son espumarajos del coraje; que cae cuando la razon vuelve á adquirir su imperio.

¡Padre, no le conoceis! —repuso sollozando VÁRMEN,—es un desalmado. ¡No salgais, por Dios, mañana; que os va á matar!

—Sosiégate, hija, que vá mucho de hacer una amenaza á cumplirla.

—Padre, repitió acongojada VÁRMEN, no le conoceis; tiene echada el alma atrás, y cumplirá la amenaza: lo ha jurado!

—Pues, hija, repuso el Cura, HAGA YO LO QUE DEBA, Y HAGA DIOS LO QUE QUIERA.

IV.

Del lado opuesto del pueblo se extiende un pinar, al que se llega por un prado de roja arena, que cubre un césped tan corto y espeso, que parece lo ha tejido la naturaleza para avergonzar á los tejedores de las mas afamadas alfombras. En los parajes mas bajos y húmedos en el tiempo de las lluvias, este césped se ve salpicado con tal profusion de pequeñas margaritas blancas, miniaturas de esta bella especie, que parecen ser las once mil Vírgenes del paraiso de Flora. Por los parajes secos, crece cercana á la tierra una flor pequeña, que lleva el nombre de *flor de la abeja*, nombre bien apropiado, porque esta florecita tiene con pasmosa exactitud la forma de dicho animalito. No parece sino que bajado á descansar—si es que esa la-

boriosa é incansable colectora de miel busca jamás descanso,—se ha posado sobre un tallo, y ha quedado adherida al reino vejetal, por hechizo de algun maléfico gnomo. Dan impulsos de traer á aquellos parajes una colmena, para probar si la vista del hogar doméstico las hace romper el encanto que las tiene convertidas en pequeñes y mudas estátuas. Pudiérase pensar que eran las flores que lo habian exigido de Flora, para dar á las abejas este castigo, semejante al que recibió la mujer de Lot; si fuese dable atribuir á las flores deseos de venganza, ni resentimiento porque gozasen otros de la miel de su corazon. Pero no lo es; ellas que expenden con profusion y entregan al inconstante aire su perfume con loca prodigalidad,—porque saben que tienen para dar y que les quede,—no pueden ser avaras. Es esta flor la singularidad mas peregrina que hemos visto. Tiene además la de ser incultivable; todos los ensayos que se han hecho con este fin han sido infructuosos, lo que nos confirma en nuestro primer aserto de que ese fenómeno es un hechizo del maligno gnomo de aquel rojo arenal.

La naturaleza, no contenta con extasiarnos con sus obras maestras, se complace á veces en admirarnos, ya con sus encantadores caprichos, ya con misterios llenos de altó sentido. ¡De cuántos modos nos llama Dios á adorarle en sus obras! Oid el himno que entonan todos esos susurros, todos esos so-

nidos que no comprendemos, y que en diferentes tonos, ya graves, ya alegres, ya dulces, ya austeros, difunden el aire, el agua, el fuego, las plantas, todo lo que creemos inanimado! Oid atentos y os convencereis de que dicen: ¡VENITE ADOREMUS!

Aquel pinar era el sitio en que indefectiblemente paseaba el Cura todas las tardes.

Aquella á la que habia precedido su conversacion con VARMEN, salió como de costumbre tenia.

Cuando se hubo internado en el pinar, vió de repente salir de entre la enramada al guarda que traia su escopeta, el cual, parándose á corta distancia, se la echó á la cara, clavando en él sus ardientes y amenazadores ojos.

El cura se paró igualmente; pero con ánimo tan sereno, que al mirar al que le amenazaba, su rostro solo expresaba la más completa calma, y la más pura dignidad. Un rato se estuvieron viendo fijamente ambos, inmóviles y en silencio: lentamente se inclinó hácia tierra la direccion de la escopeta del guarda, que en seguida bajó sus ojos, y despues de un momento de indecision, dijo en honda voz:

—¡Vaya Vd. con Dios, Padre! y desapareció bruscamente en la espesura.

—¡Dios bendiga tu primer paso en la senda del bien, hijo!—repuso en récia y conmovida voz el Cura,—y salve tu alma, que pierdes entregándola á tus malas pasiones!

Si esta bendicion llevó su fruto, se ignora; pues nunca se volvió á saber de aquel á quien fué aplicada (1).

(1) Nota. Este sucedido, tan pequeña cosa en el hecho, y tan grande en su significacion, fué comunicado con la mas sincera sencillez al que lo refiere, por el mismo Cura que en él actúa, que lo relataba solo para probar, que el hombre no cumple tan fácilmente como lo concibe un mal propósito; y sin hacer valer que al digno apóstol de la palabra de Dios, al firme sostenedor de las virtudes evangélicas, le respeta el hombre, por perverso que sea, si no ha renegado del bautismo que le hizo cristiano.

FIN.

EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE:

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

POR FERNAN CABALLERO.

EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE.

I.

¡Amor de Madre!
Que lo demás es aire.
(REFRAN POPULAR.)

Utrera es un pueblo grande, situado en un llano, como una torta blanca en una batéa verde. Atraviésalo la carretera real, casi abandonada desde que la ágil navegacion por vapor ha animado el Bétis. Hoy, es, pues, un camino descuidado y solitario, regado por la sangre y sudor del pobre ganado que revientan en la incesante y violenta carrera impuesta á los correos, ó bien que matan á palos para sacar de los atascos á las pesadas diligencias y galeras, á las que, en lugar de poner en franquía tirando de ellas hácia atrás, como sucede en otros paises, hunden más y más en los lodazales, haciendo á los infelices animales arrastrar esas pesadas moles hácia adelante.

¡Qué crueldad! Quien en invierno viaja, y ve

en los caminos tendidos los cadáveres de los míseros animales muertos en este martirio cruel, se pregunta si viaja en un pais civilizado; que si civilizado es, entre los salvajes no se ven semejantes horrores. El beduino ama al animal que le sirve, y lo hospeda bajo su mismo techo. Este modo atroz de tratar á los animales debe ser perjudicial á los intereses de las empresas; pero en este particular pueden aquí aun más la desidia y la dureza que el interés.

Todo el mundo se lamenta de estas y otras atrocidades, de que son víctimas los animales. En cuanto á nosotros, nos hemos propuesto no hablar de ellos entre gentes, porque si lo hacemos, cada persona de las presentes, se apresura á referirnos hechos de que ha sido testigo, á cual más conmovedores é irritantes, hasta acongojar amargamente nuestra alma. No hay animal que exista inmediato al hombre, cuya vida no sea, con pocas excepciones, un contínuo martirio. ¿Y es posible que haya ánimo al que esta idéa no atormente? ¿Es posible que no se trate de algun modo de poner remedio á una cosa tan unánimemente reprobada? ¿Es posible que tan sibaritas nos vayamos haciendo, en cuanto pertenece á los sentidos y al exterior, y tan grosero indiferentismo tengamos en una cosa que directamente toca á los sentimientos, á la delicadeza y á la cultura intèrna?

Pero, nos hemos alejado de nuestro asunto; vol-

vamos á él. Sabemos que hemos prometido un cuadro de costumbres, y no un alegato en favor de los martirizados animales. Cumplamos, pues, lo ofrecido.

El dia en que empieza este sencillo, pero verídico relato, lo era en Utrera de sortéo. Los mozos que habian caido soldados, despues de haber ahogado su pesar en algunas cañas de vino, paseaban las calles cantando estas y parecidas coplas:

Yo ya no quiero apurarme;
Apúrese quien quisiere,
Porque he oido decir
Que el que se apura, se muere.

Ya se van los buenos mozos,
Ya se van los escogidos;
Y se quedan las muchachas
Con los que el Rey no ha querido.

Me voy á servir al Rey,
Y en dejando de servir,
Yo tomaré mi licencia,
Y vendré á servirte á tí.

A Dios, mi Padre y mi Madre,
Adios, novia, si la tengo;
Que voy á pagarle al Rey
Ocho añitos que le debo.

Me despido de mi Madre,
Me despido con dolor,
Que en mi Madre tengo puesto
Todito mi corazon.

Ser hombre y ser jóven, son dos poderosos antídotos contra el dolor, ó al ménos contra sus demostraciones, que llama el orgullo masculino *flaquezas*.

Pero de ambos antídotos carecia la Madre del más gallardo y más aventajado de los quintos. Jamás la violencia del dolor se demostró de una manera más enérgica y más lastimera que en aquella Madre, aun más que desolada, desesperada.

En vano se afanaban por consolarla su buen marido y sus compasivas vecinas. Sus consuelos eran ineficaces á calmar aquel acerbo dolor: como lo son para dulcificar la amargura del mar las dulces gotas de agua que en él derraman las nubes.

—¡El solo que de mis cinco hijos me quedaba!—gemia la infeliz,—mi consuelo, mi gloria, mi alma y mi vida! ¡Un hijo que en su vida me ha dado un sentir! ¡Tan bueno, tan hermoso, tan trabajador, tan madrero! ¡Ay mi Sebastian! me le arrancan, y con él, el alma!

—Consolacion, le dijo su marido, Dios lo ha dispuesto, y no hay sino resignarse á su voluntad. ¿Qué adelantarás con quitarte la vida? El que no le vuelvas á ver cuando haya roto la casaca (1).

—¡No volveré á verle! gimió en honda y apagada voz la pobre Madre.

—¡Mujer, no digas eso! exclamó una de las ve-

(1) Cumplir su tiempo de servicio.

cinas. ¿No fué tambien tu Juan á servir al Rey, y le estuviste aguardando hasta qne cumplió, y volvió sano y salvo?

—¡Mi Sebastian no volverá! repitió la Madre; hay guerra por allá arriba. ¡Españoles contra españoles! ¡qué dolor!..... ¡Y allí me le matarán!

—¡Calla, mujer; calla, mujer! que no parece sino que le estás abriendo la puerta á la desdicha, opinó la vecina. ¿Con qué razon, ni con qué motivo te atreves á asegurar lo que Dios tiene oculto?

—Me lo dice éste, respondió la afligida Madre apoyando sus encrespadas manos sobre su corazon; la bala que le ha de matar, la tengo yo aquí en el pecho. ¡Ay, hijo de mis entrañas! ¿Quién te curará? ¿Quién te asistirá? Se acordará de mí, de la Madre que le parió..... ¡y yo estaré léjos! ¡Ay, qué amargo desconsuelo! ¡Ay, quién muriera por tí, hijo de toda mi alma! Pero nó, no moriré, que EL DOLOR ES UNA AGONÍA SIN MUERTE! Y la infeliz dió un gemido y cayó exánime en los brazos de los que la rodeaban.

II.

Habia pasado más de un año.

—¡Cuál está Consolacion!—decia una de sus vecinas á otra,—no parece sino que le ha caido su helada. Ni habla ni paula: se vá quedando seca como un esparto; sus lágrimas la consumen.

—Como que está pasando el Japon con la ida de su hijo y con no saber de él. No hay quien la saque de las mientes que le han matado, repuso su interlocutora. ¡Pobrecilla! ¡me parte el alma con su pena! No quiero ver lástimas que no pueda remediar.

—Mira tú, dijo la primera: el hijo de Micaela que es un perdido, un holgazán, un pendenciero, al que le vendria la casaca de molde, como el freno á potro resabiado, tres veces ha metido la mano en cántaro, y tres veces ha salido libre, para tormento de su Madre.

—Eso es, repuso la otra, porque á madera que ha de servir para cruz, no le entra polilla. Tiene

una suerte ese truhán, que si se embarcase y se perdiese la embarcacion en medio del mar, habría de salir él á la orilla con un pez en la mano. La suerte es como las mujeres locas; le gustan los calaverones. Pero ¿no hay forma de traer á esa infeliz Consuelo á la razon? ¿No vé que se está matando? lo cual es ofender á Dios.

—No; porque á eso responde, que el sentir no mata, y que el dolor es una agonía sin muerte.

Pasaron por entónces por Utrera unos soldados licenciados que se volvian á sus respectivos pueblos, y pararon en un meson que estaba inmediato á la casa de Juan Moreno.

Era una noche de verano suave y serena; no hacía luna; pero las estrellas se esmeraban en suplir su falta, esparciendo la luz del sol que reflejaban, cual si fuesen brillantes.

La perenne agitacion terrestre hacia pausa; todo dormia en la naturaleza, hasta el viento, ese impalpable azogue, ese agitador constante de lo inerte, ese perfecto modelo del movimiento perpétuo, esa fuerza motriz que creó el Omnipotente para sus altos fines, y á la que no puso límites como al mar, ni más freno que su mandato. Podíase comparar aquella noche de verano tan tranquila, tan callada y tan serena, á una buena conciencia, la que por término espera un claro dia. En contraposicion de una de aquellas tempestuosas noches de invierno, en que brama el viento, haciendo á

todo estremecerse: lloran á torrentes las nubes, brama amenazas desconocidas el mar, esperando por término fatal un dia que alumbrará ocultos horrores: tál cual sucede á una mala conciencia.

Todos dormian en casa de Juan Moreno, ménos su pobre mujer que, desvelada con su incesante pena, estaba sentada ante su abierta ventana.

Tambien los soldados licenciados estaban despiertos y sentados á la puerta del meson. Uno de ellos se puso á cantar en una tonada triste y monótona uno de esos cantos que compone el pueblo sobre los trágicos eventos que más le conmueven, que llaman los franceses *complaintes*, y de las que suelen ser objeto los reos de muerte afamados, ó bien cualquier desventura popular. Hé aquí la letra de este canto que la pobre Madre escuchaba maquinalmente.

Marchen columnas al frente,
Marchen con la division!—
Y marchando como iba
Al enemigo encontró,
Y le hizo resistencia;
Más esta no le valió.
Y despues de la batalla
A Villaverde llamó
El General, y le manda
Que le entregue los estados
De los heridos y muertos
Que quedaron en Bilbao.
Cuatro mil hombres han muerto,
Y otros tantos por curar;

Y diciendo estas razones
Oyen á un hombre quejar.
El General al oirlo
Volvió su caballo atrás,
Y llegándose al herido
Le ha tocado con la *espá* (1).
Y levanta su cabeza:
—No puedo, mi General,
Que tengo cuatro balazos,
Y otras tantas *cuchillás*,
Que toditas son de muerte,
Y ninguna es de curar.
Manda de que al cirujano
Se lo vayan á llamar.
El cirujano responde:
—Para cura es tarde ya!

Me lo meten en un carro,
Camino de Bilbao vá:
Con la sangre de su cuerpo
La tierra queda *regá*.
Enmedio del arrecife
Allí dijo la verdad:
—Compañeritos del alma,
Soy de Utrera natural:
Decidle á mi Padre y Madre,
Si alguna vez vais allá,
Que recen un Padre nuestro
Por su hijo Sebastian,
Que en el campo de batalla
Queda su sangre *regá*:
Que ha muerto como cristiano,
Solito en un hospital!

---

(1) Es preciso pronunciar estas palabras al modo popular andaluz, suprimiendo la d.

¡Madre mia del Consuelo
Que estais en los olivares, (1)
Amparad mi corazon
Que está lleno de pesares!
A todos los Santos llamo
Que me vengan á asistir;
¡Dadme, Jesus, buena muerte!
Que sé que voy á morir!

Un grito que no parecia poder ser lanzado por garganta humana, partió el silencio de la noche como parte un rayo su oscuridad. Los soldados callaron sobrecogidos; pero nada se volvió á oir. Y entónces repitieron en coro:

Dadle, Jesus, buena muerte,
Que sabe que vá á morir!

A la madrugada, cuando Juan Moreno se levantó, halló tendida al pié de la ventana á su mujer, sin sentido, inflexibles y yertos sus miembros, cual los de un abandonado cadáver.

(1) La Vírgen de Consolacion de Utrera tiene su capilla en un olivar.

III.

Consolacion lo habia dicho y lo probaba: EL DOLOR ES UNA AGONIA SIN MUERTE. Muerto sí, su corazon; paralizada su mente, era inmóvil lámpara que perenne ardía ante la desconocida tumba de su hijo. Su vida,—si es que el estado en que se encontraba, se puede llamar vivir,—era una absorvente idea fija, que la hacia insensible á cuanto la rodeaba, apartándola de la vida comun y activa, cual si ya no perteneciese á su círculo.

—¡Cómo está Consolacion!—dijo un dia la buena vecina al marido de aquella.

—¡No parece ni su prójimo!

—Es preciso que la lleve Vd. á Sevilla, á que la vea un médico de los de fama, por ver si le halla alivio á su estado, antes que tenga Vd. que llevarla para encerrarla en San Márcos. (1)

—Ya he querido llevarla y no quiere ir, contestó Juan Moreno con abatimiento.

(1) Hospital de dementes en Sevilla.

—Pues ha de ir que quiera que nó, repuso la vecina. Yo tengo que ir allá la semana que viene, y me la llevo, aunque sea arrastrando por los cabellos.

—¡Y bastante que lo agradeceré yo! dijo suspirando el marido.—Pero hasta que lo vea, no lo he de creer. ¿Quién hace andar á un relój si le falta la cuerda?

Como las mujeres son perseverantes, y como la perseverancia es en el mundo moral lo que la palanca de Arquímedes en el físico, y halla su punto de apoyo en la voluntad femenina, en la semana que siguió á la referida conferencia, caminaba la buena vecina en su burro hácia Sevilla, seguida de otra caballería, sobre la que, muda é inerte, iba montada Consolacion.

Llegado que hubieron las viajeras en casa de un médico de fama, la vecina le hizo una exacta pintura del estado en que se encontraba su pobre compañera, que vagaba cual una nube separada del suelo, sin descanso, sin alimento, sin direccion, y preñada solo de lágrimas!

Despues de haberla oido, y de haber examinado á la doliente dijo el facultativo:

—Señora, con nutrir de esta suerte vuestra pena, dais lugar á una pasion de ánimo que os costará la vida.

Consolacion meneó la cabeza y repitió su constante aserto:

—No señor, no. ¡El dolor es una agonía sin muerte!

—Debeis hacer por salir de esa agonía, repuso el médico; distraeros, llevar una vida activa que haga funcionar vuestros órganos. Así os nutriréis, y recobraréis el sueño y las fuerzas.

—¡Empezad por quitarle su actividad á mi pena! Si esto lograis, podré seguir vuestro consejo, contestó Consolacion.

—¿Sois la primera Madre á la que se le muere un hijo? repuso el médico.

—¿Y creeis vos que el haber otras disminuya mi sentir?

—Tomad de ellas, al ménos, ejemplo de resignacion, repuso el facultativo.

—¡Dios mio! exclamó angustiada la pobre Madre: ¡Dios mio! Dejadme por caridad mi pena, que es lo único que me queda del hijo de mi alma, que murió solo en un hospital; sin saber yo ni dónde está enterrado aquel hijo, que al morir, solo pidió á sus Padres un Padre nuestro!....

Los sollozos ahogaron su voz.

—No pidais á la medicina remedio para estos males. Pedídselo á Dios,—dijo el médico compadecido, á la vecina.

Ambas mujeres salieron; y teniendo la amiga de Consolacion que hablar con un sugeto que vivia en San Lorenzo, se encamináron hácia aquel barrio.

Al pasar por delante de la iglesia de San Miguel,

frente al cuartel de artillería, la vecina, que caminaba delante, vió destacarse de entre los que formaban la guardia, á un arrogante y bien portado soldado de artillería, que atravesó la calle, y se dirigía hácia ellas.

Apénas lo hubo fijado, cuando exclamó:

—¡María Santísima!... Consolacion, ¡tu hijo!

Consolacion, que habia visto igualmente al soldado, estaba más pálida que nunca, muda é inmóvil; sus espantados ojos se salian de sus órbitas; su respiracion estaba parada, y sus entreabiertos lábios convulsos.

—¡Madre! exclamó el soldado arrojándose con los brazos abiertos hácia ella.

Consolacion cayó en ellos sin proferir palabra, sin hacer una exclamacion, é inclinó su cabeza sobre el pecho de su hijo.

—¡Sebastian! gritó con alborozo la vecina, ¿porqué no has avisado tu llegada?

—¡Si llegué ayer! contestó el soldado.

—Tus padres te creian muerto en el sitio de Bilbao.

—Poco le faltó, contestó el artillero; hasta en la lista de los muertos me pusieron.

—¡Ay, Sebastian, qué de lágrimas ha derramado tu Madre!

—Pues ya no derramará más,—repuso el artillero, haciendo por incorporar á la que abrazada tenia.—Ya cumplo pronto, Madre; y me vais á tener cosido á vuestras faldas mientras viva.

Pero Consolacion no se movia.

—¡Madre ¡Madre! dijo Sebastian incorporándola con fuerza. La cabeza de su Madre cayó hácia atrás cuando le faltó el punto de apoyo que le prestaba el pecho de su hijo.

—¡Ha muerto! ¡ha muerto!

Esta frase fué repetida de boca en boca en el círculo de curiosos que la referida escena habia reunido en aquel concurrido paraje.

—¡Dios me valga!... ¡que expiró! gritó desolada y sosteniendo el cadáver la buena vecina.—¡Dios mio! un instante de gozo ha podido lo que no pudieron seis años de nunca visto padecer! Bien lo decia ella! El dolor es una agonia sin muerte.

FIN.



Este verídico sucedido, nos ha sido referido por el Coronel del Regimiento, testigo de vista del suceso.

(El Autor).

INDICE

DE LOR CUADROS DE COSTUMBRES QUE CONTIENE ESTE TOMO.

PAG.

